

Benditos sean
los muertos
MALLA NUNN

Siruela/ Policiaca

Malla Nunn

Benditos sean los muertos
El tercer caso del detective Cooper

Traducción del inglés de
María Corniero

 **Siruela**
Nuevos Tiempos / Policiaca

Índice

Cubierta	
Portadilla	
Benditos sean los muertos	
Prólogo	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
14	
15	
16	
17	
18	
19	
20	
21	
22	
Epílogo	
Agradecimientos	
Notas	
Créditos	

Benditos sean los muertos

Para Mark

Prólogo

Octubre de 1953

El sonido de unas botas dando patadas contra la puerta de su dormitorio despertó al oficial de la policía judicial Emmanuel Cooper. Apartó las sábanas de golpe y buscó a tientas su arma en la mesilla de noche. Inmóvil en la oscuridad, con el revólver Webley apuntando hacia el umbral, Emmanuel aguzó el oído y esperó a que se desarrollaran los acontecimientos. El sonido se amortiguó y se volvió más orgánico. Sentía su ritmo. No había sido la madera astillándose lo que le había arrancado del sueño. Había sido su corazón. Golpeaba violentamente su pecho como un prisionero tratando de escapar de una celda de músculos y huesos.

Se recostó, respiró hondo y percibió el tenue aroma de un jazmín en flor. Tres meses después de reincorporarse oficialmente a la policía judicial había empezado a tener de nuevo aquellos sueños, esta vez con una intensidad que nunca había experimentado hasta entonces.

La visión habitual de su pelotón agazapado bajo un cielo plomizo surcado por aullantes misiles había dado paso a imágenes dislocadas de llamas rojizas y humo negro. En los nuevos sueños, corría a través de escombros que ardían hacia algo que no lograba recordar. Caía una lluvia de cenizas calientes. La tierra oscura olía a sangre y los gritos apagados de los agonizantes llenaban el vacío. Sabía en qué dirección debía correr, pero las llamas le cerraban el paso. El humo se volvía cada vez más denso y le abrasaba los pulmones.

Se levantó de la cama de un salto y cruzó el suelo de linóleo hasta la ventana abierta. Un gato que se acercaba furtivamente a una presa invisible a través de la desierta entrada de vehículos se introdujo sin hacer ruido en una enmarañada buganvilla cargada de flores primaverales.

–Emmanuel, vuelve a la cama –dijo una voz soñolienta.

Echó un vistazo a la mujer iluminada por el haz de luz de una farola que se filtraba por las cortinas. Durante el arrebató de pasión habían apartado a puntapiés las sábanas de algodón y Lana Rose yacía desnuda en la cama, su pelo negro como una cinta de seda sobre la almohada.

–Shhh... –chistó Emmanuel automáticamente–. No tardaré ni un minuto.

El gato reapareció, llevando en la boca un lagarto cuya cola se retorció.

–¿Sigues enfadado? –dijo Lana; se acurrucó en la almohada y volvió a

dormirse.

–No hay motivos para dejar de estarlo.

La prueba de que debía estar enfadado consigo mismo la tenía en su cama.

Lana era la novia del inspector Van Niekerk, aunque a finales de la semana el inspector sería un hombre casado y Lana emprendería una nueva vida independiente en Ciudad del Cabo. Lo cual no justificaba aquella noche de puro placer. Lana aún sería la amante de su jefe durante unos días y eso tendría que haberla vuelto intocable. Hacía algún tiempo, ese mismo año, Lana lo había invitado una noche a su casa, donde se arrojaron a la cama y se sumergieron el uno en el otro. Pero, a la mañana siguiente, Lana regresó junto a Van Niekerk y sus bolsillos bien llenos. A partir de entonces, se evitaban y hacían como si no recordasen que se complementaban a la perfección. Cuando Lana lo llamó para proponerle tomar una copa de despedida, Emmanuel supo que el adiós definitivo sería en la cama. Y aquella noche, teniéndola a su lado medio tapada por las sábanas, se permitió la ilusoria sensación de no estar solo. Sin embargo, Lana desaparecería de su vida al alba: una mujer más a la que no había logrado conservar. Completamente desvelado, recordó el consejo que su madre le había dado hacía años.

«Trata de esquivar los problemas en lugar de lanzarte a ellos de cabeza. Aunque solo sea por una vez, Emmanuel», le había dicho después de descubrir escondidos bajo su cama, en la casucha donde vivían en Sophiatown, unos cigarrillos robados. En aquel entonces, Emmanuel tenía doce años y ya era dolorosamente consciente de que nunca llegaría a ser el hombre bueno y amable que ella había soñado que sería.

El teléfono sonó sobre la mesilla de noche y Emmanuel cruzó la habitación. Se llevó el auricular a la oreja.

–Ja –dijo en voz baja, para no despertar a Lana.

–Estás levantado. –La voz del inspector Van Niekerk se oía sin interferencias–. ¿Duermes mal, Cooper?

–Duermo muy bien, gracias, inspector –dijo Emmanuel. No tenía intención de dejar que el policía afrikáner se introdujera en su cabeza. Cuanto menos supiera Van Niekerk de su salud mental, mejor. Lana se dio la vuelta y los muelles de la cama rechinaron.

–Estás acompañado –dijo el inspector.

Emmanuel pasó por alto esa afirmación y apretó suavemente con un dedo los labios de Lana.

–¿Qué desea, señor? –preguntó.

Al otro extremo del hilo se produjo una pausa, suficientemente breve como para indicar que su interlocutor estaba poniendo en orden sus ideas, y

suficientemente larga como para que a Emmanuel le diese tiempo a imaginar que el inspector sabía cómo había pasado la noche y con quién.

–Haz el equipaje –dijo Van Niekerk–. Para unos cuantos días. Tengo un caso para ti. Un asesinato.

Emmanuel retiró la mano de la boca de Lana y anotó en su libreta los detalles del trabajo. Un homicidio en Roselet, un pueblo de granjeros situado en las cercanías de los montes Drakensberg y a cuatro horas de Durban. Se desconocían la edad, la raza y el sexo de la víctima.

–Saldré a primera hora de la mañana, inspector –dijo, y colgó. Viajar en la oscuridad por los Drakensberg era peligroso debido a los baches de aquellas carreteras de tierra, tan hondos como para bañar en ellos a un niño, y a las cabras y las vacas que andaban sueltas. Esperaría a la primera luz del día para ponerse en camino.

Echó un vistazo al despertador. Las cuatro menos cuarto de un domingo por la mañana. Si el inspector sabía que no podría emprender el viaje hasta después de unas horas, ¿por qué lo había llamado en mitad de la noche? Van Niekerk nunca hacía nada sin motivos. ¿Cuál sería el motivo en esta ocasión?

–Emmanuel... –Lana se estiró contra las sábanas arrugadas levantando los brazos sobre la cabeza–. ¿Tienes que irte ahora mismo?

–No. –Se inclinó hacia delante y le sujetó las muñecas sobre el colchón, sintiendo el calor de su piel y el pausado tamborileo de su corazón–. Ahora mismo no.

El joven pastor zulú caminaba velozmente senda arriba, inclinando su huesudo cuerpo para hacer frente a la empinada ladera de la montaña. El rítmico golpeteo de sus pies desnudos desprendía piedras del escabroso terreno y levantaba una polvareda.

–Más arriba, *ma' baas*. –Temiendo agotar la paciencia del policía blanco de impecable traje de chaqueta azul y sombrero negro encasquetado sobre la frente para protegerse de la luz, el chiquillo trataba de congraciarse con él–. Tenemos que subir más arriba.

–Voy pisándote los talones –dijo Emmanuel–. Sigue adelante.

Aquel avance sostenido no era nada comparado con el entrenamiento militar o los tres años pasados en combate, marchando de un campo de batalla a otro durante la guerra en Europa. El agente Samuel Shabalala, de la policía judicial nativa, iba justo detrás de él, y el cercano ritmo de su respiración era un estímulo para continuar avanzando.

–Pronto, *ma' baas* –prometió el chico–. Pronto.

–Sigo pegado a ti –dijo Emmanuel. Los muertos eran pacientes. Para ellos, la eternidad era flexible y el tiempo no significaba nada. Sin embargo, el tiempo lo era todo para los investigadores de la policía. Cuanto antes se localizara y se estudiara en detalle la escena del crimen, mayores posibilidades habría de atrapar al asesino.

El pastor se detuvo bruscamente y a continuación se introdujo en el exuberante herbazal que flanqueaba la senda.

–Allí, *ma' baas*. –Señaló hacia lo alto con un dedo esquelético. La senda rodeaba un peñasco de arenisca incrustado en la hierba–. Hay que pasar esa roca y continuar subiendo.

El chico no quería tener nada que ver con lo que les aguardaba más allá.

–Gracias –dijo Emmanuel, y se volvió a mirar hacia atrás. Vio la senda que habían recorrido desde el fondo del valle de Kamberg y los montes que se elevaban al otro lado, en la lejanía. Las nubes se apilaban unas sobre otras detrás de los picos. Las bronceínas cimas de las montañas, algunas salpicadas de nieve, parecían fortalezas de los dioses. En ningún lugar del mundo había nada comparable a los montes Drakensberg.

–¿Hacia dónde, oficial? –preguntó Shabalala al dar alcance a Emmanuel.

–Después de la curva –dijo Emmanuel–. Nuestro guía nos ha abandonado.

Continuaron adelante y rodearon lentamente el peñasco. Tres zulúes que

vestían los tradicionales pellejos de vaca sobre telas estampadas bloqueaban el paso, plantados hombro con hombro en el estrecho sendero. Iban armados con duras mazas de madera y *assekais*, lanzas de caza forradas de cuero sin curtir y con puntas afiladas. Entre los tres formaban un *impi*, una unidad de combate. El más alto de ellos estaba en el centro.

–¿Alguna sugerencia? –preguntó Emmanuel a Shabalala.

A juzgar por su actitud, los zulúes no tenían intención de retirarse del camino. La derrota militar a manos del ejército británico y de los comandos bóers no los había amilanado. Su porte era tal como debió de ser hacía cien años el de sus antepasados: el de intrépidos dueños y señores de su propia tierra.

–¿Y si esperamos a la policía local? –preguntó Shabalala.

Mucho más abajo, al otro lado de la extensión verde esmeralda del valle, estaba la pequeña población de Roselet, la fuente más próxima de refuerzos policiales.

–Pueden pasar horas antes de que el comisario reciba el mensaje –dijo Emmanuel, refiriéndose a la nota escrita a mano que había dejado clavada en la puerta cerrada de la comisaría hacía una hora. También habían encontrado vacío el pequeño bungaló de arenisca adyacente a la comisaría–. No quiero perder más tiempo.

–Entonces debemos avanzar a la vez. Despacio. Con las manos abiertas, así. – Shabalala levantó ambas manos y mostró las palmas vacías a los zulúes. Era un gesto sencillo, universal. Quería decir: «No vamos armados. No queremos hacer daño».

Emmanuel hizo lo propio.

–Ahora solo queda esperar –dijo Shabalala–. No les quite ojo, oficial.

El sol centelleaba en las afiladas puntas de lanza de los guerreros. Las armas no eran polvorientas antigüedades sacadas de la choza del abuelo. Y tampoco los hombres eran reliquias. Eran altos y musculosos. Emmanuel supuso que toda una vida corriendo por el monte y cazando los había mantenido letales.

–Ni por un instante he pensado hacerlo –dijo.

–¿Quiénes sois? –preguntó en zulú el hombre de en medio. Era el mayor de los tres.

–*Sawubona, inkosi*. Soy el agente Samuel Shabalala, de la policía judicial nativa. Y él es el oficial Cooper, el jefe de los investigadores de Durban.

–*Yebo, sawubona* –saludó Emmanuel, a la manera tradicional. Dio por bueno el ascenso instantáneo a jefe supremo. Si Shabalala pensaba que necesitaban algo más de categoría para seguir adelante, probablemente era así.

–Cooper. Shabalala. Os vemos –el hombre de más edad saludó con una inclinación de cabeza, pero no sonrió–. Venid. El primogénito de la hermana de mi padre está esperando.

Emmanuel no se esforzó en desentrañar el parentesco. Los zulúes no tenían árboles genealógicos, sino redes genealógicas. Los hombres giraron en redondo y echaron a correr cuesta arriba en formación, sujetando relajadamente las armas con unas manos que estaban acostumbradas a su peso.

–Tú primero –le dijo Emmanuel a Shabalala. El agente zulú llevaba el uniforme estándar de la policía judicial: traje de chaqueta, zapatos de cuero bien abrillantados y un sombrero de fieltro negro, pero las montañas y el agreste *veld* habían sido su patio de recreo en la infancia. Conocía la tierra y a sus gentes.

Ascendieron por la pronunciada pendiente durante un par de minutos más. Un sobrecogedor lamento grave fue creciendo como una ola hasta cubrir las copas de los árboles y luego se desvaneció poco a poco.

–¿Qué es eso? –preguntó Emmanuel, sin aflojar el paso.

–Las mujeres. –Una respuesta concisa, despojada, pero no por ello menos cargada de tristeza. No era la primera vez que Shabalala oía ese sonido.

Los zulúes se detuvieron y señalaron con sus *assekais* una higuera de roca que se proyectaba casi horizontalmente desde una escarpada cornisa. El sonido se había vuelto más claro: eran voces femeninas que se lamentaban y gemían a gritos entre los matorrales.

–Están esperando –dijo el zulú de más edad.

Emmanuel cedió de nuevo la delantera a Shabalala. La hierba alta y los matorrales clareaban a unos metros del sendero y un grupo de mujeres se hizo visible. Estaban sentadas en círculo, balanceándose adelante y atrás. La higuera de roca extendía sus ramas sobre ellas como un centinela. Emmanuel vaciló. Un paso más y la tristeza lo engulliría y lo arrastraría hacia una época y un lugar de su vida que prefería olvidar.

–Oficial –lo azuzó suavemente Shabalala, y Emmanuel siguió andando. Había escogido vivir entre los heridos y los muertos. Tratar con los vivos era un ingrediente necesario del trabajo.

–Está aquí, *inkosi*. –Una de las mujeres se arrastró hacia un lado para abrir un hueco en el círculo por el que Emmanuel pudiera aproximarse al cadáver.

La chica negra yacía sobre la mullida hierba de primavera, contemplando el plácido cielo azul y las siluetas de los pájaros que cruzaban el aire como flechas. Su cabeza reposaba en una manta de cuadros enrollada y había florecitas rojas y amarillas esparcidas por el suelo. Tres o cuatro flores se le habían colado en la boca, que estaba entreabierta.

–Tenemos que acercarnos más –le dijo Emmanuel a Shabalala, y el agente zulú transmitió la petición en voz baja. Las mujeres rompieron el círculo, pero se reagruparon de nuevo bajo las ramas de una cercana acacia espinosa. Sus lamentos amainaron y los sustituyó el sonido apagado del llanto contenido.

–*Hibo...* –susurró Shabalala cuando ya estaban acucillados a ambos lados de la chica.

Aquello no era un apuñalamiento hecho de cualquier forma ni una discusión doméstica que había llegado demasiado lejos, como se habían imaginado cuando el inspector Van Niekerk puso personalmente en sus manos el caso.

–Y que lo digas.

Emmanuel examinó a la víctima. Era joven, de unos diecisiete años, y muy guapa. Los pómulos marcados, las cejas delicadamente arqueadas y los labios carnosos eran rasgos que habría conservado hasta la vejez. Pero ya no. Tan solo quedaba un vislumbre de lo que podría haber sido.

–No hay señales de lucha –dijo Emmanuel. Las uñas de la muchacha, bien arregladas, no estaban rotas. La piel de las muñecas, del cuello y de los brazos no tenía marcas–. Si tuviera los ojos cerrados, diría que estaba dormida.

–Sí –asintió Shabalala–. Pero no ha llegado andando. La han traído hasta aquí. Mírele los pies, oficial.

Emmanuel se agachó más para observarla mejor. Tenía tierra y tallos rotos de hierba pegados a los ásperos talones y a los esbeltos tobillos.

–La han arrastrado hasta aquí y la han colocado así.

–Eso creo –dijo Shabalala.

En circunstancias normales, con la zona acordonada y unos cuantos policías uniformados de guardia, Emmanuel habría tirado del escote del vestido de la chica para comprobar si tenía magulladuras en los hombros o en las axilas. El pudor nunca había preocupado a los muertos. La presencia del grupo de mujeres zulúes le paró las manos, y sacó una libreta y un bolígrafo del bolsillo de su chaqueta.

–No la tiraron al suelo ni la escondieron bajo las ramas –le dijo a Shabalala.

Escribió R.I.P. en la primera página. Descanse en paz. Quienquiera que hubiese llevado a la víctima a aquel lugar deseaba que reposara en un rincón apacible, con la higuera de roca encima y el ancho valle debajo.

–Y las flores. –Shabalala se levantó e inspeccionó la ladera del monte. La extensión verde estaba salpicada de masas de flores escarlatas y amarillas–. Crecen por todas partes, pero dudo que el viento las haya arrastrado hasta aquí.

–Se diría que las han esparcido sobre ella a propósito –dijo Emmanuel, recogiendo una florecilla roja del pliegue del brazo de la joven. Comprendía esa necesidad de dejar una señal visible de respeto a los caídos. Incluso en el caos absoluto de la guerra, los pequeños gestos lo decían todo: colocarle el casco sobre el pecho o cubrirle el rostro con un capote a un soldado muerto era lo más parecido a un elogio fúnebre o a una despedida que podía hacerse en esas circunstancias.

En la siguiente página en blanco, Emmanuel escribió *amada*. Era la primera

vez que surgía esa palabra en la escena de un crimen. No cabía duda de que la muchacha había sido amada y aún lo era. Incluso entonces, ya muerta, la velaban un corrillo de mujeres dolientes y un grupo de hombres armados.

—¿Cuánto tiempo crees que lleva aquí? —le preguntó a Shabalala. Imaginaba que como máximo doce horas. Los buitres y los gatos salvajes aún no habían comenzado a descuartizar su cuerpo.

—Un día y medio. —Shabalala recorrió el perímetro de la escena del crimen, examinando los palitos rotos y la hierba aplastada—. Las huellas de las mujeres son de esta mañana, pero las marcas profundas de los talones de la muchacha son anteriores.

Emmanuel se levantó y se dirigió adonde Shabalala estaba inclinado, sobre unas hojas aplastadas.

—¿Estás seguro de que lleva tanto tiempo a la intemperie?

—Sí, oficial. Así es.

—Pero prácticamente está perfecta. —Echó una ojeada a la chica. Sus esbeltas piernas estaban separadas por la misma distancia que sus hombros, la rodilla izquierda ligeramente doblada como si estuviera a punto de incorporarse y saludar con la mano. El dobladillo del vestido blanco de percal revoloteaba sobre la parte alta de sus muslos..., imposible saber si se lo había levantado el viento o una mano humana. Una marca del tamaño de un guisante rompía la tersura de la cara interna de su muslo izquierdo—. Ningún animal ha estado enredando con su cuerpo. Y no hay señales de lesiones salvo esa magulladura.

—Eso también lo veo yo —dijo Shabalala, e hizo una pausa, remiso a continuar.

Algunos agentes quemaban oxígeno lanzando teorías a medio pergeñar y detalladas explicaciones de los cómo y porqués de un asesinato, pero no Shabalala. Él no hablaba a menos que estuviera seguro de los hechos. Había aprendido a adoptar esa actitud cautelosa. Los agentes negros rara vez añadían comentarios espontáneos o participaban en la cháchara competitiva que bullía en torno a un cadáver. Ellos eran subalternos, cuya presencia en un caso solo se requería cuando era necesario un conocimiento especial de la «situación nativa».

—Cuéntamelo —dijo Emmanuel—. No hace falta que tenga sentido.

Las teorías absurdas sacadas de la nada tenían su utilidad.

—Lo que veo es extraño —dijo Shabalala.

—Cuéntamelo de todas formas.

El policía zulú señaló un rastro de tierra removida y un grueso palo tirado en la hierba.

—Creo que los animales no se acercaron porque quien trajo a la chica a este lugar los mantuvo a raya.

—Tienes que explicármelo —dijo Emmanuel. Las marcas en el suelo no le

decían nada, y el palo no tenía restos de sangre ni otros indicios de haber sido utilizado.

–Un hombre... –el agente zulú titubeó y se desplazó a la derecha para examinar otra zona donde la tierra estaba revuelta–. Aquí ha estado un hombre pequeño. Corrió desde donde está la muchacha hasta aquí con el palo. ¿Ve esto, oficial?

La pista de un gato salvaje resultaba identificable incluso para los ojos no experimentados de Emmanuel.

–Se alejó de ella para defender el cadáver de los predadores. Lo que significa que debió de quedarse a su lado.

–*Yebo*. Eso es lo que creo.

Emmanuel subrayó la palabra *amada* y añadió *protegida*.

–¿Era un predador humano y esta chica, su presa? –aventuró en voz alta. Muchas veces, las personas mataban a su ser más querido.

Shabalala, frustrado por no poder hacerse una idea de conjunto de la situación, sacudió la cabeza.

–No puedo decir si este fue el hombre que la mató. Han venido varias personas y han dado vueltas por todas partes. Algunas mujeres han cogido puñados de tierra y se han revolcado en el suelo. Se han perdido muchas huellas. Un hombre la trajo aquí y mantuvo a los animales a raya. Es todo lo que veo.

–Sabemos mucho más de lo que tenemos delante –dijo Emmanuel–. Vamos a echar otro vistazo al cuerpo y luego hablaremos con las mujeres, a ver qué nos cuentan de la víctima.

–*Yebo* –asintió Shabalala, y volvieron al lugar donde yacía la muchacha. Un saltamontes amarillo se había posado en el arco de su cuello y estaba atareado limpiándose las alas y las largas antenas.

–No hay lesiones visibles –dijo Emmanuel, y espantó con la mano al saltamontes. Todavía no se podían descartar las causas naturales–. Tenemos que darle la vuelta para ver lo que está oculto.

Giraron el cuerpo de lado para dejar la espalda a la vista. Las mujeres reunidas bajo la acacia emitieron un grito ahogado. La muchacha era suya y en sus pensamientos aún seguía viva. Les afectó mucho ver la facilidad con que se les había escapado de sus brazos protectores para ir a parar a manos de unos desconocidos.

–Allí –dijo Emmanuel. Un pequeño orificio, del tamaño de una cabeza de chincheta, traspasaba el vestido blanco de percal justo encima de la cintura. La tela estaba moteada de sangre–. Podría ser la herida de entrada de una bala.

–O también de un cuchillo. –Shabalala presionó el suelo donde había estado

tendida la chica con las yemas de los dedos y se las miró-. La sangre ha humedecido la tierra y la hierba, sin llegar a empaparlas.

-No murió desangrada. Pero no es buen momento para examinar la herida de entrada. -Con palpable inquietud, las dolientes se habían ido acercando poco a poco a la escena del crimen-. El cirujano del distrito estará en condiciones de explicarnos las cosas dentro de unos días. Hasta entonces, solo podemos hacer conjeturas sobre la causa de la herida. Vamos a ponerla de espaldas y a averiguar quién es.

Giraron el cuerpo de la muchacha hasta su posición original y Shabalala le puso la manta de cuadros bajo la cabeza, como si fuera a estar incómoda sin ese apoyo.

-¿Quieres ocuparte tú de los interrogatorios? -preguntó Emmanuel.

Él hablaba zulú, había tratado con chicos y chicas zulúes, e incluso se había movido libremente por sus casas hasta que, a raíz de los violentos sucesos en su adolescencia, su hermana y él fueron desterrados a una remota granja ganadera y después a un internado solo para blancos. Esta situación era distinta.

-Debe empezar usted -dijo Shabalala-. Si se hace cargo un policía blanco, sabrán que la cosa va en serio.

Era una opinión sensata. A los agentes nativos de a pie o de la policía judicial se los armaba con palos y se les entregaban bicicletas para sus desplazamientos. Tenían prohibido conducir vehículos policiales. El poder de las armas de fuego, de los vehículos de motor y de la propia ley estaba en manos de los europeos. Shabalala lo sabía. Las mujeres del campo que esperaban bajo el árbol también lo sabían.

-Hable en zulú -sugirió Shabalala en voz baja-. Y deles las gracias por haber cuidado de la muchacha hasta que hemos llegado.

-Lo haré -dijo Emmanuel-. Si mi zulú no está a la altura de las circunstancias, tendrás que sustituirme tú.

Se aproximó a las dolientes. Eran seis, descalzas y vestidas con gruesas faldas negras que les llegaban por debajo de la rodilla. Unos pellejos de vaca finos y flexibles les cubrían el pecho y todas llevaban delicados tocados negros decorados con púas de puercoespín para indicar que eran mujeres casadas, madres del clan.

-La acompaño en el sentimiento -dijo Emmanuel en zulú, dirigiéndose a la mujer que encabezaba el grupo y a la que sujetaban por los codos para evitar que se desplomase. Poseía la misma belleza que la muchacha tendida en la hierba. Tenía que ser la madre o una tía de la víctima-. Gracias por mantenerla a salvo hasta que hemos llegado. Estamos muy agradecidos.

-Amahle Matebula -dijo la mujer-. Así se llama mi hija.

Amahle significaba «la hermosa». Emmanuel había callejeado por

Sophiatown con una gruesa chiquilla zulú del mismo nombre. Era más despiadada e implacable que la mayoría de los chavales de la calle y se enorgullecía de ello. Estaba especializada en robar en las tiendas; vendía la mercancía a cambio de un pequeño beneficio y de un beso de los chicos a los que otorgaba sus favores. Emmanuel había recurrido alguna que otra vez a sus servicios para escoger entre los objetos de su botín los regalos de Navidad de última hora.

–Le dio un nombre acertado a su hija. –Emmanuel hizo las presentaciones antes de volver a sacar la libreta y el bolígrafo–. ¿Cómo quiere que la llame a usted?

–Nomusa.

Madre de la gracia. Otro nombre perfecto. Emmanuel significaba «Dios con nosotros». No le cabía duda de que su madre le había puesto ese nombre en unos de los momentos en que estaba de ese humor radiante y arrebatador que se apoderaba de ella cada pocos meses, haciéndola resplandecer como una fogata.

–Hábleme de Amahle –dijo Emmanuel–. ¿Cuándo la vio por última vez?

–El viernes por la mañana. Fuera aún estaba oscuro. Salió a trabajar y no volvió a casa. –A Nomusa le flaquearon las piernas y las mujeres que la sostenían no aguantaron más. La bajaron poco a poco al suelo y la mantuvieron erguida empujando con las manos y los hombros. Emmanuel y Shabalala se acuclillaron y esperaron a que las mujeres se acomodaran.

–¿Dónde trabajaba? –preguntó Emmanuel cuando Nomusa levantó la cabeza del pecho. Cinco minutos más y ni siquiera habría sido capaz hacer eso.

–En la granja de los Reed, *inkosi*. –La mujer de pelo gris que estaba a la derecha de Nomusa le susurró algo al oído y ella añadió–: En Little Flint Farm. Está aquí cerca. En el valle.

–¿A qué hora solía salir del trabajo Amahle?

Otras chicas más afortunadas habrían vuelto a casa de la escuela a primera hora de la tarde para rellenar los cuadernos de ejercicios con el vocabulario aprendido ese día.

–Al anoecer. Amahle conocía los caminos del monte y nunca se retrasaba. – En ese momento, espoleada por un repentino latigazo de rabia, Nomusa irguió la cabeza bien alta–. Esto se le comunicó al policía blanco el sábado por la mañana, ¡pero no vino! ¡No la buscó!

–¿Informaron de su desaparición al jefe de la comisaría de Roselet? –preguntó Emmanuel.

–*Yebo*. El agente Bagley. Él mismo –dijo Nomusa–. No se molestó en buscar a mi hija y ahora se la han llevado los antepasados.

–Tranquila, hermana. –Una de las mujeres le puso una mano en el hombro a

Nomusa. Con criticar a la policía no se conseguía nada.

–Lo que digo es verdad. –Nomusa se sacudió de encima la mano y se inclinó más hacia Emmanuel. Sus ojos oscuros centelleaban de cólera–. El policía blanco es un mentiroso. Prometió ayudar pero se quedó cruzado de brazos. No le importan las hijas de nadie, solo las suyas.

–Por favor, hermana –dijo otra mujer–. Lo hecho, hecho está.

La irrevocabilidad de las palabras de la mujer pareció apagar la furia de Nomusa. Su expresión se suavizó y le dijo a Emmanuel:

–Desde el día en que nació, mi hija tuvo los ojos puestos en el horizonte y en lo que había más allá. No debería haber permitido que se alejara de mí, pero no le gustaba que la vigilaran. Ahora la he perdido...

Nomusa se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar. Una mujer la abrazó y la acunó como a una niña mientras ella sollozaba. Emmanuel guardó la libreta y se levantó. Insistir en obtener más información no le valdría de nada. El dolor había vuelto inabordable a Nomusa.

–Averigua quién descubrió el cadáver y mira a ver si las mujeres nos pueden facilitar una lista de personas con las que hablar –le dijo Emmanuel a Shabalala–. Yo registraré la zona por si está el arma asesina.

–Sí, oficial. –Arrastrando los pies, Shabalala se acercó más a las mujeres y quedó pacientemente a la espera de un momento oportuno para hablar.

Emmanuel se alejó. La tristeza y la desesperación formaban parte de su trabajo. Estaba acostumbrado. Pero había ocasiones, como aquella, en que los fantasmas de los muertos de su propio pasado trataban de aparecer a plena luz del día en lugar de aguardar a que cayera la noche.

Inspeccionó a fondo la hierba en busca de un cuchillo, un casquillo de bala o un palo afilado; cualquier cosa que hubiera podido causar la herida que Amahle tenía en la espalda. Por los muertos de la guerra no podía hacer nada. Pero sí podía hacer algo con respecto a esta muerte ocurrida en una ladera de Natal.

–Nada –le dijo Emmanuel a Shabalala cuando el agente zulú se unió a la búsqueda del arma asesina diez minutos más tarde–. Esta zona está limpia. Solo queda por registrar esa cornisa de ahí arriba.

Treparon por una ladera escarpada hasta la retorcida higuera de gruesas raíces blancas que se incrustaban en la superficie de basalto. Desde la cornisa tenían una vista despejada de la majestuosa espina dorsal de la cordillera de los Drakensberg. El aire parecía más luminoso y nítido que abajo en el valle.

–Un momento, oficial. –Shabalala recogió un higo a medio comer y examinó el rabo. Se dirigió a un extremo de la superficie rocosa y se inclinó sobre unos matojos de hierba recién crecida–. El hombre pequeño estuvo aquí –dijo–. Comió el fruto del árbol y luego hizo un retrete en la arena.

El retrete era un hoyo pulcramente excavado, lleno de tierra y cubierto por un montículo de hojas de higuera secas.

–Un africano o un europeo que sabe desenvolverse en el monte –dijo Emmanuel, y contempló la ancha franja de tierra que se desplegaba a los pies de las montañas–. En un lugar como el valle de Kamberg hay hombres de ambas clases a montones.

–¿Un hombre blanco sin zapatos que ahuyenta a los animales salvajes con un palo y además come el fruto de una higuera? –Shabalala se mostraba escéptico–. ¿Un hombre que además hace un retrete igual que el de un zulú?

–Tienes razón. Lo más probable es que nuestro sospechoso sea un hombre nativo que conocía a Amahle. –Emmanuel se asomó sobre la cornisa rocosa hacia la ladera cubierta de hierba–. Si todo eso es cierto, la manta de cuadros está fuera de lugar.

Los zulúes utilizaban como almohadas un reposacabezas de madera tallada.

–La manta es un misterio. Ninguna de las madres la había visto antes. No pertenece a la muchacha ni a nadie del *kraal* ¹.

–Puede que la dejara allí la persona que encontró el cadáver. –Emmanuel sabía que era una posibilidad remota. ¿Por qué dejar un objeto caro bajo la cabeza de una muchacha muerta? ¿Quién dedicaría tiempo y esfuerzo a poner más cómoda a una muchacha muerta si no tenía un fuerte vínculo personal con ella?–. Pero ¿quién la encontró? –preguntó.

–Un hombre que bajaba hacia el río para asistir a un bautismo encontró a Amahle esta mañana. –Shabalala volvió a la cornisa, junto a Emmanuel–. Las

madres piensan que todavía está a la orilla del río, pero no creo que la manta sea suya.

–¿Y qué hay de las flores? –preguntó Emmanuel.

–Los zulúes no llevan flores a los muertos. Eso no lo puedo explicar.

Se situaron al borde de la roca y observaron desde allí la escena del crimen. La primavera estaba en todas partes. En el aroma de la tierra húmeda calentada por el sol de la avanzada mañana y en el zumbido de las abejas. Era un día perfecto para que una hermosa chica zulú se tumbara al sol con su vestido de percal y escuchara el susurro de las hojas y el canto de los pájaros. En lugar de eso, un grupo de mujeres estaban sentadas bajo las ramas de un árbol espinoso, enmudecidas por el dolor, sin atreverse a perder de vista el cadáver. En las cercanías, varios hombres armados con lanzas y mazas custodiaban el lugar del crimen.

–Comprobaremos si la manta tiene etiqueta o algún nombre cuando la familia haya despejado el campo. No queremos que el *impi* saque conclusiones apresuradas y vaya a por el dueño –dijo Emmanuel.

Desde la ladera opuesta del monte surgió de pronto un joven con una rueda de bicicleta abollada encajada bajo el brazo, corriendo tan deprisa como para escapar de su propia sombra. Una nube de saltamontes marrones y naranjas se retiraron del camino a saltos y una paloma de alas verdes levantó el vuelo desde la hierba. El *impi* cerró filas, pero el joven los esquivó echándose a la izquierda y pasó de largo.

–Coged los escudos. Ya llega –dijo a voces.

Los guerreros formaron una barrera solapando los bordes de sus escudos de cuero de vaca y levantaron los ojos hacia la abrupta cumbre. Emmanuel y Shabalala hicieron lo propio, impulsados por una creciente sensación de peligro.

Un enjuto zulú apareció en la cúspide armado con una lanza corta. Reconoció el terreno y divisó a los guerreros que defendían el camino. Levantó la lanza y golpeó el escudo con el mango de madera, emitiendo una nota baja como un latido de corazón. En la cumbre aparecieron cuatro zulúes más, todos batiendo sus escudos con las lanzas, hasta que el ruido reverberó por toda la ladera.

–Habrá combate. Tenemos que hacer algo. Ya. Antes de que se enfrenten los dos grupos. –Shabalala echó a correr cuesta abajo, resbalando, con los brazos extendidos para mantener el equilibrio. Los golpes de tambor se iban haciendo más rápidos e intensos; ese corazón humano estaba hinchado de adrenalina.

Emmanuel corrió a la misma velocidad que Shabalala. No era experto en táctica militar zulú, pero suponía que los hombres del monte se precipitarían camino abajo empuñando las lanzas tan pronto como cesara el batir de

tambores. Se desvió a la derecha, dirigiéndose al tramo de camino que había entre ambos grupos de zulúes.

Cuatro golpes más fuertes de las lanzas contra el cuero y, después, el silencio. Se elevó un grito y los hombres del monte se lanzaron a todo correr hacia el *impi* que montaba guardia en el camino. La distancia que los separaba se acortó.

–Oficial –dijo, jadeante, Shabalala–. El arbusto de artemisa.

Emmanuel lo vio, una retorcida masa vegetal que crecía en el camino pocos metros por delante del *impi*. Ese era su objetivo, el último punto del camino al que Shabalala y él podían acceder para formar un amortiguador humano entre los oponentes zulúes.

El estrépito de las pisadas se acercó mientras una polvareda se levantaba tras el *impi* atacante. Shabalala y Emmanuel aceleraron al máximo la carrera y llegaron al camino justo al lado de la artemisa que les servía de guía.

–Ocúpate del *impi* de atrás. –Emmanuel sacó su carné policial y desabrochó la funda de su revólver–. Yo me ocuparé de los atacantes.

Los policías se colocaron espalda con espalda, sacando pecho, dando una imagen de confianza que ninguno de los dos sentía. El *impi* que avanzaba hacia ellos se aproximó más, con las lanzas centelleando bajo el sol.

–¡Alto! ¡Policía! –Emmanuel levantó su tarjeta de identificación, una especie de escudo respaldado por el poder del gobierno blanco. Fue a echar mano al revólver Webley, bien ajustado en su funda de cuero, pero se lo pensó mejor. No quería provocar una escalada de violencia–. Tiren las armas. ¡Ahora mismo!

El jefe del grupo atacante continuó acercándose, impertérrito ante el trozo de papel plastificado de Emmanuel. Era alto, con un rostro de una belleza austera, de ángulos pronunciados y piel tersa. Grandes cicatrices, plateadas bajo el sol, le cruzaban el pecho y los hombros de lado a lado. Los hombres que lo seguían aflojaron el paso, pero tampoco ellos se detuvieron.

Emmanuel empezó a hablar en zulú.

–Dos pasos atrás. Ahora mismo. –Avanzó para reforzar sus palabras desafiantes, extendiendo el dedo índice y hablando alto, con un siniestro tono amenazador, tal como se indicaba en los manuales de entrenamiento de las Fuerzas Policiales sudafricanas–. No voy a repetirlo.

Shabalala se dio la vuelta y se pegó al hombro derecho de Emmanuel, confiriendo mayor contundencia a la orden policial.

El líder del *impi* recién llegado se detuvo y pareció sopesar los riesgos de seguir adelante con el ataque.

–Habla muy bien el zulú para ser europeo –dijo en inglés, y dejó que se deslizaran hasta el suelo su lanza corta y su escudo.

Emmanuel se aproximó más.

–Las manos en alto, donde pueda verlas –dijo–. Sus hombres también.

Los cuatro guerreros zulúes continuaron blandiendo sus armas y escudos, renuentes a actuar sin haber recibido órdenes directas de su jefe.

–¿Qué va a pasar? –preguntó Emmanuel–. ¿Vamos a hablar o a combatir? Yo estoy dispuesto a las dos cosas.

El hombre sonrió.

–Solo un loco usa lanzas para luchar con un policía con pistola.

Indicó por señas a sus hombres que dejaran las armas sobre la hierba. Acataron su orden.

De una patada, Emmanuel apartó la lanza del alcance del enjuto zulú.

–Su nombre –dijo.

–Soy Mandla, el primogénito del gran jefe Matebula.

Mandla. Significaba «el fuerte».

–¿Y su madre? –preguntó Emmanuel. El parecido de la belleza física de Mandla y de Amahle era tan notable que podrían haber sido hermanos de padre y madre.

–Mi madre es La Matenjuwa. La primera esposa del gran jefe.

–Primogénito de la primera mujer –dijo Emmanuel. Mandla era un futuro jefe y hermano de Amahle por parte de padre–. ¿Qué ha venido a hacer?

–He venido a recoger a la hija del gran jefe. –Mandla se volvió hacia el *impi* que montaba guardia en el camino–. Su cuerpo pertenece al clan Matebula. No tenéis derecho a estar aquí.

–Has venido sin honor –gritó el hombre mayor del primer *impi*–. Con tu violencia, insultas a los muertos y a los antepasados.

Mandla echó la cabeza atrás con brusquedad y sus labios se afinaron.

–Los hijos pertenecen al padre, no a la madre. La muchacha debe regresar con nosotros al *kraal* de su padre tal como dicta la ley.

–Quien fertiliza el huevo pero no se ocupa del polluelo no es un padre, ni siquiera entre los zulúes –replicó el hombre mayor.

Shabalala contuvo el aliento al oír aquella acusación y volvió a girar en redondo para cubrir la espalda de Emmanuel.

–Apártense diez pasos –ordenó Emmanuel a las dos ramas de la familia de Amahle–. Las palmas hacia fuera donde podamos verlas.

Los hombres obedecieron de mala gana.

–Escúchenme con atención. –Emmanuel habló serenamente–: Somos los policías a cargo de investigar la muerte de Amahle. Es su hermana y su sobrina, pero de momento nos pertenece a nosotros. A la policía. Decidiremos cómo y adónde se desplazará. Sé que es difícil para todos ustedes, pero así deben ser las cosas.

Se volvió para mirar a los ojos al anciano que los había acompañado hasta el círculo de mujeres dolientes.

–¿Comprendido?

El hombre respiró hondo, todavía enfadado.

–Comprendido, *ma' baas* –dijo.

Permitir que Amahle pasara a estar al cuidado de la policía sudafricana era peor que devolverla a casa de su padre, pero no había alternativa. La policía era más fuerte que todos los clanes del valle juntos.

Emmanuel se volvió hacia Mandla y dijo:

–¿Lo ha comprendido?

Mandla hizo una inclinación muy poco sumisa y contestó:

–Le escucho.

Plegarse a los deseos del policía proporcionaba a Mandla una retirada estratégica. Emmanuel sospechaba que Mandla se avendría a cualquier petición, se doblegaría ante cualquier amenaza, pero haría lo que le viniera en gana en cuanto la policía saliera del valle. Más allá de los vallados de las granjas de los blancos, Mandla y su padre, el gran jefe, eran la ley.

–No podemos dejar a la muchacha en medio del *veld*, ni siquiera bajo vigilancia –susurró Shabalala. El procedimiento oficial era dejar *in situ* a las víctimas de un asesinato hasta que llegase a recogerlas el furgón del depósito de cadáveres–. Tenemos que llevárnosla ahora, mientras sea de día.

–De acuerdo –dijo Emmanuel, e hizo señas a Mandla y a sus hombres–. Cojan los escudos y regresen al *kraal* de su padre. Dejen las lanzas al pie de esa roca hasta que nos hayamos ido.

No confiaba en que Mandla se retirase sin haber peleado. El heredero del gran jefe obviamente estaba acostumbrado a mandar y volver a casa de su padre sin el cuerpo de Amahle era un golpe a su autoridad.

–Como usted diga. –Mandla giró sobre sus talones y se dirigió velozmente a la cumbre del monte. Se detuvo en lo alto, donde había aparecido al principio, y se acuclilló en la hierba, flanqueado por sus hombres, retando a los policías a que lo echaran de allí.

–Hemos hecho un enemigo –dijo Shabalala.

–El primero de muchos –respondió Emmanuel.

Amahle no era una muchacha zulú común y corriente. Era la hija de un jefe, muy querida y disputada. ¿Qué peligrosas emociones habría despertado en los corazones de zulúes y europeos cuando aún vivía?

Emmanuel conducía con cuidado el Chevrolet negro de la policía por la pista de tierra que comunicaba la comisaría de Roselet con la casa del comisario, un pequeño edificio de arenisca con arbustos de lavanda plantados a ambos lados de la escalera de entrada. La calle principal estaba tranquila, pero no podía correr el riesgo de que algún peatón que volviera a casa desde la iglesia echase un vistazo al asiento de atrás y descubriera tumbada allí a una muchacha negra muerta.

–El comisario y su familia están en casa –comentó.

Delante de la casa de piedra había aparcada una rutilante furgoneta policial. Más allá, a la sombra de un sicomoro, dos niñas de cabello lustroso con faldas azules de peto, acucilladas junto al pequeño montículo de un hormiguero, metían un palo por la entrada y disfrutaban del pánico de los insectos. Levantaron la vista a la vez al oír el coche y corrieron a la puerta trasera, diciendo a voces: «¡Ven de prisa, papá!» y «¡Tenemos visita!».

–Llevaremos a Amahle al médico del pueblo después de habernos presentado aquí. A ver qué nos puede decir sobre la herida de la espalda.

–Se lo voy a explicar –dijo Shabalala, y Emmanuel salió del coche y permaneció de pie, de espaldas al Chevrolet. La conversación entre Shabalala y Amahle le puso nervioso, le hizo pensar en los millones de víctimas de guerra a quienes se dejaba adentrarse a solas en el territorio de los muertos. Comprendía que aquellas conversaciones eran necesarias, puesto que a los zulúes les preocupaban los espíritus errantes; cuánto le habría gustado que los muertos le dijeran a Shabalala quién los había matado.

–Nos esperará aquí –dijo el policía zulú al apearse del coche–. Pero no le resulta fácil. Nomusa, su madre, está llamando a su espíritu para que vaya a casa.

–La llevaremos en cuanto podamos –dijo Emmanuel–. Pero antes hay que determinar la causa de la muerte.

Sin embargo, Shabalala y él sabían que si el reconocimiento médico no arrojaba resultados concluyentes, habría que transportar a Amahle al depósito de cadáveres más próximo para una autopsia en regla. Un retraso prolongado podría aumentar la tensión que habían presenciado en la montaña. Y también proporcionaría a la familia tiempo de sobra para imaginar el cuerpo de su amada muchacha desnudo sobre una fría mesa, y los órganos que le habían extraído en cubos de acero.

–Vamos a presentarnos al comisario y seguimos con el plan –dijo.

La puerta mosquitera de la casa de arenisca se abrió de golpe y las niñas que habían estado atormentando a las hormigas en el jardín de atrás corrieron hasta la baranda del porche. Plantaron los codos en el barandal de madera y examinaron a los recién llegados. Con su piel pálida, sus rizos y sus ojos color de avellana, podrían ser un par de duendes fisgones, pensó Emmanuel.

–¿Ves? –chilló la niña mayor por encima del hombro–. Te lo habíamos dicho. Visita.

–Allí. –La hermana pequeña apuntó con el dedo–. En el jardín.

–Gracias, tesoritos. –Un robusto hombre blanco con traje de domingo de color verde salió de la casa detrás de las chiquillas y les alborotó el pelo con la mano.

De unos treinta y cinco años, tenía los hombros anchos, el pelo rojo muy corto y ese tipo de piel que en lugar de broncearse se quema y se pela.

–¿En qué puedo servirles, caballeros? –preguntó, con un centelleo de interés en los ojos verdes. Su acento era del condado irlandés de Clare, suavizado por décadas de vida en Sudáfrica.

–¿Agente Bagley? –Emmanuel hizo una pausa para que el jefe de la comisaría tuviera tiempo de acostumbrarse a la visión de dos desconocidos en su jardín..., uno de ellos un zulú de más de metro ochenta, vestido con un traje hecho a medida–. Soy el oficial Emmanuel Cooper, del Departamento de Investigación Criminal de West Street, Durban. Y este es el agente Samuel Shabalala, de la policía judicial nativa.

–*Yebo, inkosi* –Shabalala saludó al comisario a la antigua usanza, quitándose el sombrero y llevándoselo al pecho en señal de respeto. Roselet era una población agrícola de blancos y sus ciudadanos debían de tener la imagen tradicional de los negros: que trabajaban duro, hablaban poco y respetaban el orden de las cosas.

–Ah... –El comisario parecía sorprendido. Se inclinó y le dijo a la niña mayor–: Entrad y decidle a mamá que tengo trabajo, pero no tardaré nada. ¿De acuerdo, cielo?

–*Ja*, de acuerdo, papi.

Las niñas se retiraron despacio, a todas luces fascinadas por Shabalala. Su mundo conocido era el de su pueblo: padres europeos, amigos europeos, sirvientes negros y un puñado de chiquillos morenos e indios con los que no se les permitía hablar ni jugar. Qué raro y emocionante ver a un zulú vestido de traje de chaqueta hombro con hombro con un blanco.

–Agente Desmond Bagley, comisario de policía de Roselet. –Bagley descendió de la galería y le dio a Emmanuel un apretón de manos fuerte y breve. A Shabalala le dirigió una cortés inclinación de cabeza–. Están muy lejos de su ciudad. ¿Qué los ha traído por aquí, oficial?

–No ha recibido el mensaje –dijo Emmanuel, mirando hacia la entrada de la comisaría. La nota escrita a mano seguía clavada en la puerta. Lo cual suponía que tendría que decirle cara a cara a Bagley que se había cometido un asesinato en su jurisdicción.

–Por lo general uno de mis hombres se encarga de abrir la comisaría y de traerme los mensajes, pero los dos se han ido a un bautizo en el valle –dijo Bagley–. Yo mismo acabo de llegar de la iglesia. ¿Ha ocurrido algo que debiera saber?

–Un asesinato en el valle de Kamberg –dijo Emmanuel, confiando en que la sensación de ineptitud de Bagley por ser el último en enterarse se disipara con el tiempo.

–Dios mío... –El rostro del comisario se tiñó de rubor–. ¿Quién?

–Amahle Matebula –dijo Emmanuel–. Una joven zulú.

–Amahle... –Bagley frunció el ceño y desvió la vista hacia la comisaría. Una vena de su frente palpitaba ostensiblemente–. Me suena el nombre.

–El sábado por la mañana fue comunicada su desaparición –dijo Emmanuel–. Por su familia.

–Vamos a ver... –Bagley sacó un paquete de Dunhill Cubas del bolsillo de su chaqueta y perforó con la uña el papel de aluminio de la base superior. Las palpitaciones de la vena delatora se intensificaron–. El viernes por la noche hubo una pelea en la zona nativa, dos arrestos. El sábado hubo un robo de ganado en la granja Dovecote y después forzaron la entrada de Dawson's General Store. Mis hombres y yo no dábamos abasto.

–Ya veo. –La ola de delitos que se había abatido sobre Roselet no impresionó a Emmanuel. Bagley estaba soltando una sarta de excusas por no haber actuado en el intrascendente asunto de una joven negra desaparecida–. ¿Está registrada en el libro de incidencias de la comisaría la desaparición de Amahle Matebula, comisario?

«Olvidarse» de registrar una denuncia formal era el método más sencillo de archivar una investigación molesta.

Bagley sacó un cigarrillo y golpeó la punta contra su muñeca.

–Estoy intentando recordar los detalles.

–Tómese su tiempo –dijo Emmanuel, y esperó en silencio. La negligencia en el trabajo policial, fuera cual fuese el caso, era inexcusable. Bagley no obtendría su ayuda para encubrir un incumplimiento del deber.

–Es verdad. –El comisario buscó a tientas en su bolsillo una caja de cerillas, rascó una contra el rascador y encendió el cigarrillo–. El sábado por la mañana vino un chico zulú, dijo que la tal Amahle no había vuelto a casa del trabajo el viernes. Los detalles están en el libro de incidencias.

–¿A qué hora se presentó el chico? –preguntó Emmanuel.

Pese a los esfuerzos de Bagley por aparentar despreocupación, la vena de su frente indicaba algo muy distinto.

–Sobre las siete de la mañana. –Arrojó la ceniza sobre un arriate del jardín y sonrió, como disculpándose–. Voy a serle sincero, oficial. No pensé ni por un instante que fuera algo grave. Las chicas desaparecidas suelen volver al cabo de unos días.

–¿Conocía la policía a Amahle? –preguntó Emmanuel. Las jóvenes negras guapas con una vena rebelde aparecían inevitablemente en los archivos policiales locales en relación con infracciones de consumo de alcohol por menores de edad o investigaciones sobre comercio carnal–. Una lista de delitos previos sería un buen punto de partida para la búsqueda de sospechosos.

–El sábado por la mañana fue la primera vez que el nombre de esa chica apareció en el registro –dijo Bagley–. Y no es de extrañar, los nativos del valle de Kamberg son muy tradicionales y reservados.

Cierto. Pero no tener antecedentes policiales no significaba necesariamente que Amahle fuera una chica sin historia. Solo los integrantes de la comunidad zulú estarían en condiciones de proporcionarles un retrato detallado de cómo había sido en vida.

–¿Tendrán los policías nativos alguna idea sobre lo que puede haberle sucedido? –preguntó Emmanuel. Las comunidades negra y blanca se solapaban en lugares de trabajo específicos: la cocina, el jardín, la granja y el cuarto de los niños. Las leyes de segregación las mantenían separadas en los bares y los dormitorios.

–Ya se lo he dicho. –Bagley inhaló a fondo la nicotina y enfocó la vista hacia la nota que ondeaba en la puerta principal de la comisaría–. Hemos estado muy ocupados estos dos últimos días.

No se había realizado ni una sola llamada telefónica ni se había hecho pregunta alguna sobre la desaparición de Amahle Matebula. Las personas desaparecidas eran una pesadilla para la policía, pero a Emmanuel no le cabía duda de que las cosas habrían cambiado mucho si Amahle hubiera sido una chica rubia con ojos azules, pecas y una nariz respingona. Al menos Bagley tenía la delicadeza de parecer incómodo por su negligencia.

–Reconozco que debería haberla buscado, oficial. Pero ya comprende usted cómo funcionan las cosas...

Emmanuel comprendía perfectamente cómo funcionaban las cosas. Y le entristecía.

–*Inkosi* Bagley. *Inkosi* Bagley... –gritó una voz desde la pradera que había detrás de la comisaría. Dos negros vestidos con las inconfundibles túnicas blancas que usaban los adeptos de la Iglesia Nativa de Sión corrían hacia ellos, sudando y jadeando.

–Agentes –dijo Bagley cuando los dos policías nativos se pararon en seco al ver a Shabalala, que en esos momentos estaba junto al Chevrolet, con las manos apoyadas en el capó. Un gesto protector extraño, considerando que la pasajera del coche ya estaba muerta.

–¿Qué pasa, Shabangu? Suéltalo. Estos hombres también son de la policía –le dijo Bagley a un hombre demacrado con entradas en el pelo; su túnica, que le llegaba al tobillo, estaba salpicada de barro y manchada de sudor.

–Un asesinato en el valle –dijo Shabangu, que se dirigía a la tierra que había a los pies de Bagley–. Esta mañana han encontrado a la hija del jefe Matebula junto a Little Flint Farm. *Baba* Kaleni la vio con sus propios ojos.

–¿Dónde está ahora Kaleni? –preguntó Emmanuel a Shabangu–. Nos gustaría hablar con él.

–Está en el río, en el bautismo, *inkosi*. Cojan el camino que sale seis kilómetros y medio más allá del letrero de Little Flint Farm. Junto a una peña con forma de cabeza de perro.

–Gracias –dijo Emmanuel, y se volvió hacia Bagley–. Tenemos que ir a ver al médico del pueblo. Si lo hay.

Hospital no habría. Roselet era demasiado pequeño.

–Se llama Daglish y vive aquí al lado, en Greyling Street. –Bagley señaló la calle que discurría en paralelo a la comisaría–. ¿Para qué necesitan un médico?

–Para que examine el cadáver. –Emmanuel se dirigió al Chevrolet–. ¿Cómo reconoceremos su casa?

–Giren a la izquierda en Greyling. Es la sexta casa de la izquierda. Tiene una valla amarilla y un peral a la entrada. –Bagley atravesó el jardín mientras hablaba, atraído hacia el Chevrolet negro por lo que las palabras de Emmanuel le habían dado a entender. Miró con atención la silueta del cuerpo de Amahle bajo la manta de cuadros a través de la ventanilla lateral trasera–. Es una casa muy bonita. No tiene pérdida.

Emmanuel hizo una pausa antes de subir al coche.

–Necesitaré usar el teléfono de la comisaría cuando regresemos. Tendré que llamar a Durban.

–Cómo no, oficial. Mis hombres y yo haremos todo lo que sea necesario para ayudarlo. Basta con que me lo haga saber.

–Muy agradecido. Vamos a ver si encontramos alguna pista y enseguida los incorporaremos a la investigación a usted y a los agentes nativos.

–Ya sabe dónde encontrarnos cuando le haga falta. –Bagley se retiró hacia la escalera de entrada, con el cigarrillo consumido hasta el filtro–. La comisaría está a su disposición.

Emmanuel imaginó un titular en la portada de la revista mensual de la policía:

«La policía local dispensa una cálida acogida a la policía judicial de la ciudad y le ofrece su ayuda».

Debería haberle agradado que no hubiera rivalidades interdepartamentales, pero en lugar de eso le irritó. El orgullo y la fidelidad a tu pueblo y a tu gente exigían algo más que un pasivo: «Ya sabe dónde encontrarnos cuando le haga falta». Bagley cedía sin la menor resistencia el control de un caso de asesinato cometido en su propio territorio. Solo un policía que fuera el colmo de la holgazanería actuaría así.

Emmanuel condujo marcha atrás hasta Greyling Street. La principal vía pública de Roselet era una ancha calle de tierra con tiendas para los granjeros blancos y los turistas que huían de la humedad de la ciudad. Además había un almacén de material agrícola, un pequeño café decorado con cortinas de guingán azules y blancas, y un almacén general con el nombre dawson's pintado en pan de oro en el escaparate.

—La madre tenía razón —dijo Shabalala cuando perdieron de vista la comisaría—. El comisario no buscó a Amahle.

—Ni por un segundo. —Emmanuel echó un vistazo a las casas de la izquierda de la calle—. Comparada con un robo en el almacén general, la desaparición de una muchacha negra era fácil de olvidar. No estoy diciendo que esté bien, pero ya sabes cómo funcionan las cosas.

—Comprendo muy bien cómo son las cosas. —Shabalala señaló una valla amarilla delante de una amplia parcela que se extendía en declive desde la calle—. Es aquí, oficial.

—¿Le has notado algo especial a Bagley aparte de la vena de su frente? —Emmanuel enfiló la entrada de vehículos y aparcó.

—Sí. Miraba hacia la comisaría, al cigarrillo, al jardín, pero nunca a nosotros.

—O estaba avergonzado por no haber hecho nada o estaba mintiendo sobre algo. Habla mañana con los agentes nativos y averigua lo que puedas sobre Bagley. De sus asuntos confidenciales.

—*Yebo* —dijo Shabalala a la vez que se apeaba del coche.

En el aire flotaba la fragancia de las rosas y el sol brillaba sobre las paredes enjalbegadas de la casita de campo del médico. El jardín estaba en flor y plagado de abejas. A lo largo de la linde del fondo de la propiedad serpenteaba un arroyo, y al otro lado se extendía un fértil valle hasta las distantes montañas coronadas de nubes.

—Segunda ronda de presentaciones —dijo Emmanuel mientras se dirigían a la puerta principal por un estrecho sendero de piedra. Pulsó un timbre dorado que había en la fachada y aguardó. No acudió nadie—. Es domingo. El doctor tal vez esté en la iglesia —dijo, y volvió a llamar.

Se oyeron crujir las tablas del suelo y Emmanuel echó mano a su carné policial automáticamente. Comprobó que era el correcto. Por motivos que ni él mismo lograba explicarse, aún llevaba encima la pequeña tarjeta verde de identificación racial estampada con la palabra «mestizo». Presionado por el Departamento de Seguridad, y para proteger la identidad blanca de su hermana, Emmanuel había optado por aceptar en secreto la reclasificación racial como «mestizo» y la expulsión del Departamento de Investigación Criminal de Johannesburgo. Una vez reclasificado, se trasladó a Durban, consiguió trabajo en el muelle de carga del puerto y procuró no llamar la atención de la policía. Podría haber pasado el resto de su vida empuñando un martillo y arrastrando mercancías de no ser por el inspector Van Niekerk, que lo reincorporó a la policía judicial como recompensa por haber resuelto un brutal asesinato triple. Con sus dos nuevos trozos de papel, volvía a ser blanco y policía.

El sentido común le decía que debería quemar sus viejos documentos y olvidar los ocho meses pasados en el lado equivocado de la frontera del color. Pero no podía. Tal vez la documentación contradictoria de «europeo» y «mestizo» reflejaba el enrevesado camino que había seguido su vida hasta entonces. Se crio como un *kaffir* blanco en Sophiatown, un suburbio de los arrabales de Jo'burgo, se convirtió en un adolescente marginado y perdido en el *veld*, entre el pueblo «elegido» afrikáner, después fue a la guerra de Europa y regresó con medallas por haber matado a gente. Ahora poseía un carné de la policía sudafricana y vivía en una sociedad esquizofrénica en la que creía que nunca llegaría a encajar.

El pomo de la puerta giró. Emmanuel levantó su tarjeta de identificación y sonrió. Era lo mínimo que podía hacer. Estaba a punto de estropear al médico su perfecta tarde de domingo.

—Policía.

Una mujer alta de nebulosos ojos azules y cabello oscuro cortado casi al rape mantenía la puerta entreabierta con el codo. Era hermosa a esa manera de las inglesas de rostro caballuno que usaban vestidos estampados con flores, pamelas y guantes de algodón.

—¿Ha vuelto Jim a estrellarse con el coche?

—No se trata de un accidente de coche —dijo Emmanuel, disgustado por la posibilidad de que el médico local fuera un loco de la velocidad con todo un historial de trayectos truncados—. Querríamos hablar un momento con el doctor Daglish, si está en casa.

—La doctora Daglish soy yo, oficial. Margaret Daglish. —No parecía molesta porque Emmanuel hubiera dado por sentado que el médico del pueblo tenía que ser un hombre—. ¿Qué desea?

Emmanuel hizo las presentaciones pertinentes, dándose tiempo para

recuperarse del bochorno. Pensar que las palabras *mujer* y *médico* no casaban era tan provinciano como machista.

–Tenemos el cadáver de una adolescente que requiere un reconocimiento médico para determinar la hora y la causa de la muerte. Es urgente.

–¿Quién es? –Las oscuras cejas se le dispararon hacia arriba.

–Una chica zulú. Amahle Matebula –dijo Emmanuel, y una emoción indeterminada asomó por un instante al rostro de la doctora. ¿Inquietud? ¿Miedo? Y también otro sentimiento menos intenso que tampoco era capaz de identificar. ¿Pena?–. ¿La conocía?

–No. –Margaret Daglish levantó la mano izquierda para mostrarle la muñeca vendada–. Me temo que no voy a poder ayudarle, agente Cooper. Me caí hace una semana. No puedo ni pensar en manipular el instrumental. Me faltan fuerzas para realizar un reconocimiento como es debido. Con el que pudiera quedarme satisfecha.

–¿Es incapaz de llevar a cabo un reconocimiento? –dijo Emmanuel, sosteniéndole la mirada. Detrás de aquella negativa había algo más que una muñeca dislocada.

–Un reconocimiento completo y a fondo no puedo hacerlo. Sería imposible. –La doctora Daglish se inclinó hacia él y añadió con un tono de preocupación–: Debe buscar a otro médico. Uno que no sea de esta región.

–Ya veo. ¿Dónde me sugiere que lo busque?

–En Pietermaritzburgo o Durban –fue la respuesta inmediata–. Un médico cualificado que pueda pasar unos días en Roselet y marcharse una vez cumplido su cometido.

Emmanuel reflexionó sobre lo que en realidad le estaba diciendo Daglish: Amahle debía ser reconocida por un forastero objetivo sin lazos con la comunidad local, que firmase los resultados médicos y se marchase del pueblo antes de que los trapos sucios comenzasen a salir.

–Lo del médico de fuera se puede arreglar –dijo Emmanuel.

–Será lo mejor –dijo Daglish con una sonrisa tensa–. Con mucho gusto proporcionaré al médico que venga el material necesario.

Que esquivase el reconocimiento era una cosa, y otra muy distinta que Emmanuel permitiera a la médica del pueblo desentenderse por completo del caso.

–El médico de apoyo tardará en llegar y hasta entonces necesitamos conservar el cuerpo en algún sitio. ¿Nos puede ayudar?

Margarte Daglish miró hacia donde el Chevrolet que hacía las veces de coche fúnebre estaba aparcado, entre las flores del jardín. Sus mejillas empalidecieron y sus ojos delataron sus remordimientos: una reacción provocada bien por la

muerte de la muchacha, bien por su propia cobardía al negarse a realizar el reconocimiento, no había forma de saberlo.

–Detrás de la casa hay un sótano –dijo–. Es oscuro y fresco. Allí estará segura.

–¿Podemos trasladarla ahora mismo?

–Cómo no. –La doctora pestañeó con fuerza y señaló el lateral de la casa–. Vayan por ese caminito a la parte de atrás. El terreno desciende hasta una puerta que da directamente al sótano. Voy a abrir y a prepararlo.

Emmanuel se encaminó al Chevrolet acompañado de Shabalala. *Segura. Amada. Hermosa. Protegida.* Las palabras de su libreta le danzaban en la cabeza. Amahle había sido una privilegiada, pero cada privilegio tenía una cara oscura. *Envidiada. Odiada. Temida. Atacada.* También esas palabras podían aplicarse a la muchacha muerta.

–El comisario no la buscó y ahora la doctora no quiere examinarla. –Era como si Shabalala le hubiera leído el pensamiento a Emmanuel–. ¿Qué se puede temer de una chica zulú?

–Crees que la doctora Daglish ha mentido con respecto a su muñeca –dijo Emmanuel. Fuera de los tradicionales *kraals* y de las zonas nativas, las mujeres negras carecían de poder e influencia. El nombre de Amahle, su existencia misma, no deberían provocar la menor molestia a una profesional blanca de la medicina.

–Está lesionada. Pero no es para tanto.

–A mí también me ha dado esa impresión. –Emmanuel abrió la puerta del copiloto–. La doctora no quiere que su nombre figure en el informe médico ni en el certificado de defunción. Tal vez le da miedo lo que pueda encontrar.

–La chica solo tiene una herida.

–Me refiero a las heridas que no se ven. –Un pie manchado de tierra se salió de la manta de cuadros y Emmanuel volvió a taparlo–. Un hueso roto en el pasado y soldado hace ya mucho. Lesiones internas. Una violación. Un embarazo. El reconocimiento puede desvelar algo que nadie quiere saber.

–La mala fortuna de Amahle no es responsabilidad de la doctora –dijo Shabalala–. No tiene nada que temer.

–Pues algo le asusta. O alguien.

Y ese alguien probablemente era europeo. La violencia entre negros se consideraba normal y se aceptaba. Un asesino blanco introduciría un elemento nuevo y peligroso en el mundo de la doctora Daglish.

Emmanuel se apartó y Shabalala levantó a la muchacha en brazos con la fuerza con que un río arrastra una hoja.

–Vamos a dejársela a la doctora y a regresar a la comisaría. Van Niekerk querrá que lo pongamos al días. –Emmanuel empezó a descender por el camino

hacia la parte trasera de la casa—. Después buscaremos algún sitio donde instalarnos durante un par de días.

El sonido de la voz de Shabalala a sus espaldas, hablándole en susurros a la muchacha muerta, ralentizó los pasos de Emmanuel. Aunque no era supersticioso ni religioso, afloró en él una antigua sensación, surgida en combate y compartida con todos los que luchaban en primera línea. El tiempo era finito. Fútil. Se acababa. El destino o el dios en el que no creías podía tirar del enchufe y quedarse tan tranquilo.

En la guerra, había combatido por un mundo donde las niñas se convertían en mujeres y después en ancianas rodeadas de nietos. Emmanuel se tomaba como un insulto personal que la vida de Amahle se hubiera malogrado con tanta facilidad en tiempos de paz.

Al tercer intento, la telefonista encontró una línea libre entre la comisaría de Roselet y el despacho del inspector Van Niekerk en Durban.

—¿Qué has descubierto, Cooper? —El inspector afrikáner prescindió de las formalidades. Se conocían demasiado bien para andarse con rodeos.

—Una muchacha zulú. Hija de un jefe de la región. —Emmanuel estaba sentado tras el pulcro escritorio de Bagley, frente a los prados verdes y los montes distantes.

—¡Coño! —exclamó Van Niekerk—. Confiaba en encargarnos a Shabalala y a ti un caso más importante.

El desencanto de Van Niekerk por el color de la piel de Amahle reflejaba la dura realidad: nadie se labraba una reputación resolviendo homicidios de negros.

—Nos contentamos con estar fuera de la ciudad y trabajar en un caso de asesinato —dijo Emmanuel.

«Recoger la basura» era la expresión que empleaban los demás agentes blancos del Departamento de Investigación Criminal de West Street para referirse a los trabajos que le asignaban a Emmanuel. Cuatro suicidios, dos ahogados, tres carteristas, una anciana descompuesta después de cuatro semanas muerta y un ladrón en serie de medias con debilidad por el encaje..., ese era el desalentador recuento de sus casos en los últimos tres meses. La lista de casos de Shabalala resultaba igual de deprimente. Era el precio por haberse reincorporado a la policía judicial bajo la protección de un ambicioso inspector afrikáner que se negaba a desempeñar el papel de bóer bobalicón en unas fuerzas policiales predominantemente británicas.

—Por algo se empieza —reconoció Van Niekerk—. ¿Necesitas ayuda?

—La doctora del pueblo no ha querido saber nada del caso. Tenemos que conseguir que alguien de fuera de la región realice el reconocimiento.

–Que sea el viejo judío –Van Niekerk lo dijo como quien pide una bebida en un bar o exige que le recalienten un plato–. Está cualificado y vive a pocas horas de distancia.

–No –dijo Emmanuel automáticamente, y luego expresó su objeción con otras palabras–. Prefiero no implicar al doctor Zweigman en asuntos de la policía, inspector. Tiene obligaciones familiares y una clínica a su cargo.

El inspector holandés no estaba acostumbrado a escuchar la palabra «no», salvo, tal vez, de boca de su virginal prometida inglesa. Hubo un silencio crispado antes de que respondiera:

–Encontrar a otro médico no será mayor problema, Cooper. Voy a hacer unas cuantas llamadas.

–Muy agradecido. –Los dedos de Emmanuel se flexionaron alrededor del cable del teléfono. Una sugerencia de Van Niekerk equivalía a una orden *de facto*. Que hubiera renunciado sin la menor resistencia a que «el viejo judío» realizase el reconocimiento médico de Amahle no era propio de él. O quizá el inspector pensase que no valía la pena discutir por el examen del cadáver de una chica negra–. ¿Quién informó del caso, inspector? –preguntó con curiosidad Emmanuel.

–Fue un soplo anónimo de una mujer del pueblo. Una europea. El agente de guardia supuso que la víctima también era blanca.

–Entiendo. –Emmanuel se formó una imagen de conjunto. El asesinato de un europeo en el campo, que era lo que Van Niekerk había dado por sentado que había sucedido, habría sido la oportunidad perfecta para rehabilitar a Cooper y Shabalala ante la policía judicial europea y nativa. Con su característica paciencia, Van Niekerk había esperado hasta el momento oportuno para hacerles ascender a una posición más influyente.

Y Emmanuel había correspondido a su lealtad acostándose con Lana Rose. Un error excusable en un adolescente cargado de testosterona, pero no en un hombre adulto capaz de sopesar los riesgos y las consecuencias. Seguía lanzándose a los problemas de cabeza. A pesar de todo, si pudiera echar marcha atrás en el tiempo, no estaba seguro de que no volviera a pasar la noche con Lana.

–¿Todo bien, Cooper? –La voz de Van Niekerk se superponía al tenue zumbido de un ventilador de techo. En esa época del año había mucha humedad en Durban, el aire estaba tan cargado que se podría haber cortado en rebanadas con un cuchillo.

–Por aquí todo bien, señor –dijo Emmanuel–. Vamos a hablar con la familia y los amigos de la chica, y mañana por la tarde le informaré de cualquier novedad.

–Que sea a última hora. Voy al sastre a probarme el traje por la mañana, y

además tengo programados la última reunión con el sacerdote y un ensayo del banquete de boda. –Ningún placer en todo ello, una mera lista de deberes que habían de soportarse hasta la recompensa de la noche de bodas.

–De acuerdo, inspector. –Emmanuel soltó el pesado auricular de baquelita sobre su soporte y empujó el teléfono hacia las muescas marcadas en la superficie de la mesa. Había advertido que Bagley tenía un sitio específico para cada bolígrafo y cada cuaderno.

En el horizonte iban formándose nubes blancas, iluminadas desde detrás por haces de luz del sol de primera hora de la tarde. Una mujer blanca había informado del asesinato. El origen más probable de la llamada era alguna de las granjas de europeas del Kamberg. El motivo de que hubieran dado el soplo a la policía judicial de Durban cuando el comisario Desmond Bagley de la policía de Roselet vivía a menos de ochenta kilómetros de la escena del crimen era un misterio.

Unos cuarenta feligreses de la Iglesia Cristiana de Sión, conocidos como sionís, estaban reunidos junto al ancho río. Daban palmas y se balanceaban rítmicamente en la arenosa ribera a la vez que cantaban «Ven Espíritu Santo, Paloma Divina». En medio del río, una muchacha vestida con una túnica ribeteada de verde se levantó de las aguas, recién bautizada, entre gritos de «amén» y «aleluya». Otro grupo de sionís, apiñados en torno a una hoguera, extendían las manos hacia el fuego mientras el agua chorreaba por sus hábitos y formaba charcos a sus pies.

–¿Cuál de ellos será? –preguntó Emmanuel.

–Las madres sentadas junto a Amahle dijeron que *baba* Kaleni era el jefe de la congregación de israelitas verdaderos –dijo Shabalala–. Como no reconozco los símbolos de sus túnicas, tendremos que preguntar.

Mirando a su alrededor mientras avanzaban por el camino de tierra compacta, Emmanuel distinguió media docena de túnicas distintas, con los ribetes de color negro o verde musgo. Sentadas en una peña, un grupo de mujeres con túnicas azul pálido y cuellos azul marino compartían una naranja. Dos hombres cuyos hábitos estaban ribeteados con piel de leopardo apilaban biblias en una carretilla para llevarlas de vuelta a la iglesia.

–Las distintas congregaciones usan túnicas diferentes –dijo Emmanuel, y le extrañó no haberse fijado antes en esa forma de distinguirlas. Quizá no había prestado suficiente atención.

–*Yebo*, oficial. Mi iglesia utiliza túnicas verdes con una cruz blanca.

Shabalala era una caja de sorpresas. La Iglesia de Sión mezclaba las creencias cristianas con las africanas tradicionales. Los hombres como Shabalala, que se movían en el mundo de los blancos, no solían reconocer ninguna relación con una iglesia que permitía la poligamia y practicaba el sacrificio de animales.

–Creía que eras anglicano –dijo Emmanuel. Recordaba haber visto al agente zulú ante una iglesia de tejado rojo en la población de Jacob's Rest.

Shabalala se aproximó al grupo acurrucado en torno al fuego.

–También pertenezco a la Iglesia anglicana –dijo.

–Apuestas por los dos bandos. –Emmanuel no pudo resistirse a la oportunidad de tomarle el pelo al agente zulú–. Eso es hacer trampa, amigo.

–Dios en Su infinita sabiduría comprende todo y todo lo perdona, oficial –respondió Shabalala con una sonrisa–. Eso es lo que Lo hace grande.

–Y yo que te tenía por un hombre del Antiguo Testamento.

Desde que había vuelto de la guerra, Emmanuel se había mantenido prácticamente aislado, salvo por la amistad a tres bandas entablada con Shabalala y Zweigman, el médico judío. A los dos los había conocido hacía un año durante la investigación del asesinato de un oficial corrupto de la policía afrikáner. Juntos habían plantado cara a la violencia y a una muerte casi segura y, una vez archivado y olvidado el caso, habían seguido en estrecho contacto.

Solo por un instante, mientras caminaban y trabajaban junto al río, Emmanuel se permitió fantasear con que Shabalala y él no eran más que dos policías normales y corrientes sin barreras de rango y raza entre ellos.

–Ahora comprendo que eres estrictamente del Nuevo Testamento –prosiguió–. Con un Dios que te permite deslizarte por la puerta trasera de la iglesia y correr descalzo por el *veld* como un pagano. No sé si sigo confiando en ti, agente.

–Dos iglesias son mejores que ninguna –dijo Shabalala.

Ese comentario socarrón hizo reír a Emmanuel, y su risa rompió la repentina quietud. Los sionís recién bautizados se apiñaban en silencio alrededor del fuego como una bandada de pájaros blancos antes de la tormenta. Algún día, suponía Emmanuel, llegaría a acostumbrarse a los hombros encorvados y a las miradas esquivas de las personas de otra raza ante un inminente interrogatorio policial, pero de momento aún le hacían sentirse incómodo.

Captó la atención de un hombre que había levantado la vista de las llamas.

–*Baba* Kaleni –dijo Emmanuel–. ¿Dónde está?

–Ah... –El hombre escurrió la manga de su túnica empapada, ganando tiempo–. Ah...

–Yo soy Kaleni. –Las palabras procedían del extremo derecho de la hoguera. El hombre zulú se enfundó en una túnica seca con ayuda de una muchacha. Tenía una deslumbrante barba blanca, pero era imposible calcular su edad. El hombro derecho hundido y los dedos artríticos delataban largos años vividos en condiciones duras, pero los claros ojos castaños y el terso rostro redondeado eran como los de un niño–. Son de la policía –dijo *baba* Kaleni, y los saludó con una sonrisa.

–Así es –Emmanuel hizo las presentaciones, desconcertado por la radiante expresión de Kaleni. En la ciudad, solo los gánsteres, las prostitutas y los pardillos sonreían a la policía.

Kaleni señaló una peña que sobresalía del *veld* a unos cien metros de distancia.

–En ese lugar tranquilo podremos sentarnos a hablar.

Dieron la espalda a la margen del río y la trémula congregación de israelitas verdaderos se arracimó en torno a las llamas. Todos los hombres y mujeres que

estaban secando sus túnicas habían perfeccionado el sutil arte africano de mirar hacia otra parte mientras se enteraban de todo.

–Usted primero –dijo Emmanuel.

–*Yebo, inkosi.* –*Baba* Kaleni echó a andar por la pradera con pausada lentitud y el hombro derecho colgando. La chiquilla que le había ayudado a ponerse la túnica se acercó corriendo y le tendió una desastrada biblia, como si fuera un escudo y el anciano estuviera preparándose para una terrible batalla.

–*Ngiyabonga*, Sisana. Eres una gran chica. –Kalení dio unas palmaditas en el cabello trenzado de la niña y agarró torpemente con la mano izquierda el Buen Libro–. Puedes irte. Todo va bien.

La chiquilla volvió al abrigo de los israelitas verdaderos y se metió en el corro entre dos robustas mujeres. Kalení reemprendió la marcha hacia el peñasco sin volver la vista atrás.

–Caminaré con usted –dijo Shabalala, y se colocó al lado del predicador. Emmanuel se detuvo para dejar que los dos zulúes se adelantasen. El espacio que los separaba debía ser suficientemente grande como para que Kalení estuviera seguro de que el policía europeo no estaba oyendo la conversación. El poli blanco y el poli negro eran la particular versión sudafricana de la rutina del poli bueno y el poli malo que empleaba la policía del mundo entero, y resultaba igual de efectiva.

Mientras caminaban por aquel terreno llano, de vez en cuando la brisa arrastraba hasta Emmanuel retazos sueltos de la conversación. Distinguió las palabras zulúes «agua», «pan» y «sangre», pero no trató de relacionarlas. Después, Shabalala le informaría de lo que habían hablado. Unos metros más adelante, una roca plana que formaba una plataforma natural sobresalía de la tierra rojiza.

–Siéntense, por favor. –*Baba* Kalení les indicó la roca igual que un próspero granjero ofrecería asiento a un invitado en la cocina de su casa.

Shabalala trepó el primero y encontró acomodo en la parte de atrás de la roca caliente. Se acuclilló agarrándose las corvas con sus grandes manos y se echó el sombrero de fieltro sobre los ojos. Era la señal para que Emmanuel llevara la voz cantante.

–Póngase a la sombra –le dijo Emmanuel a Kalení en zulú–. Yo voy protegido contra el sol.

El anciano se encogió a la sombra de una acacia espinosa y apoyó el brazo derecho en su regazo. El río se veía como una fina cinta plateada en el horizonte y los feligreses congregados en sus lejanas márgenes, como manchas blancas, azules y verdes.

–Cuénteme todo lo que recuerde de esta mañana. Desde antes de encontrar a Amahle hasta lo que hizo después –continuó Emmanuel en zulú.

–Sucedió de esta manera. Me desperté antes que el sol y me vestí. La cabaña estaba oscura, pero mi mujer es muy ordenada y mi sombrero para la iglesia, mis hábitos y mi biblia estaban en su sitio. Mi esposa siempre ha sido mi mano derecha y una gran ayuda.

–Una bendición... –murmuró Shabalala antes de que el predicador reanudase la narración, describiendo con todo lujo de detalles lo fría que estaba el agua del cubo para lavarse que había en la cabaña y la textura de las gachas del desayuno, que se tomó frías y sin leche.

Emmanuel aspiraba el aroma de la tierra y de la hierba aplastada y esperaba a que la reconstrucción del día de Kaleni llegara al lugar del crimen.

–Después de caminar muchos kilómetros, se me cansaron las piernas y me paré a descansar. Fue entonces cuando me salí del camino. –Kalení pasó el dedo sobre una lágrima caída en la desgastada cubierta de la biblia–. Y fue entonces cuando la vi. A la hija del jefe.

–¿Dónde la vio?

–Debajo de la higuera. Yo... –Sacudió la cabeza con vergüenza–. Pensé que la hija del jefe tal vez estuviera durmiendo. Aunque las hojas estaban húmedas de rocío y empezaba a romper el alba.

–¿Vio a alguien más en la zona? –Emmanuel confiaba en que su paciencia fuera recompensada con un nombre o una descripción física del hombre que había protegido el cuerpo de Amahle.

Se produjo una pausa, apenas un latido del corazón, antes de que *baba* Kaleni dijese:

–No vi a nadie, *inkosi*.

–¿Está totalmente seguro?

–La hija del jefe estaba sola. –Restregada por las yemas de los dedos del anciano, la lágrima se agrandó sobre la cubierta de la biblia–. De eso estoy seguro.

–¿Así que solo usted y ella estaban en la montaña? –Emmanuel se inclinó más hacia él y lo miró a los ojos. Era el momento de presionar en un interrogatorio. Hacer saber al testigo que no estaba engañando a nadie, y mucho menos a un policía de la ciudad que había oído a algunos de los embusteros más consumados del mundo ejercitándose a fondo. La mirada directa a los ojos también insinuaba una amenaza. No era más que una táctica, pero valía la pena probarla.

–La hija del jefe estaba sola –repitió Kaleni–. De eso estoy seguro.

–De acuerdo. –Emmanuel lo dejó pasar. El viejo tenía su versión de la historia y se atenía a ella–. Describa el lugar donde yacía Amahle.

–Bajo la higuera, toda rodeada de flores. Había una manta roja enrollada debajo de su cabeza.

—¿Se la puso usted? —Emmanuel había inspeccionado la manta de cuadros antes de abandonar la escena del crimen. Era de pura lana y estaba confeccionada por Papworth's Fine Fabrics de Ciudad del Cabo. Ningún nombre identificaba a su dueño.

—No. —El anciano curvó los labios en una sonrisa apenas insinuada—. Pero ojalá tuviera una manta así. Me mantendría caliente en invierno. Y también a mi mujer.

Emmanuel sacó el bolígrafo y la libreta del bolsillo de su chaqueta.

—¿Y después de encontrarla? —le preguntó, incitándolo a continuar.

—Fui al *kraal* del jefe Matebula. Estaba dormido y no se le podía molestar. Le di la noticia a Nomusa, la madre de la muchacha.

—¿Por qué no fue a una granja donde hubiera teléfono?

Kaleni desvió la vista hacia un banco de nubes que iba formándose en el horizonte.

—Estaba amaneciendo, *inkosi*. No quería molestar a los granjeros ni a los vigilantes nocturnos que protegen sus casas.

Y tampoco habría querido despertar a sus perros. En el campo no había toque de queda, pero un negro merodeando antes del alba no habría sido bien recibido en una casa lo bastante acomodada como para tener teléfono. Había sido una pregunta estúpida, comprendió Emmanuel. Golpeteó la página con el bolígrafo, preocupado por una discordancia horaria.

—¿Estaba oscuro cuando llegó al *kraal* de Matebula? —preguntó.

—No. El sol estaba en la cima de los montes y los pájaros se habían despertado ya.

El inspector Van Niekerk le había asignado el caso a las cuatro menos cuarto de la mañana, antes de que Kaleni le llevase la mala noticia a Nomusa. La mujer que había dado el soplo anónimo por teléfono tenía que haberse enterado del asesinato de Amahle antes de que se descubriera su cadáver; quizá tuviera alguna relación con el hombre menudo cuyas huellas cubrían la escena del crimen. Emmanuel garrapateó en su libreta las horas desajustadas y prosiguió con el interrogatorio.

—¿Quién cree que mató a Amahle? —La paciencia no había rendido fruto y los policías con una lista de sospechosos en blanco no actuaban con sutileza.

—La hija del jefe era muy querida —dijo Kaleni—. Por todo el mundo.

Otra vez aquella pausa. Aquel espacio de tres segundos encerraba un significado oculto que Emmanuel no captaba. ¿A Amahle la querían a distancia o de una manera más física?

—¿La conocía usted? —preguntó Emmanuel.

—Poco. No pertenecía a mi iglesia.

Un pájaro negro con manchas amarillas se posó en la copa de la acacia y

empezó a silbar una repetitiva sucesión de cuatro largas notas. *Baba* Kaleni ladeó la cabeza y miró al pájaro con deleite.

–¿Se ha cortado al afeitarse? –dijo Emmanuel, y señaló las gotas de sangre fresca que brotaban de una pequeña herida que el predicador tenía en la garganta.

El viejo encogió su hombro sano y dijo:

–Tengo mala vista y el camino del monte es empinado. Tropecé y me caí sobre unas piedras.

No había arañazos ni magulladuras en sus manos, y no hacía ni media hora que había divisado con su «mala» vista un lejano bloque de basalto que sobresalía del *veld*.

–Unas piedras afiladas –puntualizó Emmanuel.

–Tan afiladas como la punta de una lanza, *inkosi* –dijo *baba* Kaleni.

Shabalala alzó los ojos bajo el ala de su sombrero y Emmanuel lo comprendió: *El anciano estaba contándoles exactamente lo que había pasado*. Una lanza real le había perforado la garganta, no unos pedruscos.

–¿Se hizo daño en algún otro sitio al caerse?

–*Yebo*. –*Baba* Kaleni se tocó con delicadeza el hundido hombro derecho–. Aquí me golpeó otra piedra. Era redonda y dura como un *knobkerrie*.

El *impi* de Mandla iba armado con lanzas y unos garrotes de madera dura llamados *knobkerries* y se había adelantado a la investigación oficial de la policía, interrogando a los testigos y exigiéndoles respuestas con las armas.

–Esto es serio, oficial –dijo Shabalala–. Hay que detener a Mandla antes de que hiera a otras personas y las intimide para que no hablen con nosotros.

Emmanuel estaba de acuerdo. Había que pararles los pies a Mandla y a su *impi*.

–¿Dónde está el *kraal* de Matebula? –preguntó al predicador.

–El *kraal* está al otro lado del río, a una hora de camino. –Kalení señaló una montaña cubierta de árboles y coronada por un peñasco–. Desde allí arriba se ve.

El tiempo zulú se medía con un reloj diferente al que utilizaba Emmanuel. Shabalala y él tardarían una hora en hacer el trayecto solo si iban corriendo hasta el *kraal*, lo cual no sería fácil vestidos de traje y con zapatos de cuero.

–¿Hay alguna forma de llegar al *kraal* en coche? –preguntó Emmanuel, aun cuando solo alcanzaba a ver pequeñas sendas atravesando los montes y sabía que la carretera de acceso a las granjas de los blancos estaba destrozada por los baches.

–No –dijo Kaleni–. Solo puede usar los pies para ir allá.

No había más remedio que trepar al monte. Emmanuel confiaba en que,

manteniendo un buen ritmo, pudieran hacer el trayecto de ida y vuelta al poblado zulú a plena luz del día.

–¿Podrás llevarme hasta allí y de regreso al coche, Shabalala? –Emmanuel se quitó la corbata, la metió a presión en el bolsillo de su pantalón y, a continuación, se desabrochó los tres botones de arriba de la camisa.

–Encontraré el camino, oficial. –El agente zulú se quitó la chaqueta y se la ató a la cintura. Irían a un paso extenuante para tratar de compensar la delantera que les había sacado el *impi* de Mandla.

–Si tiene algo que añadir a su declaración, hágalo ahora, *baba*. –Emmanuel no esperaba nada nuevo del predicador y ya estaba pensando en los duros kilómetros que tenían por delante. Había que meter en cintura al jefe Matebula y a su hijo para evitar que hiriesen a más personas.

–Solo una cosa más, *inkosi*.

–¿Sí? –impaciente por emprender el camino, Emmanuel se volvió hacia *baba* Kaleni. El predicador trazó un remolino en el aire con la mano y le pegó una fuerte palmada en el pecho a Emmanuel. Ese contacto físico lo dejó literalmente sin aliento. Levantó a su vez la mano para defenderse y se echó atrás.

–Un momento, oficial –dijo Shabalala–. No quiere hacerle daño.

El calor de la mano de Kaleni le había penetrado profundamente en la piel. Emmanuel nunca había sentido unas manos tan cargadas de energía. Los latidos de su corazón se ralentizaron y se amplificaron hasta sonar como estampidos. El tiempo se volvió más lento. *Baba* Kaleni se inclinó hacia él y Emmanuel percibió un olor a fango del río y a hierba.

–¿Dónde están los dos niños y la niña que prometiste darle a tu madre? –preguntó el predicador–. Son espíritus, todavía a la espera de nacer. Tú también eres un espíritu. Estás flotando en la tierra de los muertos.

Emmanuel intentó hablar y no lo logró. Se le congestionó la cabeza y empezaron a zumbarle los oídos, como cuando la onda expansiva de la explosión de un proyectil lo tiró al suelo a las afueras de un pueblo francés durante la guerra. Parpadeó. Volvía a ser un chico de doce años y estaba sentado en la cocina de Sophiatown: el viento sacudía ruidosamente las paredes de hierro ondulado y la lluvia azotaba las mugrientas ventanas. Desde fuera le llegaban los chillidos de los niños que chapoteaban en el barro y el sonido de unas pisadas que corrían hacia la puerta de la casa. Entonces llegó su madre, entró apresuradamente tarareando una canción, con el sedoso cabello revuelto por la lluvia y una bolsa de la compra en los brazos.

–Llegas temprano –dijo Emmanuel. Por lo general, volvía a casa después del anochecer, cuando las velas iluminaban las ventanas y los bares abrían sus puertas–. Y has estado bebiendo.

–Tres vasos de jerez no son un crimen, Emmanuel.

Dejó la bolsa de la compra sobre la mesa de la cocina, se sentó en una silla desvencijada y se quitó los zapatos de sendos puntapiés.

Emmanuel le preparó una infusión de rooibos, sin leche y con tres terrones de azúcar. Ella sonrió y lo miró fijamente por encima del borde de la taza. Él echó un vistazo a la puerta. Su padre no tardaría en llegar, borracho como una cuba y enfadado con los *kaffirs*, la gente de color, los indios y los ricos jefes ingleses. Y, sobre todo, se enfadaría con aquella mujer empapada por la lluvia, feliz y hermosa en una casucha con el suelo de tierra y un tejado lleno de goteras.

—Ven aquí, Emmanuel. —Su madre le cogió la mano y la extendió sobre la mesa de la cocina—. Te voy a leer la suerte.

—No quiero. —Ya sabía lo que le depararía el futuro. Una bronca, tazas y platos rotos que no podían permitirse reponer, un ojo morado para su madre y un labio partido para él.

—Estate quieto. —Su madre fue siguiendo cada una de las líneas de la palma de su mano con la yema del dedo índice y dijo—: Tendrás tres hijos: dos chicos fuertes y una muchacha de corazón de león. Los hijos saldrán a ti, pero la niña será distinta, más parecida a su madre. Tu vida no será fácil, pero tendrás un hogar y una familia bien avenida.

Emmanuel trató de zafarse, pero en lugar de soltarle la mano, su madre apretó más fuerte. Su cabello conservaba un aroma a especias, a cigarrillos y a los caramelos de menta que guardaban en un tarro del escaparate de Cape Trader General Store, la tienda donde trabajaba.

—Prométeme algo, Emmanuel —se había puesto muy seria—. Prométeme que tratarás de hacer realidad lo que he leído en tu mano.

—Te lo prometo —dijo él, y apartó la mirada del virulento amor de su madre, de la esperanza callada de que algún día él abandonaría el abarrotado suburbio de Sophiatown y se labraría una vida sin violencia ni miedo.

Tres golpes contundentes de los dedos de *baba* Kaleni contra el pecho de Emmanuel lo hicieron regresar a las amplias extensiones del valle de Kamberg. Aspiró hondo una bocanada de aire para intentar romper el sortilegio del predicador.

—Escúchame, hijo mío. —El anciano no había terminado de arrancar a tirones las conexiones internas de Emmanuel—. El placer es fácil de encontrar entre las piernas de una mujer, pero la felicidad se construye con el tiempo y con mucho esfuerzo, como una cabaña. La mujer que comparta contigo esa cabaña te ayudará a llevar tus cargas, y tú a ella, las suyas. Aleja tu cuerpo de las camas ajenas y la noche te recompensará con unas estrellas tan brillantes que te guiarán por el camino. En el nombre del Padre y del Hijo. Amén.

—Amén —farfulló Shabalala, manteniendo la cara vuelta hacia el horizonte. El

placer físico y las camas ajenas no eran cuestiones de las que nunca hubiera hablado con el oficial.

–Ve tranquilo –dijo *baba*, y se fue.

–*Hamba khale, baba* –se despidió Shabalala, a la manera tradicional. Emmanuel permaneció en silencio, oscilando entre la conmoción y la vergüenza ante la revelación de sus intimidades.

–Que te vaya bien a ti también, hijo mío –dijo Kaleni, y echó a andar con dificultad hacia los israelitas verdaderos. Por la ladera cubierta de hierba llegó el sonido de un cántico religioso y Emmanuel miró a su compañero, tratando de calibrar el efecto que habían tenido en él las palabras de Kaleni. Shabalala continuaba examinando con expresión ausente las nubes que surcaban el cielo. El mensaje del predicador había trastocado la relajada camaradería que compartían antes.

–Si tienes algo que decir, dilo. –Con movimientos airados, Emmanuel se quitó la chaqueta y se ató las mangas a la cintura, apretando bien.

–El anciano no busca hacer daño, oficial –dijo Shabalala–. Los espíritus de los antepasados envían mensajes a través de él y tiene que decirlos en voz alta.

–Bueno, pues los espíritus no tienen ni idea de lo que están hablando.

Le bastaban los dedos de una mano, y le sobraban, para contar las camas ajenas de las que se había levantado en el último año. Una fue la de Janice, la peluquera divorciada del London Styles Salon, con la nariz pecosa y un hoyito en la barbilla. Y luego estaba Lana Rose. No se podía decir que dos mujeres fueran un derroche de lujuria.

Davida Ellis, la joven de color por cuyo goce había infringido la ley, solo seguía viva en sus sueños. Había conocido a Davida en Jacob's Rest, la aislada aldea en la que antes vivían Shabalala y el doctor Daniel Zweigman. Su investigación del asesinato del comisario Willem Pretorius destapó la doble vida secreta del policía afrikáner y puso en peligro a Davida. Cuando ella acudió a su habitación a media noche, dócil, vulnerable, para encontrar consuelo, Emmanuel olvidó su obligación profesional de proteger a los débiles. Aún recordaba el sabor que tenía y la sensación de sus piernas enrocadas en torno a él. Acostarse con Davida fue un error, una insensatez. Y, sin embargo, no podía librarse de la idea de que si los del Departamento de Seguridad no los hubieran sacado a rastras de la cama, podrían haber seguido uno en brazos del otro para siempre.

–Si usted dice que los espíritus se equivocan, así será. –Shabalala señaló el camino–. ¿Listo, oficial?

–Tú primero. Yo te sigo el ritmo. –Emmanuel se prometió no quedarse atrás aun a costa de echar el pulmón por la boca.

–Al río –dijo Shabalala, y echó a correr cuesta abajo a toda velocidad.

Emmanuel lo siguió, aplastando la tierra rojiza con los pies. El sol le quemaba los hombros y la brisa le refrescaba la cara. Avanzaba con ímpetu hacia un espacio de puras sensaciones físicas. Cinco minutos más y el mundo se reduciría a sudor, respiración y músculos doloridos. Sentiría dolor, sí, pero en el templo de su cuerpo se sentía fuerte y a salvo.

Las palabras de *baba* Kaleni resonaban en la cabeza de Emmanuel. La promesa hecha a su madre era una herida que había criado costra, sanado y desaparecido. Pero con un golpe en el pecho, el pasado había vuelto estrepitosamente, tan vívido como si estuviera allí mismo, en el instante presente.

La agotadora ascensión al monte volvió a centrar sus pensamientos en el caso. Los hombres de Mandla tendrían que someterse a la ley o ser sometidos. Con ayuda de Shabalala, encontraría al asesino de Amahle y lo llevaría ante la justicia. Aún le quedaban muchas cosas pendientes en la vida, pero el trabajo de policía lo hacía bien.

Dos escuálidos perros marrones con el pellejo colgando de los huesos y un anciano que fumaba una pipa de mazorca de maíz flanqueaban el acceso al *kraal* de la familia Matebula. Detrás del viejo, una empalizada de ramas secas de espino rodeaba un grupo de chozas con forma de colmena y techo de paja.

Al ver a la entrada a dos hombres de la ciudad sudorosos y jadeantes, el anciano forcejeó para levantarse.

–Siéntese –dijo Emmanuel–. ¿Está el jefe Matebula?

Los perros levantaron la cabeza y gruñeron, pero volvieron a adormilarse en su franja de sol.

–*Yebo, inkosi*. –De la boca del hombre salió humo mientras hablaba–. Pero no se puede molestar al gran jefe.

–Hará una excepción con nosotros. –Emmanuel enfiló el camino de tierra que conducía al interior. Ante él estaba el corazón del *kraal* familiar, un polvoriento corral con un enorme árbol hediondo en el centro. El camino se bifurcaba hacia ambos lados del recinto.

–Por aquí, oficial. –Shabalala indicó el camino de la derecha–. La cabaña del jefe siempre está detrás del aprisco.

Pasaron de largo junto a cabañas achaparradas parecidas a colmenas con esteras extendidas sobre la entrada. Una nidada de pollos picoteaba la tierra en busca de alimento y un enjambre de moscas se había posado en el borde de un puchero destapado. El único sonido humano era el susurro de voces detrás de las paredes de las cabañas. No había rastro de Mandla ni de sus hombres. Era como si todo el *kraal* estuviera conteniendo el aliento y esperando.

–Todo el mundo está bajo arresto domiciliario –dijo en voz baja Emmanuel–. Me pregunto si el jefe teme una revuelta.

Del rincón nororiental del recinto llegó el crujido de un objeto de madera haciéndose astillas y los bramidos en zulú de una voz masculina. Los perros que sesteaban se despertaron y empezaron a ladrar al cielo.

Emmanuel y Shabalala pasaron junto a una gran cabaña con cuernos de búfalo a la entrada y continuaron hasta un amplio patio con un árbol *umdoni* en el centro. Acucillada sobre una estera, Nomusa inclinaba la cabeza en pose suplicante. Una chiquilla estaba acurrucada a su lado, rodeándole la cintura con sus escuálidos brazos. Por el amplio patio había desperdigadas prendas de ropa y una cajita de cartón con la tapa arrancada.

Cuando se aproximaron los detectives, un zulú gigantesco partió una rama

de árbol sobre su rodilla y levantó el palo tan alto como para arrojar sombra sobre Nomusa y la trémula niña.

–Suelte eso –dijo Emmanuel en zulú, y con cuatro pasos cruzó el círculo de tierra, levantando una polvareda. Sorprendido, el hombre se volvió. Debía de medir un metro noventa y en su día había sido apuesto, pero ahora tenía un rulo de grasa en el vientre y otro bajo la barbilla. Su cabello había raleado con la mediana edad y su rostro abotagado y sus ojos enrojecidos por los bordes delataban los excesos de una vida cómoda.

–Soy el gran jefe... –dijo, con la sangre todavía caliente–. En mi *kraal*, nadie, ni siquiera un hombre blanco, me dice lo que tengo que hacer.

–Somos policías, por eso podemos decírselo –replicó Emmanuel. El jefe le había caído mal nada más verlo–. Ahora, suelte el palo.

Shabalala se situó a la derecha de Nomusa, preparado para repeler un ataque. El jefe arrojó el palo contra el cercado y la estrepitosa sacudida de las ramas de espino hizo que un zorzal levantara el vuelo asustado. Enfrentadas a la cólera de Matebula, Nomusa y la niña permanecieron encorvadas.

–¿Ha descubierto quién mató a mi hija? –exigió saber el jefe–. Quien haya contraído una deuda por quitarle la vida, tendrá que pagarla.

–¿Quién cree que es el culpable de la muerte de su hija? –Emmanuel rodeó al mastodóntico Matebula y le llegó un olorcillo a cerveza de maíz amargo y humo de *dagga*. Echó un vistazo a Nomusa y a la niña, que aparentaba unos once años y llevaba la falda corta adornada con cuentas de las mujeres solteras.

–La culpable de que haya muerto Amahle es su madre. –Matebula señaló a Nomusa–. Dejó vagabundear a mi hija por el valle y la mandó a trabajar en casa del granjero blanco en lugar de retenerla en el *kraal*.

–Me refería a una persona que pueda haber matado materialmente a Amahle. Un novio o un antiguo enemigo, quizá.

Emmanuel tendió el brazo para ayudar a Nomusa a ponerse en pie, pero advirtió el rápido ademán de Shabalala. Un movimiento brusco y breve de la mano con el que le decía: «No toque a la mujer, oficial». Dejó caer el brazo.

–Mi hija era buena –susurró Nomusa. Mantenía la cabeza girada para ocultar un ojo hinchado y un tajo en la mejilla izquierda–. Amahle no tenía novios. Ni enemigos.

–Mentiras. –El jefe Matebula cogió la caja de cartón y la volcó. Sobre la estera se desparramaron un cepillo de dientes, un pintalabios, un esmalte de uñas rosa chicle y dos lápices–. ¡Explícame esto! ¿De dónde han salido estas cosas si se suponía que la paga de tu hija debía llegar íntegra a mí, a su padre?

–Cállese y siéntese. –Emmanuel ya estaba harto del bocazas de Matebula–. Allí. Contra la cerca.

–Un jefe no se sienta en el suelo. –Matebula gritó una orden en zulú a alguien

que estaba oculto en la cabaña más grande y esperó con las manos plegadas sobre el pecho desnudo.

Emmanuel le concedió esa pequeña victoria. Había preocupaciones más inmediatas que la conservación del ego de Matebula. Se acuclilló al borde de la estera y trató de entablar contacto visual con Nomusa. Ella lo esquivó y miró por encima del cercado a los montes envueltos en nubes. Las mujeres zulúes tradicionales, y sobre todo las casadas con un jefe arrogante, no hablaban con desconocidos sin permiso de su marido.

–Oficial. –Shabalala le indicó con la cabeza el estrecho corredor que unía el patio circular con el resto del *kraal*. Era otra señal.

–Vete –dijo Emmanuel–. Lleva a Nomusa y a la niña a su cabaña y vuelve cuando las hayas dejado instaladas.

–Eso haré. –El agente zulú reunió los accesorios de belleza desperdigados por la estera y los volvió a guardar en la caja de cartón. Emmanuel se preguntó si Amahle habría adquirido aquellos pequeños lujos mediante regalos o comprándolos, o si se los habría robado a sus jefes de Little Flint Farm. Aparte de que era una belleza deslumbrante, no sabía nada de su vida ni de su personalidad. ¿Qué suceso desconocido la habría colocado a tiro del peligro?

–Suéltame, mamá. –La pequeña se quitó de encima a Nomusa y recogió cuatro vestidos de algodón y un jersey azul tejido a mano de la estera donde estaban tirados. La bravía chiquilla los apretó contra sí. Tenía unos grandes ojos castaños moteados de dorado, el pelo negro dividido en trenzas pegadas al cuero cabelludo y un delicado rostro ovalado que algún día llegaría a ser tan hermoso como el de su hermana asesinada. Un collar de dos vueltas de cuentas azules y plateadas y un brazalete de cuentas de cristal indicaban su elevada posición social en un valle donde no existían los productos manufacturados.

–Vengan. –Shabalala condujo a Nomusa y a su hija hacia el pasaje. Se cruzaron con una mujer de proporciones exuberantes que salió de la cabaña grande cargada con un taburete de madera labrada y un pellejo de vaca enrollado. El pelo tiznado de ocre de la recién llegada estaba recogido en alto, formando una rígida corona, y adornado con conchas y púas de puercoespín.

–Mi quinta esposa –dijo Matebula mientras la mujer cruzaba el círculo de tierra, descalza, sigilosa, con un movimiento de caderas que habría bastado para derribar a un niño. La hermana pequeña de Amahle se abrazó a los vestidos con más fuerza y entornó los ojos como una gata dispuesta a sacar las uñas. Nomusa dirigió una mirada fría a la mujer. Las esposas de Matebula eran rivales, no amigas.

–Gran jefe... –La quinta esposa desenrolló el pellejo blanco y negro a la sombra del árbol *umdoni* y colocó el taburete justo en el centro. Una hoja seca revoloteó por el aire y fue a posarse sobre el cuero, ella la apartó con la mano.

–Dígame, policía de la ciudad... –El jefe se instaló en el taburete, con los pies separados, sacando pecho como un palomo–. ¿Cómo me resarcirá de la pérdida de mi hija?

–La policía y los tribunales exigirán una retribución por el crimen –dijo Emmanuel–. Quien la ha matado será detenido y castigado.

–Los tribunales están lejos, en Pietermaritzburgo y Durban –rezongó Matebula–. No pueden conocer la profundidad de mi tristeza.

Las palabras del jefe no contenían ni un ápice de auténtica emoción. Estaba hablando de dinero. Una hermosa hija en edad casadera había sido asesinada antes de que le pagaran el *lobola*, el precio de la novia.

La quinta esposa manifestó su aprobación con un gorgorito a los pies del jefe, donde se había dejado caer de rodillas. Hervía de indignación por su marido. Aún era lo bastante joven como para disfrutar de su posición de favorita y todavía no comprendía que otra muchacha núbil la reemplazaría con el tiempo. Matebula se plantó una mano en la rodilla y empezó a masajearse la carne que abarcaba con la palma.

–¿Cuánto valía Amahle? –preguntó Emmanuel, con curiosidad por sondear la profundidad de la dureza del corazón de Matebula.

–El jefe Mashanini de Umkomazi me ofreció veinte vacas. No de las corrientes. Un rebaño bien cebado, de cuernos largos y piel moteada.

–¿Aceptó su oferta?

–Claro que sí. Amahle estaba haciéndose mayor y era un precio justo. –El jefe hizo un mohín con los labios–. Ahora no me darán nada.

Su esposa expresó su apoyo con un sonido inarticulado y una sacudida de cabeza.

Aquella mezcla de autocompasión y codicia fascinaba a Emmanuel. Para Matebula no había más mundo que el que abarcaban sus brazos.

–¿Estaba contenta Amahle con la idea de casarse y trasladarse a Umkomazi? –preguntó. No muy lejos del *kraal*, los misioneros enseñaban a las chicas a leer, escribir y sumar, a la vez que preparaban sus almas para el cielo y sus mentes para la vida en el siglo xx. El matrimonio había dejado de ser la única opción para las muchachas zulúes.

–¿Contenta? –Matebula se esforzó en entender la pertinencia de aquel adjetivo–. Estaba satisfecha de cumplir con su deber para con su padre.

Tal vez, pensó Emmanuel. El matrimonio como vía de escape era algo común en todos los grupos raciales; de hecho, muchas veces había sospechado que su exmujer, Angela, lo había escogido como el medio más rápido de liberarse de un padre autoritario y una madre frustrada. La vida de esposa de policía no era el refugio apacible que Angela buscaba. Se divorciaron cuando

ambos comprendieron con claridad que su matrimonio era una estación de paso, no un lugar donde cobijarse.

Shabalala regresó y se colocó silenciosamente a la izquierda de Emmanuel.

–¿No tenía pretendientes su hija? ¿No se había peleado con nadie? –preguntó Emmanuel.

El jefe exhaló un profundo suspiro, aburrido por la pregunta.

–Amahle pasaba mucho tiempo con los blancos, en la granja, pero aquí, en el *kraal*, era modesta y callada –dijo.

La quinta esposa se inclinó hacia atrás, con el hombro prácticamente pegado al muslo de Matebula, y le susurró algo en zulú.

–Sí, había un hombre de esos –dijo el jefe, siguiendo la indicación de su esposa–. Philani Dlamini. Es el jardinero de la granja donde trabajaba mi hija. Les dijo a muchas personas que estaba comprometido con Amahle.

–¿Lo estaba? –Emmanuel escribió el nombre en una página en blanco. De momento, el primer y único sospechoso de la investigación.

–Qué va –respondió desdeñosamente Matebula–. Ese hombre tiene un rebaño de cinco vacas y no es un jefe.

–¿Dónde vive Philani? –preguntó Emmanuel.

Otro susurro apremiante de la quinta esposa, que mantenía los ojos bajos, fijos en la piel de vaca, como una esposa zulú modélica.

–Cerca de la granja del afrikáner. –El jefe señaló, por encima de la cerca de espinos, un monte salpicado de flores naranjas de aloe. De una ojeada, Shabalala tomó nota de la dirección y la longitud del trayecto–. Pero Dlamini no está allí. Su madre lleva dos días sin verlo.

–¿Cómo lo sabe? –preguntó Emmanuel.

Un golpecito de su hombro contra el muslo del jefe sirvió a la quinta esposa para aconsejarle que fuera cauto. Matebula se encogió de hombros y permaneció en silencio.

–¿Dónde está Mandla? –preguntó Emmanuel–. Nos gustaría hablar con él y con su *impi*.

Matebula se enderezó sobre el taburete.

–Mi hijo no tiene un *impi*. Todo lo que hay en el *kraal* me pertenece a mí.

–Discúlpenos, gran jefe. –Shabalala dio un paso adelante, encogiéndose de hombros para empequeñecer su tamaño y su presencia–. Solo queremos advertir a su hijo y a sus hombres que buscar al asesino de Amahle es una labor de la policía, exclusiva de la policía.

–¿Por qué iban a retirarse mis hombres si la policía está en la ciudad y nunca pone un pie en estas tierras? –preguntó Matebula.

–Porque si el *impi* continúa amenazando a los testigos –dijo Emmanuel–, el

jefe de la policía enviará más agentes a este valle, tantos que superarán en número a las rocas y podrán aplastar a pisotones los campos de maíz.

–Se ha dicho la verdad –dijo Shabalala para dar mayor énfasis a la afirmación. La violencia entre los negros rara vez recibía la atención de las autoridades, pero si los problemas salpicaban a las granjas de los blancos, Matebula podía contar con que su mundo y su autoridad se verían amenazados.

–Hablaré con mis hombres cuando regresen –dijo, remiso, Matebula.

Después de haberte pegado un revolcón con tu quinta esposa, de haber echado la siesta y de haber fumado otro cigarrillo de marihuana, pensó Emmanuel. Había llegado el momento de seguir adelante basándose en la información que habían obtenido. Se guardó la libreta en el bolsillo, satisfecho de tener anotado un nombre.

–Quédese bien, gran jefe –dijo Shabalala, haciéndose cargo de los buenos modales mientras Emmanuel daba media vuelta para irse.

Una bandada de minúsculos pájaros rojos voló sobre ellos y se posó en las ramas del *umdoni* que daba sombra al jefe. A Emmanuel le llamó la atención aquel fogonazo encarnado y se volvió a mirar por encima del hombro.

La quinta esposa continuaba acurrucada junto al muslo del jefe, pero ya no tenía los ojos puestos en el pellejo de vaca, sino en los dos policías que salían del patio. Desvió la mirada, pero no fue tan rápida como para ocultar la expresión calculadora de su llamativo rostro. No era tan ingenua, entonces; y debía de ser mil veces más lista que su marido. Sin embargo, Matebula se iría a la tumba convencido de que ella era dulce, complaciente y había nacido para agradar.

Mientras atravesaban el *kraal*, Emmanuel le preguntó a Shabalala:

–¿Qué te ha parecido el gran jefe?

–No se merece ese título.

–¿Podrá controlar a Mandla?

–Qué va.

–Eso mismo pensaba yo.

Emmanuel se detuvo al lado de una choza y vio a Nomusa y a su hija sentadas en el patio delantero. Estaban encorvadas sobre un cuenco de lentejas marrones, limpiándolas de piedrecillas y otras impurezas. Nomusa alzó la cabeza como un impala al ventear el olor de un predador y vio a Emmanuel y a Shabalala junto a las lindes de su casa.

–Váyanse –les dijo y, arrastrando los pies, llevó a la niña al interior de la choza–. Váyanse de aquí, por favor.

Emmanuel se dirigió a una pequeña abertura en la cerca de palos. No le gustaba la idea de dejar allí a Nomusa, triste y maltratada. Una mano le tocó el hombro.

–Oficial –dijo Shabalala–, no debe traspasar la valla. Si lo hace, las cosas se

pondrán peor para la esposa del jefe. No es el *kraal* de su familia. Es el de su marido y su clan.

Shabalala tenía razón. Nomusa seguiría allí, viviendo a la sombra del gran jefe, mucho después de que el asesinato de Amahle se resumiera en un expediente para entregárselo a un juez con toga y peluca.

Emmanuel dio media vuelta y se alejó. Recordaba a su madre, herida y escondida en la oscuridad. Rechazó ese recuerdo. A ella tampoco había sido capaz de salvarla.

A cinco minutos del *kraal* de Matebula, mientras Shabalala abría camino por el pedregoso terreno cubierto de aloes de montaña, Emmanuel notó que los seguían. Una figura menuda corría de una roca a otra y se deslizaba tras los matorrales de artemisa intentando pasar inadvertida.

—Es la hermana pequeña —dijo Shabalala sin volverse—. Nos viene acompañando desde que salimos del *kraal* del jefe.

—Vamos a sentarnos a descansar un momento —dijo Emmanuel—. Le daremos la oportunidad de darnos alcance y hablar.

Incluso con Shabalala como único testigo, Nomusa no había añadido nada a lo que había dicho en el patio de la cabaña de Matebula. Amahle era una buena chica. La gente la quería. No tenía novios ni enemigos. La caja de cartón con el pintalabios había sido una sorpresa para su madre.

Shabalala se detuvo en una pradera entre dos grandes peñascos. Se sentaron y esperaron. La brisa traía el aroma de las rocas húmedas del fondo del valle. Emmanuel se quitó el sombrero y lo dejó en el suelo para refrescarse.

De la roca que había a espaldas de los policías se desprendieron unos guijarros y una voz de niña dijo:

—No vayan al *kraal* de Dlamini. Philani no está allí.

Emmanuel se dio la vuelta despacio y vio a la hermana pequeña de Amahle agazapada en el pedregal como un duende.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

Ella sacudió la cabeza, negándose a dar esa información: una reacción muy inteligente viniendo de una niña.

—¿Cómo sabes que el jardinero no está en casa? —preguntó.

—Su madre vino a ver al jefe ayer por la mañana y dijo que su hijo no había vuelto del trabajo en Little Flint Farm el viernes por la noche. No saben dónde está.

Shabalala levantó una piedra de la hierba y la examinó con detenimiento.

—¿Es posible que la madre de Philani no haya dicho la verdad para proteger a su hijo?

—Mi hermano y el *impi* fueron al *kraal* de la madre. —La chiquilla no paraba

de dar vueltas a los brazaletes que llevaba en la muñeca; era su manera de dar rienda suelta a los nervios-. Destrozaron la cabaña y soltaron las cabras y las gallinas, pero no encontraron a Philani.

–¿Conocía Amahle a Philani Dlamini? –Emmanuel recondujo la conversación hacia la muchacha muerta. Que Mandla era un gran obstáculo para la investigación ya lo sabía.

–Los dos trabajaban para el *baas* Reed en Little Flint Farm. Philani cuidaba el jardín y Amahle cuidaba a la mujer blanca de la casa grande.

Shabalala la animó a seguir con una sonrisa.

–Philani y Amahle eran amigos.

La hermana pequeña dejó de dar vueltas a los brazaletes y dijo:

–Philani la seguía monte arriba y monte abajo, y ella no lo espantaba.

Andar juntos por los montes era amor según su mentalidad infantil. Emmanuel pensó que tal vez tenía razón. Sacó de su chaqueta la libreta y el bolígrafo y garrapateó la palabra *flores* junto al nombre de Philani. Los zulúes corrientes no llevaban flores a los muertos, pero un zulú empleado como jardinero por los blancos podría haber adoptado esa costumbre europea.

–Háblame de ese jefe de Umkomazi –dijo Shabalala. Emmanuel lo había puesto al corriente sobre el precio de la novia y el amargo desengaño del jefe–. Estoy seguro de que es rico y guapo.

–Es gordo, tonto y huele a boñiga de vaca –dijo la niña sin rodeos–. El gran jefe aceptó que se casaran porque es un avaro y no está en forma para trabajar en las minas de oro de Jo’burgo. Amahle no lo quería.

–Vaya... –Esa opinión contundente había impresionado a Shabalala. A sus once años, la edad que le calculaba, la niña ya era capaz de distinguir el grano de la paja, la plata de la hojalata. Su esposa también se daba cuenta de todo a primera vista–. ¿No habría otro al que Amahle quería sin decírselo al jefe ni a vuestra madre?

La niña apartó la mirada y empezó a girar los brazaletes alrededor de su delgada muñeca cada vez más deprisa. Emmanuel imitó a Shabalala y se concentró en las piedras que salpicaban el terreno. Daba la impresión de que cada uno de ellos estaba sentado a solas en la hierba, escuchando el canto de los grillos.

–Había otro –dijo la niña–. Un hombre con un nombre raro.

–Hum... –dijo Shabalala para mantener en marcha la conversación sin hacer una pregunta directa.

–El señor Póliza de Seguro –dijo la hermana pequeña en inglés.

Los africanos negros sacaban nombres de cualquier parte. Emmanuel conocía a un delincuente juvenil llamado Justicia, a una criada llamada Radio y a un limpiabotas con el evocador apodo de Midnight Express. Todos los nombres

iban unidos a una historia real, a algún suceso que había dejado huella en la vida de la persona. ¿De dónde había salido Póliza de Seguro en un valle aislado y surcado por una red de caminos de tierra? Aquel bastión de riscos tornasolados y de ríos sinuosos era a buen seguro uno de los pocos lugares de la tierra donde no habrían penetrado los viajeros de seguros.

–¿Has visto alguna vez al señor Póliza de Seguro? –preguntó.

–No –dijo la niña a la vez que negaba con la cabeza–. Amahle habló de él una vez. Nunca más.

–¿Fue en invierno o ahora, en primavera, cuando habló de él? –preguntó Emmanuel. En el campo eran las estaciones las que marcaban el paso del tiempo. Con cada cambio de estación, los hombres que trabajaban en las minas de oro de Jo'burgo volvían a casa para arar los campos o repartir maravillas modernas como cacharros de cocina de aluminio, telas de algodón estampadas en colores vivos y dinero en efectivo.

–Fue el día que el granjero afrikáner quemó las lindes del campo pegadas al río. Recuerdo que mi hermana volvió a casa de noche y nuestra madre se enfadó con ella.

Los granjeros abrían cortafuegos en invierno. Emmanuel aún guardaba un vívido recuerdo del penetrante olor a humo y de la ceniza negra que le impregnaban la piel durante semanas enteras. Seis años labrando los campos y recogiendo las cosechas con su padre adoptivo destruyeron cualquier idea romántica que hubiera podido tener sobre vivir de la tierra.

–Comprendo –dijo Shabalala–. Tu hermana estaba con ese señor Póliza de Seguro y no se dio cuenta de que el sol se ponía. Por eso llegó tarde a casa.

–No, *inkosi*. –Los labios de la niña se fruncieron, formando un capullo de rosa perfecto–. Dejaron a Amahle olvidada en el pueblo y costó muchas horas encontrarla y llevarla al *kraal*. Esa noche no lograba dormirse y fue cuando susurró su nombre y dijo: «Él es al que he estado esperando...».

Emmanuel se inclinó unos centímetros más hacia la niña y la miró a los ojos.

–Cuéntame todo lo que Amahle dijo de ese hombre, hermana pequeña.

–Amahle no solía hablar de hombres. Decía que eran como las piedras del río sobre las que hay que saltar deprisa para cruzar al otro lado.

Un punto de vista muy cínico para ser de una adolescente; esa opinión podría haberla llevado a su prematura muerte. Que una joven belleza «saltara» por encima de ti era motivo suficiente para asesinarla en opinión de algunos hombres, según sabía Emmanuel.

–¿Te dijo tu hermana lo que la esperaba al otro lado de la corriente? –preguntó Shabalala.

–La vida –dijo la chiquilla.

Desde el camino rodaron unas piedras y se oyó un chasquido de palos

cuando un ternero se detuvo a mordisquear la hierba. El sonido sobresaltó a la niña, que se levantó y salió como un cohete a campo traviesa antes de que Emmanuel pudiera decir «espera». Se puso en pie y observó cómo se abría paso zigzagueando entre los aloes de montaña como una pequeña gacela, hasta que su silueta se fundió con el paisaje. Aunque era muy rápida, no podría ir más deprisa que el futuro. Pasados tres o cuatro años, lo más probable era que la casaran a cambio de un rebaño de vacas de cuernos largos.

–Puedo atraparla, pero... –Shabalala carraspeó, molesto al tener que explicar por qué no había entrado en acción.

–Déjala. –Emmanuel ajustó el ribete de su sombrero–. Ha corrido un gran riesgo al salir del *kraal* sin permiso de sus padres. No quiero que la castiguen por ayudarnos.

Ni tampoco quería que la castigasen por tener un corazón de león, igual que la nieta que le había pedido su madre.

Dieron una vuelta por el *kraal* de Dlamini y encontraron una cabaña saqueada y dos cabras de pelaje blanco comiendo el maíz que se había derramado de una vasija de barro rota. En el patio correteaban las gallinas y un gato flaco sesteaba al sol de la tarde. Philani Dlamini y su madre se habían ido hacía mucho.

Emmanuel releyó sus notas en voz alta.

–La madre le dijo al jefe Matebula que Philani no había vuelto a casa del trabajo el viernes. Es la misma noche que desapareció Amahle. No puede ser una coincidencia.

–Tenemos que encontrar al jardinero antes que Mandla y el *impi* –dijo Shabalala–. Creen que este hombre es culpable y lo castigarán.

–¿Y si paga una multa de veinte vacas?

–Ya es demasiado tarde para intercambios de ganado, oficial –dijo Shabalala–. La sangre solo se limpia con sangre.

–Maravilloso –masculló Emmanuel. ¿Había un país, uno solo en la tierra, donde no se pagara la sangre con sangre? Antes de salir al camino que descendía hacia el río, se detuvo a estudiar el terreno. Un profundo valle discurría entre una imponente cadena de montañas cubierta de hierbas alpinas y bosque autóctono. El cielo se extendía, azul e interminable, sobre el inmenso jardín trasero de Mandla.

En aquel territorio inmenso, dos policías buscaban a un jardinero y ya estaban cansados. Emmanuel esperaba que Philani también estuviera empezando a cansarse.

Emmanuel se vistió al amanecer bajo un haz de pálida luz amarilla. Nubes de color de tinta china entrecortaban las crestas de los lejanos montes. En las ramas de los jacarandás del jardín del hotel cantaban los pájaros, demasiado tarde para despertarlo.

Dejó la chaqueta colgada en el ropero de pino teñido con bolas de alcanfor apiladas en los rincones y bajó las escaleras hacia una salida lateral. Un vigilante nocturno con un abrigo largo y botas de goma barrió con la luz de su linterna el jardín y el patio. Emmanuel aflojó el paso y dejó que lo alumbrara. Saludó levantando la mano y el vigilante le respondió con un «Buenos días, *ma' baas*».

Emmanuel pensó en Shabalala, alojado esa noche y durante el tiempo que durase la investigación cinco kilómetros al norte del pueblo, en la zona de los negros. Probablemente ya habría salido de la habitación del fondo de la vivienda de bloques de cemento, con una sola ventana y un aseo exterior, y estaría dirigiéndose a Roselet. Para ser de la zona negra, la casa del propietario de la tienda del pueblo donde se hospedaba Shabalala era de lujo, aunque no estaba ni de lejos a la altura de la pensión «Solo para europeos» de Roselet y del hotel seudotudor de ocho habitaciones.

Shabalala no se quejaba. Le había dado las gracias a Emmanuel cuando lo dejó allí al atardecer del día anterior y había declinado su ofrecimiento de recogerlo por la mañana. ¿Cuántas palabras y pensamientos quedarían tras los labios sellados del policía zulú porque todo lo que se requería en presencia de la mayoría de los blancos era un «Sí, *ma' baas*», «No, *ma' baas*» y un «Gracias, *ma' baas*»?

Un camino de gravilla atravesaba el jardín francés de detrás del hotel y conducía a una senda más estrecha, señalizada como ruta panorámica. La senda iba rodeando los límites del pueblo y terminaba a la entrada de Greyling Street. «Para los huéspedes aficionados a dar un paseo rápido después del desayuno o antes de comer», le había explicado el recepcionista gordinflón sobre el mapa del terreno del hotel y una lista exhaustiva de «cosas que hacer mientras se está en Roselet». Investigar el asesinato de una muchacha zulú no figuraba entre las actividades recomendadas.

La familia Reed no estaba en casa cuando Shabalala y él se presentaron en Little Flint Farm el día antes. Los datos esenciales de la investigación –hora de la muerte, última vez que se había visto con vida a la víctima, sospechosos y móvil– aún seguían sin confirmar. Pero otras preocupaciones, menos obvias

que el rompecabezas del asesinato, habían desvelado a Emmanuel en la habitación del hotel en plena noche.

El rocío centelleaba en los macizos de proteas de ambos lados de la senda y el aire era frío. A Emmanuel se le puso la piel de gallina y el nudo caliente que tenía en el centro del pecho se deshizo poco a poco. Era agradable pasar frío y haber despertado de aquellos sueños enmarañados, llenos de imágenes inconexas que aparecían un instante y enseguida se desvanecían en el vacío.

Ocho años sin vestir el uniforme de infantería y había logrado aprender, aunque no del todo, a vencer a los muertos que lo visitaban en sueños. Despertarse, encender la luz, respirar hondo y nombrar el lugar donde su cuerpo descansaba envuelto en una colcha de retales: Roselet. En las proximidades de los montes Drakensberg. Sudáfrica.

La noche anterior había sido distinta. Su sueño no fue interrumpido por tormentas de fuego, ni misiles, ni ríos crecidos que arrastraban a los muertos hasta el mar. En lugar de eso, recordó Sophiatown. La chabola de su familia, con el tejado de hierro ondulado sujeto con piedras. Su hermana Olivia jugando en la calle de tierra con Indira, la hija de la tendera india, el fuego de las hogueras de invierno cubriendo por completo el cielo sobre sus cabezas. Y sus padres, sentados a la puerta de la casucha medio desmoronada riéndose de una broma que él no había oído. Se les veía relajados y muy guapos, incluso a la polvorienta luz del suburbio.

Emmanuel siguió andando. Había desenterrado sin querer el recuerdo de su madre y su padre felices y enamorados.

El calor que sentía en el pecho estaba en el lugar exacto donde *baba* Kaleni le había puesto las manos. El anciano le había hecho un agujero por donde ahora trepaban los fantasmas y los secretos que tenía dentro. El pasado se infiltraba en el presente. Recordó su difícil adolescencia. Cuando una sólida y devota familia afrikáner los adoptó a su hermana y a él, se esforzó en portarse bien durante seis meses. No pelearse con los chicos que a él lo llamaban guarro y a su difunta madre, puta; no responder a los brutales profesores del Internado Fountain of Light; no cuestionar la superioridad de los blancos sobre los negros pese a que conocía a muchos británicos y afrikáneres que eran auténticos zoquetes.

Era una tarea agotadora. Al cabo de seis meses, su voluntad comenzó a flaquear. Para entonces, ya había aprendido a vengarse empleando la astucia y la malicia.

«Ahora no.» Emmanuel se negó a que el pasado siguiera abriendo una brecha en los muros perforados por *baba* Kaleni. El daño ya estaba hecho, las heridas y magulladuras habían sanado. Lo único que importaba era el presente.

Las estrellas se difuminaron y, medio kilómetro más adelante, la silueta de las casas se perfiló con mayor claridad. Emmanuel bordeó la periferia de Roselet.

Amplios jardines y vallas de madera rodeaban bonitas casas de campo y un arroyo plateado señalaba la frontera entre la población y el campo. Reconoció el tejado de paja y las paredes enjalbegadas de la casa de la doctora Daglish.

Al dejar atrás dos parcelas más, el conjunto de edificios de la comisaría apareció ante él. En el patio brillaba una luz amarilla.

Con curiosidad por saber de dónde procedía aquel resplandor, Emmanuel saltó el arroyo. Fue siguiendo la pared posterior de la comisaría, con cuidado de no pisar palos ni piedras sueltas, y dobló la esquina.

El comisario Bagley fumaba un cigarrillo a la luz de una lámpara de parafina, sentado en la escalera trasera de su casa. Estaba acurrucado para protegerse del frío, con el pelo rojo revuelto y de punta, y el vaho de su respiración se mezclaba con el humo que exhalaba. Si había dormido algo la noche anterior, no se le notaba. El suelo estaba cubierto de colillas.

Un movimiento borroso en la ventana de atrás llamó la atención a Emmanuel. Entrecerró los ojos y distinguió una figura femenina vestida con un camisón blanco de pie tras el cristal. Bagley no tenía ni idea de que ella estaba allí, observando cómo sus tormentos nocturnos se prolongaban hasta el amanecer.

Emmanuel oyó una pisada y se volvió a mirar el talud que descendía hacia el arroyo. Shabangu, el mayor de los policías nativos de Roselet, tan sorprendido como él, titubeaba en el camino de la comisaría. Se apresuró a apartarse para franquear el paso al policía de la ciudad, y luego se quedó inmóvil, con la cabeza vuelta de lado y los ojos fijos en el suelo. Cuestionar los actos de un blanco pillado espionando al alba sería una imprudencia. La opción más segura era representar el papel de nativo silencioso y sumiso.

Emmanuel se deslizó junto al policía zulú y continuó andando en dirección a Greyling Street. Llegó al principio de la calle principal y fue siguiendo la hilera de tiendas sin iluminar y de casitas de campo. Las próximas veinticuatro horas eran críticas para la investigación. Shabalala y él tenían que conseguir una lista de sospechosos antes de que el rastro se enfriara.

El aparcamiento, vacío; el patio, vacío; la comisaría, vacía. La única señal de vida en el centro de mando de la policía de Roselet eran los susurros de un sicomoro gigante.

—Menos mal que iban a hacer «todo lo que fuera necesario para ayudarme» —dijo Emmanuel, echando un vistazo a la desierta comisaría. Nada había cambiado desde la tarde del día anterior, salvo la posición del teléfono sobre el escritorio del comisario. Bagley había hecho o recibido una llamada en algún momento.

—Puede haberse producido una emergencia, oficial. —Shabalala se detuvo a

examinar el mapamundi que colgaba de un clavo en la pared. La mancha rosada del Imperio británico se extendía por varios continentes.

–¿Qué tipo de incidente requiere la presencia de tres hombres hechos y derechos para controlarlo, agente? ¿Un robo múltiple de ganado o un gato que no puede bajar de un jacarandá?

–Quizá hayan pasado las dos cosas –repuso, socarrón, Shabalala, y Emmanuel sonrió.

Se dirigió a la ventana y contempló la inmensa pradera y los escarpados picos.

–Es extraño, ¿no te parece?... que un comisario se desentienda de un asesinato cometido en su jurisdicción. No somos del Departamento de Seguridad. No hemos exigido tomar el control de la investigación.

–Es extraño, sí. –Shabalala se volvió hacia la ventana y miró hacia fuera–. Quizá al comisario no le importe la muerte de una chica zulú.

–Un asesinato es un asesinato. Resolver un homicidio es lo que nos puede dar mayor prestigio. Hay que ser vago o estúpido para rechazar esa oportunidad.

–Entonces, estamos solos –dijo Shabalala.

–Como siempre. –Emmanuel echó un vistazo a su reloj. Las ocho y cuarto–. Comunicaremos a la doctora que su sustituto está en camino y luego volveremos a la granja de los Reed.

–Como usted diga, oficial.

Con el ala de los sombreros doblada para protegerse del sol, salieron al patio de tierra. Las hijas de Bagley se asomaron por la ventana de atrás y pegaron la nariz al cristal para verlos bien. La niña mayor golpeó el marco de madera con los nudillos, reclamando atención. Shabalala la saludó quitándose el sombrero. Las crías chillaron con regocijo y la mano de una persona a la que no veían las apartó de la ventana de un tirón.

–¿Doctora Daglish? –Emmanuel llamó por tercera vez a la puerta de la casita, con más fuerza, pero no obtuvo respuesta–. Somos la policía. Abra.

Shabalala se asomó por la ventana a la sala delantera. Las cortinas estaban abiertas para que entrara el sol y sobre la repisa de la chimenea había una lámpara de lectura encendida. En una mesa auxiliar de roble estaba abierta boca abajo una novela de bolsillo.

–Hay alguien en casa –dijo el policía zulú–. Pero ni un movimiento en el interior.

–Vamos a la parte de atrás. Puede que la doctora se haya largado del pueblo y las luces sean solo para disimular. –Emmanuel pasó por encima de los macizos de hortensias y apretó el paso. No tendría que haber dejado que la doctora se saliera con la suya con tanta facilidad la tarde anterior. Si la hubiera presionado

un poco más, tal vez Daglish se habría prestado a hacer el reconocimiento sobre la marcha. Ahora podía estar en cualquier parte de la provincia de Natal.

Tomaron el camino que iba a la parte posterior de la casa y al sótano para guardar verduras donde el cadáver de Amahle yacía sobre una camilla en un rincón. La puerta del sótano está entreabierta, sujeta con una vieja máquina de escribir con las teclas oxidadas. Un chirrido metálico de instrumental quirúrgico se superpuso al canto de las aves y los insectos ocultos en el denso follaje del jardín.

–Doctora... –Realizar una autopsia improvisada de un cadáver cuando veinticuatro horas antes estaba demasiado asustada para hacerle un reconocimiento sobrepasaba los límites de lo posible–. ¿Doctora?

–Un momento, oficial Cooper. –Daglish no tardó en aparecer a la puerta del sótano, con el cabello oscuro recogido en una fina redecilla. Iba equipada con guantes y bata, lista para una intervención quirúrgica–. Este sótano es como un refugio antiaéreo y el sonido rebota en las paredes. No les he oído acercarse.

–¿Qué está haciendo? –preguntó Emmanuel.

–Ayudar al cirujano de la policía –dijo Daglish–. Un coche lo ha dejado a la entrada hace quince minutos. No lo esperaba tan pronto.

–Tampoco yo. –Roselet estaba a cuatro horas de Durban: el médico debía de haber salido sobre las cuatro de la mañana–. El agente Shabalala y yo vamos a saludarle y luego nos iremos al valle.

–Pasen. –Daglish se retiró hacia el interior del sótano a la vez que se quitaba los guantes. El vendaje de la muñeca había desaparecido. Un moratón le oscurecía la piel pero, por lo demás, parecía haberse operado en ella una recuperación notable de la noche a la mañana.

Emmanuel y Shabalala se agacharon para esquivar los bajos aleros. El aire estaba helado en aquel cuarto excavado en la tierra y solo un par de bombillas peladas que colgaban del techo disipaban la penumbra. Varios tarros de cristal con frutas amarillas y rosadas añadían una franja de color a las paredes desnudas.

–Ay, Jesús. –Emmanuel se llevó una sorpresa–. Usted.

Un hombre, que a primera vista parecía una mezcla de mago loco y sabio despistado, presionaba con dedos inquisitivos la nuca de Amahle, buscando los secretos que escondía la piel. Las gafas de montura dorada que descansaban al borde de su nariz desafiaban la ley de la gravedad.

–Está usted pensando en otro judío, crucificado hace dos mil años por los romanos –respondió el doctor Daniel Zweigman–. Como puede ver, yo estoy vivo y coleando.

–El inspector Van Niekerk dijo... –Emmanuel no se molestó en terminar la frase. No tendría que haberse fiado de la promesa de buscar otro médico que le

había hecho el taimado holandés. Se la había sacado con mucha facilidad. Pero el inspector quería al viejo judío en el caso y el inspector siempre conseguía lo que quería.

–*Yebo, sawubona* –Shabalala saludó al médico alemán tocando el ala de su sombrero y sonriendo. Amahle no podría estar en mejores manos. En un momento de intimidad, cuando se quedara a solas con ella, le diría a la muchacha que permitiera a aquel hombre bueno y amable descubrir cosas que ante otros había mantenido ocultas.

–Shabalala. –Zweigman se subió las gafas al puente de la nariz–. Su mujer le manda recuerdos. Y la mía también.

Que las esposas no le mandaran saludos no inquietó a Emmanuel. Él era el soltero imprevisible que sacaba a rastras a sus maridos de su tranquilo mundo doméstico para lanzarlos a otro mundo violento y, a menudo, peligroso. Aunque Lilliana y Lizzie le tenían simpatía, Emmanuel sabía que no les importaría no volver a saber nada más de él.

–¿Ha utilizado Van Niekerk tácticas intimidatorias? –preguntó Emmanuel. No quería que presionaran a sus amigos para enrolarlos en la milicia privada del policía holandés.

–El inspector Van Niekerk es demasiado elegante para recurrir a amenazas –dijo Zweigman–. Me ha sobornado.

–El inspector no tiene nada que usted quiera –señaló Emmanuel. Después de pasar tres años en el campo de concentración de Buchenwald, a Zweigman habían dejado de interesarle el dinero, la posición social y las apariencias.

–Es verdad, pero Lilliana quiere poner en marcha otro taller de costura como el que dirigía en Jacob's Rest. El inspector le ha encargado diez vestidos para su novia, que se confeccionarán cuando regresen de la luna de miel. El dinero lo guardaremos para los estudios de Dimitri.

Dimitri, un niño ruso de pelo rubio platino, había nacido en la clínica de los Zweigman durante una operación de contraespionaje fallida. Su padre era un general ruso achacoso que había sido capturado por la policía secreta sudafricana, y su madre, Natalya, una joven y hermosa actriz. Natalya repudió a Dimitri dos semanas después de darle a luz. Un niño habría sido un obstáculo para buscar a otro hombre, beber champán y conocer el mundo que había más allá de Moscú. Los Zweigman consideraron que el abandono de Dimitri en su clínica había sido obra de Dios. A sus tres hijos los habían matado en los campos de exterminio alemanes y el huérfano ruso les concedió la milagrosa oportunidad de volver a amar de esa forma. Dimitri se había convertido en su hijo adoptivo. La pareja alemana tenía memorizada una lista de las cualidades extraordinarias del niño y la repetía *ad nauseam* a quien tuviera la santa paciencia de escucharles.

–¿Cómo se había enterado Van Niekerk de los planes de Lilliana? –preguntó Emmanuel.

–Por el procedimiento habitual. Línea directa de comunicación con el diablo –respondió Zweigman con sarcasmo–. Qué más da, oficial Cooper. Mi mujer está contenta y yo estoy aquí. Con la ayuda de la doctora Daglish, el reconocimiento post mórtem para establecer el momento y la causa de la muerte habrá concluido a la hora de comer.

–¿Algo interesante hasta ahora? –preguntó Emmanuel. La perforación en la espalda de Amahle y la escasa cantidad de sangre que había en la escena del crimen dificultaban la identificación del arma asesina.

–La herida que tiene la muchacha en la médula espinal es muy poco corriente. Nunca había visto algo así. –Zweigman se inclinó, aproximándose a Amahle, que estaba tumbada de lado y cubierta con una sábana blanca, como una niña dormida en una noche calurosa. Le tocó delicadamente la base del cráneo–. Además hay una mancha de color rojo púrpura que se extiende desde la herida hasta la raíz del pelo. Fascinante.

–Sí, desde luego. –Daglish se puso junto a Zweigman y ambos examinaron la piel afectada con el mismo entusiasmo que debía de alumbrar los rostros de los coleccionistas de sellos o los entusiastas de la pornografía cuando se topaban con algo distinto y especial, pensó Emmanuel.

–Dentro de unas horas –dijo Zweigman, todavía cavilando sobre el misterio que planteaba la herida–, podremos facilitarle algunas respuestas y algunas hipótesis fundadas, oficial.

–¿Qué necesita ahora, doctor Zweigman? –Margaret Daglish pasó la mano derecha por encima de la hilera de instrumentos de acero ordenados sobre una toalla de baño limpia con la que habían tapado un aparador.

–Algodón y el bisturí pequeño, por favor. Vamos a ver qué ha provocado esta decoloración de la piel. –Zweigman levantó los ojos de la camilla y pareció sorprendido de encontrar allí todavía a Emmanuel y a Shabalala–. Los veremos al mediodía –dijo, y volvió a examinar los músculos del cuello de Amahle, totalmente absorto en la tarea, con un alborozo extraño y sutil iluminándole el rostro. Emmanuel imaginó que dirigir una clínica en el Valle de los Mil Montes debía de resultar cansado, jornadas llenas de tos ferina, vacunas contra la viruela y extremidades fracturadas. Todas y cada una de sus actuaciones eran vitales para la salud en una comunidad rural aislada y pocas de ellas ponían en aprietos a un hombre del calibre intelectual de Zweigman.

–Por si surge cualquier cosa, estaremos en Little Flint Farm. ¿Tiene el número de teléfono, doctora Daglish?

–Sí, por supuesto. Le llamaré cuando hayamos terminado el reconocimiento. Emmanuel se dirigió a la puerta del sótano y, al recordar algo, titubeó.

–¿Hay alguien en el pueblo que venda seguros, doctora Daglish?

La médica levantó la vista y frunció el ceño.

–Como trabajo permanente, no. Un corredor de Sun Life viene por aquí una vez al año. Normalmente a principios de enero. Pagamos las primas mensualmente en la oficina de Correos. ¿Por qué?

–Solo por curiosidad.

Emmanuel salió del sótano para almacenar verduras sin dar tiempo a que retirasen la sábana y dejaran al descubierto a Amahle yaciendo desnuda y vulnerable bajo la dura luz eléctrica. Shabalala y él echaron a andar hacia el coche. Ninguno de los dos quería imaginar la hoja del bisturí abriendo la piel de la muchacha negra y revelando los secretos ocultos en su sangre y sus músculos.

–La hermana pequeña dijo que el granjero afrikáner estaba quemando sus campos el día que Amahle conoció al señor Póliza de Seguro. –Emmanuel rebuscó las llaves del coche–. Es imposible que sea el corredor de seguros auténtico si este solo viene al pueblo una vez al año, en enero.

–En verano –dijo Shabalala por encima del capó–. Cuando los campos están sembrados y no se hacen hogueras.

–Exactamente. –Emmanuel abrió la puerta, se colocó detrás del volante y encendió el motor–. Cuando llegemos a Little Flint, pregunta por ahí por el señor Póliza de Seguro, pero no le dediques mucho tiempo. Este hombre misterioso quizá no tenga ninguna relación con el asesinato. Lo que de verdad nos hace falta es una lista de amigos y enemigos de Amahle, y el nombre de la última persona que la vio con vida. Cualquier sugerencia sobre dónde puede haberse metido el jardinero Philani también nos vendría bien.

En eso consistía el trabajo. Hacer preguntas, verificar la información y seguir las pistas hasta que te condujeran a alguna parte o se perdieran en la arena. Realizar una investigación criminal aportaba calma, un sentido y una dirección con los que enfrentarse al caos provocado por un asesinato.

Sin la ley y la promesa de justicia para las víctimas, Zweigman no sería más que el matasanos de una morgue y Shabalala y él, meros enterradores.

Emmanuel avanzó por la entrada de coches de una preciosa casa de arenisca rodeada por un porche con sillones de mimbre aquí y allá. Apagó el motor y contempló la escena rural a través del polvoriento parabrisas. Las hileras de rosas de un vivo amarillo en el jardín de estilo francés y el camino circular hecho de guijarros blancos de río proclamaban con toda claridad: «Los criados, la policía y los hojalateros judíos entran por la puerta trasera».

Una criada zulú de mediana edad, con bata verde y playeras azules calzadas sin calcetines, se precipitó desde la puerta principal a lo alto de las escaleras. Echó un vistazo al coche, y luego miró hacia atrás por encima del hombro, como una actriz nerviosa que hubiera salido tropezando a escena antes de que los demás intérpretes estuvieran listos para ocupar sus puestos.

–Qué velocidad –dijo Shabalala–. Es imposible que haya venido desde la cocina o desde la parte de atrás de la casa.

Emmanuel se echó las llaves al bolsillo.

–Debe de ser la criada encargada de recibir a las visitas antes de que abran la puerta del coche.

Se apearon del Chevrolet y un perro astroso de raza indeterminada rodeó a la criada y trotó hacia ellos. El viejo sabueso, ya sin fuerzas para ladrar ni casi para morder, tenía los ojos acuosos y era tan ancho como un baúl.

–Este es un buen chico. –Shabalala rascó al chucho detrás de las orejas con fuerza, desmintiendo instantáneamente la creencia tradicional de que los negros africanos temen a los perros. No obstante, a Emmanuel le parecía de lo más razonable el miedo a los pastores alemanes entrenados para atacar a los hombres nativos nada más verlos.

Haciendo crujir los guijarros de río bajo sus pies, avanzaron hasta la escalera. De la zona posterior de la propiedad llegaban distantes mugidos de vaca y gritos de trabajadores.

–Buenos días –saludó Emmanuel a la criada a la vez que inclinaba la cabeza–. Hemos venido a hablar con la familia Reed. ¿Están en casa?

La criada les indicó con la mano un círculo de sillones de mimbre que había en el porche.

–Vengan a sentarse, por favor. Iré a buscar al *baas*.

–Sería mejor que habláramos con todos los Reed, no con uno solo –dijo Emmanuel, y se plantó en el sombreado porche de cuatro zancadas–. ¿Está dentro la señora?

–La señora mayor está descansando. La señora joven está nadando. –La criada trató de sonreír, desistió y volvió a señalar los sillones de mimbre–. Siéntense, por favor, enseguida vendrá el *baas*.

–Muy bien. Lo esperamos aquí.

Emmanuel cruzó el suelo pulimentado de madera y se dejó caer en un sillón con tres abultados cojines. La criada tenía que seguir las instrucciones recibidas y no pensaba salirse del guion. Shabalala llegó al escalón superior con el jadeante perro pegado a los talones. La criada se retorció sus flexibles dedos, desconcertada por la visión de un zulú vestido con un traje de gran *baas*. Los trabajadores que regresaban de las minas subterráneas de Johannesburgo aseguraban que en la ciudad había hombres negros como aquel, pero hasta entonces ella no había visto a ninguno.

–Humm... –Miró de reojo los sillones, prohibidos para los nativos. Después miró la entrada principal, también territorio prohibido. Además, las escaleras había que mantenerlas despejadas de jardineros haraganes y de repartidores vagos.

–Váyase, por favor. Yo esperaré aquí con mi *baas*, el oficial Cooper. –Shabalala alivió la aflicción de la criada y se reclinó en la baranda del porche, relajado y cómodo.

Esa manera de organizar el poder sí la comprendía la sirvienta: una persona daba las órdenes y otra las seguía al pie de la letra. Se retiró a la casa y desde el interior les llegó el eco de unas pisadas apresuradas. La puerta trasera se abrió y se cerró. Emmanuel se levantó.

–No me gusta que me acorralen –dijo, y echó a andar por el porche en dirección a la parte posterior de la casa–. Vamos a dar una vuelta para ver esto.

–Pero la mujer ha dicho...

–No te preocupes. –Emmanuel comprendía la preocupación de Shabalala. Si no se obedecían las órdenes de los Reed, sería la criada la que pagaría el error. La vida ya era bastante difícil para las criadas y los jardineros sin necesidad de que la policía les complicara más las cosas–. Me ocuparé de que el jefe se entere de que ella ha cumplido con su deber y de que la culpa es mía, ¿de acuerdo?

Shabalala asintió, cohibido, y ambos siguieron adelante por el ancho porche de piedra y madera. Cuidados jardines flanqueaban la casa, plantados con hileras de rosas blancas, lirios rosados y arbustos de lavanda en flor. Al otro lado de la cerca se apelonaban matojos y hierbas silvestres.

–No está mal –dijo Emmanuel cuando tuvieron una vista completa de la propiedad de los Reed. Una extensión verde descendía hasta las orillas de un lago plateado y, más allá, una escarpadura de arenisca desprendía un tenue resplandor rojo y dorado bajo la luz matinal. Una nadadora solitaria, la señora joven, cruzaba las aguas con lánguidas brazadas de crol. El porche trasero era el

lugar ideal para relajarse con una copa en la mano y preguntarse qué estarían haciendo los pobres.

–Este Reed es un jefe blanco –dijo Shabalala.

–Y que lo digas. –Emmanuel bajó por la escalera trasera hacia un huerto donde se alineaban lechugas, tomates y espinacas–. Esperemos que esté más dispuesto a cooperar que Matebula.

Dos mozos de jardín con monos azules y andrajosos sombreros de algodón arrancaban malas hierbas en el huerto, hablando en voz baja. El crujido de las pisadas los sobresaltó y levantaron la vista. Al ver a dos agentes policiales, reanudaron su trabajo con redoblado vigor.

–Yo me ocupo de los ingleses, tú de los zulúes –le dijo quedamente Emmanuel a Shabalala antes de asomarse por encima de la valla que delimitaba el huerto y que le llegaba a la cadera. Se dirigió al mayor de los *boys*, un hombre de piel oscura con un pómulos fracturado, que confería una apariencia escabrosa e irregular a su rostro–. ¿Dónde está el señor Reed?

–Allí, *ma' baas*. –El jardinero se enderezó y señaló un estrecho camino que conducía a un lejano corral envuelto en una polvareda. La criada prácticamente había llegado hasta allá, corriendo a un ritmo sostenido–. En los bañaderos.

Emmanuel se llevó el dedo al sombrero en señal de agradecimiento y enfiló el camino de hormigón. Un silencio casi palpable descendió sobre los jardineros, y él ralentizó el paso hasta que Shabalala y el perro viejo lo alcanzaron.

– ¿Has oído eso? –dijo.

–*Yebo*. Saben que hemos venido por Amahle y están conteniendo el aliento.

–Como hace la gente supersticiosa cuando pasa un coche fúnebre o cuando ven a un lisiado en silla de ruedas. –Emmanuel echó una ojeada por encima del hombro. En efecto, los «mozos» habían dejado de escardar y permanecían inmóviles entre los surcos de tierra removida, como estatuas especialmente esculpidas para jardines africanos.

–Volveré para tratar de averiguar por qué están tan asustados –dijo Shabalala.

A media distancia de los corrales, el camino pasaba a ser de gravilla y, más adelante, de tierra. Los bañaderos estaban detrás de los corrales. Una fila de peones agrícolas negros estaban apiñados a lo largo de una profunda zanja llena con una dilución de productos químicos. Azuzaban al ganado con palos para que atravesaran las compuertas y se sumergieran en el baño, y luego salieran por el otro lado, chorreando e inmunes a la fiebre de la garrapata.

–Esos deben de ser los Reed –dijo Emmanuel–. Parecen padre e hijo.

Dos hombres blancos, instalados bajo la gran copa plana de un árbol, contaban las reses que iban recibiendo el baño de inmersión y apuntaban las cifras en sendos cuadernos. El joven Reed levantó la vista cuando llegó la criada a darle el recado. Ladeó la cabeza a la izquierda para escuchar y despidió a la

criada con un rápido movimiento del dedo. Ella dio la vuelta y emprendió el camino de regreso. Los dos Reed la siguieron.

–Vuelven a casa –dijo Emmanuel–. Los bañaderos no son un lugar adecuado para conversar.

Estridentes silbidos y gritos reverberaban sobre los corrales y alcanzaban a oírse en las dependencias de servicio y en el porche trasero. El ruido y el polvo eran motivo suficiente para tener la reunión en el porche. Puede que, en realidad, los Reed no pretendieran acorralar a la policía. Emmanuel intentó ser más generoso; rico y terrateniente no significaba necesariamente arrogante y manipulador.

–Ustedes son los agentes de Durban –dijo el más joven de los Reed cuando él y su padre doblaron la esquina y encontraron a Emmanuel y a Shabalala esperándolos de pie en el porche delantero.

–El oficial Cooper y el agente Shabalala del Departamento de Investigación Criminal –dijo Emmanuel, sorprendido porque el joven granjero hubiera adivinado que eran de Durban y no de Pietermaritzburgo, la ciudad grande más próxima a las estribaciones de los Drakensberg.

–Yo soy Thomas Reed y él es mi padre, Ian Reed.

Una ojeada rápida confirmó que padre e hijo eran auténticos granjeros, con la piel manchada de polvo y mugre bajo las uñas. Con una extensa finca de tierra fértil y una enorme casa desparramada sobre un cerro, los Reed disfrutaban de una posición suficientemente elevada como para que las apariencias no les preocupasen ni lo más mínimo.

–Bienvenidos. Bienvenidos. –Reed padre apretó la mano que Emmanuel le tendía, con una media sonrisa bailándole en los labios. Aparentaba poco más de setenta años y tenía unas pobladas cejas grises y una expresión nebulosa en los ojos color avellana, como si se hubiera olvidado de algo importante y estuviera tratando de recordarlo.

–Este es mi hijo mayor, Tubby. –Ian Reed no le soltaba la mano a Emmanuel–. Ahora él conduce el coche. Yo voy en el asiento de atrás.

–Ya nadie me llama Tubby, padre. Soy Thomas. –El joven Reed tocó a su padre en el hombro–. Ve a sentarte y suma los números de tu lista antes del baño del siguiente lote. Aún queda mucho trabajo por hacer.

–Sí, cómo no. –Ian Reed liberó los dedos de Emmanuel del férreo apretón y echó un vistazo al cuaderno mugriento que tenía en la mano. Números garrapateados, algunos a medio terminar, y con la tinta corrida hasta los márgenes del papel–. Del alba al anochecer, el granjero tiene que cumplir su deber.

–Así es, papá. Siéntate allí a terminar tus cálculos. –Thomas le dio

materialmente la vuelta al viejo y señaló un sillón de mimbre orientado hacia la entrada de coches—. Yo voy enseguida, ¿de acuerdo?

Ian Reed se alejó, aferrado a la libreta como si fuera un salvavidas que lo mantenía a flote en un vasto océano sin límites.

—Cinco minutos —dijo Reed—. Tengo cosas que hacer.

Thomas Reed vestía de caqui, pero su distinguido acento inglés y sus modales displicentes eran los inequívocos distintivos de un rey sudafricano del *veld*. Bajo el sudor y el polvo, Emmanuel vislumbró una educación en un refinado colegio privado y buenas relaciones en las altas esferas sociales.

—Solo unas cuantas preguntas —dijo—. ¿Durante cuánto tiempo trabajó para su familia Amahle Matebula?

Thomas se encogió de hombros.

—No sabría decirlo. La he visto rondando por la granja desde que era niña.

—¿No tenía problemas de los que usted esté enterado? —Emmanuel sacó su libreta, ansioso de rellenar las páginas medio vacías—. ¿Alguna pelea o enfrentamiento entre ella y otros miembros del personal, por ejemplo?

Thomas señaló con un ademán la extensa finca que se fundía a lo lejos con las suaves colinas.

—En Little Flint tenemos pocos problemas, oficial. Nuestros mozos reciben un recambio de ropa y un nuevo par de playeras todas las Navidades. Y en Semana Santa les damos doble ración de azúcar y harina. A las criadas también.

—Me alegro de saberlo. —Emmanuel lanzó una mirada a su página en blanco. La respuesta de Thomas lo había irritado. Había muerto una joven, pero por la emoción que demostraba el granjero, se diría que estaban hablando del equipamiento de la granja—. Entonces, Amahle Matebula era una sirvienta del montón que no destacaba en nada.

—Tenemos quince, o tal vez veinte nativos en Little Flint. —Thomas se raspó con la uña una costra de suciedad que tenía en el pulgar—. Tal como yo lo veo, ninguno de los sirvientes destaca siempre y cuando haga bien su trabajo.

Eso no se lo tragaba nadie. Amahle era una preciosidad. Cualquier hombre con sangre en las venas se habría fijado en ella al verla cruzar el patio o tender la colada. Aunque cabía la posibilidad de que Thomas Reed fuera uno de esos raros especímenes de hombre blanco tan obsesionados con las diferencias raciales que no demostraban interés en las chicas negras o morenas. Emmanuel no confiaba en esos hombres.

—¿Alguna idea sobre quién mató a Amahle? —preguntó.

—Ni la menor idea —dijo Thomas, y no añadió nada.

Shabalala dio un paso atrás y clavó la vista en el montañoso horizonte. La frustración daba a su rostro una apariencia pétrea. Si Amahle hubiera sido

blanca, el granjero habría estado deshecho en lágrimas por la pérdida de alguien tan especial.

–Agente... –Emmanuel sentía la tensión de Shabalala. Mantenerse impasible mientras Thomas desdeñaba sus preguntas no era fácil, pero debía de haber algún motivo para tanta reticencia y para que nunca se refiriese a Amahle por su nombre-. Tome declaración a los jardineros y a las criadas. Averigüe quién fue la última persona que vio a Amahle el viernes por la noche. Y también a Philani Dlamini.

Thomas Reed frunció el ceño; de pronto, la mugre que tenía incrustada en el pulgar había perdido importancia.

–Philani no está. No se presentó a trabajar el sábado y hoy tampoco.

–¿Es eso extraño? –preguntó Emmanuel.

–Mucho –dijo Thomas-. Es uno de mis mejores mozos. Nunca falta, llueva o haga sol.

–Comprueba si Amahle y Philani se fueron juntos de la granja –le dijo Emmanuel a Shabalala.

–Lo preguntaré, oficial. –El agente zulú se dirigió a la parte de atrás de la gran casa, a paso lento para que el viejo perro pudiera seguirlo.

Emmanuel miró a Reed.

–¿Se encaprichó alguno de sus trabajadores de Amahle y hubo que llamarlo al orden?

–No me interesa la vida amorosa de las chicas *kaffir*. –El joven Reed se volvió hacia el círculo de sillones de mimbre, dando por terminada la conversación-. Vamos, padre. Ya es hora de que se bañe el siguiente lote.

Su padre se levantó y fue a su encuentro, con el puño cerrado sobre el cuaderno estrujado e inservible.

–¿Va a volver? –le susurró Ian Reed a su hijo.

–¿Quién? –Thomas frunció el ceño.

–La chica de la que estabais hablando. La hija del jefe.

Thomas se llevó al viejo lejos de Emmanuel.

–Ahora, de vuelta al trabajo, padre –dijo-. Ya hablaremos de eso después.

–Si vuelve del colegio y no la encuentra, tendremos problemas –masculló Ian Reed-. A tu madre no le gustará. Ni lo más mínimo. Después de lo que pasó la última vez.

–Cállate, papá. –Thomas empujó suavemente a su padre para que doblara la esquina. Emmanuel se perdió el resto de la conversación. No importaba. Había oído suficiente para saber que Amahle Matebula era algo más que una simple criada. Esperó a ver la reacción de Thomas ante aquellos comentarios reveladores.

–Mi padre no se entera de nada –dijo Thomas cuando reapareció él solo

desde la parte posterior de la casa—. Se le mezclan las cosas en la cabeza, se le cruzan los cables. No se puede tomar en serio nada de lo que dice.

Especialmente si se refiere a una muchacha negra muerta, supuso Emmanuel. Era evidente que el viejo Reed estaba perdiendo la cabeza, pero sus palabras habían tenido suficiente sustancia como para dejar a Thomas anonadado y pálido.

—Una cosa más. —Emmanuel hizo como si no viera los labios apretados y los hombros tensos embutidos en la tela caqui—. Me gustaría hablar con su madre, si ella no tiene inconveniente.

—Hoy no —dijo Thomas—. Sufre migrañas y necesita reposar en la cama. Pero puede llamar mañana por la mañana. A lo mejor ya está mejor.

Thomas Reed se comportaba con tanta frialdad que daba la impresión de que había practicado las respuestas y se las sabía de memoria. No dejaba ninguna pregunta sin contestar, pero no ofrecía ninguna información que valiera la pena. Las divagaciones del anciano habían sido el único momento espontáneo de todo el encuentro.

—Gracias por concederme unos minutos, señor Reed. Sé que tiene mucho trabajo. —Emmanuel liberó al joven granjero. Encontraría otra forma de acceso a la intimidad de la familia—. Esperaré aquí a que el agente Shabalala termine de tomar las declaraciones.

El joven Reed titubeó, calibrando los riesgos de dejar suelto a un policía en sus propiedades.

—Las granjas son peligrosas —dijo—. No se aparte de los caminos ni se meta en el campo, oficial Cooper. Por su propia seguridad.

—No lo haré. —Emmanuel le sostuvo la mirada a Thomas. Mentir sin parpadear era una habilidad que había llegado a dominar en el internado donde estudió—. Soy un hombre urbanita de pies a cabeza.

Reed aceptó esa promesa y se dirigió a zancadas a la escalera de atrás. El segundo factor necesario para ser un buen embustero era la paciencia. Emmanuel concedió al flemático granjero una ventaja de cinco minutos largos antes de seguirlo. Thomas ya estaba a la sombra del árbol de copa plana cuando Emmanuel dio la vuelta al porche. Un movimiento le llamó la atención y se detuvo un instante a observar. Un zulú larguirucho cruzaba la polvareda de los corrales con el paso largo de un cazador. Se detuvo a menos de medio metro del joven *baas* blanco y le mostró las manos vacías como disculpándose. Thomas se acercó más, apuntándole con el índice, el cuerpo tenso como un puño. El granjero flemático había desaparecido y en su lugar había un gran *baas* furioso dando órdenes. El zulú volvió a ponerse en marcha hacia el monte. Daba la impresión de que le habían mandado que siguiera de nuevo el rastro de algo o de alguien.

–Disculpe –Emmanuel abordó a una criada de piel oscura que llevaba en equilibrio sobre la cabeza un cesto de mimbre con ropa sucia. Ella también calzaba un par de playeras azules sin calcetines. Reed no había fanfarroneado con respecto a la distribución de productos entre el personal de servicio–. ¿Puede indicarme por dónde se va al lago?

–Por ahí, *inkosi* –la mujer habló con una voz calmada, el rostro vuelto para señalar un camino flanqueado de postes blancos–. Por ahí se va al lago.

–Gracias. –Emmanuel la dejó alejarse sin hacer más preguntas y se puso en camino. Los jardineros de Little Flint y Shabalala estaban hablando en el huerto. Shabalala hizo como si no viera a Emmanuel, queriendo demostrar a los sirvientes que el policía europeo no era su amigo. Zulúes, pondos, ingleses y afrikáneres creían por igual que los miembros de su propia tribu eran más de fiar que los de otras. Esa creencia profundamente arraigada podría favorecer a Shabalala y soltarles la lengua a los jardineros.

Buena suerte, le dijo mentalmente Emmanuel. Preguntases a quien preguntases, las respuestas francas sobre Amahle escaseaban, por lo menos hasta entonces.

Un embarcadero de madera se proyectaba desde una pequeña caseta para barcas y avanzaba sobre las aguas plateadas. Los reflejos del cielo y de las montañas se ondulaban en la estela de la mujer, que surcaba el lago con poderosas brazadas. Emmanuel alcanzó la orilla un momento antes de que la «señora joven» saliera del agua, jadeante y agotada por sus ejercicios de natación.

La joven se dirigió a la caseta de las barcas, se secó las manos con una toalla y extrajo un paquete de tabaco y cerillas de detrás de una caja de accesorios de pesca. Emmanuel la observó mientras encendía un cigarrillo y daba una profunda calada, saboreando el tabaco con un deleite casi poscoital.

–Mirar fijamente es de mala educación –dijo, y exhaló.

–Le estaba dando tiempo para disfrutar del cigarrillo. –Se acercó andando por las tablas de madera–. Me ha parecido que lo necesitaba.

–¿Sabe mi hermano que está hablando conmigo?

–No. –Por algún motivo, Emmanuel sospechó que eso podía jugar a su favor.

–Lo suponía –le ofreció el arrugado paquete–. ¿Quiere uno?

–Ahora mismo no.

–Creía que todos los investigadores de la policía fumaban.

–La mayoría, pero no todos. –Le enseñó su carné policial, sabiendo que apenas lo miraría por encima. Las chicas de sangre azul y familia adinerada, incluso las de rostro anodino y extremidades robustas, dividían el mundo en

dos grupos: las personas que contaban y las que daban igual. Los policías eran sirvientes vestidos de traje; útiles pero, aun así, inferiores.

–Soy Ella. –Eché la ceniza al lago, atrayendo un pez a la superficie–. Está aquí por el asesinato.

–Así es –dijo Emmanuel–. La muerte de Amahle debe de haber sido un golpe duro.

Ella se encogió de hombros y por sus brazos desnudos resbalaron gotitas de humedad.

–Era la única criada que tenía todas las papeletas para que le sucediera algo así.

–Y eso, ¿por qué? –dijo Emmanuel en un tono despreocupado, casi indiferente. Amahle era un ser marginal en el mundo de Ella Reed, una criada que había terminado mal. Todas las señoras, mayores o jóvenes, tenían en mente una lista de los defectos de sus sirvientes. Él escucharía con mucho gusto hasta la última queja de Ella.

–Para empezar, lo tenía todo. Trabajo en una buena casa, suficiente comida y a todos los hombres nativos peleándose por ella. –Ella se quitó el gorro de baño y soltó de una sacudida una rosca de pelo castaño lacio–. Otras chicas habrían estado felices. Pero ella no.

–Era una amargada –apuntó Emmanuel.

–*Ja* –dijo Ella–. Siempre estaba haciendo planes de fuga. El valle de Kamberg no era suficientemente bueno para ella. Ni suficientemente grande.

–Hay que ver. –Emmanuel percibió resentimiento en la voz de Ella. Se suponía que desempeñar un trabajo en una casa europea era la máxima aspiración de las muchachas nativas. Un empleo fijo, sobras de comida, ropa desechada por sus amas... desear algo más era pura codicia. Emmanuel dirigió la mirada hacia la escarpadura de arenisca, al otro lado de las espejeantes aguas, y dijo–: ¿Dónde podría estar mejor que aquí?

–Exactamente. –Ella apagó la colilla contra la barandilla del muelle–. Yo, que fui al instituto femenino de Durban, le decía: «Las ciudades son sucias y peligrosas. No está todo limpio y en paz, como aquí en el valle».

–No quiso escucharla –dijo Emmanuel, pensando en los cadáveres que había visto esparcidos por el campo en Francia y Alemania: algunos con flores creciendo a través de la caja torácica, otros con las cuencas oculares vaciadas por los cuervos.

–No. Amahle quería una casa. Un coche. Un negocio en uno de los barrios negros. Como si todo eso fuera a estar alguna vez a su alcance. –Ella guardó la colilla en el paquete y escondió cuidadosamente el tabaco y las cerillas detrás de la caja de utensilios de pesca: fumar era un placer prohibido–. No quería ver las cosas como eran.

Y ahí radicaba la belleza de los sueños, pensó Emmanuel. Lo imposible

quedaba siempre un sueño más allá.

–Palabras huecas –dijo. A eso se reducían al final la mayoría de los sueños, incluidos los suyos. ¿Dónde estaba la vida demasiado grande para vivirla en la provinciana Sudáfrica, la esposa a la que amaba con ardiente fervor y los niños a los que trataba con afecto sin ser suyos porque era un hombre mejor que su padre? Eran deseos que se habían esfumado hacía mucho tiempo. *Baba Kaleni* había oído el eco de una vida que no había vivido.

–Trató de fugarse. –Ella enjugó el agua de sus robustos brazos y piernas con la toalla. Estiró las bronceadas extremidades. Apenas era consciente de la presencia de un hombre desconocido. En la cara interna del muslo tenía una magulladura, una señal azulada y púrpura. Demasiado parecida a un mordisco por su forma y tamaño para ser accidental–. Llegó hasta la parada de autobús del pueblo –continuó Ella–. Es lo que oí decir.

Emmanuel metió la mano en el bolsillo y sus dedos se cerraron automáticamente sobre la libreta con anotaciones sobre el caso. Por fin, un hecho con el que llenar las páginas. Amahle Matebula era una escapista, una soñadora.

–¿Cuándo pasó eso? –Dejó la libreta donde estaba al darse cuenta de que tomar notas le recordaría a Ella la diferencia entre un chismorreo inocente y un interrogatorio policial formal. Necesitaba que siguiera hablando.

–En invierno. –Se enrolló la toalla al cuerpo y se ajustó los extremos sueltos bajo las axilas para hacerse un vestido sin tirantes–. Yo estaba en la universidad. Me enteré a través de otros criados.

–¿Ya ha terminado el curso? –preguntó Emmanuel. En la mayoría de las universidades se impartían clases hasta las vacaciones de Navidad. Ella aún tendría que estar en Pietermaritzburgo o en Durban.

–Me han dado una semana libre. Por un ataque de asma. El aire de la montaña y el ejercicio me vienen bien.

¿Además de los cigarrillos para fortalecer los pulmones delicados?, pensó Emmanuel.

Ella encajó los pies en unas sandalias de cuero y echó a andar por el camino hacia la casa principal. Varias mariposas blancas salieron volando de un arbusto y se esparcieron por el aire como confeti. Ella las espantó a manotazos y siguió andando.

–¿De qué huiría Amahle? ¿Tiene alguna idea? –preguntó Emmanuel mientras la seguía.

–Cualquiera sabe. –Ella arrancó una brizna de hierba y mordisqueó el extremo dulce–. De la boda, probablemente. Si se puede llamar así a un intercambio de vacas.

–Me han comentado que ese acuerdo no la tenía entusiasmada, precisamente.

¿Le había echado el ojo a alguien que trabajara aquí? A Philani, el jardinero, por ejemplo.

–Imposible. Es un trabajador del montón. Amahle era la hija de un jefe –Ella hablaba de ellos como si pertenecieran a especies distintas, prácticamente incapaces de comunicarse, y mucho menos de reproducirse–. Puede que le diera falsas esperanzas, pero no significaba nada para ella.

–¿Cómo le dio falsas esperanzas?

–No como usted cree. –Frunció la nariz con desagrado–. Permitía que le hiciera los recados. Que la recogiera o fuera a buscarle algo. Cosas así.

–Hacía con él lo que quería –dijo Emmanuel.

–Claro. Los hombres son fáciles de manejar. –Ella aflojó el paso cuando apareció a la vista la casa principal–. Amahle no era distinta de las chicas blancas. Estaba divirtiéndose un poco antes de casarse.

Philani le pedía más a esa relación. Según el jefe Matebula, había ido diciendo por ahí que Amahle y él estaban comprometidos. Vanas ilusiones que rayaban en el delirio. El amor frustrado era un móvil poderoso para cometer un asesinato.

–¿Sabe a qué hora salió el viernes? –dijo Emmanuel.

–Me fui a dar un paseo antes de que se marchara. –Ella frunció el ceño, tratando de recordar–. Normalmente, la hora de salida son las seis, más o menos, pero mi madre siempre dejaba irse antes a Amahle el día de la paga.

–Comprendo. –Emmanuel memorizó esa hora–. ¿Cobraba en metálico Amahle? –Esa no era siempre la norma. Algunos granjeros repartían pastillas de jabón o latas de sardinas en lugar de dinero en efectivo. Otros entregaban pequeños estipendios y los complementaban con raciones de alimentos o regalos.

–Por supuesto. Parte del dinero se lo gastaba en el pueblo.

Emmanuel tomó nota de ese dato con sorpresa. Hasta entonces, ni siquiera se le había pasado por la cabeza que el robo pudiera ser el móvil del asesinato. La escena del crimen revelaba mayor premeditación que la de un robo precipitado.

–Hábleme del viernes –dijo–. Cuénteme todo lo que recuerde.

La casa principal ya estaba cerca y en sus ventanas se reflejaba el sol. Por suerte, Ella andaba tranquilamente, sin prisa por llegar.

–El viernes fuimos a casa de la señora Anderson a probarnos unos vestidos. Mi madre le dijo a Amahle que fuera a darse una vuelta mientras la señora Anderson metía los bajos y que volviera al cabo de media hora. Luego fuimos a Dawson's a recoger los sombreros que vamos a estrenar en la feria del condado. Amahle nos acompañó para llevar las sombrereras al coche. –Ella se detuvo en lo alto del camino del lago–. Después volvimos a casa a comer.

–¿Qué le hizo pensar que Amahle se gastó la paga en el pueblo? –preguntó

Emmanuel.

–Cuando volvió al cuarto donde estábamos probándonos, llevaba monedas entrechocando en el bolsillo. Hacían mucho ruido.

–¿Alguna idea sobre lo que compró?

–No, pero llegó muy sonriente a la casa de la señora Anderson, así que tuvo que ser algo bueno.

–¿No llevaba nada en las manos? –insistió Emmanuel.

–No –dijo Ella–. Nada.

Eso no demostraba gran cosa. Unos pendientes y un collar se guardaban sin problema en cualquier bolsillo. No se había descubierto nada semejante en el lugar del crimen ni sobre el cuerpo de Amahle en los preliminares del reconocimiento realizado por Zweigman. Shabalala y él tendrían que recorrer todas las tiendas de Roselet para averiguar en qué se había gastado el dinero Amahle. Costaba pensar en un objeto al alcance del salario de una sirvienta por el que valiese la pena matar.

–Y después de comer... –le dio pie Emmanuel.

–Ya se lo he dicho. –Ella enroscó el dedo índice en otra hoja de hierba y tiró de las raíces–. Fui a dar un paseo y llegué a casa cuando ya había anochecido.

–Tiene que andar para recuperarse –dijo Emmanuel. Cuatro horas en los cerros boscosos eran más una excursión que un paseo.

–Ja. –Arrancó la hierba de la tierra rojiza–. Me lo ha mandado el médico.

Saltaba a la vista que el aire fresco y el ejercicio estaban surtiendo efecto. Ella no tenía congestión pulmonar y su cuerpo bronceado derrochaba vigor. Estaba reponiéndose muy bien.

–¿Va sola a caminar? –preguntó Emmanuel.

El mordisco pasional de la cara interna de su muslo no se lo había dado ella misma y, aunque no tuviera relación con el caso, había despertado su curiosidad. Aquel valle remoto con granjas diseminadas le había traído a la memoria las largas horas crepusculares en las que salía a la busca del exhaustivo inventario de pecados contra los que el *predikant* de la Iglesia Reformada Holandesa advertía en el servicio dominical. Luego anotaba sus faltas en una lista. Maria, la hija mayor del predicador, encabezaba el recuento de transgresiones cometidas más veces.

–Thomas dirige la granja y mi madre se pasa el día en el jardín o en la casa, tengo que salir sola. –Ella peló la hoja de hierba y unos trocitos diminutos se pegaron a la toalla–. Todos los nativos saben que soy una Reed. Nunca tengo problemas.

Cómo iba a tenerlos. Hacer daño a la hija de un jefe blanco era una declaración de guerra informal a todos y cada uno de los pobladores europeos

de Sudáfrica. El castigo a manos de la policía o de una coalición de granjeros blancos con escopetas y cuerdas no se haría esperar.

–Señora... señora joven. –La criada entrada en años que había aparecido en el porche delantero para recibir al Chevrolet se acercaba a toda prisa por el césped–. La señora mayor se ha levantado. Pregunta por usted.

–Dile que enseguida voy. –Los hombros de Ella se tensaron cuando cruzó el borde del cuidado césped que separaba los jardines del campo. Un camino de piedrecitas blancas conducía directamente a la parte trasera de la granja–.Venga a conocer a mi madre –dijo.

Emmanuel había visto más tranquilos que a ella a estudiantes que se dirigían al despacho del director para recibir un «correctivo».

–¿Ella? –la llamó una voz desde el lado izquierdo del porche–. ¿Dónde estás?

–Ya voy. –Ella subió las escaleras y siguió avanzando pesadamente con pasos remisos, dejando un rastro de arena en el suelo de caoba. La tierra del camino del lago le había embarrado la suela de las sandalias de cuero y le había ensuciado los talones.

Emmanuel vaciló al llegar al último escalón. Si la señora Reed aún estaba en bata, habría que cancelar el interrogatorio. El abogado de la familia –seguramente tendrían más de uno– estimaría que la declaración de la señora Reed no tenía validez ante el tribunal si había el mínimo indicio de que la habían presionado para hablar.

Dobló la esquina detrás de Ella hacia un tramo de porche moteado por la luz del sol. Una elegante mujer blanca estaba sentada en un sofá de mimbre repleto de cojines sueltos. Sujetaba en su regazo, como si fuera un gato, una almohada de seda, acariciándola. A diferencia de los demás Reed, que eran altos y delgados, de piel morena y ojos color avellana, aquella mujer era menuda, con el pelo negro y la tez blanca como la leche.

–¿Dónde has estado? –Sus vivos ojos azules se entrecerraron–. ¿Otra vez correteando por los cerros como una nativa?

Su acento nasal evocaba verdes campos de juego y a robustas escolares recostadas a la sombra de centenarios tejos: una Inglaterra mítica desaparecida hacía siglos, si es que alguna vez había existido.

–Nadando. –Ella apoyó una cadera contra la barandilla e hizo señas a Emmanuel para que se acercase–. Te presento al oficial Cooper. Ha venido por lo de Amahle.

–Ha sido horroroso –dijo la señora Reed–. Que haya pasado aquí mismo, en el valle. A menos de diez kilómetros de nuestra casa. No logro dormir de noche pensándolo.

La señora mayor vestía un impoluto vestido color verde jade. El cabello le caía hasta los hombros con la natural perfección de una estrella de cine.

Probablemente, su apariencia no era obra suya sino de las manos invisibles que le lavaban y planchaban la ropa, calentaban los bigudíes y le preparaban el baño. Olía a rosas secas y a canela.

—¿Se le ocurre quién puede haber atacado a Amahle, señora Reed? —Emmanuel supuso que unas cuantas preguntas no harían ningún daño. Si empezaban a aparecer grietas en la fachada de la señora, echaría el freno.

—La pérdida no podría haber sido peor. Las demás nativas cocinan y limpian, pero solo podía confiar en Amahle para el arreglo de las flores y para que pusiera como es debido un servicio de té para los invitados. Era un ama de llaves impecable.

La barandilla del porche crujió cuando Ella cambió de punto de apoyo; todavía mojada por el baño en el lago, con el pelo castaño revuelto y los pies sucios, a ella no se la podría haber descrito con el adjetivo *impecable*.

—¿Cuánto le pagó a Amahle el viernes? —preguntó Emmanuel. Era improbable que el robo fuera el móvil del asesinato, pero esa idea le estaba dando la lata.

—Dos libras. Cobraba más que las demás sirvientas. Y es que hacía trabajos extra en la casa. —La señora Reed cogió el almohadón de su regazo para enseñárselo—. Esto lo hizo ella. A ver si logra descubrir algún hilo suelto o una puntada que falte.

Una delicada rama de naranjo en flor estaba bordada en la tela de seda, y los estambres eran cuentas de cristal transparentes.

—No pierda el tiempo, oficial —dijo Ella con un deje amargo—. Todo está perfecto.

Emmanuel imaginó un cajón del cuarto de Ella lleno de trabajos manuales sin terminar: fundas de almohada con las costuras desparejadas, pañuelos deshilachados, muñecas de trapo tuertas y sin pelo. Los hijos siempre fallaban a sus padres. Fallar en comparación con una criada debía de ser exasperante.

—Así es. —La señora mayor volvió a ponerse el cojín en el regazo—. No hay el menor fallo o descuido ni en el diseño ni en la ejecución.

Unas pisadas fuertes que subían por la escalera de atrás sirvieron para mitigar la tensión entre madre e hija. Thomas Reed con prisa, imaginó Emmanuel. Echó una ojeada por encima del hombro. Sí, era él.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó enérgicamente Thomas—. Le he dicho que mi madre está enferma y no se le pueden hacer preguntas. Su nativo ya ha acabado de tomar declaración a la servidumbre y usted sigue aquí, importunando a una mujer enferma.

—Si el agente Shabalala ha concluido, ahora mismo me voy. —Emmanuel echó a andar hacia las escaleras.

—Escúcheme bien, Cooper... —Thomas se lanzó a darle un sermón y

Emmanuel dejó de escuchar. Él servía a las fuerzas policiales sudafricanas y con un solo amo tenía bastante.

Desapareció dando la vuelta a la esquina de la casa. Shabalala estaba parado al pie de las escaleras, con el viejo perro guardián todavía pegado a él. Emmanuel levantó la mano, haciendo la señal de espera, y aguzó el oído para escuchar la escena que había dejado atrás.

–Es culpa tuya. –Era Thomas, con voz de director de colegio vengativo–. Has permitido a ese hombre que interroga a nuestra madre por despecho.

–No he permitido nada, como tú dices. Ese hombre es policía y yo no soy más que una chica –dijo Ella–. ¿Por qué no lo has parado tú ahora mismo, cuando se ha largado sin escucharte?

–Por favor..., hijos –dijo la señora Reed.

Los hijos continuaron hablando como si su madre no hubiera intervenido.

–Cuanto antes te cases y te vayas de Little Flint, mejor –dijo Thomas.

–Tengo planes de convertirme en una solterona –replicó Ella, más aficionada que su hermano al juego familiar de pagar con la misma moneda.

–Me alegro. Porque no conozco a ningún hombre capaz de aguantarte.

Los pasos de Thomas hicieron crujir el suelo de madera. Iba de regreso a los corrales.

Emmanuel salvó la distancia que lo separaba de los escalones de atrás y los bajó de dos en dos. Otra lección que había aprendido en el internado, tal vez la más valiosa: no te dejes atrapar.

–Al coche, sin prisa pero sin pausa –le dijo a Shabalala–. Ya hablaremos por el camino.

El sol se había elevado en el cielo y las nubes estaban más negras que cuando habían llegado, hacía una hora. Estaba fraguándose una tormenta.

–¿Has sacado algo en limpio, agente? –preguntó Emmanuel.

–Sí, oficial. Aquí no hay ningún señor Póliza de Seguro. Las chicas de la cocina y los jardineros nunca han oído ese nombre. –Shabalala sacó su libreta y hojeó las páginas–. Además, Philani, el jardinero, no se fue con Amahle el viernes por la tarde, sino quince minutos después. Tenían por costumbre volver juntos a casa, pero la señora le dijo a Philani que debía terminar de escardar los macizos de flores.

–¿Cuándo se marchó Amahle?

–A las seis en punto. Philani a las seis y cuarto.

–Has conseguido soltarles la lengua a los jardineros –dijo Emmanuel–. ¿Qué has empleado, amenazas o tu encanto personal?

–Ni una cosa ni la otra, oficial. El jardinero joven también se llama Shabalala. Es él quien me lo ha contado todo. El jardinero de la cara partida no ha dicho ni mu.

–¿Y las criadas?

Shabalala sonrió de oreja a oreja.

–Con ellas he empleado mi encanto.

–Así que el gobierno del Partido Nacional tiene razón –dijo, muy serio, Emmanuel–. Un hombre negro vestido con traje es un peligro para la comunidad. ¿Qué más te han contado las criadas?

–Que Philani se enfadó porque lo dejaran atrás. Echó a correr detrás de la hija del jefe para tratar de darle alcance.

–Tal vez lo logró –dijo Emmanuel.

Emmanuel redujo a cincuenta kilómetros por hora la velocidad del Chevrolet y cambió a tercera. La carretera de tierra que comunicaba Little Flint con Roselet era una escabrosa pista llena de baches ondulados y arena suelta. La alta maleza azotaba las puertas del coche. Echó un vistazo al cielo por el oeste y vio nubarrones negros de tormenta cargados de lluvia. Unas manchas oscuras trazaban círculos en el sentido de las agujas del reloj contra el telón de nubes.

–¿Buitres? –dijo Shabalala, y se inclinó por la ventanilla abierta para ver mejor.

Emmanuel salió de la pista y aparcó en una zona de barro seco.

–Podría ser cualquier cosa –dijo, y se apeó–. ¿Cuánto calculas que tardaríamos?

Shabalala estudió el terreno. Desde la carretera, la tierra bajaba hacia una hondonada y luego ascendía abruptamente hasta un cerro densamente poblado de árboles autóctonos. Los buitres rodeaban una y otra vez la cima, planeando en las corrientes de aire, pacientes como trabajadores de pompas fúnebres en un entierro.

–Media hora –dijo Shabalala–. Trepando deprisa.

A Emmanuel le pareció que dar ese rodeo valía la pena. Se quitó la chaqueta, se aflojó la corbata y se arremangó. Podían esperar una hora más para repasar la información recabada en Little Flint sin que la investigación se resintiera. Shabalala dejó en el asiento del copiloto su chaqueta doblada y subió la ventanilla. Se desabrochó los dos botones de arriba de la camisa y observó la pendiente.

–Tú disfrutas con esto –dijo Emmanuel. Shabalala era una esfinge zulú, pero Emmanuel estaba aprendiendo a ver lo que había detrás de la máscara–. Tregar montañas, correr campo a través y empaparse de sudor.

–Sentarse a una mesa a escribir notas no es vida para un hombre, oficial. –Shabalala se encogió de hombros como disculpándose por menospreciar el trabajo de la policía judicial–. Pero a mi mujer le gusta la paga, el bonito traje y el sombrero.

–Entonces estás atrapado –dijo Emmanuel con una sonrisa, y se echó las llaves del coche al bolsillo del pantalón. Las nubes se acercaban lentamente, proyectando sombras azules sobre las praderas.

–Sí, atrapado –asintió Shabalala, dando a entender con su tono de voz: «Felizmente». Cruzó la estrecha carretera de tierra y bajó la cuesta. Al fondo

había una hondonada rebosante de helechos de aspecto prehistórico y de rocas tapizadas de musgo.

Emmanuel lo siguió de cerca. «Felizmente atrapado» también describía su relación con el Departamento de Investigación Criminal, al menos de momento. Tres meses de trabajo duro los podía soportar. Pero si pinchaba en hueso con aquel caso de asesinato y volvía a caer en otra serie de investigaciones ingratas, intercaladas con sueños perturbadores y, de tanto en tanto, una noche con una mujer, el futuro pintaba muy negro. A diferencia de él, Shabalala y Zweigman tenían esposa e hijos que les ayudaban a no perder el rumbo a través de los altibajos de la fortuna.

Emmanuel cruzó el arroyo que había al fondo de la zanja saltando sobre un par de piedras y provocó el estallido de un coro de ranas. Los árboles jóvenes con el tronco cubierto de líquen dieron paso a bosquecillos de caobas de Natal, higueras silvestres y árboles *marula*. Siguieron ascendiendo por un sendero invadido de maleza durante veinte minutos, hasta que Shabalala aflojó el paso yladeó la cabeza en dirección al viento.

Emmanuel conocía aquel olor que se filtraba desde los bosques. Sangre, el contenido de las tripas desparramado y orina: los animales y los humanos descuartizados olían muy parecido. Siete buitres planeaban en la corriente de aire y sus cuerpos negros ya casi no se distinguían de las nubes cargadas de lluvia de más arriba.

–Sangre seca y carne –susurró Shabalala–. Detrás de esa roca. –Un promontorio rocoso rodeado de arbustos impedía ver la presa.

–Espacio y con calma. –Emmanuel avanzó cautelosamente a través de la hojarasca que le llegaba al tobillo y trepó a una cornisa plana de arenisca tan ancha como para poner encima una manta y una cesta de picnic. Varios buitres levantaron el vuelo desde su festín, tapando el cielo con sus alas negras y marrones.

Emmanuel se inclinó con las manos apoyadas en las rodillas, reprimiendo el impulso de vomitar. Las moscas, el hedor insoportable, las extremidades retorcidas en posturas extrañas, todo ello era demasiado familiar.

–*Inkosi Yami*. Dios mío. –Shabalala trastabilló hacia atrás. Se dirigió a la cornisa rocosa y vomitó por encima del borde, convulsionándose.

–Échalo todo. –Emmanuel se aproximó un poco más a Shabalala, pero no demasiado. Para dejar a alguien en paz a la vez que le demostrabas que no lo dejabas solo había que afinar mucho–. Seguirás vomitando un rato y luego, cuando creas que ya no te queda nada en el estómago, otra vez.

Un buitre descendió desde la rama de un árbol y recorrió a saltos la cornisa de arenisca, ansioso de seguir comiendo. Emmanuel lo espantó y se quedó

quieto un momento para calmarse. Se sacó un pañuelo del bolsillo y se apretó con él la nariz y la boca, cortando el paso al olor.

Un hombre negro menudo yacía sobre el costado derecho, con los brazos y las piernas retorcidos en sentidos opuestos. Vestía un mono azul desteñido, el uniforme del trabajador sudafricano. El talón del pie derecho estaba áspero y agrietado de andar descalzo por el monte, mientras que en el pie izquierdo aún calzaba una playera azul. Sus manos, anchas y callosas, confirmaban que realizaba un trabajo manual duro. Tenía el vientre abierto por un profundo tajo, con parte del hinchado intestino al aire.

–Uno de los dos tiene que aficionarse a fumar –dijo Emmanuel cuando Shabalala llegó a su lado, demacrado y ojeroso.

–Será lo primero que haga, oficial. –El hombre zulú festejó la broma con una sonrisa lánguida y se apretó su pañuelo contra la cara. Examinó el cadáver y dijo–: ¿Philani?

–Eso creo. Lleva las playeras azules que se entregan a los empleados de Little Flint en Navidad. Y hay manchas de hierba en las rodillas de su mono. Falta que lo identifique formalmente alguien que lo conozca.

Los buitres se habían cebado con la cara y el cuerpo del hombre, reduciéndolo a un amasijo de carne y huesos. Emmanuel se inclinó hacia él y dijo:

–El tajo del estómago se lo han hecho intencionadamente.

–*Yebo*. Con la punta de un cuchillo o de una lanza. –Shabalala rodeó el cuerpo, descifrando señales ocultas–. Se lo han dado cuando ya estaba muerto.

–Una mutilación –dijo Emmanuel.

–No, oficial. Un acto bondadoso. Los zulúes creemos que el espíritu está ahí, en los intestinos. –Señaló la herida–. Si no se raja la tripa, el espíritu quedará atrapado en el cuerpo y se pudrirá. Es una tradición de los viejos tiempos.

Emmanuel asimiló el dato y dijo:

–Entonces, esto lo ha hecho un zulú.

–Más de uno. Aquí ha habido cuatro hombres, alrededor del cuerpo y en esta cornisa. Hace unas cinco horas.

–Mandla y sus hombres. –Todo encajaba. El móvil era muy sencillo: vengar la muerte de Amahle–. Han buscado al jardinero y lo han matado. La sangre se lava con sangre, como dijiste.

Las sombras azuladas de las nubes oscurecieron la cornisa y un relámpago rasgó el cielo. El viento cobró más fuerza, levantando remolinos de polvo y hojas secas. No tardaría en llover.

–Cuatro hombres. La tripa rajada post mórtem. –Emmanuel trataba de comprender la secuencia de los hechos–. ¿Cómo lo mataron, entonces?

Shabalala siguió varios rastros hasta una roca de basalto que se proyectaba en

curva desde la ladera y formaba un abrigo natural. Una ráfaga de viento arrastró un manojo de palitos quemados y ceniza contra la pared del fondo del refugio: los restos de una fogata nocturna. A poco más de un metro había un montón de escuálidas ramas.

Emmanuel rodeó la cornisa y se aproximó al refugio, convencido de que era allí donde el jardinero Philani se había escondido después de desaparecer la noche del viernes. No había llegado muy lejos.

–Fue aquí donde se echó en el suelo, tapándose con unas ramas. –Shabalala se agachó junto al fuego consumido–. Aquí es donde murió. Tumbado de espaldas.

El equivalente a unas cuantas cucharadas de sangre seca había manchado la roca. Algo muy similar al discreto charquito hallado bajo el cuerpo de Amahle.

–Vamos a comprobar si tiene heridas en la parte inferior de la espalda. – Emmanuel regresó junto al cadáver. Profundos desgarros hechos a picotazos zigzagueaban a lo largo de la columna vertebral y en los hombros del muerto. Quizá tuviera una pequeña perforación en algún lugar, pero sería necesario un reconocimiento a fondo para descubrirla: otra tarea para Daniel Zweigman.

–Murió allí. Lo colocaron aquí, al aire libre, para que lo devorasen los buitres –dijo Emmanuel–. Explícame eso, agente.

–Solo se me ocurre un motivo para que los cuatro zulúes destaparan el cadáver y lo trajeran a esta roca. Su intención era que este hombre fuera descubierto.

Sonó un trueno y en los árboles se desató una algarabía de trinos de pájaros. Lagartos y hormigas se deslizaron apresuradamente hacia grietas y fisuras. Empezó a caer la lluvia, primero lentos goterones y, después, en tromba. Shabalala y Emmanuel corrieron al refugio y se acucillaron bajo la roca como trogloditas. Permanecieron en silencio un buen rato, contentándose con contemplar la fuerza de la tormenta sobre el paisaje. Relámpagos como tridentes hendían el cielo e iluminaban las copas de los árboles y el lejano valle.

Emmanuel sacudió las gotas de lluvia del ala de su sombrero y dijo:

–Tienes razón, Shabalala. El único motivo lógico para dejar un cadáver al raso como cebo es que los hombres quisieran llamar la atención sobre el lugar del asesinato. La cuestión es: ¿por qué?

Shabalala señaló unas marcas que indicaban que habían barrido la arena del refugio.

–Quien lo mató, borró sus huellas. No quería que lo atraparan, pero los guerreros no trataron de ocultar lo que habían hecho al cadáver.

–Como si apuntasen con el dedo y dijeran: «Venid a ver lo que ha sucedido, pero nosotros no somos culpables».

–*Yebo* –asintió Shabalala–. Eso creo yo.

–El motivo para llamar la atención podría ser egoísta. Alguien encontró a Philani antes que Mandla y sus guerreros, y estos quieren que se descubra a los culpables y se les castigue. Como no tienen ninguna pista, nos han pasado el trabajo a nosotros –dijo Emmanuel–. ¿Crees que la policía judicial de Durban habrá llamado a Mandla para decirle que los casos perdidos son nuestra especialidad?

Shabalala rio quedamente. Era la mejor defensa para un policía rodeado de buitres y restos humanos en descomposición.

La lluvia continuaba azotando la ladera. Los truenos retumbaban y espectaculares relámpagos se ramificaban sobre las cumbres. De la tierra húmeda ascendía el olor de África después de la lluvia: una mezcla de polvo, hojas aplastadas y ríos limpios que atravesaban el ancho *veld*. La madre de Emmanuel lo había descrito como «el olor del paraíso por la mañana».

Al cabo de unos minutos, la tormenta cesó y los relámpagos se desvanecieron. El canto de los pájaros rompió el silencio de los bosques y el mundo estaba más fresco y más verde que antes de la lluvia.

–Tenemos que encontrar la granja más cercana e informar por teléfono a Roselet del asesinato. –Emmanuel se incorporó y alisó las arrugas de las perneras de su pantalón–. Si localizamos a Bagley, solicitaremos refuerzos para bajar el cadáver del monte y que Zweigman lo reconozca.

Era mucho suponer. La intuición le decía a Emmanuel que el comisario Bagley y sus agentes nativos debían de seguir en el campo y se quedarían allí varias horas más. Sin ayuda, Shabalala y él no podrían transportar el cadáver por aquel terreno abrupto.

–Dentro de un par de horas, no quedará mucho de él. –Shabalala indicó con un ademán una hilera de buitres reunidos en las ramas de un podo. Si los espantaban, echarían a volar, pero regresarían en un abrir y cerrar de ojos. El tiempo jugaba a su favor. Solo tenían que esperar.

–Santo Dios... –Emmanuel sabía lo que había que hacer, y también Shabalala, que inhaló entrecortadamente para calmarse–. Haré un bosquejo del lugar como referencia y luego lo trasladaremos al refugio.

Shabalala recogió las ramas tiradas por los alrededores y las arrastró por la cornisa. Las dispuso junto al cadáver para hacer una camilla improvisada y esperó. Emmanuel terminó de dibujar la escena del crimen y, a continuación, anotó al margen la altura y peso aproximados de la víctima. Alrededor de un metro sesenta y entre sesenta y sesenta y cinco kilos, la víctima era un hombre macizo. Después, Emmanuel añadió los datos relativos al abrigo de roca, las huellas borradas y la exposición deliberada del cadáver, y, una vez hecho, guardó la libreta.

–Un momento, por favor, oficial. –Shabalala volvió la espalda al hedor y a las

moscas. Tenía los anchos hombros encorvados y respiraba con dificultad.

–No hay prisa. –Emmanuel se puso manos a la obra. Trabajando deprisa y con inexorable determinación, hizo rodar al hombre hasta colocarlo encima de las ramas y le dobló los brazos sobre el abultado abdomen. La guerra era el mejor campo de entrenamiento para tratar con los muertos: niños desnutridos, chicas guapas con los vestidos hechos jirones y soldados que apenas habían llegado a la edad de afeitarse, a todos ellos los había visto y enterrado.

–Estoy listo –dijo Shabalala, y se volvió de nuevo hacia el cadáver sin sentir náuseas.

–Coge la rama de la derecha, yo llevaré la de la izquierda. –Emmanuel agarró el palo más grueso de las improvisadas angarillas y se dispuso a tirar–. Derechos hacia el refugio cuando cuente tres.

–*Yebo*. –El agente zulú agarró una rama y entre los dos llevaron a rastras el cuerpo hasta el contrafuerte de roca.

–En el hueco –dijo Emmanuel, y colocaron el cadáver en la hendidura arenosa salpicada de sangre. El siguiente viaje de Philani iba a ser mucho más largo: hasta la base del monte y luego al pueblo en una furgoneta o coche fúnebre. Tal vez sería la única vez que el diminuto zulú pudiera darse el lujo de ir en un vehículo de motor.

–Vamos a taparlo y a buscar el teléfono más próximo.

Recogieron ramas caídas entre la maleza húmeda y volvieron a cubrir el cuerpo. Shabalala encontró dos troncos pesados y afianzó con ellos las ramas para dificultar el acceso al cadáver a gatos monteses y chacales.

–Desde allí arriba divisaremos todas las granjas, oficial. Desde la cumbre.

–No todas las granjas de los blancos tienen teléfono –dijo Emmanuel mientras trepaban a la cima resbalando–. Pero la casa europea más cercana nos valdrá como punto de partida.

Coronaron el monte en menos de cinco minutos y recorrieron el valle con la mirada en busca de paredes encaladas y del centelleo de los tejados de hierro ondulado. Vieron columnas de humo elevándose desde las hogueras para cocinar de los *kraals* y desde dos viviendas europeas comunicadas con la carretera general por estrechas vías de acceso.

–Little Flint Farm. –Shabalala señaló un amplio y asimétrico conjunto de edificaciones a muchos kilómetros de su atalaya y luego apuntó hacia una granja más pequeña que estaba mucho más cerca–. Esa es la casa más cercana.

Entre los troncos chorreantes de los granados silvestres se vislumbraban unos muros de adobe y un tejado plateado. Emmanuel encabezaba la marcha por el sendero de hierba que los condujo a un patio de tierra y a una casa. Había

gansos bañándose en los charcos embarrados y un gallo cantaba al luminoso mundo que había dejado el paso de la lluvia.

–No tiene un aspecto muy prometedor –dijo Emmanuel–. No hay cables eléctricos. Ni generador. Y apuesto lo que sea a que el único libro de la casa es la Biblia.

Su padre adoptivo era el clásico afrikáner que veía las comodidades modernas como invenciones diabólicas. La pequeña y sórdida granja y el destartado patio al que habían llegado despertó en Emmanuel el recuerdo de los tiempos pasados en el *veld* agostado por el sol y de su padre y madre adoptivos rezando mientras se sucedían interminables ciclos de sequía, inundaciones e incendios.

–En el porche trasero –dijo Shabalala–, ahí hay una persona.

Atravesaron el terreno encharcado hasta la deslavazada casa. Los gansos salieron del charco en distintas direcciones, graznando con mucho estrépito. Emmanuel traspasó de mala gana el umbral del porche que había detrás de la casa.

Una joven blanca de piel bronceada, con el espeso cabello negro recogido en una sola trenza, estaba inclinada sobre el cuerpo desviscerado de una gacela. La punta de su cuchillo de caza con mango de hueso se movía velozmente bajo la piel del animal con experta precisión. Sobre el montón de intestinos arrojados a un lado de la mesa de trabajo revoloteaba un enjambre de moscas.

–¿Quiénes son ustedes? –La mujer dejó de trabajar y miró a Emmanuel desde el otro lado del porche. Sus claros ojos verdes reflejaban un leve interés y ningún miedo. Tenía al alcance de las manos ensangrentadas un rifle de calibre 22 con visor.

–La policía. –Emmanuel respiraba superficialmente. El olor de la carne le había recordado al hombre que habían dejado oculto bajo las ramas.

–¿Es ilegal cazar antílopes en esta época? –dijo con acento gutural. Una afrikáner palurda.

–No. –La sanguinolenta sien del animal estaba taladrada por un orificio perfecto; habían abatido al antílope de un solo tiro–. ¿Cómo se llama?

–Karin Paulus. ¿Y usted?

–Soy el oficial Cooper de la policía judicial de West Street, Durban, y él es el agente Shabalala. ¿Me puede prestar su teléfono, si lo tiene?

Probablemente, Karin apenas pasaba de los veinte años, pero aparentaba más y estaba muy curtida para su edad. Si se hubiera criado en la elegante zona residencial de Berea, rodeada de flores y criados, quizá habría sido hermosa.

–El teléfono más cercano está en la granja inglesa. –Karin reanudó el trabajo. Sus fuertes manos despellejaron rápidamente al animal y luego insertaron el cuchillo en las articulaciones para descuartizarlo. Su labio superior relucía,

mojado de sudor—. Lo más rápido será que Cyrus, nuestro corredor, les lleve un mensaje y que los ingleses hagan la llamada en su nombre.

—No se preocupe. Tenemos el coche a media hora de camino.

—No les valdrá de nada —replicó Karin.

—¿Por qué no?

—La lluvia —puso el mismo énfasis en las dos palabras, como si estuviera dando instrucciones paternalistas a un nativo—. El arroyo que nos separa de la carretera general tardará un par de horas en bajar de nivel. En una hora, Cyrus puede ir a casa de los ingleses y volver.

—Entiendo. —Se habían quedado empantanados en aquel Edén afrikáner durante unas horas. Emmanuel sacó la libreta y el bolígrafo—. ¿Dónde estamos exactamente?

—En Covenant Farm. —Karin había amontonado los pedazos de carne en un lado de la mesa y estaba limpiando la sangre del cuchillo con un trapo—. Mi tatarabuelo se asentó en estas tierras hace más de cien años, antes de la guerra con los ingleses, pero la gente más nueva del valle quizá no sepa dónde estamos. Puedo dibujarles un mapa.

Las palabras de Karin encerraban orgullo y resentimiento. La familia Paulus debía de haberle arrebatado aquel valle fértil a los zulúes para después labrar la tierra sin más aperos que unos bueyes y un arado. Ahora, los ingleses, con sus teléfonos y sus tractores, se habían adueñado de casi todo el territorio y la sangre y el sudor de los pioneros bóers habían caído en el olvido.

—¿Sabrá llegar el comisario de Roselet? —preguntó Emmanuel. No recordaba que Covenant Farm estuviera señalizada, ni que una pista se desviara hacia allí desde la carretera general.

—Tal vez. —Karin enfundó el cuchillo y embutió uno de los cuartos traseros de la gacela en un saco de arpillera—. Vino por aquí cuando empezaron los robos en la casa y en el granero. Eso fue hace cuatro años. No ha vuelto a dar señales de vida.

La administración de la justicia por parte de los británicos era otro trago amargo; durante mucho tiempo, los delitos cometidos contra las familias afrikáneres habían sido de baja prioridad para la policía de Natal, mayoritariamente británica. En consecuencia, el resentimiento contra los británicos era habitual entre los afrikáneres, pero Emmanuel recordaba que Nomusa y el jefe Matebula también se habían quejado de que Bagley no se dejara ver por el valle. Esa negligencia profesional podría haber sido la razón por la que la llamada anónima se dirigió a la policía de Durban en lugar de al comisario del pueblo.

Arrancó una hoja en blanco de su libreta y la puso en una esquina de la mesa de carnicero junto al bolígrafo.

–Un mapa estaría bien –dijo.

Karin dibujó un mapa rudimentario, lo cogió por un extremo y se lo tendió a Emmanuel. Luego levantó a pulso la bolsa de arpillera y la balanceó en dirección a Shabalala a la vez que decía en un zulú perfecto:

–Mozo, lleva esta carne a la cabaña de detrás del granero grande y dásela a los peones. Diles que es gacela para el puchero de esta noche. Vete. Deprisa.

Shabalala, que se había quedado sin habla, cogió el pesado saco. Karin cruzó el porche haciendo crujir sus botas a la vez que decía por encima del hombro:

–Voy a buscar a Cyrus.

Emmanuel y Shabalala se quedaron clavados al suelo, pasmados por la orden de Karin y por el impecable zulú en que la había dado. La joven no hablaba el «*kaffir* de cocina» utilizado por las blancas para dar órdenes sencillas a sus sirvientes. Su acento y su pronunciación eran excelentes. Con los ojos cerrados, se la habría tomado por una nativa.

–*Hiya...* –exclamó Shabalala, molesto pero admirado–. Me voy, oficial. Los peones estarán esperando la comida.

Sujetó el rezumante saco alejado de su traje y salió del porche. Un nativo, por muy policía que fuera, acataba las órdenes de las mujeres blancas.

–Ya que vas allí, aprovecha para preguntar por el señor Póliza de Seguro, y mira a ver si los trabajadores tienen algo que decir, bueno o malo, sobre Amahle. Alguien deseaba su muerte.

–*Yebo.* –Shabalala echó a andar por el patio encenagado, sin apartarse del borde de hierba para que no se le embarrasen los zapatos de cuero.

Emmanuel se alejó de la mesa manchada de sangre. Los impalas y las gacelas habían sido la dieta básica de su adolescencia porque sus padres adoptivos no podían permitirse otra cosa. El recuerdo de comer esa carne de sabor fuerte asada, seca, frita y estofada aún le revolvía el estómago.

Bajó al patio, que estaba rodeado de una vegetación exuberante y de brumosas montañas. Era fácil comprender por qué los primeros colonos bóers creían que el propio Dios les había cedido esas tierras. El terreno montañoso y el aire cristalino eran divinos.

Karin apareció desde detrás de un cobertizo bajo de ordeño, seguida a dos pasos por un ágil chaval zulú. Emmanuel dobló el mapa hecho a mano y lo metió dentro de otro papel con un conciso mensaje: «Necesitamos ayuda inmediatamente. Covenant Farm». En la parte exterior escribió el nombre de Ella Reed y unas instrucciones para que llamara a la comisaría de Roselet y transmitiera el mensaje y, de ser necesario, describiera verbalmente el mapa.

–Este es Cyrus, nuestro corredor. –Karin indicó por señas al chico que se adelantara–. Conoce el camino más rápido para ir a la granja inglesa.

–*Baas.* –Cyrus saludó con una inclinación de cabeza y se sacó del bolsillo un

palo rajado por la punta—. Estaré de vuelta dentro de una hora.

—Te lo agradezco. —Emmanuel entregó el mensaje al corredor, que lo introdujo en la incisión de la punta del palo para guardarlo con seguridad—. Si la señorita Ella Reed, la señora joven, no está en casa, debes entregarle el mensaje al joven *baas*, Thomas Reed.

—Entendido. —Cyrus giró en redondo y echó a correr por el patio embarrado. Al cabo de un minuto se adentró en el bosquecillo de granados silvestres y lo perdieron de vista.

—¿Conoce a Ella? —preguntó Karin, y volvió a la mesa de carnicero. Levantó del suelo un cubo de sal, lo sujetó en equilibrio sobre una esquina y limpió la superficie de madera con un trapo seco.

—Prácticamente no —dijo Emmanuel—. Esta mañana le he hecho unas preguntas, y también a su hermano.

—¿Sobre la hija del jefe? —Karin desenrolló la piel de la gacela y la fijó a la mesa con unas clavijas. Se puso a frotar la cara interna con el filo romo de su cuchillo para desprender la grasa.

—¿Ha oído comentar lo de Amahle? —preguntó Emmanuel para incitarla a hablar. Si iba a tener que estar cruzado de brazos, viendo cómo curtían una piel, sacaría partido de ese tiempo.

—Claro. —Karin siguió raspando la piel. Los músculos de sus brazos y sus hombros estaban fortalecidos por el trabajo físico. No tenía nada de señorita blanca mimada—. Todo el valle está hablando de esa chica.

Lo dijo con resentimiento, y eso intrigó a Emmanuel. Decidió sonsacarle algo más a la ruda afrikáner.

—¿Tiene usted mucho trato con los Matebula? —preguntó.

—El *kraal* de Matebula está en nuestras tierras, pero el que va a recaudar las rentas es mi padre. —Karin arrojó un trozo de grasa al rezumante montón de vísceras apiladas en el suelo—. Yo podría encargarme de esa tarea sin problemas, pero el jefe no lo permitiría. Solo hace negocios con hombres.

—Un jefe que no vale para mucho —dijo Emmanuel.

—El estómago bien lleno y una esposa nueva cada cinco años para meterle el *piel* es lo único que preocupa a Matebula. —Karin cogió un puñado de sal de roca y espolvoreó el pellejo—. Se lo queda todo para él. Los niños del *kraal* vienen a hacer trueques a la tienda de la granja para llevarse pan y carne; están hartos de comer siempre lo mismo, trigo molido.

—¿Vino Amahle alguna vez a su tienda? —El pintalabios, el cepillo de dientes y los lápices de la caja de cartón de Amahle tenían que haber salido de alguna parte.

—Ella no necesitaba hacer trueques —dijo Karin—. Los Reed malcrían a sus sirvientes. Y a Amahle más que a ninguno.

–¿Cómo sabe que Amahle estaba malcriada? –preguntó Emmanuel.

–Saltaba a la vista –dijo con aspereza–. Le daban comida y vestidos especiales, y hasta le dejaban llevar pendientes. Era su favorita.

Emmanuel conocía el sistema de los favoritos, lo conocía muy bien. Esa institución colonial se practicaba en todos los internados afrikáneres, británicos y nativos. La versión más sencilla y amable era aquella en que el favorito seguía a su amo o a su ama, cargado con sus libros, ansioso de hacerle cualquier recado en cuanto se lo mandara. La versión complicada era más siniestra: una relación con lenguas y dedos entrometidos que se perpetuaba bajo el peso del silencio. A pesar de los privilegios, ser el «favorito» podía destrozar a una persona.

–Las chicas guapas siempre reciben más de todo –dijo Emmanuel con la esperanza de provocar a Karin para que le revelara más detalles.

–Así funcionan las cosas. –Karin había empezado a frotar la piel con la sal gruesa–. Los ingleses cometieron un grave error con esa chica. Se olvidó de que era *kaffir* y trataba a todo el mundo como si fueran sus criados.

Karin los había llamado «los ingleses» con un desprecio apenas disimulado. Little Flint y Covenant eran granjas colindantes, pero lo único que tenían en común las familias inglesa y afrikáner era el color de su piel.

–¿A usted incluida?

La mujer afrikáner le echó una ojeada por encima del pellejo, cayendo en la cuenta de que al responder a esa pregunta revelaría más cosas sobre sí misma que sobre Amahle. Continuó salando la piel y dijo:

–Mi padre conoce mejor que yo a la familia Matebula, agente. Él podrá contestarle sus preguntas.

Una buena táctica, pensó Emmanuel, pero ya era demasiado tarde para ocultar su antipatía por la chica zulú muerta. Karin tenía celos de una criada negra.

–¿Un té? –preguntó con una sonrisa tensa, y luego llamó a la puerta trasera de la granja con los nudillos encostrados de sal–. Venga. –Abrió la puerta y desapareció en el interior de la casa sin esperar a que le respondiera.

Emmanuel vaciló un instante, luego se agachó para cruzar la pequeña entrada y se encontró en una cocina destartada.

–Siéntese allí. –Karin señaló una mesa de roble que ocupaba el centro del espacio. Una criada zulú, que no superaba en altura a una niña de diez años pero rondaba los cincuenta y cinco, se mantuvo apartada mientras Karin se estiraba hacia un armario alto y sacaba lo que debía de ser la porcelana buena de la casa. Le tendió las tazas a la criada enjuta y ella las limpió por dentro con su delantal.

Los ojos de Emmanuel se acostumbraron gradualmente a la tenue luz. Miró a su alrededor. La economía de medios y la inventiva caracterizaban la cocina de

los Paulus. En una larga encimera de madera habían encajado un cubo de hierro para hacer un fregadero rudimentario. El suelo estaba cubierto de viejos sacos de harina, la alfombra de los pobres.

La criada colocó dos tazas en la mesa de roble y esperó a que la señora sacara una tetera decorada con rosas amarillas y hojas verdes. Emmanuel se inclinó hacia adelante con curiosidad por ver lo que había en un cuenco colocado en el centro de la mesa. Una pirámide de trozos de panal recién cogidos iba derramando su contenido en el ancho cuenco a través de una estopilla. Ese era el método con el que su madre adoptiva afrikáner tamizaba la miel que Emmanuel recolectaba en las colmenas silvestres cuando tenía quince años.

–¿Azúcar o miel? –preguntó Karin.

–Una cucharada de azúcar, por favor. –Reprimió el impulso de salir corriendo de la casa, de alejarse del olor a sangre y a miel silvestre y del leve tufillo a perro mojado y a barro. Era el aroma de su adolescencia, de los duros inviernos y los abrasadores veranos en el *veld*, de los angostos pasillos del internado y las peleas a puñetazos. Y era también el olor de las chicas devotas que le daban la espalda en público y luego acudían ocultándose entre las altas hierbas al cobertizo abandonado con un lecho de mantas robadas y cigarrillos de contrabando.

La criada levantó un hervidor de hierro de la cocina de leña y vertió agua humeante en la tetera. Emmanuel volvió al presente. Hacía un calor asfixiante allí dentro, pero decidió que sería mejor no quitarse la corbata. Se descubrió la cabeza.

–¿Ha nacido y se ha criado aquí? –preguntó. Las paredes maltratadas y la mesa de madera tenían pinta de estar allí desde los tiempos en que los *Voortrekkers*, los pioneros, llegaron desde el otro lado del monte y se establecieron.

–*Ja*, claro. No he salido de la granja salvo para ir al internado de Pietermaritzburgo.

–¿No le importa vivir aquí sola, tan apartada de todo?

–Tengo a mi padre. –Karin se sentó e indicó a la criada que sirviera el té–. Y me las apañó para divertirme.

¿Dónde y con quién?, se preguntó Emmanuel.

–Cooper. Es un nombre inglés –dijo Karin en tono acusatorio.

–Madre afrikáner y padre inglés. –Emmanuel invirtió los hechos para simplificar el linaje de la familia y evitar que se profundizara en el tema. No mencionó la posibilidad de que quizá tuviera también sangre malaya del Cabo–. ¿Y usted?

–Pura sangre holandesa. Mi familia cruzó la cordillera siguiendo a la Gran Marcha. Su carromato está en un museo de Pretoria.

Por lo tanto, la familia Paulus formaba parte del puñado de elegidos de Dios. Pero eso no había cambiado su suerte. Dios solo les había dado una educación básica y les había dejado sin agua corriente ni dinero en el banco. No obstante, tenían abundantes balas para sus rifles.

Emmanuel pasó por alto la referencia a la Gran Marcha, la sagrada caravana afrikáner que atravesó el África meridional en busca de una tierra donde establecer una sociedad racialmente pura y esclavista. Todo eso no tenía para él la menor importancia.

–Así que están solos su padre y usted...

Sería extraño que así fuera. Las viejas familias holandesas eran de lo más prolíficas.

–Mi madre murió cuando yo nací, por eso mi padre me ata corto. –Karin se pasó las yemas de los dedos por el brazo. La criada sirvió el té, con cuidado de no golpear el borde de las tazas buenas con el pitorro.

–¿Dónde está su padre? –preguntó Emmanuel. Las aguas del arroyo tardarían una hora más en bajar y no sabía si podría aguantar otros diez minutos en aquella habitación mal ventilada.

–En el río, llenando barriles de agua para la semana. –Los dedos morenos de Karin se enroscaron alrededor de la taza blanca–. El policía *kaffir* y usted han encontrado algo en el monte. ¿Qué era?

–Está usted muy segura. –Emmanuel bebió un sorbo de té. Estaba dulzón y cargado, y tenía un regusto amargo que se le atragantó.

–Dos y dos son cuatro –dijo Karin–. Esta mañana había buitres en la cima del monte y luego han llegado ustedes pidiendo un teléfono. Allí arriba hay algo.

–¿Por qué no ha subido a comprobarlo? –preguntó Emmanuel.

–Los quebrantahuesos sobrevolando su presa son tan corrientes como las piedras en estas tierras. No tendría tiempo para nada más si saliera corriendo cada vez que veo alguno. –Se recostó en la silla y tomó un buen trago de té–. No me costaría nada seguir su rastro montaña arriba y descubrir lo que no quiere contarme.

–No lo dudo. –Karin era una cazadora y rastreadora que llevaba toda la vida en esas montañas. En media hora encontraría el refugio y el cadáver–. Pero es demasiado inteligente para inmiscuirse en asuntos oficiales de la policía.

Karin se encogió de hombros y se volvió hacia la criada, que se había encaramado a un taburete en el rincón más cercano a la cocina de leña.

–¿Crees que Mandla encontró al jardinero de la granja inglesa? –le preguntó en zulú.

La criada frotó la planta de sus pies desnudos contra los sacos de harina y respondió con voz queda:

–Quizá. El hijo del jefe y sus hombres bajaron del monte esta mañana justo

después del amanecer. No se quedaron a pasar el rato, fueron derechos al río y limpiaron las lanzas con arena.

–Habían usado las lanzas. –Karin miró disimuladamente a Emmanuel con los ojos brillantes y continuó en zulú–: Creo que este policía *umlungu* ha encontrado al jardinero.

–En tal caso, se lo comunicaré a su madre.

La criada seguía sentada en un rincón en penumbra, con las manos cruzadas en el regazo. No podría realizar su misión hasta la hora de salida, cuando el sol se pusiera tras los montes.

–¿Qué le ha dicho la doncella? –preguntó Emmanuel. Mantenerse impertérrito y fingir que no se enteraba de lo que estaba pasando no era fácil, y aún menos pasar por alto que Karin lo llamase *umlungu*, término desdeñoso para denominar a un hombre blanco.

Karin señaló el cuenco de tamizar.

–Le he preguntado dónde había cogido la miel y ha contestado que en el bosque, justo detrás del granero. Está buena. Debería probarla.

Emmanuel metió el dedo índice en el cuenco y se lo chupó. Desempeñar el papel de policía de la ciudad despistado tenía sus ventajas. La conversación clandestina había confirmado que Shabalala no se equivocaba con respecto al momento en que Mandla y el *impi* descubrieron el cadáver. Y que limpiaran las lanzas a la vista de la gente de Covenant Farm demostraba que no tenían nada que ocultar.

–Deliciosa –dijo Emmanuel, y Karin sonrió, disfrutando de la farsa. Jugar con un policía forastero tal vez era una de las diversiones que se inventaba en aquel lugar recóndito.

Tres silbidos lejanos y el tenue restallido de un látigo irrumpieron en la quietud de la cocina. Karin vació su taza y se levantó.

–Es mi padre, con los mozos. Están haciendo los preparativos para cargar los barriles de agua. Venga al río, se lo presentaré.

Emmanuel se alegró de salir de la caldeada cocina y verse en el porche. Las vísceras de la gacela ya no estaban en el suelo, un sirviente anónimo las había recogido. Un gato astroso lamía el charco de sangre que habían dejado.

–Me he olvidado del sombrero –dijo, y se agachó para volver a entrar en la casa. La criada no se había movido de su rincón. Emmanuel se acercó para captar su atención.

–¿Sabe dónde está la madre del jardinero? –preguntó en zulú.

La criada levantó la vista, sorprendida de que hablara con soltura su lengua. Después de un breve titubeo, dijo:

–La madre está al otro lado de la granja inglesa. En el *kraal* de Mashanini.

Emmanuel le sostuvo la mirada y vio que la córnea de la mujer estaba

nublada por el centro. Pasarían unos años antes de que perdiera la vista, pero era inevitable.

–Cuando podamos marcharnos, iré a buscarla y a decirle lo que le ha pasado a su hijo. ¿Me permitirá que lo haga yo?

Hubo una pausa, y luego la criada respondió:

–*Yebo, inkosi.*

–Se lo agradezco.

Recogió su sombrero y salió. No era necesario decirle que no debía comentar esa conversación con Karin. Emmanuel había prometido ir directamente a ver a una mujer zulú asustada y explicarle las cosas cara a cara. Con ese gesto se había ganado el silencio de la criada.

–Por el camino recogeremos a su *kaffir* –dijo Karin cuando Emmanuel se reunió con ella al costado de la casa–. Hay que presentárselo a mi padre. No le gusta que haya desconocidos dando vueltas por la propiedad.

A fin de cuentas, el granjero bóer quizá no fuera tan distinto de Thomas Reed. El sol estaba en lo alto del luminoso cielo y la tierra enfangada despedía vapor al calentarse. Con sus recias botas, Karin cruzó el terreno enfangado en línea recta y se detuvo junto a un granero de madera. Emmanuel atravesó el patio con cuidado, pasando de un montículo de hierba húmeda a otro. Karin lo observaba, divertida.

–El cobertizo de los peones está ahí detrás –dijo–. Cuidado con la tierra mojada, agente.

–Gracias. –Emmanuel encajó el golpe.

–Oficial. –Shabalala se apartó de un corrillo de peones zulúes que bebían té en tazas de latón, reclinados en sus palas. Una acequia a medio excavar terminaba pocos metros más allá.

Emmanuel esperó junto al granero. La intrusión de un hombre blanco pondría en jaque la confianza que Shabalala hubiera logrado inspirar a los trabajadores.

–Es el momento de conocer al jefe –le dijo a Shabalala–. Hablaremos después.

Dieron alcance a Karin en un amplio campo baldío cruzado por profundas rodadas de carro. Una verja de hierro forjado rodeaba un nutrido grupo de lápidas blancas comidas por la erosión. El cementerio de la familia Paulus, supuso Emmanuel.

Cuando llegaron al borde de la pronunciada pendiente que descendía hasta el río, Shabalala vaciló y dijo en un susurro:

–Mire eso, oficial.

Junto a un impetuoso río había un carro de bueyes. Dos peones negros subían un bidón de agua de veinticinco litros al lecho plano del carro mientras una jauría de perros chapoteaba en el agua. Un hombre blanco vestido con un mono desgarrado y botas desgastadas restallaba el látigo sobre la pareja de bueyes que tiraba del yugo. El hombre tenía la tez morena, y sus marcados pómulos y su frente despejada revelaban que entre sus antepasados había hotentotes: un auténtico afrikáner. Pura sangre holandesa, y un cuerno, pensó Emmanuel.

–Mi padre. –Karin señaló al jefe de la cuadrilla–. Y los perros.

–Seis –añadió Shabalala en voz baja. Una jauría de perros boerboel de gigantescas mandíbulas y pelaje marrón liso y brillante subían la cuesta ladrando y enseñando los dientes.

–Quédense cerca y no se muevan –dijo Karin–. Parecen feroces, pero son buenos. De verdad.

De un mordisco te arrancarían la mano. Sin dificultad. Sus zarpas buscaban apoyo en la pendiente y de sus bocas chorreaba baba. Emmanuel y Shabalala permanecieron inmóviles, a la espera de que padre o hija detuvieran a los perros antes de que se acercasen demasiado. Al final, sonó un silbido. El hombre blanco gritó:

–¡Quietos!

Los perros se pararon en el acto, retrocedieron hacia la arenosa orilla y se arremolinaron alrededor de las piernas de su amo. Los peones negros sujetaban a los bueyes y les daban palmadas en los costados.

–¿A quién tienes ahí, hija? –gritó el padre en afrikáans, y se enrolló al hombro el látigo trenzado.

–La policía. –Karin bajó por el abrupto ribazo. Emmanuel y Shabalala la siguieron, desistiendo de no estropear sus zapatos de cuero–. Son los investigadores de la policía judicial Cooper y Shabalala, de Durban.

El padre frunció el ceño al ver a Shabalala y dijo en afrikáans:

–¿Ahora tienen policías negros?

–Unos cuantos –respondió Emmanuel en «taal», como llamaban a la lengua afrikáans los iniciados en la verdadera fe. Esperó a que el hombre se burlase de la idea de que hubiera policías negros.

–Muy bien. Para atrapar a un nativo hace falta otro nativo. –Le tendió una mano nudosa–. Sampie Paulus. A mi hija Karin ya la conoce.

–Así es. –Emmanuel le estrechó la mano, asombrado por la fuerza de Sampie y por la textura de papel de lija de su piel.

–Esos son mis mozos, Johannes y Petros. Son hermanos. Tienen buena mano con los bueyes. –Sampie sacó una bolsa de tabaco del bolsillo superior de su mono–. Han venido por lo de Amahle.

–Sí. Llegamos ayer por la mañana.

–¿Han conseguido algo? –Sampie extrajo dos papeles de la bolsa y se volcó en la palma de la mano un poco de picadura de tabaco.

–Aún es pronto –dijo Emmanuel–. Sabemos cuándo desapareció y dónde la encontraron. No mucho más.

–Vengan aquí, a la sombra. –Paulus se dirigió a una zona de arena húmeda donde ardía el rescoldo de una fogata. Los perros lo siguieron. Sampie se acomodó flexionando las piernas, con los brazos sobre las rodillas, como un nativo–. ¿Han estado en el *kraal* de Matebula?

–Hemos visto al jefe y a su primogénito, Mandla. –Emmanuel se acucilló junto a Sampie, sin hacer caso al escozor de sus fatigadas pantorrillas ni a Karin, que se sentó con las piernas cruzadas mientras los perros se le subían encima. Shabalala se quedó al borde del tramo de sombra, escuchando.

–Mandla vino por aquí el otro día. –Sampie lio el cigarrillo y pegó el papel de un lametazo–. Preguntó por Philani Dlamini, el jardinero de la granja inglesa.

–¿Sabía todo el mundo que estaba en esta zona? –Si el paradero de Philani era un secreto a voces, la lista de sospechosos de su asesinato aumentaría.

–Nadie lo había visto. Incluidos Karin y yo. –Sampie sacó de su bolsillo trasero un encendedor metálico oxidado. Tuvo que accionar cuatro veces la rueda con el pulgar para sacarle llama–. Si fuera yo al que Mandla estuviera siguiendo el rastro, me escondería en un agujero y no asomaría la nariz.

Sampie tenía razón. Philani no debía de haber revelado su paradero a un círculo amplio de gente. El asesino tenía que ser una persona de confianza del jardinero.

–Nosotros también vamos siguiéndole el rastro a Philani –mintió Emmanuel–. ¿Qué aspecto tiene? –Su instinto le decía que el muerto del refugio era el jardinero, pero quedaban horas por delante antes de que se trasladase el cadáver y se organizara una identificación formal. Una lista de atributos físicos que pudieran compararse con los que había anotado en la escena del crimen daría más peso a su intuición.

–De unos treinta o treinta y cinco años, poco más o menos. Con la piel clara. Bajo para ser un zulú. –El granjero de rudas facciones señaló a Shabalala con unos dedos manchados de nicotina–. No como su mozo. Ese sí que es un zulú como Dios manda.

Sí, y todos los ingleses tenían el pecho de palomo y la piel rosada y no sabían nada de África. Los indios eran muy trabajadores, pero no se podía confiar en ellos porque eran taimados. Los mestizos eran astutos y maliciosos, y mala compañía para los hijos de uno. La mayoría de los sudafricanos, fuera cual fuese el color de su piel, tenían una imagen mental deformada de cada grupo racial a modo de referencia sencilla.

–¿Altura, peso y color de ojos? –preguntó Emmanuel. La breve descripción de Sampie se correspondía con la del cadáver que estaba en la escena del crimen. Los detalles más precisos le servirían de ayuda a Zweigman en el reconocimiento.

–Era bajo. Robusto. De ojos castaños... creo. –Sampie dio una profunda calada y exhaló por las fosas nasales distendidas–. ¿Qué tiene que ver el jardinero con todo esto? Mandla me contó el cuento de que Philani le debía dinero, vaya *kak*.

–Corren rumores de que Philani estaba comprometido con Amahle.

Sampie se volvió hacia sus mozos y dijo a voces en zulú:

–El jardinero del inglés con la hija del gran jefe. ¿Habéis oído cosa igual?

Los peones lo negaron moviendo de lado a lado la cabeza y volvieron a ocuparse de los bueyes. Evidentemente, esa pregunta íntima les hacía sentirse incómodos y cualquier comentario sobre la muchacha muerta entrañaba un peligro.

–En sueños, tal vez. –Sampie estrujó la punta del cigarrillo liado a mano entre el pulgar y el índice y se metió la colilla en el bolsillo de arriba. Un hombre ahorrativo y austero–. Es lo que pasa con las chicas guapas, ¿no? A los hombres se les meten ideas absurdas en la cabeza. Dlamini no habrá sido el primero.

El granjero afrikáner se levantó e hizo restallar el látigo de cuero en el aire, la señal para emprender el regreso. Los perros se estiraron y bostezaron mientras Karin se sacudía sus pelos del pantalón. En medio de aquel revuelo, Shabalala se acuclilló y observó cómo la corriente del río saltaba sobre las rocas.

–Nos vemos en la casa, oficial –dijo Karin, y se alejó con los perros, que iban corriendo delante de ella. Los peones estabilizaron el carro sobre dos profundas rodadas que se hundían en la tierra. Y Sampie se puso detrás para empujar y se sumó, él también, al canto de trabajo de los zulúes.

–Venga, oficial. –Shabalala se enderezó y echó a andar por la arenosa ribera en la misma dirección que habían seguido los bueyes–. El agua está bajando muy deprisa. Dentro de una hora podremos cruzar el arroyo y volver al coche.

–Ja –dijo, contrariado, Emmanuel. No tenía prisa por contarle a la madre de Philani que su hijo estaba destrozado en una cornisa de piedra.

El patio de la granja quedó encenagado por el paso de las ruedas del carro y las pezuñas de los bueyes. Johannes y Petros, los mozos de Sampie, transportaron los barriles a través del porche, haciéndolos rodar, y los apoyaron contra la pared posterior de la casa.

Al atravesar el lodazal, Emmanuel y Shabalala se embarraron aún más los zapatos y los bajos de los pantalones, que ya estaban emplastados de arena del río. El humo del fuego de la cocina se elevaba en una columna larga y gris que se recortaba contra el cielo. Un hombre se acercó corriendo como un rayo desde el bosquecillo de granados y cubrió la distancia que los separaba en un abrir y cerrar de ojos.

–Qué bárbaro –dijo Emmanuel.

Cyrus, el corredor, sudoroso y aspirando el aire a bocanadas, estaba de regreso en Covenant. Su camisa, raída y llena agujeros antes de la carrera, le colgaba de un hombro hecha un harapo. Debía de haber tomado un atajo a través de los espinos para llegar lo más deprisa posible a Little Flint Farm.

–Para usted. –El corredor le tendió el palo rajado con una mano trémula–. De la señora joven de la granja inglesa.

Emmanuel hurgó en su bolsillo y le dio un puñado de monedas a cambio del mensaje.

–Gracias, Cyrus. Siento lo de la camisa –dijo, y desdobló la nota. En medio del papel había cinco palabras escritas en tinta azul: «En la comisaría no responden». Y, debajo, la enrevesada firma de Ella. Le pasó la hoja a Shabalala.

El agente zulú la leyó y se la devolvió.

–Seguimos estando solos –dijo. Una tribu no era nada si sus distintas facciones no se unían cuando había problemas. Las fuerzas del orden requerían ese mismo tipo de lealtad.

–Otra vez tenemos que arreglárnoslas entre Zweigman, tú y yo –dijo Emmanuel.

–*Yebo* –dijo Shabalala–. Pero trabajar así se nos da muy bien.

Emmanuel soltó una carcajada y recordó que, en efecto, se les había dado muy bien trabajar juntos; lo único que le preocupaba eran los problemas en los que se habían metido al resolver otros casos. Se preguntó si los investigadores preguntones y los médicos judíos tendrían tantas vidas como los gatos.

Karin cruzó el patio con paso decidido.

–¿Ha traído Cyrus malas noticias? –dijo. Encajó los pulgares en el cinturón de sus sucios vaqueros y esperó.

–No han cogido el teléfono en la comisaría –respondió Emmanuel. Trasladar el cuerpo sin ayuda de Bagley sería todo un reto.

–Mi padre dice que su mozo puede comer con los peones en el cobertizo de los *kaffirs*. –Karin señaló una cabaña enjalbegada con techo de paja que había más allá del cobertizo de ordeño, y añadió dirigiéndose a Shabalala–: Vuelve a la casa grande cuando te llame, ¿de acuerdo?

Shabalala inclinó su sombrero y se fue.

Emmanuel tuvo el honor de sentarse a la mesa solo para blancos de la casa principal de la granja. Sampie, Karin y él comieron estofado de gacela con patatas prácticamente en silencio. De tanto en tanto, Sampie pedía algo con un gruñido y Karin obedecía. De postre les dio naranjas peladas acompañadas de un dedito de brandy de melocotón servido en viejos tarros de mermelada. Emmanuel tomó solo la mitad de su ración de estofado y se disponía a pedir que le rellenaran el tarro de brandy cuando se oyó un grito procedente del patio.

–¿Qué es eso? –Sampie se levantó de un salto y ladeó la cabeza a la derecha, escuchando. Más gritos y el golpeteo de unas botas de goma contra la tierra. Karin se puso en pie y alargó el brazo hacia el rifle que estaba en un rincón de la cocina.

Los perros empezaron a rascar el suelo junto a la puerta trasera, clavando las afiladas uñas en la tierra. Sampie los apartó a empujones y giró el picaporte.

–¡Fuera! –bramó, y los boerboels se precipitaron a salir al patio, aullando. El padre, la hija y Emmanuel siguieron a la jauría de perros mientras Karin se echaba el rifle al hombro como un curtido francotirador del ejército. En comparación con la cocina, afuera hacía fresco, y el sol había pasado de su cénit.

–Junto al gallinero –dijo Sampie–. Están allí. Corre, Karin.

Los perros ya estaban corriendo alrededor de la alambrada que rodeaba el corral de gallinas. Sampie y Karin se acercaron desde distintos puntos. Si aún había alguien ahí dentro, no tendría escapatoria.

–Ladrones –dijo Shabalala cuando Emmanuel avanzó hacia el alboroto. Los trabajadores se habían desperdigado entre los edificios de la granja y no paraban de vociferar. Los perros ladraban. En el bosque, las gallinas de Guinea daban sus propias voces de alarma–. Párese y quédese en silencio, oficial.

Los gruñidos de los boerboels sofocaban el canto del gallo y el cloqueo de las gallinas. Emmanuel se detuvo en el patio y se esforzó en escuchar en medio de aquel pandemónium.

–¿Lo ha oído? –susurró Shabalala.

–Unos pasos –dijo Emmanuel. Era un sonido apenas discernible–. ¿De dónde proceden?

De la zona del gallinero salió una sarta de maldiciones afrikáans muy subidas de tono. Karin y Sampie estaban soltando sapos y culebras contra el ladrón, que debía de haberse colado por la alambrada.

Se oyó un ruido sordo en el interior de la casa. Emmanuel y Shabalala corrieron a la puerta principal, que la criada, trémula y acurrucada contra la pared en esos momentos, había dejado abierta. El interior parecía oscuro después de estar al sol. Un metal oxidado chirrió al deslizarse sobre otro metal oxidado.

–El cerrojo de la puerta trasera –dijo Emmanuel, y emprendió una carrera de obstáculos entre las sillas desvencijadas y las pilas de periódicos amarillentos que ocupaban el pasillo. Algo pesado se estampó contra el suelo. Se oyó un grito ahogado y el crujido de una puerta que se abría.

Emmanuel y Shabalala entraron a la vez en la cocina. Una figura masculina cruzó el porche como una exhalación y salió de estampida hacia el lindero del bosque. Al advertir que se abría un nuevo frente de ataque, los boerboels doblaron a toda velocidad la esquina del cobertizo. El fugitivo se fundió con la vegetación y los perros lo siguieron.

–¿Has visto eso? –dijo Emmanuel cuando desaparecieron los perros.

–*Yebo* –dijo Shabalala–. Mis ojos también lo han visto. Un chico blanco con uniforme de colegio y un ribete rojo en la chaqueta.

El rostro de Sampie Paulus chorreaba sudor y sus pálidos ojos relucían en la penumbra. Golpeó la mesa de la cocina con el fondo del tarro de mermelada y Karin le sirvió más brandy de melocotón. Los perros habían regresado de la cacería y dormían delante de la estufa de leña.

–Era ese cerdo de Reed –dijo Sampie–. Seguro.

–Claro –asintió Karin–. ¿Quién si no?

–¿De Little Flint? –Emmanuel aún estaba tratando de explicarse cómo un ladrón blanco con el uniforme de un colegio privado robaba a personas que vivían con estrecheces. ¿Qué poseían que él pudiera desear?

–*Ja*. –Sampie bebió de golpe la mitad del contenido del tarro–. Roba en todas las granjas de los alrededores. Lleva años así, pero ¿qué hace el gilipollas de Bagley para impedirlo? Nada. Presentar una denuncia a la policía es una pérdida de tiempo. Todo esto es una *fokken* vergüenza.

Emmanuel miró de reojo a Karin, que estaba apartada en las sombras sin decir nada. Shabalala se había situado en un rincón sin iluminar y también guardaba silencio.

–Esta mañana he conocido a Thomas, a Ella y a los padres –dijo Emmanuel–. ¿Quién es el chico?

–El hijo pequeño –respondió Karin–. El *befokked*.

–¿Por qué está loco? –Emmanuel prácticamente la sintió encogerse de hombros en la oscuridad.

–No le funciona bien la cabeza. Nunca le ha funcionado.

–Deme un ejemplo –dijo Emmanuel. Según con qué criterios, a él también le considerarían *befok*.

–Está bien –dijo Karin secamente, exasperada–. No hay curso en el que no se escape del colegio. Vive en el bosque y roba en todas las granjas, incluso en la de su familia. Las tiendas del pueblo le tienen prohibida la entrada porque también les roba.

–En las vacaciones de Semana Santa pegó a un peón de Little Flint y tuvo que venir la doctora de Roselet –dijo Sampie–. El comisario silenció el asunto.

–¿Cómo se llama? –preguntó Emmanuel. Un jovencito perturbado y agresivo de Little Flint podría haber sido quien mató a Amahle, pensó.

–Gabriel –dijo Karin–. Y habla muy raro, ¿verdad, padre?

–Como un disco de gramófono rayado. Solo dice incoherencias. –Sampie

bebió la mitad del brandy que le quedaba y el impacto del alcohol le llenó los ojos de lágrimas—. ¿Qué se ha llevado esta vez?

—La miel. —Karin estaba disgustada—. Me la acababan de traer esta mañana. Y además la manta gris y amarilla de mi cama.

Hubo una larga pausa antes de que Sampie dijera:

—Qué raro, normalmente se lleva huevos del gallinero o sardinas de la despensa. A veces, mermelada. Es la primera vez que se lleva algo que no es de comer.

—*Befok*. Ya lo he dicho antes.

Emmanuel sopesó ese nuevo dato. Todas las familias tenían sus ovejas negras: tíos malversadores, tías que se perdían por la ginebra, hijos puteros e hijas promiscuas. En ese sentido, los Reed no eran especiales.

—A lo mejor Gabriel se ha llevado la manta porque tenía frío —dijo—. De noche la temperatura baja mucho, sobre todo en el monte.

—*Ja*, pero en primavera no tanto —dijo Sampie—. Además, sabe hacer una hoguera. La pasada Semana Santa, Karin encontró uno de sus escondites, ¿verdad, hija? Una gruta detrás de un árbol.

Emmanuel oyó cómo Karin pasaba el peso de un pie al otro, como haría un boxeador antes de descargar un puñetazo.

—¿Conoce todas las cuevas que hay en el monte alrededor de la granja, Karin? —preguntó.

—Qué va —dijo ella, a la defensiva—. No sé dónde está escondido ese chico. Su padre y su hermano suelen mandar a uno de sus zulúes a buscarlo y luego lo llevan otra vez al colegio, llorando como un crío.

El zulú al que Thomas Reed había echado una reprimenda en el corral quizá fuera uno de los rastreadores.

—¿Saben cuánto tiempo lleva Gabriel por ahí esta vez? —preguntó Emmanuel.

—Ni idea. —Sampie daba vueltas al tarro de mermelada entre las manos, sin decidirse a rellenarlo—. Siempre nos enteramos de que el pequeño canalla está en el bosque cuando se cuela en el gallinero o en la despensa.

—Entonces, ¿lo de hoy no pasaba desde hacía tiempo?

—*Ja*. Se habrá escapado del colegio hace dos o tres días. Es lo que tarda en recorrer el valle para volver a casa. —Sampie deslizó el tarro sobre la mesa—. Para hacerle justicia, hay que decir que siempre se la juega a mis perros.

—El demonio se las sabe todas, padre —dijo Karin, y Sampie asintió con la cabeza.

Emmanuel ató cabos. Si lo que decían Sampie y Karin era cierto, el chaval de los Reed era un fugitivo y un ladrón reincidente, a quien la ceguera deliberada del comisario Bagley eximía de pagar las consecuencias de sus actos. Emmanuel sabía cómo podría desarrollarse esa historia. Era fácil pasar de los delitos

menores a los mayores. De hecho, era prácticamente inevitable si el infractor no recibía un castigo. Algunos amigos de la infancia de Emmanuel se habían echado a las calles al salir del colegio y habían acabado en la cárcel antes de cumplir los veinte. Él también sentía la apremiante llamada de los rincones oscuros y peligrosos de Sophiatown. Por una de esas paradojas de la vida, enrolarse en el ejército lo había salvado y, al mismo tiempo, quizá lo había hundido.

—Entonces, es posible que Gabriel llevara varios días en el monte sin que nadie se hubiera enterado —dijo Emmanuel. Dependiendo del momento en que se hubiese fugado del colegio, cabría o no la posibilidad de que el chico hubiera estado en la zona donde asesinaron a Amahle.

—Eso es asunto de los Reed, a mí ni me va ni me viene. Tendrá que preguntárselo a ellos. Y ya que va a ir a verlos, oficial Cooper, dígales que cuándo me van a comprar una manta y a reponer el tarro de miel. —Sampie echó la silla atrás—. Dentro de media hora comprobaremos el nivel del río y sabremos a qué atenernos.

Karin retiró el tarro de mermelada de la mesa mientras Sampie salía de la cocina arrastrando los pies para reanudar las faenas.

—¿Ha visto a Gabriel en los últimos días? —le preguntó Emmanuel a Karin. Las huellas que había alrededor del cadáver de Amahle podrían ser las de un colegial.

—No. —Se quedó mirando fijamente los remolinos que hacía el alcohol al fondo del tarro que tenía en la mano—. No le echado la vista encima. —Miró a Emmanuel a los ojos y se bebió el brandy de un trago—. Tengo que volver al trabajo —dijo, y se puso en marcha.

Emmanuel la llamó cuando casi había llegado a la puerta del pasillo.

—Espere. Su padre ha dicho que Gabriel Reed pegó a uno de los trabajadores de Little Flint Farm.

—*Ja*. La doctora vino del pueblo para remediar la situación. —Frotó con el dedo una grieta de la pared de adobe.

—Tuvo que ser algo grave.

—La doctora no pudo venir cuando padre tuvo la gripe el invierno pasado, pero se desplazó para ayudar a un *kaffir*. ¿Qué le parece?

—Me parece que alguien debía de estar malherido —dijo Emmanuel. La familia se había visto obligada a solicitar una asistencia médica como es debido en lugar de recurrir al botiquín de primeros auxilios o a que una monja del pueblo le llevara unas dosis de procaína—. ¿Sabe qué provocó la paliza?

Una sonrisa curvó los labios de Karin y en ese momento, a media luz, pareció sumisa y dócil.

—No estoy segura. Quizá tuvo que ver con que un peón le pusiera la mano

encima a alguna de las *kaffirs* preferidas de los Reed...

–¿Amahle? –preguntó Emmanuel.

–No lo sé. Son asuntos de los ingleses. –Y salió de la cocina.

–Bueno, si no ha sido una insinuación de que Amahle fue la causa del problema, ha sido puro rencor –le comentó Emmanuel a Shabalala–. A Karin no le gustan los Reed ni cómo trataban a Amahle cuando estaba viva, eso está claro.

–El hortelano con la cara partida debe de ser el que recibió la paliza del pequeño *baas* Reed –se le ocurrió a Shabalala–. Él no dirá nada. Tendremos que informarnos sobre la pelea a través del comisario y de la doctora.

–Como Bagley está desaparecido, se lo preguntaremos a la doctora Daglish cuando volvamos a Roselet. Si las heridas del peón eran graves, seguro que tuvo que ir varias veces a Little Flint. –Emmanuel tomó un trago de brandy y le ofreció la botella a Shabalala, que la rechazó–. Resulta que Daglish sí conocía a Amahle. ¿Por qué habrá mentido sobre algo así?

Las aguas habían descendido y la carretera general de Roselet quedaba a un par de saltos sobre las piedras del arroyo. Shabalala lo atravesó primero y Emmanuel lo siguió. A esas alturas, mojarse ya les daba igual. Estaban tan harapientos como un par de vagabundos vestidos con trajes robados.

–El señor Póliza de Seguro no existe –dijo Emmanuel, y echó a andar hacia el Chevrolet por la hierba de la orilla. Eran las dos de la tarde y probablemente Zweigman habría concluido el reconocimiento. Los resultados quizá les proporcionaran alguna respuesta.

–Nadie ha oído hablar de él, oficial. No es un zulú del valle.

–Preguntaremos en el pueblo, pero me da la impresión de que es una pista que no lleva a ninguna parte. –Sacó la llave del coche y la insertó en la puerta del lado del conductor. Algo raro pasaba, el ojo de la cerradura estaba más abajo de lo normal. Retrocedió para echar un vistazo.

–Pequeño canalla. –Ahora Emmanuel sabía cómo se sentía Sampie Paulus cuando el chico de los Reed robaba en su granja y se iba de rositas–. La rueda delantera está rajada.

–Vaya... –Shabalala se agachó a examinar el estropicio–. Un tajo hecho con un cuchillo pequeño. Hay que cambiar la rueda.

Un retraso más, pensó Emmanuel. No era de extrañar que detestase el campo. Polvo, moscas, boñigas de vaca y, ahora, un ladrón infantil con propensión a las travesuras y armado con un cuchillo.

–Voy a ver si tenemos repuesto.

Abrió el maletero, rogando que el parque móvil policial cumpliera unos requisitos mínimos. Los cumplía; al menos, en esa ocasión. Sacó la caja de

herramientas y desencajó de su hueco la rueda de repuesto. Armado con el gato y la llave inglesa, Shabalala se puso a la labor. A pesar de que no estaba autorizado a conducir un coche, el policía negro había aprendido en algún momento a cambiar una rueda.

El pueblo estaba en calma. Una arrugada mujer blanca y su gigantesca criada negra pasaban lentamente de largo junto a dos camiones agrícolas aparcados delante de Dawson's General Store. Un perro amarillo flacucho trotaba por el lateral de la calle con el morro pegado al suelo.

–Tres comercios grandes –dijo Emmanuel. Había puesto al día a Shabalala sobre las compras realizadas por Amahle después de cobrar–. El café es solo para europeos, así que ahí no entró. Nos quedan el almacén de material agrícola, el almacén general y las tiendas *spaza* escondidas en los callejones. Como mucho, un par de horas de trabajo.

–Yo preguntaré en las tiendas *spaza* –dijo Shabalala. Esos negocios camuflados que funcionaban en cuartos traseros y desde ventanas discretas eran el alma de la comunidad negra. Las tiendas *spaza* operaban sin licencia y a espaldas de las autoridades–. Puede que la hija del jefe comprase una Fanta o cualquier otra chuchería.

–Muy posible. –Emmanuel giró a la izquierda, hacia la entrada de coches de la casa de la doctora.

–Oficial... –Shabalala clavó los dedos en el salpicadero–. Cuidado.

Zweigman y Daglish se materializaron de la nada, corriendo a tumba abierta hacia el coche como si se hubieran fugado de la casa de un médico demente. Emmanuel pisó a fondo el freno y las ruedas levantaron una rociada de gravilla. El Chevrolet se paró a pocos centímetros de las manos extendidas de Zweigman.

–Deprisa. –El médico alemán sudaba copiosamente y tenía un chichón en el centro de la frente–. Sigue ahí dentro.

–¿Quién? –Emmanuel saltó del coche en cuestión de segundos. Shabalala le había tomado la delantera y ya estaba inspeccionando el jardín y el camino lateral en busca de señales de peligro.

–Hemos tratado de llamar a la comisaría desde casa –dijo atropelladamente Margaret Daglish, que tenía las mejillas coloradas–. Como no han respondido, hemos salido corriendo.

–Cuéntenme qué ha pasado –dijo Emmanuel.

–Shh... –Shabalala pidió silencio levantando un dedo–. Unos pasos chapoteando en agua.

–El arroyo –dedujo Margaret Daglish–. Gracias a Dios. Vuelve corriendo al valle.

–*Hamba* –le dijo Emmanuel a Shabalala–. En marcha.

Echaron a correr por el sendero y en menos de treinta segundos salían del terreno por la parte de atrás. Treinta segundos más y ya estaban en el somero arroyo lleno de piedras. Al otro lado, demasiado lejos para identificarla, una mota negra atravesaba el *veld* a una velocidad inaudita.

–Espera. –Emmanuel agarró del brazo a Shabalala sin darle tiempo a saltar el arroyo–. ¿Crees que puedes darle alcance?

–Sí –dijo Shabalala, y añadió–: En algún momento.

–Deja que se vaya. –No había otra opción. Acortar distancias costaría un tiempo precioso, y la captura y el interrogatorio posterior no estaban garantizados. La mota se fundió con un peñasco y se perdió en la lejanía–. Vamos a ver qué les ha pasado a Daglish y a Zweigman.

–Un momento, por favor.

Shabalala se agachó a la orilla del arroyo y examinó unas concavidades casi imperceptibles en la arena. Después se encorvó y recorrió el camino que conducía al sótano, deteniéndose cada pocos pasos para examinar la hierba aplastada y la tierra removida. Emmanuel contuvo el aliento. Shabalala solo se tomaba un tiempo extra si pensaba que valía la pena.

–Es él –dijo Shabalala–. El mismo hombre que se quedó con Amahle en el monte.

–La doctora Daglish sabe quién ha dejado estas huellas –dijo Emmanuel–. Puede que ya tengamos a un sospechoso.

El camino hacia la casa de la doctora subía en pendiente, pero la ascensión fue fácil. Al final de la cuesta les esperaban datos concretos: el nombre del hombre que había estado en la escena del crimen y una orientación clara para la investigación.

Un ruido sordo les hizo acelerar aún más el paso. La doctora Daglish estaba junto a la entrada del sótano y Zweigman embestía con el hombro contra la puerta, tratando de forzarla.

–No tendríamos que haberla abandonado –dijo Daglish con desconsuelo–. Ha sido una cobardía.

–No hemos tenido más remedio –replicó Zweigman, y, a la desesperada, golpeó con los puños la puerta cerrada.

–Déjenos echar un vistazo.

Emmanuel se aproximó y examinó la puerta: una pieza de madera maciza tan resistente como para proteger de los dragones a una doncella. Resultaba irónico, dadas las circunstancias.

–¿Podríamos echarla abajo de una patada? –preguntó Shabalala.

–No. –Fue la concisa respuesta–. Ni juntándonos los dos tendríamos fuerza.

La cerradura era de bronce macizo, desgastada por los elementos. Verdes

filamentos de musgo se extendían sobre la superficie picada del metal.

–Trae la palanca del maletero del coche, agente.

Shabalala estiró la mano para que le diera las llaves. Era un gesto de lo más normal y, sin embargo, a Emmanuel le hacía sentirse muy incómodo. Las llaves del coche, del mueble archivador de la oficina y del armero de la comisaría jamás estarían en el bolsillo de Shabalala. Al menos en esta vida.

–Tengo una palanca en el cobertizo de las herramientas –dijo Daglish, ansiosa de ayudar–. Aquí mismo.

Echó a correr por la hierba hacia un edificio anexo rectangular y abrió de un empujón la puerta oxidada. El sonido de imprecaciones educadas y de botellas entrechocando fue seguido de un triunfante «¡Ajá!». La doctora salió con la palanca en la mano y se la pasó a Shabalala, sin duda alguna el más fuerte de los tres hombres. Él vaciló, sin saber qué hacer. El protocolo exigía que los oficiales europeos fueran los primeros en todo.

–Adelante –dijo Emmanuel, y se apartó para que Shabalala tuviera acceso a la cerradura. Tratar de igualar la relación fuerza-peso del zulú sería una pérdida de tiempo.

–¿Qué habrá hecho ahí dentro? –le susurró Daglish a Zweigman–. ¿Algo malo?

–Lo malo ya ha sucedido. La muchacha está muerta –respondió el médico alemán con fría lógica–. Ya no le puede pasar nada más.

Sabiduría adquirida en la guerra, como bien sabía Emmanuel.

–Aahh... –Shabalala exhaló y tiró con fuerza de la palanca. La cerradura se partió con un chasquido y por el aire salieron volando fragmentos de metal y de madera. La puerta crujió al abrirse hacia la oscuridad. Del interior emanaba aire frío.

–Venga conmigo, agente.

Emmanuel se agachó para esquivar los bajos aleros y entró. Pulsó el interruptor de la luz. Por el suelo estaban desparramados vendajes sueltos e instrumentos quirúrgicos, evidencia de un paroxismo de rabia o de dolor. Miró de pasada el desbarajuste. Shabalala se puso a su lado y avanzaron juntos hacia el fondo del cuarto.

Amahle tenía remetida bajo los hombros y estirada sobre las piernas y pies desnudos la sábana blanca que la cubría. La manta gris y amarilla robada a Karin Paulus estaba cuidadosamente enrollada bajo su cabeza.

–Gabriel Reed –dijo Emmanuel.

Zweigman fue recogiendo del suelo sondas y bisturís de metal y colocándolos uno junto a otro en la mesa auxiliar, y mientras lo hacía iba reorganizando sistemáticamente sus pensamientos y emociones.

–Ha pasado todo muy deprisa –dijo–. La doctora Daglish y yo estábamos solos, acabando el reconocimiento. Y, sin saber cómo, de pronto el chico estaba aquí dentro, gritando y tirando el instrumental al suelo.

–No se me ocurrió cerrar con llave –dijo Daglish quedamente.

–Es comprensible. No había peligro. –Zweigman se agachó a recoger un rollo de algodón y se tambaleó. El chichón en forma de huevo de su frente cada vez era más grande.

–Siéntese, no se vaya a caer. –Emmanuel lo agarró del codo para acompañarlo a una silla.

–No. Gracias. –El médico alemán le dio unas palmaditas en la mano a Emmanuel. Este lo soltó. Zweigman continuó removiendo los desechos médicos–. Estoy buscando algo muy concreto.

–Es verdad... –Daglish se agachó junto a Zweigman y se incorporó a la búsqueda–. Casi me había olvidado.

Colocaban bajo la luz eléctrica cada pieza de instrumental para examinarla y así fueron registrando el suelo, centímetro a centímetro. Emmanuel y Shabalala se retiraron para dejar espacio a los médicos.

–Ajá... aquí está. –Zweigman se puso de rodillas y pegó la cara al suelo–. Pinzas y un recipiente, por favor, doctora.

Daglish le tendió lo que le pedía. Emmanuel tardó un rato en distinguir el minúsculo objeto sujeto por las pinzas, un fragmento muy afilado de una materia orgánica blanca y marrón. No tenía ni idea de lo que era.

–Una púa de puercoespín –dijo Shabalala, y Daglish sonrió.

–Eso suponía yo –dijo–. Me las encuentro en el jardín y en mis paseos por la otra orilla del río.

–¿De dónde ha salido esta? –preguntó Emmanuel. Las mujeres zulúes que custodiaban el cadáver de Amahle llevaban púas traslúcidas adornando sus tocados, un privilegio reservado a las casadas. La pequeña esposa enfurruñada del jefe Matebula también llevaba púas entretejidas en el pelo.

–Estaba incrustada al fondo de la perforación de la espalda de la chica. Esta mañana examinamos la herida y no encontramos nada. Después de comer decidimos probar de nuevo... a ver si había suerte –dijo Zweigman–. El colegial loco irrumpió justo después de que hubiéramos encontrado esto.

–Estábamos riéndonos –confesó Daglish–. No porque la situación fuera graciosa. Es que no esperábamos encontrar nada, y ahí estaba... la púa afilada. Fue una sorpresa.

–La situación debió de parecerle macabra al chico. –Zweigman dejó la púa en la bandeja metálica–. Dos adultos riéndose en presencia de un cadáver.

–Sí, imagino que Gabriel lo vio así. Se puso furioso. Nos dijo que saliéramos del sótano.

–Rechacé su propuesta –dijo Zweigman con su característico sarcasmo–. Me golpeó la cabeza contra la pared y dijo que iba a rajarnos con el cuchillo, igual que había rajado a la muchacha. Por eso salimos corriendo.

–Entonces llamé a la comisaría y no contestaron –dijo Daglish–. No quería abandonar el sótano dejando al chico con el cadáver, pero tenía miedo. Además, ya había pegado al doctor Zweigman.

–Hicieron lo que tenían que hacer –la tranquilizó Emmanuel, y volvió a fijarse en la sábana blanca remetida bajo los hombros de Amahle y en la manta delicadamente enrollada bajo su cabeza. Después de poner el sótano patas arriba y de atacar violentamente a Zweigman, el chaval se había tomado su tiempo para cuidar a Amahle. Tenía una personalidad contradictoria, que de un minuto a otro pasaba de la agresividad a la dulzura.

Emmanuel había sido testigo de esa paradoja en distintos escenarios de crímenes, una muestra de ternura después de un repentino y brutal acto de violencia. Acomodar el cadáver con una almohada o una manta, cerrarle los ojos, estirar hacia abajo el borde de su vestido o colocarle bien las extremidades era la única forma en que el asesino podía expresar amor o remordimiento por última vez.

–¿Fue esto lo que mató a Amahle? –Emmanuel señaló el fragmento de púa que reposaba en la bandeja. De unos cinco centímetros de longitud y con la punta afilada, no tenía aspecto de poder dañar a nadie.

–Por sí solo, no –dijo Zweigman–. Incrustado en la carne, podría haber acabado por producir una infección. O, igualmente, podría haberse abierto paso hasta la superficie de la piel y haber sido expulsado sin provocar ningún trastorno de consideración.

–¿Agente? –Emmanuel incitó a Shabalala a exponer ideas basadas en la intuición y el conocimiento del terreno más que en datos médicos.

–La púa no ha llegado a tanta profundidad por casualidad –dijo el agente zulú–. La clavaron en la carne, como una aguja.

–Interesante. –Zweigman escudriñó el interior de la púa hueca, cuyo extremo estaba abierto–. Cualquier aguja confeccionada con un material suficientemente duro se puede usar para inyectar un medicamento en el torrente sanguíneo. O una toxina.

–¿La envenenaron? –preguntó Emmanuel. Un ataque interno contra los órganos vitales de Amahle explicaría la ausencia de huesos fracturados y de lesiones de importancia en su cuerpo.

–Es una conjetura con fundamento, oficial Cooper –dijo Zweigman–. El análisis de la punta de la púa confirmaría el uso de un veneno, pero solo una autopsia en regla determinaría de manera incontrovertible la causa de la muerte.

No era una buena noticia para la investigación ni para la exigencia de la

familia de Amahle de que esta volviera a casa. Los resultados de la autopsia y de una prueba toxicológica podrían tardar semanas, dependiendo de la acumulación de casos.

—¿Alguna otra conjetura con fundamento sobre la causa de la muerte? — Emmanuel no pudo disimular su frustración ante la falta de resultados concluyentes del reconocimiento. Sacarle una confesión a Gabriel Reed en un interrogatorio sería más fácil si tenían algo con qué presionarlo; por ejemplo, una idea inequívoca sobre cómo habían matado a Amahle.

Zweigman colocó la bandeja de muestras en la mesa auxiliar y cogió un rimero de papeles. Se subió las gafas al puente de la nariz y miró con los ojos entornados lo que él mismo había escrito con letra minúscula. «La víctima es una mujer nativa de entre dieciséis y diecinueve años. Tenía buena salud en el momento de su muerte, sin señales de haber sido maltratada físicamente. Estaba bien alimentada y cuidada. Las únicas lesiones visibles que presentaba la víctima eran una pequeña contusión en la cara interna del muslo izquierdo y una herida de perforación en las vértebras lumbares. Una inflamación de color rojo sube desde la herida hasta la base del cuello. Causa desconocida. Hora estimada de la muerte entre las seis de la tarde del viernes y las ocho de la tarde del sábado.» Zweigman se detuvo y dejó los papeles.

—Por mucho que le duela, oficial, ni la doctora Daglish ni yo podemos ofrecerle lo que no tenemos. La especulación no es científica.

—Si tuviera que especular —dijo Emmanuel suavizando el tono, porque a un hombre de la talla de Zweigman debía de molestarle admitir que no había sacado nada en limpio—, ¿cuál sería la causa más probable de la muerte?

—Nunca había visto unos síntomas así hasta ahora. Ni en Alemania ni en Sudáfrica. —Zweigman volvió a mirar la bandeja metálica, fascinado por el poder destructivo de un objeto tan pequeño—. Si envenenaron la punta y luego se la clavaron en el cuerpo, la herida y la hinchazón que le recorre la columna quedarían explicadas.

El hueco de la púa no tenía capacidad para más de media cucharadita de líquido.

—Una sustancia potente —dijo Emmanuel.

—Desde luego. No me viene a la cabeza ningún compuesto conocido —dijo Zweigman.

—Pero su cabeza es europea —apuntó la doctora Daglish en un susurro, inclinándose hacia ellos—. Los zulúes tienen médicos que utilizan plantas y animales del valle para curar y hacer magia. Son pociones secretas.

Emmanuel no creía en los poderes místicos de esos sanadores tradicionales, que arrojaban al suelo huesos de animales para diagnosticar y tratar las

dolencias. Miró a Shabalala a los ojos. Era evidente que el agente zulú estaba intentando mantenerse al margen de la conversación en susurros.

–¿Tú qué opinas? ¿Podría un curandero preparar un veneno tan potente como para matar?

–No lo sé. Cada *sangoma* es diferente –pronunció esa palabra con una mezcla de miedo y respeto. Un *sangoma* no era un simple curandero, sino una persona con capacidad para trasladarse del mundo ordinario al sobrenatural. «Curandero» era un término de los misioneros que había sido adoptado por los europeos y los africanos cultos. Al emplear la denominación correcta, Shabalala le recordó a Emmanuel una diferencia fundamental entre ellos. Su compañero se permitía creer en que la magia y los espíritus podían existir, aunque jamás lo reconocería ante dos profesionales de la medicina.

Zweigman se palpó la frente alrededor del chichón.

–¿Qué tratamiento me recomienda para mi lesión, doctora Daglish? Cada vez me duele más.

–Una compresa fría, dos aspirinas y una taza de té. En ese orden –dijo Daglish.

–Excelente prescripción. –Zweigman se dirigió a la puerta rota del sótano–. Estoy seguro de que los agentes Cooper y Shabalala podrán tomarse un descanso dentro de unos minutos.

–Por supuesto. –Daglish se detuvo un instante junto a la puerta antes de salir–. ¿Qué quieren beber ustedes?

–Té –dijo Emmanuel, y se preguntó si el viejo judío de verdad necesitaba una aspirina o si solo quería despejar el campo para que Shabalala pudiera hablar con libertad. Zweigman tenían una habilidad pasmosa para interpretar las situaciones; otra consecuencia de los tiempos de guerra, cuando la más leve pausa en una frase podía marcar la diferencia entre volver a casa a cenar o terminar en un vagón de ganado con destino al este.

–Yo también té, gracias –dijo Shabalala, y ambos médicos desfilaron hacia el exterior. Sus pasos resonaron en las escaleras que conducían a la puerta trasera de la casa.

–No es una muerte *muti*.

Eso lo tenía claro Emmanuel gracias a sus años de convivencia con zulúes, tsuanas y blancos pobres en el caos de Sophiatown. En zulú, *muti* significaba medicina, pero la policía usaba ese término para referirse casi exclusivamente al espectro oscuro de la medicina tradicional, que utilizaba órganos o partes del cuerpo humano para reforzar los hechizos y el efecto de las curas: una mano cercenada incorporada al umbral de una tienda para atraer a la clientela, un feto extraído a una embarazada y enterrado en un campo para mejorar la cosecha, los intestinos de un niño pequeño para proporcionar fuerza y éxito. Este

sórdido comercio continuaba practicándose en las ciudades y en el campo, alimentado por la antigua e inquebrantable creencia en el poder de la hechicería.

–No es *muti* –corroboró Shabalala–. La sangre y los órganos de una muchacha joven son muy poderosos. Amahle está intacta.

–Detrás de la preparación del veneno podría estar un *sangoma*, ¿verdad? –dijo Emmanuel.

–Sí. Todo *sangoma* debe aprender a curar y a hacer daño. Una vez que lo han aprendido, utilizar sus conocimientos de una manera u otra depende de ellos.

–Así que cualquier curandero tradicional sabría dónde buscar venenos en la naturaleza, no solo los curanderos que usan la magia negra.

–Así es, pero... –Shabalala hizo una pausa para encontrar una manera sencilla de explicar las normas que regían el uso de la *muti* negra–. Si un *sangoma* o una *sangoma* abre la bolsa de las medicinas para provocar dolor o la muerte a una persona, la oscuridad se cuela en la bolsa y se queda ahí para siempre. Aunque traten de hacer el bien, la oscuridad los seguirá siempre.

–Están contaminados.

Emmanuel lo entendió. Uno de los himnos preferidos de su internado se vanagloriaba de que «la bondad y la misericordia sin duda me seguirán durante todos los días de mi vida», pero él sabía, incluso a los quince años, que lo contrario también era cierto. Las sombras y la sangre poseían la misma perseverancia.

–Por eso, casi todos los *sangomas* evitan la *muti* negra. No es posible dedicarse a ella una temporada y luego dejarla –dijo Shabalala–. Es para siempre.

–¿Quién emplearía a un *sangoma* para matar a nuestra joven? –preguntó Emmanuel–. Hasta ahora, ninguno de los zulúes que hemos conocido tenía motivos para matarla.

Shabalala se disponía a responder, pero en lugar de eso cerró herméticamente la boca.

–Suéltalo, agente –dijo Emmanuel. Qué fatigoso era chocar contra la barrera racial en cada curva y bache del camino.

Shabalala echó una ojeada a Amahle, arropada por la sábana.

–Algunos europeos recurren a los *sangomas*, pero vienen de noche, andando sigilosamente en la oscuridad. Se avergüenzan de lo que hacen y por eso ocultan sus actividades ante otros blancos. Este chico, Gabriel, no oculta nada. Se pasó la noche vigilando el cadáver y ahora ha venido a rendirle honores a cara descubierta, a plena luz del día.

Desde cualquier punto de vista, inglés, afrikáner o negro africano, esa conducta era *befokked*. Demostrar abiertamente afecto por encima de la barrera

racial abochornaba profundamente a la comunidad y atraía la atención de la policía.

–Puede que el chaval esté loco –dijo Emmanuel–. Pero irrumpir en este sótano es una locura de otro orden. Se ha puesto la soga al cuello por un motivo que no logro imaginar.

–Quizá el chico no crea haber hecho nada malo.

–Es verdad –con eso, apuntaba la posibilidad de un alegato de inimputabilidad y una larga estancia en una institución psiquiátrica. El dinero de su familia le proporcionaría una habitación individual y sesiones diarias de tejido de cestos con fondo de música clásica–. Las cosas como son, nadie en su sano juicio mata a una chica, se queda junto al cadáver y después le sigue el rastro para cerciorarse de que su cabeza está reposando cómodamente.

–Eso es un misterio –dijo Shabalala.

Los trinos de los pájaros llevaron al frío y húmedo sótano el sonido de la primavera y los amplios horizontes. Emmanuel cruzó la puerta rota para salir al aire libre. Le venían a la memoria detalles de la escena del crimen: la manta de cuadros enrollada, las flores silvestres esparcidas por todos lados, las ramas protectoras de la higuera que se extendían sobre el cuerpo como las alas de un ángel. El comportamiento de Gabriel, por extraño que fuera, respondía al deseo de cuidar a Amahle, incluso después de muerta.

–Una púa envenenada –dijo Emmanuel, tratando de situar en su contexto el uso de esa arma sofisticada. El veneno era un asesino furtivo que no dejaba huellas digitales, mientras que a Gabriel le importaba poco mantenerse oculto o cubrir sus huellas–. No encaja precisamente con un crimen pasional o una discusión violenta. Aquí hubo planificación.

–Otro misterio.

Shabalala se agachó bajo los aleros y se sumó a la contemplación. Los dos hombres se quedaron mirando los montes que se elevaban al otro lado del valle. El silbido de un hervidor ahogó los compases de música clásica que emitía una radio en la cocina de los Daglish.

–Tenemos que encontrar al chico de los Reed, y no somos los únicos que andamos buscándolo –Emmanuel aludía así a la escena en el corral de Little Flint que había presenciado–. Creo que Thomas, su hermano mayor, tiene a un rastreador siguiendo sus huellas. Si la familia lo encuentra primero, podemos irnos despidiendo de hablar con él. Al menos hasta que formen en posición defensiva los abogados y los expertos médicos.

–Seguir el rastro del chico será fácil –dijo Shabalala–. Pero es muy rápido. Atraparlo será difícil.

–Dime qué necesitamos.

–Comida, agua, cerillas, una manta para cada uno. Ropa cómoda y zapatos

de correr para usted, oficial.

El conocimiento del terreno montañoso que tenía Gabriel y su enorme astucia le daban ventaja. Ahora que había cumplido su objetivo de llevarle la manta a Amahle, no regresaría pronto por el pueblo. Sabiendo todo eso, Shabalala se disponía a hacer una excursión que durase hasta el día siguiente.

–Nos vamos de acampada.

–De cacería.

–¿Cuándo salimos?

–Ya, antes de que oscurezca.

–En cuanto nos hayamos aprovisionado y organice que un furgón fúnebre recoja el cadáver de la cornisa del monte junto a Covenant Farm –dijo Emmanuel–. En Dawson’s deben de tener todo lo que nos hace falta.

–A mí no me hace falta nada. –El agente zulú estrujó su sombrero, formando una nueva arruga en la copa–. Tengo todo lo que necesito.

–No vas a correr monte arriba vestido de traje y con esos zapatos. Otra vez no –dijo Emmanuel–. Y yo tampoco.

La renuencia de Shabalala a gastar dinero era comprensible. Los gastos realizados en el desempeño de una misión eran reembolsables si se adjuntaban los recibos sellados y fechados al informe final de la investigación. Luego venían semanas de escrutinio burocrático para determinar si los productos adquiridos eran un gasto legítimo. Lo mejor era eludir todo ese proceso.

–No te preocupes –dijo Emmanuel–. Van Niekerk nos lo reembolsará en efectivo.

Trabajar para un inspector de policía que se saltaba las normas tenía sus ventajas.

–Entonces, vamos enseguida a Dawson’s.

El sol había descendido, señal de que la tarde iba pasando muy deprisa. Con cada minuto, Gabriel se adentraba más en la cordillera y quedaba más lejos de su alcance.

–El té, caballeros.

Zweigman bajó las escaleras con un par de tazas en las manos. Daglish iba un peldaño por detrás, cargada con una bandeja con la tetera y dos tazas más.

–Gracias.

Emmanuel aceptó el cremoso té con leche que le tendía Zweigman y sintió su olor excesivamente dulzón. Desde el almuerzo en la granja de los Paulus tenía un regusto grasiento en la boca. Y sabía que la comida de Shabalala habría sido aún menos apetitosa: una mazorca de maíz al vapor acompañada de una bebida de maíz fermentado o de una gruesa rebanada de pan duro untada con manteca. En Little Flint Farm no les habían ofrecido nada de nada. Echó el ojo al plato

de dulces de la bandeja de Daglish. Shabalala ya estaba engullendo un trozo de galleta y bebiendo té a tragos.

Emmanuel comió un par de galletas y vació su taza. Combustible para la persecución a campo traviesa.

–Con eso no han tenido ni para empezar –dijo Daglish, y apoyó la bandeja en el escalón de en medio–. ¿Otro té, oficial Cooper?

–Los dos repetiremos, gracias.

Tendió su taza para que se la rellenaran y Shabalala lo imitó. Daniel Reed estaba cada vez más lejos, pero no conseguirían acortar distancias con el estómago vacío.

–Quizá tendríamos que haber sacrificado una vaca –dijo Zweigman con ironía–. ¿Cuándo han comido por última vez?

–Hace unas horas –respondió Emmanuel–. Pero ninguno de los dos comimos mucho. Estábamos en Covenant Farm... la granja de los Paulus. –Se volvió hacia Daglish–. Nos han comentado que la llamaron para atender a un trabajador herido de Little Flint Farm durante las vacaciones de Semana Santa.

–Ah... –La doctora se acercó al pecho la muñeca ya sin vendaje, como si la mención de Little Flint hiciera resurgir el dolor en sus articulaciones.

–Me gustaría saber qué pasó. Que me lo cuente a su manera.

Daglish empezó a hacer movimientos nerviosos, desplazó ligeramente la tetera sobre la bandeja y jugueteó con las cucharillas de plata, primero las colocó una junto a otra y luego las separó.

–Sabía que tendría que revivir esa noche –murmuró quedamente, con un tono pesaroso.

–Coja su té y vamos a pasear, doctora.

–Sí. –No se resistió–. Paseemos.

–Cinco minutos –le dijo Emmanuel a Shabalala. Daglish y él echaron a andar hacia la izquierda, a través del jardín y rodeando la fachada delantera de la casa. Daglish recogió una hoja caída en el camino y la arrojó bajo una azalea.

–Les he dado el día libre al mozo de jardín y a la criada –explicó–. Las habladurías corren como la pólvora en Roselet.

–¿La llamaron los Reed en persona? –Emmanuel dirigió la vista a los montes, volviendo el rostro en dirección contraria a Daglish como un sacerdote ante quien fueran a reconocer un pecado.

–No –vaciló un instante antes de continuar–: El comisario Bagley vino a casa a decirme que había una urgencia médica en el valle. Me llevó en coche a Little Flint.

–¿Es eso normal?

–Prefiero ver a los pacientes aquí mismo, en mi casa. Mi marido Jim suele usar el coche y eso dificulta las visitas a domicilio. Pasa mucho tiempo fuera.

Puso el mismo énfasis en «Jim» y en «dificulta». En esos momentos no había ningún coche en la entrada de vehículos ni lo había habido en los dos últimos días. El marido de Margaret quizá estuviera recorriendo la carretera a tumba abierta, apuntándose un tanto por cada colisión.

–Esa noche, el coche estaba aquí, pero el comisario Bagley se empeñó en llevarme a la granja. En ese momento me pareció raro, pero es que los Reed son los mayores propietarios de la región y la policía es la policía.

–El peón necesitaba su ayuda –dijo Emmanuel–. No le quedó más remedio.

–Es verdad. –Daglish se estiró los dedos para aliviar la tensión de los nudillos–. No me habría negado ni aunque hubiera sabido cuál era la situación en Little Flint. –Por lo visto, hasta ese momento no se le había ocurrido que estaba cumpliendo con el juramento de curar a los enfermos y de atender a los heridos.

–Siga –dijo Emmanuel. La doctora tenía ganas de hablar y ahí estaba él para escucharla. En esa ayuda para aliviar las cargas radicaba la grandeza secreta de la labor policial–. Cuénteme qué pasó cuando llegó a Little Flint.

–Thomas Reed estaba esperando junto a la verja. Nos condujo a las dependencias de la servidumbre, en la parte trasera de la casa. Estaba todo muy tranquilo, lo recuerdo bien. Ni la familia ni los sirvientes de las otras cabañas hacían el menor ruido.

En los lugares donde acababa de cometerse un acto violento se instalaba un

silencio contenido. Era como si al aire le hubieran robado el sonido, dejando en él un vacío. Emmanuel conocía bien esa sensación de ausencia.

–El trabajador estaba gravemente herido –continuó Daglish–. Tenía la nariz rota y una cuenca ocular fracturada. Había mucha sangre. Bañaba todo el suelo de la cabaña.

El turno del equipo de limpieza, pensó cínicamente Emmanuel. Un gran charco de sangre fresca de un sirviente bastaba para asustar al más potentado de los terratenientes e impulsarlo a entrar en acción; restablecer la reputación de una familia costaba varias generaciones.

–¿Y Gabriel?

–Tenía rotos un par de dedos, cortes en los nudillos y en la frente, magulladuras en los brazos y en el pecho. –Daglish arrancó una flor marchita de un rosal y la hizo girar entre sus dedos–. Eso fue hace siete meses. Los dos se han recuperado. Sin mayores complicaciones.

–Dos finales felices –dijo Emmanuel–. ¿Qué es lo que no me está contando, doctora?

–Lo de Bagley, su forma de portarse esa noche. Estuvo todo el rato pegado a mí, empapándose los zapatos en sangre, a la espera del pronóstico del trabajador. En cuanto dije: «Vivirá», empezó a lanzar un discurso. –En las alturas del cielo azul pizarra, sobre sus cabezas, planeaba un halcón negro acechando una presa. Daglish lo contempló durante un momento–. Bagley le dijo al trabajador que tenía suerte porque el *baas* Reed no iba a presentar cargos contra él por la agresión ni a expulsar a sus hijos de la escuela de la granja. Si era buen chico y se comportaba, lo mantendrían en su puesto en los corrales.

–Qué generosidad –dijo Emmanuel.

–Todo el episodio fue espantoso. Hasta aquel día, Bagley me caía bien, creía que era un buen policía. De los que son severos pero justos.

Emmanuel recordó que Sampie Paulus había acusado amargamente al comisario del pueblo de actuar como si la familia Reed se lo hubiera metido en el bolsillo.

–¿Estaba Amahle por allí aquella noche? –preguntó.

–Sí, estaba en la habitación de Gabriel, sentada a los pies de la cama. Que una sirvienta esté en la habitación de una persona herida no tiene nada de particular. Por lo menos eso pensé hasta que empecé a coser la incisión que Gabriel tenía en la cabeza. –Daglish reemprendió el paseo, circunvalando la casa. El camino los conducía de nuevo al jardín posterior y a Zweigman y Shabalala–. La aguja le hizo perder los nervios. Intentó saltar de la cama, y entonces ella le cogió de las manos y le habló en zulú. No sé lo que le diría, pero lo tranquilizó, y Gabriel me permitió continuar trabajando siempre y cuando Amahle estuviera a su lado.

Siguieron andando. Emmanuel esperaba a que reanudara el relato.

–Qué curioso. –Daglish arrugó la frente al recordarlo–. Gabriel habla zulú con mucha soltura. Mejor que el inglés. La chica, Amahle, incluso le había puesto un mote.

–¿Recuerda cuál? –Tal vez estuviera a punto de descubrir la identidad del señor Póliza de Seguro.

–*Nyonyane*. Creo que era ese. Amahle lo repetía una y otra vez, como una salmodia.

La pronunciación de la doctora patinaba, pero no tanto como para que no se pudiera adivinar la palabra.

–Pajarito –dijo Emmanuel. Ese nombre evocaba a una criatura frágil y vulnerable con necesidad de ser protegida de los predadores, y no a un chico que se colaba en las casas, robaba cosas y le aplastaba la cabeza contra la pared a un hombre mayor. El nombre resultaba especialmente interesante porque los zulúes solo dan apodos a alguien una vez que se les ha revelado su verdadera esencia.

Un trabajador del colegio Fountain of Light llamaba «el hipopótamo» a Emmanuel Imvubu. No le puso ese apodo por su tamaño, sino por su carácter. El hipopótamo se consideraba un animal «revuelto», turbulento e ingobernable. Emmanuel pasó cuatro años haciendo honor a su apodo.

Ya estaban cerca de la esquina trasera de la casa. Daglish dejó de hablar.

–Cogerse de las manos, hablarse con ternura. Qué bonito es todo eso –dijo Emmanuel–. Ahora cuénteme el resto.

La doctora se ruborizó y dijo:

–Cuando acabé de coser el corte, pedí a Gabriel que se sentara y se tomase un par de aspirinas para el dolor. Volvió a tumbarse y arrastró a la chica a la cama junto a él. No se besaron ni se tocaron, pero fue algo muy... –trató de dar con la palabra adecuada sin encontrarla.

–Íntimo –sugirió Emmanuel.

–Chocante. –Daglish se detuvo y empezó a arrancar los pétalos de una flor de azalea para disimular su turbación–. No soy partidaria del primer ministro Malan ni de su *volk* afrikáner, pero era evidente que Gabriel y esa chica estaban acostumbrados a compartir cama.

Como muchos ingleses, Daglish jugaba al escondite con sus creencias. El Partido Nacional por lo menos decía con claridad en qué creía: los blancos y los negros tenían prohibido, bajo pena de prisión, mezclar su sudor y sus fluidos corporales. No ponía excusas y nunca culpaba a otros de sus creencias. Las personas como Margaret Daglish no lograban reconciliar la incomodidad que les producía que las razas se mezclasen con su deseo de parecer tolerantes.

–Usted detesta a las personas como yo, ¿verdad? –Daglish no paraba de

arrancar pétalos—. La clase media inglesa que finge querer lo mejor para África y los africanos pero se horroriza al pensar que podemos volvernos negros.

«Volvernos negros.» Qué expresión tan pintoresca. Hacía años que Emmanuel no la oía. «Volverse nativos» era la forma más común de expresar el arraigado miedo colonial a revertir al primitivismo. Si no se refrenaba, el retroceso al estado natural supondría que hombres y mujeres vivirían acucillados en chozas de paja, rodeados de niños desnudos que roían huesos de impala.

—Usted creía que Amahle estaba embarazada —dijo Emmanuel al caer en la cuenta—. Por eso no quería realizar el reconocimiento.

Daglish acabó de arrancar los pétalos y se sacudió el polen de los dedos.

—Los zulúes tienen un dicho: «Cuando luchan los elefantes, es la hierba la que sufre». Quería mantenerme alejada de la familia Reed. Y también del comisario Bagley. Fue una cobardía, lo sé.

—Comprensible, sin embargo —dijo Emmanuel. El sentimiento de culpa no llevaba a ningún lado—. El agente Shabalala y yo nos iremos de Roselet en cuanto termine la investigación. Usted no.

—Sobreviviré. —Empezó a andar despacio hacia la parte posterior de la casa—. Resulta que me equivoqué en todo. Amahle aún es virgen.

—¿Lo ha confirmado Zweigman?

La virginidad no descartaba que se hubieran tenido relaciones sexuales. Había muchas maneras de satisfacer los deseos.

—Sí. Aquella noche, el comisario Bagley y yo sacamos conclusiones precipitadas.

—Un momento. —El comentario de la médica del pueblo interesó mucho a Emmanuel—. ¿Quiere decir que Bagley estaba en la habitación de Gabriel?

—Sí, claro. Se quedó a mi lado durante toda la visita. —La sonrisa de Daglish se desvaneció—. Para dejarme bien claro que no debía hablar del asunto con nadie, seguro.

—¿Estuvo en la habitación todo el tiempo? —insistió Emmanuel. Había que dar cuenta de lo que había hecho Bagley minuto a minuto, si no el comisario aseguraría que había estado en otro lugar mientras la doctora curaba a Gabriel.

—De principio a fin. —A pesar de que era un día caluroso, la médica se frotó los brazos—. Me costará olvidar la expresión de su cara. —Emmanuel enarcó una ceja para animarla a seguir—. Era un gesto de repugnancia y de deseo a la vez. Creo que despreciaba a Gabriel por ser moralmente débil, pero al mismo tiempo lo envidiaba.

El comisario de Roselet era un cobarde y un mentiroso. Para Emmanuel, eso cambiaba por completo la situación. Que se fuera al cuerno la fraternidad entre policías, Bagley se merecía todo lo que pudiera caerle encima.

–A lo mejor me equivoqué... –Daglish titubeó antes de doblar la esquina de la casa, preocupada por haber mancillado la reputación del policía.

–Estoy seguro de que interpretó bien la situación –dijo Emmanuel, y aceleró el paso. El comisario Bagley estaba en el monte con los agentes nativos. Con eso, el archivador cerrado con llave de la comisaría se convertía en un blanco fácil.

Shabalala y Zweigman estaban de pie en medio del jardín. Formaban una pareja peculiar, un gigantesco zulú y un enjuto judío alemán, ambos mirando con una sonrisa de oreja a oreja la imagen que Zweigman llevaba en su cartera negra de cuero. Sería otra foto más de Dimitri, pensó Emmanuel, el niño prodigio adoptado. El inalterable entusiasmo de Shabalala por aquellas fotos tenía perplejo a Emmanuel.

–Agente –llamó a Shabalala–. Es hora de irse.

Shabalala, sobresaltado, se dio la vuelta. Zweigman cerró la cartera de golpe y la hizo desaparecer metiéndosela en el bolsillo. Las sonrisas se habían esfumado, solo quedaba un silencio incómodo combinado con el visible esfuerzo que los dos estaban haciendo por actuar con normalidad.

–Ya voy, oficial –Shabalala cruzó el césped con el sombrero echado hacia adelante para que le diera sombra en los ojos.

–A Dawson's y luego a la comisaría. –Emmanuel apartó de su mente la imagen de sus dos mejores amigos con las cabezas inclinadas sobre un secreto del que lo mantenían al margen. Evidentemente, la fotografía de la cartera de Zweigman estaba reservada para hombres casados, con hijos. Pues mejor que mejor; él no tenía tiempo para extasiarse con instantáneas familiares.

–¿Yo qué tengo que hacer, oficial? –El médico alemán empujó con un gesto nervioso el borde de su cartera hacia el fondo del bolsillo antes de acercarse.

–Se lo consultaré a Van Niekerk y se lo comunicaré –dijo Emmanuel–. Puede que el inspector desee que se quede más tiempo. O a lo mejor decide mandarlo de vuelta a casa.

–Tengo la firme intención de quedarme más tiempo –dijo Zweigman–. Soy el médico encargado de este caso por petición expresa de Van Niekerk.

–Ya veremos –dijo Emmanuel. Predecir el humor del inspector era una ciencia inexacta que nunca había llegado a dominar–. Shabalala y yo regresaremos pronto.

Se volvió hacia Margaret, que se había quedado un poco apartada.

–¿Puede traerle más té a nuestro amigo alemán y evitar que se meta en problemas hasta que volvamos?

–Lo del té está hecho –dijo la doctora–. Pero después de lo de esta mañana, no puedo prometerle evitar los problemas.

–Por otra parte, una promesa no valdría de nada –dijo Zweigman–. El oficial

Cooper hace muy buenas migas con los problemas. Viajan, comen y duermen juntos.

–Esa impresión me había dado. –Daglish sonrió y la sombra de la joven vivaz que debió de ser en su día, decidida a librar al mundo de plagas y pestilencias, cobró vida un instante.

Emmanuel y Shabalala echaron a andar hacia el coche.

–Oficial Cooper. –La médica del pueblo les dio alcance y dijo en un susurro–: Hay una habitación de invitados en la parte de atrás de la casa. Tendré mucho gusto en ofrecérsela al doctor Zweigman.

–Estamos aquí por un asunto policial. El departamento le pagará una habitación en el hotel donde estoy alojado.

–Sí, pero... –Daglish se paró en seco, obligando a Emmanuel a imitarla–. El hotel no admite a nativos ni a determinadas clases de europeos.

Emmanuel tardó unos segundos en traducirlo.

–Nada de judíos –dijo.

–En efecto –respondió Daglish.

Emmanuel se frotó la nuca mientras reflexionaba. La ley amparaba el derecho a discriminar, que era perfectamente legal, pero él se tomaba como un insulto personal la mezquina tiranía de la vida en Sudáfrica. Un distinguido cirujano al que negaban una habitación de hotel, un miembro de la policía judicial zulú condenado a no pasar del rango de agente hasta su muerte; un montón de gilipollices malsanas.

–Ofrézcale la habitación a Zweigman –dijo–. Dígale que, como Shabalala y yo no volveremos hasta mañana, le gustaría que él pasara la velada con una amiga y no entre desconocidos. No mencione lo del hotel.

–Por supuesto que no –farfulló Daglish, y después añadió con el nerviosismo típico de los ingleses cuando se enfrentaban a una situación embarazosa–: Lo siento mucho.

–No es culpa suya. –Emmanuel se alejó antes de que Margaret Daglish se lanzara a explicarle que la mayoría de los habitantes de Roselet eran buena gente del campo, amables y hospitalarios. Todo sudafricano era muy razonable en la esfera de su familia y de su grupo racial. Lo que los perdía era cruzar esos límites.

–Coge la palanca, Shabalala –dijo Emmanuel después de abrir el maletero del coche. Podían dejar para más tarde la compra de provisiones. Necesitaba quemar energía. Ya mismo–.Vamos a hacer algún destrozo.

La cerradura se partió con un chasquido al forzarla con la palanca y el último cajón se abrió. La historia delictiva de Roselet estaba cuidadosamente catalogada por orden alfabético, con las fechas escritas a lápiz en la esquina superior

izquierda de cada expediente. Emmanuel tiró al suelo la palanca, que retumbó contra el hormigón.

–Busca los nombres Reed, Matebula y Paulus. Después comprueba si hay expedientes de Gabriel y Amahle –dijo–. Mientras los revisas, voy a llamar al inspector.

–Sí, oficial. –Shabalala estaba inquieto. Forzar la propiedad ajena iba contra la ley, aunque los asaltantes fueran policías.

–Relájate. –Emmanuel levantó el auricular y marcó el número de la centralita telefónica–. Bagley no va a presentar una denuncia. Créeme. Como lo haga, le abriré un proceso que acabará con su carrera.

Shabalala empezó a hojear los expedientes.

–Usted no aspira a llevar una vida tranquila, oficial –dijo–. Quizá una mujer y algunos hijos lo volverían más precavido...

Emmanuel sonrió.

–Yo cargaré con la culpa de este asalto, Shabalala. Tu familia no corre ningún riesgo.

En Durban respondieron al teléfono.

–¿Qué noticias hay, Cooper? –No había interferencias en la línea y el acento holandés del inspector sonaba claro y preciso.

–Otro cadáver, señor –dijo Emmanuel.

–¿Blanco o negro?

–Un hombre negro, asesinado de una forma parecida a Amahle. –No aludió a la mutilación del cadáver. Al inspector no le interesaban los rituales y costumbres nativas, y además llevaría demasiado tiempo explicárselo.

–¿Algún europeo en la lista de sospechosos?

–Gabriel Reed. El hijo menor de un granjero rico. La mayor granja del valle. Estuvo en la escena del crimen y tenía mucho trato con la chica.

–No te andes con remilgos, Cooper –dijo Van Niekerk–. Si se la estaba follando, dilo.

–Tenían contacto físico, pero la muchacha era virgen en el momento de su muerte. El reconocimiento de Zweigman lo ha confirmado.

–¿Causa de la muerte? –Van Niekerk estaba asimilando los hechos y calculando los beneficios profesionales que podría reportarle la investigación. El asesinato de un nativo adquiriría mayor notoriedad cuando lo cometía un europeo. Los periodistas abarrotarían la sala del tribunal y en la prensa se publicarían grandes fotos del acusado bajo titulares como: «Chico blanco mata a su amante negra». Los investigadores y sus jefes se peleaban por conseguir ese tipo de publicidad.

–La causa de la muerte sigue siendo desconocida –dijo Emmanuel.

–¿Qué recomienda el viejo judío?

–Una autopsia completa y una prueba toxicológica. Además, quiere acompañar personalmente al cadáver.

El inspector hizo otra pausa, sopesando la inversión en esfuerzo y el provecho que podría sacar. Después dijo:

–Ir a recoger a una muchacha nativa a un lugar remoto del campo no es corriente, pero voy a hacer una excepción. Mañana por la mañana, una furgoneta recogerá el cadáver y al doctor.

–Gracias –dijo Emmanuel–. Zweigman se alegrará.

–Si el chico es culpable, deténlo. Pero con discreción, Cooper. Nada de periodistas. Ni copas para celebrarlo con el comisario del pueblo. –Van Niekerk hacía planes adelantándose a los acontecimientos–. Dile a la familia que el chaval va a colaborar con la investigación policial y nada más. Los cargos mantenlos en secreto.

–¿Durante cuánto tiempo, señor?

–Hasta que estemos preparados para anunciar el arresto.

Ante una sala repleta de altos cargos de la policía y de periodistas holandeses e ingleses, suponía Emmanuel. Van Niekerk no desperdiciaba ninguna oportunidad. Trataba de colgarse todas las medallas para acercarse cada vez más a su objetivo: ocupar el puesto de comisario general de policía.

–Así se hará, inspector.

Colgaron y Emmanuel se volvió hacia Shabalala, que aún parecía incómodo en el papel de infractor de la ley.

–¿Qué has encontrado?

–Un expediente solo para el chico. –Shabalala colocó una carpeta marrón sobre el escritorio de Bagley. En la cubierta estaba escrito en tinta negra gabriel. Sin apellidos–. De los demás no hay nada.

–Busca el libro de incidencias de la comisaría y mira las entradas del sábado por la mañana. A ver si Amahle está inscrita como persona desaparecida.

Emmanuel estaba seguro de que no habían anotado la desaparición de Amahle, pero un registro que lo confirmara demostraría que Bagley era un embustero. Abrió la carpeta y sacó una hoja con una entrada.

–Edmund Crisp. Director. King's Row College. Este debe de ser el colegio del que se escapa Gabriel.

Emmanuel llamó al King's Row y al final, después de sortear a un recepcionista desconfiado, logró que se pusiera al teléfono Edmund Crisp. Saltaba a la vista que las llamadas de la policía no eran bien recibidas.

–Sí, Gabriel Reed estudia aquí –dijo Crisp–. En estos momentos, está haciendo una excursión especial. Una acampada en el monte que forma parte del programa de educación al aire libre. Los niños participantes volverán dentro de cuatro días.

Emmanuel admiró la astucia con que el director había combinado realidad y ficción. Las mejores mentiras siempre incluían algún elemento verdadero. Que Gabriel estaba acampando en el monte era cierto.

–Volveré a llamar dentro de cuatro días –dijo, y colgó. En el King’s Row College seguramente había un salón de actos o un laboratorio de ciencias con el nombre de la familia Reed grabado en una placa de bronce.

Shabalala deslizó un cuaderno de tapas duras sobre el escritorio.

–El libro de incidencias de la comisaría. Estaba escondido detrás de los expedientes del primer cajón. Eche un vistazo.

Un asalto a Dawson’s y un robo de vacas estaban anotados con un bolígrafo negro. El nombre de Amahle, incorrectamente deletreado como *Amahlay*, figuraba en la última línea, garrapateado en tinta azul clara.

–Lo añadieron después –señaló Shabalala–. El comisario es un mentiroso.

–Y de los malos. –Ese subterfugio infantil era ridículo. Demostraba un desdén absoluto hacia la capacidad investigadora de la policía judicial de Durban–. ¿Sigues arrepentido de haber forzado el archivador?

–A veces es necesario robar miel a las abejas. –La respuesta fue acompañada por un encogimiento de hombros.

–O de la cocina de Sampie Paulus.

Emmanuel empujó el expediente y el libro de incidencias hasta el centro del escritorio de Bagley. Dejó los cajones del archivador abiertos sobre los rieles rotos. Detalles nimios, pero que transmitían claramente al comisario del pueblo el mensaje de que no había engañado a nadie.

Emmanuel recogió la palanca y se la metió bajo el brazo.

–Vamos a buscar al chico –dijo.

El sol crepuscular bañaba los montes de luz dorada e iluminaba las blancas calas que crecían en grupitos a lo largo de la orilla del río. Los pájaros revoloteaban entre la hierba y el viento olía a tierra y a flores silvestres.

Emmanuel, destrozado, se sentó sobre los talones. Le dolía hasta el último músculo y tendón de las piernas. Dos horas trepando pendientes y bajando cuevas abruptas, ciento veinte minutos corriendo a campo traviesa y saltando vallas de fincas, y ni un atisbo de Gabriel.

–Dime que estamos cerca, por favor –dijo Emmanuel cuando Shabalala se arrodilló al borde del río y se llenó de agua las manos ahuecadas.

–Un poco más adelante. –El agente zulú sorbió unos buches de agua y con el resto se salpicó la cara y el cuello. Señaló una elevación boscosa al otro lado de una amplia extensión de terreno. Un tajo rojo encendía el horizonte, desdibujando los perfiles de rocas y ramas–. Allí arriba. En el cerro.

–¿Cómo lo sabes?

–El chico se ha movido deprisa de un sitio a otro, ocultando su rastro, pero se quedó un rato largo aquí, junto al río. Descansando. –Shabalala se incorporó y se estiró–. El día está a punto de terminar y necesita cobijarse en algún lado.

–Un cerro boscoso es mejor que el campo abierto.

Estrategia elemental de combate. Nunca permanezcas en la playa; corre a las dunas y ponte a cubierto. Busca siempre una posición elevada y obliga al enemigo a combatir cuesta arriba.

–Y a nosotros nos toca hacer lo mismo, oficial.

–Ya me parecía a mí.

Emmanuel levantó de la arena de la orilla un compacto macuto con las provisiones esenciales. Le costó moverlo. Habían preparado una carga ligera, pero la fatiga la volvía pesada.

–Media hora más. Después descansaremos toda la noche.

Media hora para ti, pensó Emmanuel. Cuarenta y cinco minutos para el resto de los mortales. Cruzó el río saltando de una piedra a otra y alcanzó la orilla contraria con los zapatos secos. Una senda infestada de maleza serpenteaba entre las calas.

–¿Oyes eso? –Emmanuel aflojó el paso. Aquel golpeteo rítmico no eran los frenéticos latidos de su corazón.

–Lo oigo. –Shabalala atravesó una maraña de aneas para coronar el alto, se agachó y escudriñó el campo–. Corredores –dijo.

Emmanuel trepó a la atalaya. Por el verde *veld*, un grupo de musculosos zulúes corrían en apretada formación militar de tres en fondo. Iban armados con lanzas metálicas y escudos de cuero, y se dirigían al río. El cielo rojo y la luz menguante impedían identificarlos.

–Los tendremos encima dentro de un minuto –dijo Emmanuel–. Pongámonos a cubierto hasta que sepamos quiénes son.

–Fuera del camino. –Shabalala señaló unos lirios de tallos altos y esbeltos que crecían muy juntos–. Hacia allí.

Se encorvaron y se desplazaron rápidamente hacia la cortina vegetal. Un estrecho hueco les ofrecía una visión limitada. El golpeteo de las pisadas y las respiraciones silbantes se aproximaban. Varios saltamontes y tres diminutos pájaros resguardados en el cañaveral salieron volando del camino. Por la pendiente rodaron piedras que saltaron por los aires.

–*Sheshisa!* –ordenó una voz–. Deprisa.

Los corredores ascendían, ahora en fila india, con los escudos de cuero sobre sus cabezas y las lanzas apuntando al suelo. Los tres primeros sudaban a chorros y emanaban un fuerte olor corporal y, según pudo ver Emmanuel, eran hombres de Mandla. El cuarto, de pelo entrecano, se esforzaba en no perder el paso.

El camino volvió a quedar en silencio. Emmanuel se acucilló a descansar. Shabalala lo imitó. El resto del *impi* de Mandla aún no había llegado al río.

–*Hamba* –bramó la voz, ya reconocible como la de Mandla–. Adelante.

Tres muchachos de extremidades flacuchas y tez tersa avanzaban con desmañado entusiasmo, niños soldado ansiosos de combatir que aún no estaban preparados para soportar el peso de escudos y lanzas. Mandla, con la piel lustrosa y rebosante de seguridad, cerraba la marcha.

Los guerreros descansaron a la orilla del río y bebieron cogiendo agua con las manos. Mandla se salpicó la cara y el pecho, y después levantó la vista hacia el crepúsculo. Bebió un trago de agua del río y recogió su lanza.

–Ya basta –dijo–. Nos queda un largo camino.

El *impi* se reagrupó y echó a andar a un paso regular. El hombre de más edad seguía al grupo a un cuerpo de distancia. Emmanuel se levantó despacio y observó cómo el pelotón corría en dirección a Roselet. Un puntito de luz eléctrica centelleaba en el horizonte, insignificante en medio de una oscuridad que iba cubriéndolo todo.

–¿Qué lo llevará al pueblo tan tarde? –preguntó.

–Cualquiera sabe –dijo con resignación Shabalala–. Y no puedo seguirle el rastro a Mandla y a sus hombres hasta el amanecer.

–Cada cosa a su tiempo. –Emmanuel levantó de nuevo el pesado macuto–.

Estamos aquí para encontrar a Gabriel, la única persona de la que sabemos con seguridad que estuvo en la escena del crimen. Mandla puede esperar.

–*Yebo* –dijo Shabalala–. Al monte.

Reemprendieron la marcha mientras las sombras se alargaban bajo un cielo rojo sangre y gris carbón. El día terminaba. En esos momentos, Emmanuel no corría para buscar un refugio, sino para escapar de la tristeza que lo invadía al caer la noche, cuando los muertos acudían a calentarse las manos en su hoguera.

–¡Oficial! –la voz era apremiante, y las manos que le tocaban los hombros, anchas y fuertes–. ¡Oficial Cooper!

Emmanuel se incorporó, respirando con dificultad. El aire de la noche estaba frío. En el suelo reposaba una linterna que alumbraba el primitivo colchón que se había confeccionado amontonando hojas.

–Oficial –dijo Shabalala–. ¿Se encuentra mal?

–Estoy perfectamente –mintió Emmanuel–. En serio.

Se enjugó las mejillas con la mano, rogando para que la humedad que sentía fuera sudor y no lágrimas. Que los hombres adultos gritasen dormidos, desgarrados por pesadillas que no eran sueños sino recuerdos de hechos reales, era lo normal en el hospital de rehabilitación. Los veteranos heridos hacían turnos para despertarse unos a otros de los terrores nocturnos y repetirse las sabias palabras de médicos y enfermeras: los recuerdos se desvanecen, el corazón y la cabeza se curan, la vida continúa.

–Siento haberte despertado –dijo Emmanuel. Tenía los ojos secos, gracias a Dios, pero estaba avergonzado por aquella muestra de debilidad–. ¿También he despertado a los pájaros?

–No. –Shabalala enfocaba hacia abajo la linterna para que no se les vieran las caras–. Ha dicho algunas palabras, pero no eran ni en inglés ni en zulú.

Entonces tenía que haber dicho algo en francés o alemán, deformaciones de las expresiones que había aprendido mientras avanzaba hacia Alemania. El sueño en sí era un espacio negro con destellos de imágenes y sonidos amortiguados. Era fundamental recordar en detalle lo que había soñado.

–Necesito estirar las piernas. Trate de dormir, agente.

Emmanuel apartó la manta de una patada y se dirigió a un bosquecillo nimbado de luz de luna. La reparación de las grietas de sus muros debía hacerla en privado.

–La linterna –le dijo Shabalala.

–No voy a ir muy lejos.

Emmanuel se deslizó entre los troncos de los árboles, ansioso de escapar de la intimidad de aquella situación. Animaba a Shabalala a decir lo que pensaba, a plantear preguntas, pero no en ese momento ni sobre él. Un exsoldado

insomne podría comprender el avispero que era su cabeza, pero no un zulú que tenía una amante esposa, un hogar y tres hijos sanos; la clase de hombre de familia en el que su propia madre había confiado que se convertiría.

Unas piedras sueltas se movieron bajo sus pies, se arqueó hacia atrás y cayó al suelo como un fardo. Allí tirado, sin respiración, vislumbró distantes estrellas que titilaban entre las ramas de los árboles.

–¿Oficial? –dijo Shabalala a través de la oscuridad.

–Relájese, agente. No me he roto nada –le tranquilizó Emmanuel, sobreponiéndose a la oleada de dolor que le recorría la columna de arriba abajo y le martilleaba el cráneo–. Ya lo llamaré si necesito ayuda.

Una larga pausa precedió a la respuesta.

–Si usted lo dice. –Frase zulú cifrada que significaba: «Eso es lo que dice, pero la verdad es justo lo contrario. En su interior se ha roto algo sin remedio». La barrera del color impedía a Shabalala hacer más preguntas u ofrecerle ayuda. Emmanuel se lo agradeció. Lo último que deseaba era verse bajo el resplandor de la linterna.

Permaneció quieto y aceptó el dolor, sin tratar de oponerle resistencia. Como en los viejos tiempos. La presión contra su cráneo se convirtió en un bramido atronador y el bramido halló una voz para expresarse.

–*Coño, cómo te jodió ese viejo, ¿eh, soldado? Fue directo a la yugular con esa historia sobre tu madre y los tres mocosos fantasmas. Una crueldad.*

La voz que rugía en su interior era la del sargento mayor escocés del centro de instrucción de reclutas, un militar de la vieja guardia que había combatido en los húmedos cenagales de los campos de Flandes y en las polvorientas arenas de Palestina, y creía que ser soldado era una vocación, una profesión, un privilegio. Su labor consistía en hacer una criba para deshacerse de los débiles y de quienes no daban la talla.

–¿*Cómo has tardado tanto?* –Emmanuel se dejó arrastrar por aquella conversación silenciosa. Luchar contra la presencia del escocés era inútil. Dios sabía cuántas veces lo había intentado sin éxito. El sargento mayor se había atrincherado en un oscuro recoveco de la mente de Emmanuel y sin morfina no había forma de tomarlo por asalto.

–*He estado pensando en el caso* –dijo el sargento mayor–. *Mira que buscarle las cosquillas al comisario del pueblo, no ha sido una jugada hábil por tu parte, soldado.*

Emmanuel se incorporó y sintió que la brisa le acariciaba la cara y le secaba el sudor.

–¿Te has arrastrado fuera de tu agujero para decirme que he sido un mal chico?

–*No, un idiota. Es verdad que el viejo judío y el zulú te ocultan algo, pero*

eso no es razón para buscarte otro enemigo –refunfuñó el sargento mayor–. Has tratado de abarcar demasiado, Cooper. Seguirle el rastro a Mandla y al comisario del pueblo y, además, encontrar al chico. Herr Hitler cometió el mismo error, combatir en tres frentes.

A Emmanuel le fastidió el comentario sobre Zweigman y Shabalala.

–Abrí el archivador de la comisaría para buscar pruebas –dijo–. No tuvo nada que ver con Zweigman y Shabalala.

–La emprendiste a hostias con ese trasto porque estabas asustado, chaval.

Emmanuel se levantó precipitadamente y se sacudió las hojas de la espalda.

–¿Asustado de qué, exactamente?

–Esos dos estaban agazapados como ladrones, susurrándose secretos en el jardín.

–Zweigman estaba enseñándole fotos del nene. Son cosas que se hacen entre amigos.

–Si tú lo dices, Cooper –como quien no quiere la cosa, el sargento mayor había repetido las palabras de Shabalala, dando a entender lo mismo que él.

En el silencio que se produjo, un animalillo se escabulló entre la maleza. Emmanuel sabía que obsesionarse con el pase de fotos privado de Zweigman y Shabalala lo llevaría a la desconfianza y a la paranoia. Y si eso se combinaba con el insomnio y sus sueños perturbadores, sería como si volviera a estar en combate y al borde del colapso.

–Busca al señor Póliza de Seguro, Cooper –prosiguió la voz tras la pausa–. Él es la clave de todo.

–Nadie ha oído hablar de él. Lo más probable es que Amable conociera a un hombre en el pueblo el día que la dejaron allí olvidada. Él seguramente le compró un refresco y una bolsa de golosinas y le hizo promesas que no tenía intención de cumplir. La vieja historia de siempre.

–Sí, puede ser –dijo el sargento mayor–. Pero es que tengo una corazonada.

–¿Ahora te has hecho detective? –preguntó Emmanuel–. Vuelve a tu suburbio de Edimburgo.

–Necesitas echar una cabezada, Cooper –dijo el escocés–. Hablaremos cuando no estés tan encabronado, ¿de acuerdo?

–Sí, señor.

Emmanuel se cuadró en son de guasa y, con mucho cuidado, volvió al campamento iluminado por la luna. Aún faltaban varias horas para el amanecer. El sargento mayor tenía razón en una cosa: necesitaba desesperadamente dormir.

Shabalala estaba tumbado de costado, de espaldas al montón de hojas y a la manta abandonada de Emmanuel. Seguía despierto, pero fingía dormir, y era

demasiado educado para preguntar por segunda vez a su oficial si se encontraba bien.

El colchón de hojas apenas amortiguaba el contacto con el duro suelo y el dolor que Emmanuel sentía en la espalda se recrudeció al tenderse bajo la manta. Cerró los ojos, aunque no creía que pudiera conciliar el sueño.

–¿Recuerdas aquel cementerio de pueblo con las tapias de piedra y una avenida de robles, Cooper? –susurró el sargento mayor dentro de su cabeza–. *El sol se puso detrás de una hilera de cruces y había un ángel de mármol blanco acunando a un cordero en sus brazos.*

Sí, lo recordaba. Se aproximaba el otoño y las hojas habían empezado a teñirse de ocre y amarillo. La luz crepuscular y las sombras moteaban las paredes de una iglesia antigua, destruida por los bombardeos. Entonces, desde una ventana abierta en un edificio de viviendas se derramó el sonido de un chelo, ondulante y cargado de sentimiento, sobre los tejados ennegrecidos y los campos que se extendían más abajo, música que sanaba al mundo.

Emmanuel se durmió.

Unas piedrecitas dispuestas en forma de flecha señalaban hacia el nordeste, hacia Roselet. Al pie del cerro donde habían acampado, otra flecha repetía la instrucción apuntando en la misma dirección: *Volved*.

–Uh... –Shabalala estaba tan molesto como impresionado por las señales hechas a mano–. Esta la pusieron aquí hace solo una hora, mientras registrábamos el lugar donde ha dormido él.

Habían encontrado un refugio hecho con hojas amontonadas en círculo, la guarida de Gabriel, donde se acurrucaba sin hoguera ni manta.

–¿Será que ha regresado al pueblo o lo que nos dicen las flechas es que abandonemos la persecución y volvamos a casa? –preguntó Emmanuel, conteniendo un bostezo. El día empezaba a clarear y una bandada de golondrinas de alas negras hacía piruetas en la neblina que cubría el campo.

–El chico se ha ido derecho, derecho. –Shabalala señaló las praderas salpicadas de artemisa–. Siguiéndole los pasos al *impi*.

–El chico va detrás de Mandla y sus hombres y quiere que nosotros hagamos lo mismo –dijo Emmanuel. Las flechas no eran una advertencia sino un dedo que apuntaba en la dirección correcta.

–Eso creo, oficial.

–De pronto, lo importante es estar en Roselet. –Un colegial prófugo y un guerrero zulú corrían hacia la pequeña población–. Tenemos que darles alcance. No quiero perderme nada.

Las flechas de piedras marcaban un camino recto a través de las praderas. Gabriel había hecho el trayecto sin dar rodeos ni volver en círculo sobre sus

pasos como el día antes. Emmanuel y Shabalala no tardaron más que una hora en llegar a las afueras de Roselet.

–El chico solo llegó hasta aquí. –Shabalala se detuvo a examinar la última flecha, que había sido colocada con precipitación y tenía el astil torcido–. Sus huellas entran en el agua y no salen por el otro lado.

En la otra orilla del arroyo, las paredes enjalbegadas de la casa de campo de la doctora Daglish relucían, mojadas por el rocío. La entrada del sótano estaba abierta de par en par y una piedra sujetaba la puerta de madera.

–Mandla y sus hombres no se detuvieron a este lado del arroyo, ¿verdad, Shabalala?

–No. Continuaron adelante.

Emmanuel saltó de un brinco el curso de agua. Acometió la empinada cuesta, pensando con cada paso que daba que llegaba demasiado tarde.

El sótano estaba tan húmedo y frío como siempre. La sábana blanca empleada para cubrir el cadáver estaba tirada en el suelo de piedra. Una polilla marrón revoloteaba alrededor de la bombilla pelada que colgaba sobre la camilla vacía.

Amahle había desaparecido.

Emmanuel recorrió la linde meridional del jardín y se reunió con Shabalala en la entrada desierta de coches delantera. Era un caso perdido. Amahle ya estaba en pleno monte, transportada sobre una plataforma de escudos de cuero.

–La furgoneta fúnebre no ha venido –dijo Shabalala–. Mandla y sus hombres han devuelto a Amahle a su madre –dicho de ese modo, el secuestro de un cadáver era un servicio público que se prestaba a los muertos. Ningún juez o jurado blanco lo vería de esa forma.

–¿Daglish?

–Se ha ido, pero no con el *impi* –explicó Shabalala–. Salió de la casa después de que los hombres cogieran el cadáver y cruzaran el arroyo.

–Gracias al cielo –dijo Emmanuel.

El Partido Nacional disfrutaría con un crimen interracial cargado de insinuaciones sexuales. Lo convertiría en noticia de primera plana para garantizar que tanto los blancos liberales como los granjeros reaccionarios captaran el mensaje: *Las fuerzas salvajes amenazan a vuestras mujeres e hijos. Solo Nosotros Podemos Salvarlos.*

–¿Y Zweigman?

–Se ha ido con la doctora del pueblo. –Dos rastros de pisadas de zapatos conducían hacia el camino de grava–. Los dos han corrido hacia Greyling Street.

–Vamos a buscarlos para comprobar que están bien.

–Por aquí, oficial.

Shabalala se dirigió a la calle y pasó a toda velocidad ante el café cerrado y ante Dawson's General Store, que ya estaba abierto y en cuyo umbral dormía un gato color crema. Tres granjeros blancos con pantalones caquis y camisas desgastadas de algodón estaban a la puerta del almacén de material agrícola, fumando el primer cigarrillo del día. Enseguida echaron la vista encima a esos forasteros que paseaban por su pueblo y sus miradas glaciales condenaron al hombre negro y al hombre blanco que parecían demasiado próximos, demasiado allegados para ser un *baas* y su sirviente. Emmanuel pasó de largo. Los granjeros puritanos tenían poder sobre el niño que fue en su día, pero no sobre el hombre en que se había convertido. Que pensaran lo que les diera la gana. El furgón policial estaba delante de la comisaría, con las ruedas salpicadas de barro, insectos muertos aplastados contra el parabrisas y en la rejilla. De una

ventana lateral de la comisaría salía un hilo de humo y bajo el alféizar había una pirámide de colillas. Se oían voces procedentes del interior.

–Se han llevado a la muchacha por la fuerza y su trabajo es recuperarla, comisario. –Era Zweigman, hablando como una locomotora, destrozando el idioma inglés con su acento alemán. Estaba enfadado.

–Sé cuál es mi trabajo. –Ese era Bagley, que no pensaba aguantar ninguna insolencia a un forastero extranjero–. Usted me ha informado de un acto delictivo y yo tomaré las medidas oportunas en el momento oportuno.

–¿Después de fumarse el cigarrillo? –bramó Zweigman–. ¿O después de echarse una siesta, quizá? –El doctor siempre defendía su punto de vista sin importarle hacerse enemigos.

–¡Fuera! –Unas pisadas resonaron contra el suelo, preludio de la acción–. Salga de mi comisaría o lo arrestaré por alterar el orden.

Emmanuel atravesó la puerta principal y rodeó el largo mostrador. Margaret Daglish, todavía en bata, camisón y zapatillas, estaba sentada en una de las sillas para interrogatorios, intentando pasar desapercibida. Zweigman y el comisario estaban de pie, cara a cara, sin que ninguno de los dos diera su brazo a torcer.

–Oficial Cooper. –Zweigman tenía la cara terrosa de pura fatiga. Daba la impresión de que había dormido con la ropa puesta–. ¿Ha visto lo que ha pasado?

–Sí. ¿Cuándo fue?

–Hace una hora. –El alemán lanzó una mirada furibunda a Bagley, que volvió junto al alféizar a terminar su cigarrillo Dunhill–. Esperamos a que los hombres cruzaran el río y luego vinimos a dar parte a la comisaría. De momento, no han hecho nada.

–Me extraña que usted se quedara en la casa sin intentar impedir que se llevaran el cadáver –dijo Emmanuel, notando que Shabalala estaba rondando la puerta.

–El doctor Zweigman trató de salir de casa, pero yo no le dejé. –Daglish soltó los brazos de la silla–. El jefe dijo que le clavaría la lanza a cualquiera que saliese al jardín. Yo lo creí.

–Hizo usted muy bien. –Rendirse era la única salida para dos médicos desarmados y acorralados por un *impi* zulú. Que Bagley se hiciera el remolón ya era otra cuestión–. ¿Por qué sigue aquí, comisario? –preguntó Emmanuel–. Sus agentes nativos seguramente tienen una idea bastante aproximada de adónde se dirige Mandla.

–He recibido un mensaje para usted.

Bagley se frotó la barba del cuello. Estaba demacrado y ojeroso, y tenía las yemas de los dedos manchadas de nicotina. Probablemente se había levantado al

alba y se había sentado en la escalera trasera como un náufrago, a fumar un cigarrillo tras otro para olvidar sus penas.

–*Joder. Ese cabrón sabe algo, Cooper* –refunfuñó el sargento mayor.

Emmanuel esperó en silencio a que el comisario continuara.

–El inspector Van Niekerk ha dicho que lo llame –dijo Bagley, y tiró la ceniza por la ventana–. Es urgente.

–*No le contestes, Cooper* –dijo el sargento mayor–. *Ni siquiera lo mires. Haz esa llamada, soldado.*

Emmanuel cumplió las órdenes y se comunicó con Durban a través de una línea sin interferencias. Un dulce aroma a artemisa aplastada se coló por la ventana abierta, sofocando el olor del tabaco y de la hojarasca que llevaba pegada a la camisa. Se volvió hacia el archivador roto para no ver el gesto ansioso de Zweigman ni el rostro sin expresión de Shabalala.

–Inspector –dijo Emmanuel cuando levantaron el auricular al otro extremo del hilo. La reina Isabel le sonreía desde una fotografía colgada en la pared del fondo, beatífica con sus perlas y su tiara de diamantes.

–¿Sabes qué se siente cuando te mea desde las alturas un general inglés, Cooper? –preguntó Van Niekerk con escalofriante calma.

–No, señor. No lo sé.

–Te sientes abrasado y hueles a derrota.

–Lamento que me diga eso, señor. –Emmanuel se sacó del bolsillo la libreta y el bolígrafo, decidido a transmitir una imagen de tranquilidad–. ¿Qué ha sucedido?

–Una llamada del general Hyland a las siete de ayer tarde, media hora antes del ensayo de mi banquete nupcial. ¿Conoces a Hyland?

–No, señor.

–Es antiguo alumno del King's Row College. Socio vitalicio del Durban Club. Sigue llamando patria a Inglaterra. ¿Te haces una idea, Cooper?

–Me la hago, señor –dijo Emmanuel, a pesar de que era una pregunta retórica. El antepecho de la ventana crujió bajo un peso: Bagley se acomodaba para presenciar el espectáculo.

–Ese hijoputa inglés me llamó para decirme que había recibido una queja sobre mi mozo. Esa fue la expresión que empleó, Cooper. «Mi mozo.» Como si yo fuera un estúpido bóer con un *kaffir* aún más estúpido a mi servicio. –El inspector hizo una pausa–. Como la queja la presentó Thomas Reed, antiguo alumno del King's Row College y amigo personal del hijo del general, se vio obligado a actuar con prontitud.

–¿Y eso significa? –Emmanuel sabía cuál iba a ser la respuesta, lo sentía en los huesos.

–Ya no estás a cargo de la investigación, Cooper. Cese inmediato. Los

reemplazos enviados por el general Hyland llegarán allí dentro de unas horas.

–¿Es definitivo?

Emmanuel se inclinó hacia delante para relajar la tensión de su cuerpo, estirando los nudos del cuello y los hombros. Arrancar del archivador los cajones rotos y lanzarlos en dirección a Bagley lo podría hacer más tarde, cuando estuviera seguro de que lo habían retirado del caso.

–Sí, definitivo. El general no está abierto a la negociación ni a la persuasión. El envío del furgón fúnebre que solicitaste se ha cancelado.

La suerte estaba echada. Una llamada telefónica y Shabalala y él volvían a ser los encargados de la limpieza de la policía judicial de Durban. Y, además, ahora tenían que cargar con el peso añadido de la humillación de Van Niekerk.

–¿A quién han mandado para reemplazarnos? –preguntó.

–Al oficial Benjamin Ellicott y al agente John Hargrave.

–Un policía malo y otro peor –dijo Emmanuel–. Levantarán una piedra, no encontrarán nada, agotarán las existencias del bar del pueblo y, al día siguiente, se marcharán.

–No es problema nuestro, Cooper. Ya no. –Hubo una pausa tensa antes de que el inspector añadiese–: Acoso a mujeres indefensas y destrucción de propiedades policiales. No es propio de ti.

–Eso no es verdad, inspector. –Y no lo era, al menos si no se matizaba. Había hablado con una frágil mujer blanca en presencia de su hija y, sí, había forzado el archivador de la policía, pero tenía razones de peso para hacerlo.

–Recoge los bártulos y vuelve a casa, Emmanuel. Ya habrá otras oportunidades de escapar del purgatorio de la policía.

Que el inspector lo llamara por su nombre de pila abría una trampilla para escapar de la situación. Se irguió y apretó el auricular con los dedos.

–¿Mencionó el general al agente Shabalala, señor?

–No. Solo a usted. «Mi mozo». –Ese término, reservado casi en exclusiva para los nativos, aún escocía. Doblegarse ante un general inglés le recordaba a Van Niekerk que, pese a su educación y a su sangre azul, siempre sería una especie de negro para los colonos británicos.

–A mí me han retirado del caso pero a Shabalala no. –Emmanuel necesitaba que se lo aclarasen oficialmente.

–En sentido estricto, eso es correcto. ¿Por qué?

En el interior de la comisaría se había hecho un profundo silencio. Todo el mundo, Bagley incluido, estaba escuchando, tratando de averiguar el rumbo de la conversación.

–A los agentes nativos no se les permite conducir vehículos policiales, inspector. Si, en sentido estricto, Shabalala sigue en la investigación, necesitará que alguien conduzca el Chevrolet. Es la política del departamento.

Emmanuel oyó un inquieto trajín de pies sobre el suelo de hormigón y a Zweigman respirando hondo. Sabía que estaba internándose en territorio inexplorado y no le importaban demasiado las consecuencias.

–Tú de conductor –dijo Van Niekerk–. No me lo trago, Cooper. Nadie se lo tragará, y el que menos el general Hyland. No te saldrá bien.

–Alegaré ignorancia y asumiré las consecuencias de mis actos, señor.

–Dios Santo, eres una bestia voraz, Cooper –dijo el inspector–. Primero jodes a mi novia y luego jodes el caso y ahora esperas que haga la vista gorda mientras desobedeces las órdenes directas de un general. ¿Lo he entendido bien?

Emmanuel sintió una descarga de adrenalina en el pecho. Van Niekerk sabía lo de Lana... Cómo no lo iba a saber.

–*Mantén la calma, soldado* –le ordenó el sargento mayor–. *Cuando un superior te tiene cogido por los huevos, solo puedes hacer una cosa. Inclinar y sonreír.*

–Sí, inspector –dijo Emmanuel–. Es correcto. Con su permiso, señor.

La risa indulgente de Van Niekerk llegó a sus oídos.

–Muy bien, ese es mi muchacho, siempre se adelanta a la manada.

–¿Me está diciendo que sí, señor?

El inspector permaneció largo rato en silencio.

–Puedes quedarte como conductor oficial del agente Shabalala de la policía nativa, pero se aplicarán las normas de las operaciones clandestinas.

–Comprendido.

Las normas eran sencillas. Un resultado positivo en el caso de asesinato sería un tanto para el inspector. Si el resultado era malo, el tanto negativo se lo apuntaría él. Si lo pescaban desobedeciendo una orden de un general, Van Niekerk negaría todo conocimiento de sus actividades, diría que era un policía sinvergüenza y una deshonra para el cuerpo.

–Tienes hasta el viernes por la noche, Cooper. El sábado por la mañana espero veros en la iglesia a ti, al viejo judío y a Shabalala, ¿está claro?

–Allí estaremos, inspector. –Emmanuel se quedó sujetando el pesado auricular de plástico hasta mucho después de que la comunicación se cortara. Continuaba de espaldas a la concurrencia. Necesitaba un par de minutos para pensar.

–*Primer plan de batalla.* –Era el sargento mayor, haciéndose cargo de la situación–. *Sé amable como la esposa de un cuáquero con Bagley. Saca a Daglish de aquí y mándala a casa. No digas ni una palabra a Zweigman ni a Shabalala hasta que estés muy lejos del alcance de los oídos del comisario. Puedes retirarte, soldado.*

Emmanuel colgó el auricular y se levantó. Se volvió hacia el comisario y sonrió.

–Lo dejamos en sus manos –dijo–. Buena suerte durante el resto de la investigación y salude de mi parte a Ellicott y a Hargrave. Grandes tipos, los dos.

Bagley tiró la colilla al patio y frunció el ceño.

–Lo han retirado del caso. Órdenes del general.

–Así es –dijo Emmanuel sin dejar de sonreír–. Pero he decidido quedarme en el pueblo un par de días más. Para hacer turismo. Disfrutar del aire de la montaña.

–¿Dónde va a hacer turismo? –A Bagley se le puso la cara como un tomate.

Emmanuel recordó una de las actividades de la lista de «cosas que hacer mientras se está en Roselet» que le había leído el recepcionista del hotel.

–Voy a ver las pinturas de los bosquimanos del desfiladero del área protegida de la reserva de Kamberg –dijo–. Se dice que son la piedra Rosetta de la pintura rupestre. Vale la pena darse una vuelta por ahí.

–Está desobedeciendo una orden directa, Cooper. –Bagley se incorporó del antepecho de la ventana y trató de imponer su autoridad.

Cielo santo, Bagley era un idiota. Muchos años de dirigir aquella remota comisaría le habían inculcado una falsa impresión del poder que tenía.

–¿Fue usted al King's Row College, comisario? –preguntó Emmanuel. El comisario estaba al servicio de una institución social de élite, no pertenecía a ella.

–No. –La pregunta desconcertó a Bagley. No entendía qué tenía que ver el colegio al que había ido con la presentación oficial de una queja.

–En ese caso, debería ir a quejarse a Thomas Reed para que él llame de su parte al general Hyland. Dudo que el general responda si lo llama usted. –Emmanuel avanzó hacia la puerta y esperó a que lo siguieran Zweigman y Daglish–. Así funciona la cadena de mando en Roselet, ¿no es cierto?

Shabalala abrió la puerta de la comisaría a los dos médicos y la siguió sujetando para que pasara Emmanuel. Salieron al patio sin hablar. Shabangu, el policía nativo, estaba recogiendo las colillas con un rastrillo metálico y echándolas a un cubo. Que hubiera oído toda la conversación con Bagley era tan posible como que no hubiera oído nada.

–¿Y ahora qué, oficial Cooper? –preguntó Zweigman–. Doy por hecho, tal vez ingenuamente, que tiene un plan.

–Usted a casa a descansar, doctora Daglish. La acompañaremos. –Emmanuel se atuvo a las instrucciones básicas del sargento mayor–. Idearé una estrategia por el camino.

Zweigman arqueó una ceja, pero no dijo nada. Echaron a andar por Greyling Street y pasaron por delante del umbral de Dawson's General Store. La visión de la médica del pueblo flanqueada por tres hombres desconocidos hizo que se detuviera el tránsito de peatones. Que aún fuera vestida con bata y camión era

una emoción añadida al incidente. A última hora de la tarde, las habladurías sobre la extraña salida de la doctora unirían a todos los grupos raciales, blanco y negro, indio y mestizo. Después de la cena y con los niños ya metidos en la cama, los adultos susurrarían: «Y tan cierto como que estoy aquí, uno de los hombres era un zulú grande como un sicomoro, otro era un extranjero pequeñajo con gafas doradas y el otro un hombre que parecía blanco pero andaba por la calle como un gánster de los arrabales». Tres hombres, una mujer; imaginarían las permutaciones.

Daglish respondía a cada mirada fija con un alegre: «Hola. Qué buen día hace». Cuando al fin llegaron a su casa, estaba agotada y se precipitó a entrar, despidiéndose a toda prisa.

Emmanuel se llevó a Shabalala y a Zweigman al jardín de atrás y buscó un árbol con buena sombra para colocarse debajo. Allí no los verían desde la comisaría ni desde la calle.

–Me han ordenado que deje la investigación del asesinato de Amahle Matebula –dijo.

–Y sin embargo, aquí estamos –dijo Zweigman–. Haciendo planes para encontrarla, imagino.

–Me han retirado del caso, pero a Shabalala no –explicó Emmanuel–. Él sigue de servicio activo.

–Eso no es posible, oficial. –El agente zulú estaba visiblemente incómodo con aquel giro de la conversación–. Un agente nativo no puede dirigir una investigación. Va contra las normas.

–Ellicott y Hargrave dirigirán la investigación. Tú trabajarás en paralelo, tomando declaraciones e interrogando a sospechosos. Yo conduciré el coche – en cuanto lo dijo en voz alta, se dio cuenta de que era una idea absurda. El inspector Van Niekerk tenía razón. Era una bestia voraz, nunca se daba por satisfecho.

–¿Qué está diciendo en realidad, oficial? –Shabalala observaba la deriva de las nubes bajas que coronaban los montes para no mirar a los ojos a su superior. Era una situación comprometida esa de pedirle a un blanco que dijera la verdad sin tapujos.

–En sentido estricto, los dos hemos dejado de ocuparnos del caso. Pero el general que dio la orden no te mencionó a ti en concreto. Ese es el pretexto para eludir la orden. Nos quedamos y continuamos la investigación con la aprobación extraoficial de Van Niekerk.

–¿Y si cometemos un error y nos pillan? –preguntó Shabalala.

Las nubes avanzaban deprisa, arrojando sombras sobre el campo y las flores silvestres.

–El inspector se lavará las manos y se desentenderá de mí. –Lo siguiente no

era fácil de decir—. Tú eres un policía nativo. Eso te mantendrá a salvo. Si te interroga un consejo disciplinario, finge ignorancia y diles que no tenías ni idea de lo que había ordenado el general Hyland.

—Quiere decir que haga el papel de nativo estúpido. —Zweigman se tomó a pecho esa ofensa a Shabalala—. Que confirme los sermones del gobierno del Partido Nacional sobre la escasa inteligencia y la falta de iniciativa consustancial a las personas negras.

—Eso mismo —dijo Emmanuel.

Se hizo un silencio tenso. Zweigman estaba que echaba humo y Shabalala removía la tierra con la punta de su sandalia. Fueron pasando los minutos. Emmanuel no decía nada. El sol asomó entre las nubes y él salió de la sombra para que le calentara la cara. Necesitaba a Shabalala y a Zweigman. Sin ellos, la investigación clandestina fracasaría sin remedio.

Shabalala hundió más el dedo gordo del pie en la tierra y dijo:

—Si nos pillan, ¿debo volverme insignificante y no decir nada más que: «No lo sé, *ma' baas*»?

—Sí. ¿Puedes hacerlo?

—Sin ningún problema. —Shabalala se puso al sol. Aún llevaba en los huesos el frío de la noche pasada en el monte—. A los nuevos investigadores no les hará gracia vernos. —Era una forma cortés de preguntar cómo iban a evitar un enfrentamiento físico con Ellicott y Hargrave cuando llegaran.

—Dos asesinatos de negros en un lugar perdido de la mano de Dios. No tendrán prisa. —Emmanuel consultó su reloj. Las siete y treinta y cinco de la mañana—. Como muy pronto, llegarán esta tarde. Hargrave parece un barril de cerveza y Ellicott tiene el mismo cerebro que una sardina. Si nos mantenemos a más de diez kilómetros del bar, ni los veremos.

—Esos hombres no van a descubrir quién mató a Amahle y a Philani —dijo Shabalala con sombría resignación. Era increíble cuántas formas tenían los blancos de ganar una batalla. Luchaban valiéndose de teléfonos y de personas conocidas, no con lanzas y escudos.

—Ellicott y Hargrave no encontrarán nada de nada. —Emmanuel partió una rama de artemisa y la frotó entre las palmas de sus manos—. Ese es el problema.

—Lo hacemos para proteger al colegial, a Gabriel —Shabalala lo dijo con un tono comprensivo. Un padre debe luchar por sus hijos y un jefe, por su clan. Los ingleses y los zulúes tenían eso en común.

—Amahle se llevará sus secretos a la tumba cuando la entierren —dijo Emmanuel.

Shabalala se volvió de cara a Greyling Street, que discurría hasta el valle y la falda de las montañas.

—Tenemos que contárselo al jefe y a Mandla —dijo.

Zweigman salió de la sombra. Tenía las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta y los dedos enroscados alrededor de un objeto. La cartera de cuero, pensó Emmanuel, la de las fotografías que no le permitían ver. Debían de ser unas imágenes muy poderosas. Zweigman se aferraba a la cartera como si de un talismán se tratase.

–El inspector Van Niekerk no nos levantará si nos caemos. –El médico se empujó las gafas hacia lo alto del puente de la nariz y se dirigió directamente al policía zulú–: Dame una buena razón por la que nosotros dos debamos incorporarnos a la campaña no autorizada del oficial Cooper.

–Amahle –respondió Shabalala.

–Buena respuesta.

La granja Covenant se veía como un punto blanco en el paisaje desde la cornisa rocosa. Emmanuel se agachó e indicó por señas a Shabalala que iniciara el primer interrogatorio de identificación de restos humanos de su vida.

—¿Es su hijo Philani Dlamini quien está bajo el saliente de la roca? —preguntó Shabalala a una mujer zulú regordeta vestida con los ropajes negros de viuda. Estaba sentada sobre los talones, con la cabeza gacha y las manos cruzadas en el regazo.

—Sí, *inkosi*. Es él. Philani —dijo con estoicismo. En la senda, un poco más abajo, aguardaban acucillados tres hombres del *kraal* de su tío que habían venido a transportar el cuerpo—. Sabía que sería él.

—¿Por qué? —preguntó Shabalala.

La madre de Philani aflojó los cordeles de una bolsita de piel de cabra que llevaba atada a la falda negra de cuero y sacó el contenido: cuatro relucientes monedas de cobre y un billete.

—Mi hijo vino a casa el viernes por la noche —explicó—. No le conté la verdad al gran jefe porque Philani me dijo que debía guardarle el secreto. Me entregó este dinero para que lo escondiera y el cielo me oprimió el pecho. No podía respirar. Supe que algo malo iba a sucederle a mi hijo. No era su día de paga.

Emmanuel contó las monedas y el billete. Cerca de dos libras, la suma que le habían pagado a Amahle el viernes, descontando un poco de calderilla. Quizá fuera una coincidencia. O quizá no.

—Tal vez Philani le estaba guardando el dinero a un amigo —dijo Shabalala.

—No era dinero entregado por las buenas. Era dinero robado. —Dejó las monedas y el billete sobre la roca y se limpió las manos restregándolas en la falda—. Mi hijo estaba asustado cuando vino a casa con este dinero y me dijo que lo escondiera. Es dinero maldito.

Robar a los muertos. Emmanuel había conocido soldados, coleccionistas de recuerdos, que despojaban a los cadáveres enemigos de botas, fusiles, cuchillos e incluso dientes de oro. Cabía la posibilidad de que Philani se hubiera enfadado con Amahle por irse a casa sin él hasta el punto de matarla, pero el robo no encajaba en esa clase de crimen pasional.

—Dice que Philani estaba asustado. —Shabalala buscó una piedra y la colocó sobre el dinero para que no volara, con cuidado de no tocarlo.

—*Yebo*. Me dijo que fuera a ver al gran jefe para informarle de que él había desaparecido. Y que luego cogiera el dinero y me marchara al *kraal* de mi tío. —

Miró por encima del hombro el bosquecillo de árboles *marula* que ocultaba a la vista el refugio de la roca-. Philani me dijo que volvería al *kraal* hoy.

Emmanuel garrapateó lo que había dicho la mujer. Philani no había huido, se había escondido. Había hecho planes para el futuro. No tenía intención de morir solo en el monte. Tres frías noches durmiendo sobre una roca, ¿en espera de qué? Cuando te persiguen, vas de un lado para otro. Philani escogió un lugar y se quedó allí, encendiendo hogueras de noche. No tenía sentido.

–Philani era amigo de la hija del gran jefe –dijo Shabalala-. Es lo que he oído decir.

–Mi hijo era amigo suyo, *inkosi*. Es la verdad –esas palabras, dichas en voz baja, iban cargadas de una amargura que la mujer no se atrevía a expresar abiertamente. Una viuda que no contaba con la protección de un hijo no criticaba a la hija de un jefe, aun cuando la muchacha estuviera muerta.

–La escucho –dijo Shabalala. La amistad entre Philani y Amahle no estaba equilibrada. Él era mejor amigo que ella-. ¿Hay algo más que decir?

–He terminado.

En el valle tañó una campana para llamar a los trabajadores del campo. Emmanuel echó un vistazo al bosquecillo para ver si se movía algo. Tenían que estar en la granja Covenant quince minutos después del toque de campana. Se levantó y cruzó la superficie plana de roca en dirección a los árboles. Zweigman emergió de la maleza vestido con una bata blanca y guantes de plástico prestados por la doctora Daglish. Llevaba metido bajo el brazo su baqueteado maletín de médico.

–No ha sido fácil –le susurró a Emmanuel-. Pero he encontrado algo interesante.

–Resérvelo para el camino de vuelta a Covenant. Y trate de no parecer tan satisfecho consigo mismo.

–Sí, cómo no. –Zweigman se encogió dentro de su bata y fingió interés en una flor roja que crecía en una grieta-. Concluya su asunto. Yo me quedo aquí.

La conclusión del asunto fue breve y triste. La madre de Philani continuaba acucillada, con sus ropajes negros de viuda, diminuta bajo la bóveda celeste.

–Con su permiso –dijo-, ahora voy a llevarme a mi hijo a casa.

–Con nuestra bendición –respondió Shabalala, y se retiraron a las lindes del bosquecillo donde aguardaba Zweigman. Los zulúes se pusieron en pie en la senda y atravesaron la roca con esteras de paja en equilibrio sobre los hombros-. Para el cuerpo –explicó.

Emmanuel esperó a que los porteadores se hubieran internado en el bosque para emprender el camino hacia Covenant.

–Tengo noticias, caballeros –dijo Zweigman mientras descendían del monte-. Me ha llevado mi tiempo, pero lo he encontrado. –Tendió la mano enguantada.

En su palma reposaba un fragmento de púa de puercoespín—. La tenía encajada en las lumbares inferiores. Igual que la chica.

—Es el mismo asesino —dijo Emmanuel—. Tiene que serlo.

—Para usar esta arma hay que acercarse a la persona. —Shabalala se frotó la barbilla, pensando—. O andar pisándole los talones y rodearla con los brazos.

—A un desconocido le resultaría difícil hacerlo. A un amigo, fácil.

Eso casaba con la intuición que tenía Emmanuel de que Philani había invitado al asesino al refugio de la roca, convencido de que no ponía en riesgo su seguridad. Continuaron descendiendo por el monte a paso rápido durante quince minutos. No querían quedarse descolgados del cortejo fúnebre de Amahle.

En el patio se había formado una caravana. Cuatro peones de la granja estaban apiñados detrás de Sampie y Karin. Tres mujeres, incluida la criada enjuta con mala vista, tomaron posiciones detrás de ellos. Tumbados en el porche, con sus gigantescas cabezas reposando sobre las zarpas, los perros boerboel obedecían la orden de «quietos».

—Oficial Cooper —le saludó a voces Sampie—. Pensaba que había cambiado de idea.

—Nos hemos entretenido en el monte. —Emmanuel se colocó junto al padre y la hija, abriendo la procesión. Karin lo saludó con la cabeza y jugueteó con los puños de su bien planchada camisa de los domingos—. Sentimos haberlos hecho esperar —dijo—. Agradecemos que nos haya invitado a ir andando con los de su casa.

Sampie emitió un gruñido y se pusieron en marcha por la pista removida por las carretas. El sol caía sobre las lápidas del cementerio familiar y en la hierba crecida piaban los pájaros. Shabalala y Zweigman caminaban un paso por detrás de Emmanuel.

—Era el jardinero quien estaba en el monte —dijo Karin—. Acerté.

—Sí, acertó. —La localización de Philani era algo más que una conjetura afortunada. Un extraño que por la noche encendía hogueras en su propiedad tenía que haberle llamado la atención a Karin—. Su madre está organizando el entierro.

—Pobrecilla. No asistirá nadie. La gente tiene miedo al jefe. —Karin, poco acostumbrada al tacto del lino almidonado sobre su piel, se desabrochó los puños y se arremangó—. Además, se ha montado esto.

Cuatro mujeres zulúes con sus niños atados a la espalda esperaron a que pasara la procesión y se incorporaron al final, junto a las otras mujeres. En el vado del río había más personas a la espera.

—¿Cuántos seremos cuando lleguemos allá? —preguntó Emmanuel.

La mujer afrikáner se encogió de hombros.

—Unos cincuenta. Los *kaffirs* de los *kraals* de toda la zona irán uniéndose por el camino.

Aquella concentración de gente era el motivo por el que Emmanuel, Zweigman y Shabalala se habían mantenido apartados del recinto del clan Matebula aquella mañana. El entierro de Amahle era como un tornado que recorría el valle; no había forma de detenerlo ni retrasarlo. La invitación de Sampie Paulus a caminar con ellos hasta la casa del gran jefe les permitiría presenciar la despedida de la muchacha y, a la vez, observar quién acudía a presentarle sus respetos.

El grupo de zulúes que había en el vado engrosó sus filas. Sampie Paulus encabezó el cruce de las aguas, pasando de una piedra a otra como un Moisés afrikáner. Aguardó hasta que todo el grupo llegó a la otra orilla y, entonces, reemprendió el camino.

—¿Ha estado alguna vez en un entierro *kaffir*, oficial Cooper? —Karin se sacudió la arena de los bajos de sus mejores vaqueros.

—Entierros de ciudad —respondió Emmanuel—. Nada como esto.

—Vaya preparándose —le advirtió Karin—. Va a haber mucho ruido.

El *kraal* de Matebula apareció a la vista, apostado en un campo de aloes. Del recinto se alzaban gemidos y alaridos, y las mujeres de la procesión también empezaron a lamentarse a gritos. Los hombres se separaron y formaron su propio grupo. El rítmico golpeteo de sus pies contra el suelo contribuía al estrépito general.

—¿Ve lo que le decía? —Karin se apartó para ceder el paso al cortejo zulú—. Su *kaffir* y el otro hombre pueden quedarse a nuestro lado. Cerca de la sepultura hay una zona reservada para personas que no son de la familia.

—Zweigman y Shabalala —Emmanuel pronunció sus nombres a sabiendas de que era inútil. El mundo de Karin estaba dividido en dos grupos: los blancos, que eran los que contaban, y los sirvientes. Los judíos ocupaban un espacio impreciso entre ambos colectivos.

Sampie atravesó el campo hacia la entrada del *kraal* de Matebula. Allí se había congregado una multitud de zulúes. Y por los caminos del monte iban llegando a docenas, levantando regueros de polvo. Los perros del *kraal* ladraban en medio del barullo.

—Nuestro sitio está en una zona reservada —dijo Emmanuel cuando le dieron alcance Shabalala y Zweigman—. Vamos a quedarnos cerca de Sampie. No nos han invitado formalmente, pero los Matebula viven en sus tierras.

El grupo entró en el recinto y un zulú les indicó dónde debían situarse. En esa área había unos cuantos blancos: dos misioneras con vestidos negros recién

planchados y sombreros, un granjero de tez colorada con ropa caqui limpia y Thomas y Ella Reed. El comisario Bagley brillaba por su ausencia.

–Buenas tardes –saludó Emmanuel a los demás invitados, inclinando el sombrero. Algunos le sonrieron y le devolvieron el saludo con un movimiento de la cabeza. Thomas Reed se le acercó. Lucía un elegante traje negro y una expresión furibunda.

–¿Qué hace aquí, Cooper? –le habló pegándose a su oído para no hacer una escena en público–. Haré que le retiren la placa por esto.

–Soy un ciudadano particular que asiste a un entierro particular. Ninguna ley lo prohíbe. Llame al general Hyland para comprobarlo.

Shabalala y Zweigman cerraron filas detrás de Emmanuel, cada uno por un lado. Reed pestañeó mucho, pero su natural sentido de la superioridad se impuso. Mantuvo la compostura: un punto a favor de la educación del King's Row College.

–Se ha metido en un lío, Cooper –dijo–. Sus amigos también. Dentro de una semana los tres estarán haciendo cola en la oficina de empleo para que les den trabajo en una fábrica.

Emmanuel miró a los ojos a Reed, casi con curiosidad ante la estupidez de aquel hombre y los derechos que se arrogaba.

–Un trabajo en una fábrica. ¿Es esa su idea del infierno? –preguntó–. ¿Ha tenido que luchar por algo alguna vez en la vida? Ni siquiera es capaz de plantear batalla aquí mismo, en este momento.

Reed despegó los labios para replicar, pero la expresión de Emmanuel le hizo callar.

Sampie Paulus se les acercó.

–Dejen la riña para después –dijo–. No es el sitio adecuado. La ceremonia ha empezado.

–Lo siento –se disculpó Emmanuel, y se dirigió a la cerca de espinos. Se arrepentía de haber reaccionado ante Reed. Pelearse en un entierro era algo que habría hecho el colegial que fue en su día.

Docenas de zulúes del cortejo fúnebre ocuparon el terreno entre el espacio acotado para los espectadores y la sepultura, que había sido excavada junto a la choza de Nomusa. Ella y su hija superviviente estaban sentadas en esteras de paja en la zona para las mujeres de la familia: distantes presencias fantasmagóricas en medio de la polvareda. La gente se arracimaba alrededor de la familia del gran jefe. Las mujeres daban alaridos y levantaban las manos en el aire, los hombres pateaban el suelo. Se levantó más polvo y apenas se veía nada. El ruido arreció.

El gran jefe salió de su cabaña y echó a andar por el anillo interior del *kraal*. Lo precedía un anciano que cantaba sus alabanzas, enumerando las victorias,

riquezas e hijos del jefe. Las misioneras se aproximaron a la cerca, absortas en los ritos funerarios nativos. Shabalala estiró el cuello para mirar sobre la muchedumbre, con los ojos entrecerrados bajo el sol.

–Esa tumba tiene un aspecto raro –dijo.

Emmanuel cambió de posición y encontró un hueco entre dos adolescentes desde donde alcanzaba a ver parte de la tierra recién excavada.

–Es difícil saberlo –dijo–. Con todo este tumulto.

–La tumba no es como debería ser, oficial –afirmó el agente zulú–. No es como debería ser.

El panegirista se acercó sin dejar de proclamar a voces más atributos maravillosos del jefe. Mandla y su *impi* avanzaban con un ritmo sinuoso a la cabeza de una columna de hombres en edad de combatir.

Los asistentes se apartaron hacia los lados. Un grupo de hombres sostenía unas parihuelas de pellejo de vaca sobre la que transportaban a Amahle a la sepultura. Los lamentos de las mujeres subieron de volumen y de tono. A Emmanuel se le erizó el pelo de la nuca. Se abrió camino a empujones. El cadáver iba envuelto en un pellejo atado con cuerdas de hierba trenzada. Tres ramas, descortezadas y clavadas en el pellejo, sostenían el cuerpo sentado en una postura grotesca.

–¿Qué está pasando? –le preguntó Emmanuel a Shabalala.

Ahora las mujeres aullaban, con los brazos levantados al cielo. Nomusa se puso en pie de un salto, pero un corrillo de matronas la obligó a sentarse de nuevo y la sujetó contra el suelo echándosele encima. Dos de los porteadores se ataron unas cuerdas a las manos e hicieron descender a la sepultura el cuerpo erguido de Amahle.

–Está pasando algo malo, oficial. Solo se entierra sentados a quienes han cometido graves fechorías en su vida, a los delincuentes y a los asesinos. El espíritu de Amahle no hallará reposo hasta que la tumben.

–¿Un castigo eterno? –dijo Emmanuel–. ¿Por no haberle dado a su padre el rebaño de vacas que quería?

–No se me ocurre ninguna otra razón –dijo Shabalala.

Los hombres removían la tierra con los pies, los niños dejaron de alborotar y las jóvenes solteras se taparon la cara para no ver aquel infame espectáculo. Las únicas personas a las que no parecía afectar la visión del cadáver eran el gran jefe y su engreída quinta esposa, que se levantó para mirar más de cerca a Amahle.

–Viejo estúpido –masculló Sampie en afrikáans, y empezó a circular entre los grupos de espectadores blancos para decirles–: Váyanse ahora mismo. Salgan del *kraal*.

Las misioneras y los Reed se encaminaron a la salida. Tres zulúes armados con lanzas y hachas de combate entraron a la carrera en el recinto y bloquearon

la entrada. Emmanuel los reconoció. Eran los integrantes del *impi* que había montado guardia junto al cadáver de Amahle.

–Va a haber guerra –dijo Shabalala, y se desabrochó la chaqueta.

El *impi* invasor se precipitó hacia la sepultura y la muchedumbre allí congregada se dispersó presa del pánico. Nomusa se liberó de los brazos que la sujetaban y corrió hacia el gran jefe, a cuyo panegirista por fin se le habían agotado los superlativos.

–Estos son asuntos internos de los nativos –gritó Sampie Paulus por encima del gentío–. Tenemos que irnos.

Mandla y sus hombres se dispusieron a rechazar el ataque. Las puntas metálicas de sus lanzas resplandecieron al sol. Un torrente de asistentes que corría hacia la salida tiró al suelo a una anciana y a un niño chilló en medio de la aglomeración.

–Quédese aquí –le dijo Emmanuel a Zweigman, y saltó la cerca de espinos. Shabalala salvó la barrera justo detrás de él y aterrizó más lejos, en pleno caos. Levantó a la anciana y la apartó de los combatientes. Los guerreros se lanzaron unos sobre otros y el agente zulú quedó atrapado entre los dos bandos.

Emmanuel trató de sacar de allí a Shabalala en medio del ruido ensordecedor. Un guerrero del grupo invasor se tambaleó hacia atrás, le manaba sangre de un tajo en el torso. Cayó al suelo. A Emmanuel le dio la impresión de que el tiempo se aceleraba y se ralentizaba a la vez. Los movimientos de todo el mundo adquirieron una calidad onírica: las extremidades flotaban, las bocas gritaban, las armas hendían el aire. Los sonidos se fragmentaron. El choque de las lanzas contra los escudos, los resoplidos de los guerreros esforzándose y el llanto de un niño ponían una banda sonora discordante al combate.

–*Emprende la retirada, soldado* –le ordenó el sargento mayor escocés–. *Coge a Shabalala y al herido y escapa. Mandla y sus hombres son demasiado fuertes. Os aplastarán.*

Shabalala estaba atrapado contra la pared de la choza de Nomusa, sin parar de moverse para esquivar la acometida de las afiladas lanzas. Entre dos combatientes se abrió un pequeño hueco. Emmanuel gritó:

–¡Ven conmigo, Samuel!

Al oír su nombre de pila, el agente zulú giró y saltó por la brecha hasta una zona despejada. Emmanuel bajó los ojos y vio sangre sobre la tierra donde había caído el herido, pero el hombre había desaparecido.

–Retírense –Emmanuel transmitió la orden al anciano que había sido el primero en saludarlos a Shabalala y a él en el sendero del monte hacía unos días–. Retrocedan mientras todavía tengan hombres.

La retirada fue caótica. Mandla y su *impi* seguían avanzando, el gran jefe se palpaba una mejilla rasguñada como una adolescente en una pelea a arañazos, y

varias esposas continuaban inmovilizando contra el suelo a Nomusa. Zweigman se arrodilló junto al herido, que yacía cerca de la zona reservada a los espectadores. Emmanuel comprendió que el médico debía de haberse ocupado de recogerlo.

Entonces, los hombres de Mandla iniciaron otra ofensiva. Las lanzas volaban por el aire. Un instante después, Shabalala se echó el herido al hombro y salió zumbando. Sampie Paulus montaba guardia en la entrada del *kraal* y los perplejos espectadores blancos estaban apelotonados a sus espaldas. Las dos misioneras se abrazaban atemorizadas.

–Váyanse –dijo Sampie–. Lleguen lo más lejos que puedan. Yo trataré de tranquilizar al jefe.

–*Corre como si te persiguiera el diablo, soldado* –susurró el sargento mayor–. *Echando leches a esa zona boscosa de más allá.*

Los árboles les permitirían ponerse a cubierto. Y, al estar a cubierto, tendrían tiempo para descansar, reagruparse y hacerse una idea de qué coño acababa de pasar. Del recinto del clan Matebula salían gritos. Emmanuel ordenó que se movieran deprisa. Los guerreros ilesos echaron a correr a paso largo, campo a través. Shabalala puso de pie al combatiente herido y, llevándolo casi en volandas, corrieron a trompicones hacia el bosquecillo. Zweigman iba tras ellos, pálido y bañado en la sangre de la herida del guerrero.

Unos pájaros marrones levantaron el vuelo de la hierba antes de que pasara la estampida humana. Emmanuel echaba ojeadas por encima del hombro, pendiente del creciente nivel de peligro. Sampie aún estaba bloqueando el centro de la entrada, con los brazos extendidos como un Cristo crucificado. Mandla y su *impi* tendrían que pasar sobre el afrikáner para salir del *kraal*.

–*Qué tipo tan duro, el hijoputa* –dijo con admiración el sargento mayor–. *Los retendrá el tiempo justo para que desaparezcaís, Cooper.*

Una descarga de adrenalina y miedo propulsó a Emmanuel hasta el resguardo de los árboles. El bosquecillo era denso pero estrecho. Los rayos de sol atravesaban la bóveda de follaje, moteándola de luz, y llegaban muy atenuados al manto de hojarasca y helechos. Emmanuel zigzagueó entre los oscuros troncos, con el corazón martilleándole en el pecho y en la frente. Al internarse unos metros en el bosque, el terreno caía hacia un profundo barranco. Shabalala, Zweigman y el *impi* en retirada estaban al borde, contemplando el abismo.

–*Qué jodida suerte la tuya, soldado* –dijo el sargento mayor.

Emmanuel se enjugó el sudor de los ojos y calculó la distancia. Saltar al otro lado era posible cogiendo mucha carrerilla y con un esfuerzo sobrehumano. Shabalala podría hacerlo. Los demás acabarían tirados en el fondo del

precipicio, demasiado lejos para ser rescatados en el improbable caso de que sobreviviesen a la caída.

Emmanuel estudió el bosque, repasando mentalmente diversas posibilidades de huida. Todas conducían a la muerte o a una lesión grave. Se oyó un crujir de hojas y palos que se partían. Emmanuel desenfundó su Webley.

Un desaliñado chico blanco vestido con un uniforme escolar mugriento emergió de la penumbra. Menudo, con una mata de pelo negro dividida en hirsutos mechones, podría haber salido del catálogo de espíritus del bosque de un mago. Tenía el ojo derecho azul pálido y el izquierdo castaño oscuro.

–Venid –dijo.

Gabriel Reed, prófugo, ladrón reincidente y sospechoso número uno en el caso del asesinato de Amahle Matebula, saltó un arroyuelo y avanzó hacia un repliegue del monte. Sus protuberantes omóplatos se marcaban en la tela de lana de su chaqueta gris, ribeteada de escarlata en los puños y las solapas. Unos holgados pantalones grises a juego le colgaban de las caderas y los bajos iban arrastrando por la tierra. El uniforme del King's Row College probablemente costaba más de lo que Emmanuel ganaba en un mes.

Gabriel dobló una curva cerrada del camino y se agachó bajo una maraña de ramas. Detrás de la barrera arbórea, una ancha plataforma de piedra sobresalía del monte y, más allá, un poco más arriba, se divisaba la negra boca de una cueva. Un trino de cuatro sílabas diferenciadas resonó en el dosel vegetal y Gabriel escudriñó las ramas colgantes.

–*Chrysococcyx cupreus* –dijo–. Cuculillo esmeralda.

–*Un aliado de lo más extraño* –susurró el sargento mayor–. ¿Hasta qué punto está befok? ¿Tú qué crees?

–*Suficientemente befok para conocer este sitio* –respondió Emmanuel–. *Para lo que nos interesa, eso lo convierte en un loco de los buenos.*

–*Hasta que le preguntes algo sobre Amahle* –dijo el escocés–. *Es el mismo chaval que se puso hecho una fiera con Zweigman y Daglish. No lo olvides, Cooper.*

No lo olvidaría. Gabriel era extremadamente raro e impredecible, pero hasta que hubieran descansado y estuvieran preparados para seguir adelante, aquel escondrijo del monte era para ellos un puerto en la tormenta. No le quitaría ojo de encima a su anfitrión.

Dos integrantes del *impi* derrotado se metieron a presión en el refugio, cansados de la rápida ascensión. El torrente de adrenalina que habían liberado durante la batalla en el *kraal* se había agotado y estaban exhaustos. Emmanuel dobló hacia atrás las ramas para dejar paso a otro miembro del grupo atacante. El guerrero herido llegó a la roca sin ayuda gracias a los analgésicos y al grueso vendaje de gasa de algodón que le había aplicado a la herida Zweigman durante la parada para descansar que habían hecho hacía media hora.

El doctor alemán salió del camino encorvado, con el maletín médico pegado al pecho y el pelo disparado en todas direcciones, como unos fuegos artificiales grises. Tenía un andar lento y torpe, y eso extrañó a Emmanuel. Incluso

cuando se metía en el papel de tendero en Jacob's Rest, Zweigman se movía con decisión.

El médico llegó a la roca arrastrando los pies y se desplomó. Unas gotas rojas brillantes salpicaban el terreno por donde había pasado. Emmanuel se acercó a él y examinó su semblante pálido y sus pupilas dilatadas. Le arrancó de las manos el maletín. Un sabor metálico que tenía asociado a las patrullas de combate en territorio enemigo le inundó la boca.

–Túmbese –le dijo a Zweigman–. Con cuidado.

El médico tenía la chaqueta y la camisa empapadas de sangre fresca, que también había manchado su maletín de cuero. Emmanuel le abrió la ropa, imitando la forma de actuar del personal médico que trabajaba en los campos de batalla.

Una bola de algodón estaba encajada al fondo en un tajo de la parte superior del hombro derecho del doctor. Era la imagen especular de la antigua herida de bala del hombro izquierdo de Emmanuel. Recordó la sensación inicial cuando le alcanzó la bala, un dolor sordo como el de un puñetazo que le hubiera penetrado en la carne, y después empezó el auténtico suplicio, intenso e implacable. Levantó la vista; el agente zulú se había colocado silenciosamente a su lado.

–Presiona la herida, Shabalala. Voy a ver qué hay en el botiquín.

Emmanuel revolvió el maletín buscando una ampolla de morfina o un bote de analgésicos. Una sola pastilla resonó en un frasco de cristal; por sí sola era inútil para un dolor fuerte. Tampoco había brandy medicinal. Escaseaban incluso las reservas de vendas y gasas. Zweigman las había empleado para el guerrero herido, a sabiendas de que se quedaría sin nada para su propia herida.

–¿Por qué demonios ha hecho eso?

Emmanuel cerró de golpe el maletín con frustración. Apretó los puños para que dejaran de temblarle las manos. Y apartó de su cabeza otras emociones: enfado, impotencia y terror ante la idea de perder a Zweigman.

–Un hombre joven... –Zweigman señaló al guerrero herido y luego a sí mismo–: Un hombre viejo...

Gabriel estaba de pie a la entrada de la cueva, un ángel desastrado a contraluz del sol vespertino. Los tres miembros del *impi* ya habían abandonado el refugio rocoso para regresar a su *kraal* dando un rodeo, impacientes por defender sus casas y a sus familias de un posible ataque de represalia del clan Matebula.

–¿Morirá? –La voz de Gabriel no revelaba otra emoción que no fuera curiosidad. Como una linterna estropeada, el colegial tan pronto estaba intensamente focalizado como se difuminaba en un vacío en el que sus emociones apenas parecían tener relación con el mundo exterior.

–Hoy no –dijo Emmanuel.

En el tesoro de objetos robados que estaban almacenados en la cueva, Shabalala y él descubrieron un cobertor de plumas, una bolsa de retales de tela y una botella de brandy de melocotón robada en Covenant Farm. Con los trozos de tela le vendaron de nuevo la herida a Zweigman, con el cobertor le prepararon un lecho y con el alcohol mitigaron su malestar. Pero no bastaba. Ni de lejos.

Zweigman gemía de dolor y Shabalala le descubrió la herida para ver cómo estaba. La sangre había empapado el nuevo vendaje dibujando una rosa.

–Mala cosa –dijo.

–Lo sé. Hay que detener la hemorragia y coser el tajo. –Eso era labor para un profesional de la medicina con experiencia y el instrumental adecuado. Emmanuel tragó el turbio sabor metálico que le llenaba la boca y se devanó los sesos para elaborar un plan, un plan que evitara que Zweigman muriera sobre un frío suelo de tierra a muchos kilómetros de su esposa y de su nuevo hijo. Había una persona que podía ayudarlos–. No se le puede trasladar en este estado. Tendremos que traer aquí a Daglish.

–¿Vendrá?

–Tengo que intentarlo.

No había otra opción. De no ser por aquella investigación, Zweigman estaría a salvo en el Valle de las Mil Colinas, prescribiendo aceite de hígado de bacalao y disfrutando de la compañía de su hijo adoptado. Emmanuel sentía el peso de la culpa.

Se aproximó al chico, que se había agachado a examinar un lagarto negro y amarillo que tomaba el sol sobre una piedra. Amahle estaba enterrada y la investigación, estancada. No se podía interrogar al chaval sobre el asesinato hasta que Zweigman estuviera bien.

–*Pseudocordylus melanotus* –susurró Gabriel–. Lagarto de risco de Drakensberg.

El adolescente era un fanático de las clasificaciones, pero a él era difícil encajarlo en una categoría. El término *befok* no era suficientemente específico. A los quince o dieciséis años, seguía pareciendo un niño. Sus ojos de distintos colores eran el indicio más claro de una estrafalaria combinación: tan pronto estaba plenamente cuerdo, como se le iba la cabeza.

–He dejado el coche en el desvío de Covenant Farm –le dijo Emmanuel a Gabriel–. ¿Puedes llevarme hasta allí?

–¿Por qué?

–Mi amigo está enfermo. Necesita ayuda. –Le pareció que la mejor forma de comunicarse era mediante frases sencillas, expresadas con claridad.

–Es un hombre malo. –Gabriel observaba las escamas del lagarto y su larga

cola-. Le quitó la ropa a Amahle y la rajó con un cuchillo.

-El doctor Zweigman estaba haciendo un examen del cuerpo de Amahle para averiguar quién la mató. Sus intenciones eran buenas.

Gabriel manoseó con sus dedos sucios el ribete rojo de las solapas de su chaqueta.

-No hacía falta que le hiciera daño. Yo podría haberle dicho quién mató a Amahle.

-¿Me lo puedes decir a mí?

Solo un minuto más, una respuesta más para satisfacer el ansia de saber con certeza quién había matado a la hija del jefe.

-Una bruja le hizo un hechizo -dijo Gabriel-. Y un brujo.

Un minuto entero perdido. Ya era hora de ponerse en marcha. La misión para lograr la colaboración de Daglish había que concluirla a la luz del día y ya casi eran las cuatro de la tarde. Gabriel seguía mirando el lagarto.

-Tienes razón, pequeño *baas*. Una bruja utilizó *muti* negra para matar a la hija del jefe. -Shabalala colocó las gafas plegadas de Zweigman junto al lecho provisional y se acercó a la boca de la cueva. Se acucilló junto al colegial-. Ese hombre que está bajo la colcha puede ayudarnos a encontrar a la bruja.

-¿Es poderoso? -Gabriel pasó al zulú y, de inmediato, pareció menos forzado y formal.

-Oh, sí. Es un curandero que solo usa la *muti* buena para curar a los enfermos y luchar contra los hechiceros y las brujas.

Gabriel taladró a Shabalala con la mirada.

-Tendría que haber usado su poder para romper el hechizo que le hicieron a Amahle. Tendría que haberle dado un nuevo aliento.

-Ah... -dijo Shabalala con tristeza-. Solo los más grandes de los grandes son capaces de insuflar nueva vida a alguien. Debemos aceptar que los antepasados han construido una cabaña para Amahle y que desde ahora vivirá allí.

-¿No vendrá nunca más a jugar en esta cueva?

-No, pequeño *baas*. Nunca.

Gabriel apartó la mirada y se secó la nariz con la manga de su chaqueta de lana. Se agarró las rodillas y se las acercó al pecho. La dura superficie de roca de la cueva amplificó el sonido acuoso de sus sollozos. Emmanuel retrocedió. Era irrelevante que Gabriel fuera inocente o culpable del asesinato de Amahle. Con su conversación sobre hechiceros y brujas y su antinatural exaltación, al joven Reed lo considerarían inimputable y se lo llevarían del calabozo en una furgoneta acolchada.

Shabalala se quedó junto a Gabriel y esperó a que dejase de llorar. No le dijo nada. La tristeza del chico hallaría su propio curso, como un río.

El lagarto se escabulló entre las hojas y Gabriel alzó el rostro hacia el cielo.

Sentado en absoluta inmovilidad, observó las nubes blancas que se formaban contra el azul del fondo.

–*Cumulus mediocris*. Nubes entre bajas e intermedias. –El juego de nombrar las cosas ya no le alegraba. Se volvió hacia Shabalala, desconcertado, y preguntó–: ¿Debo ayudar al curandero enfermo?

–Si está en tu mano, pequeño *baas*.

–Me llamo Gabriel. Los jefes son mi padre y mi hermano.

–Yo soy Samuel. Y el otro hombre se llama Emmanuel.

Qué buena idea, tratarse todos por los nombres de pila. Para bien o para mal, el extravagante colegial había pasado a formar parte del esfuerzo por salvar a Zweigman.

Gabriel se levantó y señaló el fondo del valle.

–Sampie Paulus. El *voortrekker*. Vive en Covenant Farm. Cinco kilómetros hacia el este.

–Ahí es donde tenemos que ir –dijo Emmanuel–. El coche está en la carretera general. Justo antes del desvío.

La granja afrikáner estaba comunicada con el mundo exterior por una erosionada pista de barro invadida de plantas silvestres y maleza espinosa. Un tiro de bueyes podía circular por ella con facilidad, pero no un Chevrolet.

–Ahí es donde estaba aparcado ayer. Un Chevrolet Fleetline Deluxe de 1951 con el acabado en negro mate.

Gabriel saltó de la boca de la cueva a la cornisa rocosa de más abajo, listo para ponerse en marcha. Que hubiera rajado la rueda delantera del susodicho Fleetline Deluxe con un cuchillo era, al parecer, un detalle que no valía la pena mencionar.

–Sigue en el mismo sitio –dijo Emmanuel. Recordó de pronto el cuchillo, suficientemente afilado como para cortar caucho reforzado. Tal vez el chico seguía armado. Y aunque en ese momento estaba cansado de llorar y era maleable, las cosas podían cambiar sin previo aviso.

Emmanuel bajó de un salto al nivel inferior y se volvió hacia Shabalala, que montaba guardia a la entrada de la cueva. Le fallaron las palabras.

–Yo cuidaré al doctor hasta que vuelva –dijo Shabalala–. *Hamba kahle*, oficial. Váyase bien.

–*Sala kahle*, agente. Quédate tranquilo.

Emmanuel seguía el ágil avance de Gabriel a través del bosque como mejor podía. Cada pocos minutos, el chico se paraba para que le diera alcance. Justo cuando Emmanuel habría jurado que habían rodeado tres veces la protea coronada de mariposas amarillas y que habían atravesado antes el bosquecillo de sicomoros, desembocaron en la carretera general a medio metro del Chevrolet.

–¿Puedo sentarme delante? –Gabriel se precipitó hacia el asiento del copiloto–. ¿Puedo sentarme en el asiento delantero, Emmanuel?

–Por supuesto.

Emmanuel sacó las llaves del coche. La verdad era que no había pensado en lo que iba a hacer con Gabriel una vez que hubieran llegado al Chevrolet. Llevar a un ladrón al pueblo en cuyas tiendas había robado no formaba parte del plan. Después recordó que solo Gabriel conocía el camino de regreso a la cueva y a Zweigman.

–Entra –le dijo, y abrió la puerta.

El sol había descendido sobre el horizonte. La carretera de tierra atravesaba los montes y seguía el contorno del fondo del valle. Gabriel bajó la ventanilla y se inclinó hacia fuera para oler el aire. Emmanuel mantenía el Chevrolet a noventa por hora, una velocidad excesiva en aquella carretera llena de baches, pero necesitaba recuperar tiempo.

Conducía aferrado al volante. Gabriel iba diciendo los nombres científicos de las plantas y animales y, a continuación, sus nombres vulgares. Emmanuel dejó de escuchar y ensayó la manera de abordar a Daglish. La médica del pueblo respetaba los conocimientos y la experiencia médica de Zweigman. Eso contaba a su favor. El largo paseo por Greyling Street en bata y camión de aquella mañana jugaba en su contra.

Llegaron a las afueras del pueblo y Emmanuel redujo la velocidad. A un lado de la carretera, una corpulenta mujer negra vendía mazorcas de maíz recién hechas a la parrilla en un puesto. Dos niños pequeños agazapados en la sombra que proyectaba su cuerpo jugaban con unas chapas de botella oxidadas.

Emmanuel cambió de marcha y circuló en paralelo a la primera vivienda de propietarios blancos, una casa de campo con las ventanas cerradas y las cortinas echadas.

–La señora Violet Stewart –dijo Gabriel–. Topo Asustado.

Cada una de las sucesivas casas provocaba la misma reacción: los nombres de sus habitantes y luego el apodo que les había puesto Gabriel. Una espaciosa residencia rodeada de setos recortados y con dos arbustos podados en forma de elefante montando guardia en el jardín delantero pertenecía a «La señora Samantha Eggers. Siempre Chillando». Un estirado indio vestido con holgados pantalones azules, camisa blanca y corbata de pajarita: «El señor Bijay Gowda. Billeto de autobús».

Aparecieron las tiendas a los lados de la calzada de tierra. Un gato blanco saltó de una valla y se instaló en una franja de sol justo antes del desvío a la comisaría.

–*Felis catus*. –Gabriel apoyó la barbilla sobre el respaldo del asiento de cuero para seguir mirando al animal de compañía–. Copo de Nieve.

Poner nombres y catalogar el mundo parecía una forma de dotarle de sentido, si bien Emmanuel notó un entusiasmo especial por los animales, mayor que por las plantas y las personas. Copo de Nieve retuvo la atención de Gabriel durante todo un minuto. La comisaría, Dawson's General Store y el café pasaron de largo. Emmanuel giró hacia la entrada de coches de Daglish.

Un descapotable color bronce, con los bajos casi a ras de suelo y centelleantes dientes cromados, estaba aparcado junto a la puerta principal. El capó de color crema y la pintura recién encerada resplandecían al sol. Ese automóvil era un juguete muy querido; y seguramente pertenecía a Jim, el marido de Daglish.

–Descapotable Mercury de 1949. En perfecto estado. –Gabriel estiró la mano hacia la manilla de la puerta del copiloto, listo para apearse de un salto y dejar las sucias huellas de sus manos en el capó.

–Espera un momento –dijo Emmanuel, tratando de idear una táctica dilatoria–. Si te digo tu nombre secreto, ¿te quedarás cinco minutos en el coche?

–¿Los dos nombres? –preguntó el chico.

–Sí.

–Si te equivocas, ¿puedo jugar con el Mercury?

–Sí, puedes. –Rogó a Dios que la memoria de Daglish no fuera mala ni su zulú totalmente chapucero.

Gabriel enroscó los dedos alrededor de la manilla, intrigado por la proposición.

–Vamos –dijo–. Adivínalo.

–Gabriel Reed. Nyonyane. Pajarito.

El chaval estaba impresionado, con el ojo azul y el marrón dilatados por la sorpresa.

–¿Cómo lo has sabido? Era un secreto.

–He tenido suerte. –Emmanuel sacó las llaves del arranque–. No te muevas. Vuelvo dentro de cinco minutos.

–Es lo que siempre dicen los adultos.

El niño se recostó contra el asiento, aburrido ya desde ese momento.

Emmanuel se dirigió a la puerta principal y llamó con el puño. Dentro sonaba a todo volumen música swing, en la que el trombón y la trompeta competían por la supremacía. El descapotable a la puerta y la música que desgranaba el gramófono hacían que la casa de Daglish pareciera una sala de fiestas.

La música le trajo recuerdos del París dominado por el hedonismo de la posguerra: los brillantes letreros blancos de neón que alumbraban con falsa luz diurna las calles y los tugurios rebosantes de música y chicas. Llamó con más fuerza para hacerse oír sobre la orquesta de Glenn Miller.

–¿Sí? –dijo Daglish con brusquedad. Si ahí dentro estaba en plena ebullición

una fiesta, ella aún tenía que tomarse una copa y relajarse.

–Soy el oficial Cooper. Necesito su ayuda.

La cerradura giró y la puerta se entreabrió. El rostro de Daglish apareció en la rendija. El ritmo vigoroso y desenfrenado de la música contrastaba con su mandíbula apretada y sus ojos entornados. Había sustituido el camisón y la bata que llevaba esa mañana por un vestido marrón sencillo, con mangas tres cuartos y escote cerrado.

–No es un buen momento. –Daglish sujetaba la puerta para que no se abriera más y así evitar que el sonido de la conversación se propagase por el pasillo–. Tendrá que volver más tarde, oficial Cooper.

Cuando Jim hubiera terminado la fiesta de bienvenida que él mismo se había montado y los discos del gramófono estuvieran otra vez en sus fundas de papel; o cuando sus pedazos hubieran sido barridos y arrojados a la basura.

–El doctor Zweigman está herido. Necesita asistencia médica urgente. –Emmanuel decidió centrarse en Zweigman, el hombre en apuros, y dejar en reserva, por si le hacía falta, el deber y la responsabilidad de Daglish–. He acudido directamente a usted. En Roselet no hay nadie más que pueda ayudarlo.

Daglish salió sigilosamente de la casa y cerró la puerta sin hacer ruido. Se recostó en ella y apretó la madera con las palmas de las manos, como Pandora tratando de mantener en su sitio la tapa de su caja de desastres.

–¿Dónde está el doctor Zweigman? –preguntó en un susurro, pese a que el retumbo de las trompetas era tan estruendoso que habría bastado para ahogar el llanto de un niño de pecho.

–En el valle, cerca de Covenant Farm. Tendremos que ir en coche hasta el desvío y hacer el resto del trayecto a pie.

–Son muchos kilómetros. Nos llevará horas ir y volver.

–Será una excursión de toda la noche –dijo Emmanuel.

–Entonces, imposible –replicó Daglish, empalideciendo–. No puedo.

–¿Por qué no?

Emmanuel reconoció las señales de angustia, la cara ojerosa, el pánico contenido y el movimiento nervioso con que bajaba la vista al suelo; conocía hasta el último gesto de crispación por los años que había pasado descifrando la expresión de su madre. Mientras sonara la música, todo estaría en paz. Tan pronto como enmudecieran las trompetas, comenzaría una siniestra guerra doméstica.

–Jim está en casa –explicó Daglish–. En cuanto él llega, yo no puedo salir.

–Porque su deber es estar aquí, esperándolo, tanto si se pasa días en la carretera como si está en casa una noche –interpretó Emmanuel.

Daglish rascó la puerta con la uña, descascarillando la superficie.

–No sabe lo que me está pidiendo, oficial Cooper.

–Lo sé, créame –respondió él. El ciclo emocional del bebedor empedernido era una lección que el padre de Emmanuel le había enseñado con su ejemplo personal. Dos cervezas y el mundo era maravilloso y todas las bromas, graciosísimas. Cuatro copas y se volvían las tornas. Seis vasos vacíos y afloraban todos los agravios, todos los rencores.

–Puedo proporcionarle material de la consulta, todo lo que necesite, pero más de eso no puedo ofrecerle. Lo siento.

–La necesito a usted, doctora Daglish. No un rollo de vendas y un frasco de yodo.

La música cesó de golpe y la reemplazó el débil tintineo de unos hielos golpeando contra una superficie de cristal. Unos pasos hicieron crujir el suelo de madera.

–Vuelva al coche y espéreme ahí –dijo precipitadamente Daglish–. Traeré mi maletín médico en cuanto pueda.

–El doctor Zweigman no saldrá adelante sin su ayuda –dijo Emmanuel–. Y prometo llevarla y traerla a salvo.

Las pisadas llegaron a la puerta. Daglish tomó una bocanada de aire y contuvo el aliento.

–¿Qué haces ahí fuera, Margaret? –El hombre tenía acento mitad de colegio privado, mitad de club de oficiales.

–Estoy hablando con un paciente –repuso Daglish–. No tardaré mucho.

–Nos hemos quedado sin hielo y la maldita criada ha desaparecido.

–Voy a buscar una bolsa a Dawson's. –Se llevó un dedo a los labios para pedir silencio–. Cinco minutos.

–Despedir a la criada es lo que tendrías que hacer. Acarrear hielo es un trabajo de *kaffir*, válgame Dios, y esta mañana ya te has puesto bastante en ridículo en el pueblo.

–Sí, claro. No volverá a pasar.

Un gruñido y el repiqueteo de los cubitos de hielo en el vaso precedieron a la retirada de Jim hacia el salón. Emmanuel esperó a que Daglish relajara los hombros y respirase con normalidad. Comprendía la situación. Jim necesitaba hielo. Si se le suministraba en cantidades suficientes para que vaciara un par de botellas, cabía la posibilidad de que en vez de montar una bronca se durmiera en el sofá de cualquier manera.

–¿Qué está haciendo él aquí? –dijo Daglish a la vez que miraba por encima del hombro de Emmanuel y fruncía el ceño–. ¿Lo ha traído usted a mi casa, oficial?

Gabriel había salido del Chevrolet y pasaba sus dedos sucios sobre el arco de

rueda del Mercury descapotable. Sentarse en los impolutos asientos de cuero y tocar el claxon sería lo siguiente.

–Habíamos hecho un trato –le dijo Emmanuel al chico con exasperación.

–Esperé cinco minutos.

El adolescente se inclinó sobre el capó y admiró la suave luz que reflejaba la superficie encerada. Daba la impresión de que podría quedarse allí, con la nariz pegada a la pintura, hasta que anocheciera.

–Váyase, por favor –dijo Daglish–. Yo iré a por mi maletín médico y se lo llevaré a Dawson’s. Con él podrá ayudar al doctor Zweigman. Se lo prometo.

La libertad de elección estaba muy bien en teoría, pero en la práctica era una jodienda. Dentro de Emmanuel reapareció el espíritu del viejo soldado que lo había arrastrado por innumerables pueblos fantasma.

–*Así se hace, soldado. Pasa a la ofensiva.* –El sargento mayor tomó el control–. *Zweigman está jodido, desangrándose en el monte. Es una decisión a vida o muerte. Son aplicables las normas de la guerra. Haz lo que sea necesario para meter a Daglish en el coche.*

Emmanuel rodeó el coche y abrió el maletero.

–¿Ya es hora de irse? –preguntó Gabriel, levantando la vista desde el suelo; se había agachado para contar los radios de la rueda.

–Sí –dijo Emmanuel.

–*En el maletero hay suficiente espacio* –confirmó el sargento mayor–. *No te olvides de poner la radio muy alta cuando vayas saliendo del pueblo por si trata de abrirlo a patadas. Atarla no estaría de más.*

Habría que quitar de la circulación a Daglish y tenerla controlada, como se decía en argot militar. Emmanuel sabía que lo haría sin dificultad ni remordimientos. El sargento mayor tenía razón, había que aplicar las normas de la guerra.

–La doctora Daglish va a preparar una bolsa y nos la traerá a Dawson’s General Store. –Se dirigió a la parte delantera del coche, dejando levantada unos centímetros la tapa del maletero.

–Señor David Dawson –dijo Gabriel–. Solo Dinero en Metálico.

–Ese mismo.

La única vez que Emmanuel había estado en el almacén con Shabalala, el cascarrabias del tendero les había seguido como una sombra a la vez que calculaba el importe de las compras en un trozo de papel y mascullaba: «Solo dinero en metálico. No se fía. Política de la tienda». En esos momentos, Emmanuel se había preguntado si trataría igual a los lugareños blancos o si reservaba esa peculiar conducta para los visitantes europeos y los investigadores negros. Al parecer, Dawson distribuía equitativamente su paranoia entre todos los grupos raciales.

Emmanuel echó una ojeada a Daglish para calcular su altura y su peso. Era más alta que el promedio de las mujeres y bastante fuerte. Tendría que cogerla por sorpresa para inmovilizarla y cargarla en el coche.

–Deme las cosas ya, doctora. Deje para después el hielo de Jim.

–Cómo no. –Daglish puso una sonrisa forzada–. Las tengo en el sótano.

–*Síguela de cerca, pero no demasiado cerca, Cooper. Dale algo para que lo lleve ella al maletero. Así la tendrás a tiro.*

Gabriel terminó de contar los radios plateados y se levantó, satisfecho con la inspección del coche. Daglish, recelosa, retrocedió. Gabriel sonrió y dijo:

–Doctora Margaret Daglish, Finge Alegría, y señor Jim Daglish, Botellas Vacías.

–¿Qué has dicho? –La doctora se encogió como si le hubieran dado un bofetón.

–Doctora Margaret Daglish. –Gabriel señaló directamente al plexo solar de Daglish–. Finge Alegría.

–¿De dónde has sacado ese nombre? –preguntó la médica. En la quietud del jardín se oyó el sonido que hizo al tragar en seco.

Gabriel se encogió de hombros y pasó el dedo sobre el elegante contorno del Mercury descapotable, desde el capó hasta el maletero, impasible ante la expresión de estupefacción de la doctora.

–Finge Alegría y Botellas Vacías –repitió Daglish con una sonrisa desolada–. Qué listo es Gabriel.

–Le pone un nombre especial a cada árbol y a cada piedra. –Emmanuel se sentía como si fuera Shabalala defendiendo la habilidad de *baba* Kaleni para arrancar los vendajes de las heridas ocultas de su pasado.

–No es un nombre especial... es el nombre correcto –dijo Daglish–. Me paso el tiempo sonriendo y fingiendo estar alegre mientras la criada esconde las botellas vacías en el cobertizo trasero. Es patético. Hasta el chico se ha dado cuenta.

La crueldad involuntaria de Gabriel había dejado al descubierto la podredumbre que había en el centro de la vida de Daglish. Se había quedado inmóvil en medio de la vegetación primaveral, aturdida. Hacía un momento, el jardín era un lugar acogedor. Ahora que su tristeza había salido a la luz, parecía decadente y artificial..., el escenario de una vida imaginaria. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

–*Paciencia* –aconsejó el sargento mayor–. *No precipites las cosas, Cooper. Déjala que eche unas lagrimitas si le hace falta. Luego será más fácil de manejar.*

–Hace diez años éramos una pareja fabulosa –dijo Daglish–. Yo era la mujer más elegante de cualquier reunión y Jim, el piloto de las Fuerzas Aéreas

Sudafricanas más guapo de la base. Éramos el matrimonio ideal. Esa impresión daba entonces. Después terminó la guerra. Jim entró a trabajar de jefe de un taller mecánico, luego de capataz de una obra y, a continuación, de encargado de un café; y después tuvo otra docena de trabajos, ninguno le duraba más de seis meses. Yo continuaba practicando la medicina y era la que traía casi todo el dinero a casa. No hemos tenido hijos. Y hay que ver cómo estamos ahora. Finge Alegría y Botellas Vacías.

–Pasar de salvar el mundo a servir cafés es una transición difícil –comentó Emmanuel. Todos los exsoldados padecían estrés al reincorporarse a la vida civil, y algunos nunca llegaban a superarlo.

–Le da lástima –dijo Daglish, y se enjugó las lágrimas.

–Me dan lástima los dos –dijo Emmanuel.

Pues sí, él había pasado del ejército a la policía porque necesitaba crear orden en el caos y defender una idea del bien a costa de lo que fuera. La guerra terminó pero él siguió combatiendo hasta mucho después. Su matrimonio se desintegró mientras él perseguía un ideal.

En la casa pusieron en el gramófono *When the Lights Go On Again* de Vera Lynn.

–Antes era mi canción preferida –dijo Daglish–. Me moría de impaciencia porque terminara la guerra. ¡Qué vida iba a tener entonces!

–*Solo un minuto más, chaval. Reacciona. Salvar a Zweigman es más importante que la tragedia doméstica de esta moza.* –Al sargento mayor le gustaba recordarle a Emmanuel los objetivos de cada misión.

–Bueno, la guerra ha terminado, las luces se han encendido de nuevo y los muchachos han vuelto a casa, pero yo vivo en la oscuridad.

Daglish se volvió hacia Emmanuel, pensando ya en otra cosa.

–¿Qué tipo de herida? –preguntó con repentina decisión.

–Una herida de arma blanca en el hombro derecho. Profunda. Sangra a través del vendaje.

–Tendré que limpiarla, coserla y volver a venderla –Daglish interrumpió el minucioso examen que estaba haciendo Gabriel de la antena del Mercury al abrir la puerta del conductor y señalar los sofisticados asientos de cuero–. Puedes jugar ahí dentro hasta que el oficial Cooper y yo volvamos. ¿Me prometes no moverte de aquí?

–Prometido.

Gabriel se deslizó sobre el asiento de cuero de dos tonalidades y acarició el volante con los dedos, entusiasmado.

–Eso lo mantendrá entretenido un rato –dijo Daglish, y enfiló el camino lateral hacia el sótano, acompañada en su trayecto por la nostálgica oda a las

maravillas de los tiempos de paz que cantaba Vera Lynn—. Dígame qué necesitamos, oficial.

—Haz lo que te diga, Cooper —dijo el sargento mayor—. Se ha presentado voluntaria, no es necesario un reclutamiento forzoso.

Emmanuel aceptó sin analizarlo el milagro que estaba ocurriendo. El universo y Vera Lynn habían hablado.

A Zweigman no le había llegado su hora.

Todavía no.

La tentación de acelerar por la calle principal y salir a toda velocidad del pueblo era grande, pero Emmanuel contuvo ese impulso. Transportaba un cargamento insustituible. Un maletero atestado de material médico para tratar a Zweigman, comida y mantas, la mente enciclopédica de Gabriel y el valor recuperado de Daglish.

—Mirad. —Gabriel señaló el almacén general—. Solo Dinero en Metálico.

Un hombre blanco delgado con delantal de tendero de rayas azules y blancas acechaba a un turista blanco gordinflón que llevaba colgada del cuello una cámara reflex Brownie.

—¿Y esa quién es? —Daglish se apuntó al juego y señaló a una mujer cetrina que metía a presión a un niño diminuto en la parte de atrás de una camioneta Ford de caja abierta, abarrotada de punta a punta de niños desarrapados.

—Señora Beatrice Carson —dijo Gabriel—. Un-niño-al-año.

Daglish se echó a reír y bajó la ventanilla para que le diera el aire. Estaba exultante, en la cresta de la ola de su reciente libertad, pero Emmanuel sospechaba que al cabo de cinco horas, cuando solo tuviera la luz de las estrellas para alumbrar los recovecos oscuros de su interior, la ola rompería y Daglish se encontraría empantanada en el monte con cuatro desconocidos, preguntándose cómo había podido echar a perder así su vida.

Emmanuel redujo la velocidad a la entrada de la comisaría y echó un vistazo al aparcamiento. El comisario Bagley y dos hombres blancos vestidos con trajes de chaqueta azules, abolsados por el uso, y sombreros de fieltro despachurrados estaban junto a un Chevrolet negro de la policía: habían llegado el oficial Benjamin Ellicott y el agente John Hargrave de la policía judicial de West Street.

Gabriel se arrastró por el asiento hasta la ventanilla para ver mejor a los tres hombres reunidos en el patio de la comisaría. Apoyó un dedo en el cristal.

—El comisario Desmond Bagley —dijo—. Señor Póliza de Seguro.

A quince kilómetros del pueblo, con la sangre todavía zumbándole en los oídos, Emmanuel dejó de agarrarse al volante como si en ello le fuera la vida. Había conducido esos quince kilómetros intentado tranquilizarse y reprimiendo el impulso de pisar a fondo los frenos y extraerle información sobre el señor Póliza de Seguro a Gabriel Reed. Pero la prioridad número uno era volver junto a Zweigman.

Mantenía el indicador de velocidad en noventa, sin hacer caso a los gritos ahogados que lanzaba Daglish cuando chocaban piedras contra el chasis o una polvareda rojiza volvía opaco el parabrisas. Mientras conducía a toda velocidad por la superficie irregular de la carretera, miraba de vez en cuando el espejo retrovisor y procuraba idear el mejor método de hacer aflorar el caudal de información encerrado en el cerebro de Gabriel.

–Los nombres que das a los árboles y a los animales los has aprendido en los libros de ciencias. ¿De dónde sacas los nombres de las personas? –preguntó.

Gabriel iba arrellanado en el cálido asiento de cuero, contemplando las titilantes formas que la luz dibujaba en las paredes interiores del coche.

–Las personas me dicen quiénes son.

–Comprendo. –Emmanuel no comprendía nada, pero si no le seguía la corriente a lo mejor el chico se desanimaba y dejaba de hablar. Cambió de táctica–. ¿El señor Bijay Gowda es Billeto de Autobús porque vende billetes de autobús?

–Sí.

–¿La señora Beatrice Carson es Un-niño-al-año porque todos los años tiene un hijo?

–Claro.

–¿Y el comisario Desmond Bagley es el señor Póliza de Seguro porque vende seguros a los zulúes del valle?

–No a todos –dijo Gabriel–. Solo a Amahle.

Daglish captó el rumbo de la conversación y entrelazó los dedos con fuerza. Miró por la ventanilla. El sol vespertino caía sobre las copas de los árboles *marula* y largas sombras cruzaban la carretera. Era demasiado tarde para volverse atrás.

–Los seguros son caros –dijo Emmanuel–. Estoy convencido de que el comisario Bagley fue un agente de seguros amable y le dio una póliza a Amahle sin cobrarle.

–No –dijo Gabriel–. Ella la compró.

Un gran antílope parecido a una vaca que pastaba en la parte alta de la ladera distrajo a Gabriel. Pegó la nariz a la ventanilla y empañó el cristal con su aliento. El hilo que lo mantenía unido a la conversación previa se rompió.

–*Taurotragus oryx*. Alce del Cabo.

Después de eso, los nombres de un castaño del Cabo, una liebre, una mariposa amarilla y un matojo de flores silvestres color púrpura fueron derramándose de Gabriel como la leche de un cántaro roto. Emmanuel redujo a tercera, tomó una curva abierta y esperó a la oportunidad de volver a sacar el tema de Amahle. Faltaban tres kilómetros para el desvío a Covenant Farm. Gabriel saltaría del coche y echaría a correr descalzo por el monte antes de que él hubiera echado el freno de mano.

–No lo haga, por favor –le dijo Daglish a Emmanuel–. Está asustado. Nombrar todo dos veces le inspira seguridad. Vamos a darle tiempo para que se tranquilice.

–De acuerdo.

Era una buena sugerencia. Tenía información de sobra para pinchar al comisario y ver por dónde salía. Gabriel siguió desplegando sus conocimientos, y a algunas especies las catalogaba dos veces seguidas a una velocidad pasmosa.

–¿Cree que la mató el comisario? –susurró Daglish.

–Bagley reconoce haber estado en la zona nativa el viernes por la noche. Asegura que practicó dos arrestos. El libro de incidencias de la comisaría confirmará esa versión o demostrará que es falsa. La policía nativa también debió de estar allí. –Sacarle información a los agentes zulúes era un trabajo para Shabalala–. ¿A cuánto queda la zona nativa de Little Flint Farm?

–A unos quince kilómetros.

–Suficientemente cerca para que Bagley fuera a los dos sitios la misma noche.

Sin embargo, las cosas no encajaban si se entraba en detalles. Para sofocar una pelea en la reserva nativa, arrestar a dos hombres y, a continuación, adentrarse en el monte para asesinar a una muchacha, hacía falta una combinación de suerte e impecable planificación del tiempo, y, además, un manto que te volviera invisible: un policía blanco en un sendero *kaffir* llamaría la atención, sería tratado con deferencia y, después, suscitaría chismorreos cuando ya estuvieran a salvo en sus cabañas y *kraals*. Repetir la misma proeza en algún momento de los dos días siguientes para asesinar a Philani habría requerido habilidades sobrehumanas.

–Bagley está implicado en el asesinato de Amahle –dijo Emmanuel–. Pero no sé cómo. Todavía no.

Aparcó cerca del desvío de Covenant Farm, abrió el maletero y sacó el material. Sobre los montes se extendían sombras azuladas. El sol hacía

equilibrios encima del horizonte, descendiendo deprisa. Emmanuel cargó con el paquete más pesado y Gabriel abrió la marcha a través de un bosquecillo de manzanos jóvenes que resplandecía a la luz crepuscular. Helechos prehistóricos alzaban al cielo sus hojas, como gigantescas manos verdes.

Se olvidó de Bagley. El comisario era el problema del día siguiente. Un cielo bruñido se cerró sobre las copas de los árboles. Emmanuel rogó a Dios, a las hadas buenas y a las ráfagas de viento que levantaban las hojas que mantuvieran vivo a Zweigman hasta que llegara él con Daglish. Tenéis a Amahle y a Philani, argumentaba, ya es bastante. ¿Para qué llevaros a un viejo judío?

Los vendajes empapados en sangre se convertían en cenizas en la hoguera. Palos y hojas crepitaban y relucían. Emmanuel arrojó a las llamas la camisa de Zweigman y observó cómo se quemaba. Shabalala echó la arrugada chaqueta del doctor, que la sangre seca había dejado tiesa. Las nubes de humo se elevaron en el aire nocturno. El agudo aullido de un chacal de lomo negro llamando a su compañera para que acudiera adonde se había cobrado una presa rompió la quietud de la noche.

Emmanuel encontró la botella de brandy de melocotón casero robada en Covenant Farm y la descorchó. Le ofreció el primer trago a Shabalala, que titubeó. Los negros y los blancos no bebían de la misma botella a no ser que fueran vagabundos del parque o locos de atar.

—No se te presentará una oportunidad mejor para empezar a beber —dijo Emmanuel, y le acercó más la botella.

Shabalala aceptó el brandy, bebió un trago y sufrió un ataque de tos cuando el alcohol de ochenta grados le golpeó en el estómago. Le devolvió la botella a Emmanuel. Bebieron en silencio mientras contemplaban cómo las últimas hebras de la chaqueta de Zweigman se consumían en las brasas.

—¿Y ahora qué, oficial? —preguntó Shabalala.

—A esperar —dijo Emmanuel. Y a rezar y a hacer promesas y a negociar con el universo: mi vida por la suya, mi sangre para sustituir el charco rojo que mancha la superficie de la roca. Zweigman tenía una esposa y un hijo que lo necesitaban y debía volver a su lado. Emmanuel tenía una hermana a la que llamaba el primer domingo de cada mes. Ninguna promesa era tan valiosa como para que la balanza se inclinara a favor de Zweigman, pero a Emmanuel no se le ocurría otra forma de llenar el agujero negro que tenía dentro.

—Ya está, de momento. —Daglish echó el cobertor de plumas sobre el pecho desnudo de Zweigman y se levantó para estirar los músculos agarrotados. Toda la operación, desde la limpieza de la herida, hasta coser el tajo y aplicarle un vendaje nuevo, la había realizado a ras de suelo y a la luz de la hoguera—. Ha perdido mucha sangre. Tardará uno o dos días en recobrar fuerzas suficientes para moverse.

–Gracias, doctora –dijo Emmanuel. Ofrecía dos pequeñas palabras a cambio de la vida de Zweigman. No tenía otra cosa.

–Ha tenido que empujarme para que me lanzara. –Daglish se acercó al fuego y extendió las manos junto a las llamas–. Menos mal.

Emmanuel observó la cara de Margaret a la luz de las llamas. Resplandecía.

–Creo que disfruta estando aquí, una hechicera en la naturaleza salvaje –dijo.

–Sí, creo que sí –dijo Daglish–. Y ahora me gustaría beber un poco, si no les importa.

Shabalala carraspeó y miró al cielo nocturno, ofendido por la petición de la doctora. Las mujeres blancas respetables bebían en «bares para señoras» donde había mesas, sillas y unas normas sobre la vestimenta adecuada. Pegarle a la botella en compañía de unos policías era generalmente cosa de prostitutas y chicas malas. ¿Hasta dónde estaba dispuesta Daglish a saltarse las reglas?

–Esta noche compartimos la botella –dijo Emmanuel–. Shabalala y yo le llevamos ventaja.

–No se puede nadar y guardar la ropa, oficial. –La médica del pueblo estiró la mano para que le pasara la botella–. Y yo necesito un trago. Ahora mismo.

–Cómo no –dijo Emmanuel, y le dio el brandy a Daglish.

Shabalala no volvería a beber de esa botella por nada del mundo, y Emmanuel tampoco. Tratar a una médica de clase media como a uno de los muchachos parecía una falta de respeto.

–*L'chaim*. –Daglish levantó la botella hacia el fuego haciendo un brindis–. Por la vida.

Dio un trago largo y después otro, y se le llenaron los ojos de lágrimas. Emmanuel se preguntaba cómo se las arreglaba Daglish para ocultar tan bien aquella versión de sí misma. Y también dónde habría aprendido aquel brindis hebreo.

–Danny Einfeld. Escuela de Medicina de Durban –respondió la doctora a la pregunta que no había hecho, y vació la botella de golpe.

El chacal profirió una serie de escalofrantes aullidos en la oscuridad. Estaba más cerca. Shabalala arrojó una rama al fuego y las chispas flotaron hacia el cielo estrellado. Gabriel dormía acurrucado en un lecho de ropa robada, con las manos bajo la cabeza a modo de almohada. Zweigman respiraba hondo, al calor del fuego, plácidamente sumido en la bruma farmacéutica de la morfina que corría por sus venas. Emmanuel se agachó junto a la fogata y se sintió liberado de la carga de la inquietud y el sentimiento de culpa. Hizo planes para el día siguiente.

El primer sol del día atravesaba el manto de nubes e iluminaba las vueltas y revueltas de la «senda panorámica» que serpenteaba entre el hotel y la parte trasera de la comisaría. Emmanuel y Shabalala se agazaparon entre la hierba y esperaron. En pie antes del alba y vestidos con los trajes con los que habían dormido, parecían un par de salteadores de caminos planeando la emboscada de una diligencia. Un zulú cruzó el arroyo de la linde del terreno y caminó hacia ellos.

–Es él –dijo Emmanuel–. No hagas preguntas. Mírale a los ojos. Dile que sabes lo de Bagley y Amahle. Tiene una oportunidad, una sola, de echarle huevos, decir la verdad y ser un hombre.

–Me va a oír. –Shabalala se levantó con los brazos colgando con soltura a sus costados. Esa postura relajada resultaba en cierto modo más amenazadora que si se hubiera presentado agitando los puños. Shabangu, el agente zulú, hablaría.

–Nos reunimos bajo el sicomoro dentro de diez minutos y luego yo repetiré la actuación con Bagley. Usando la información facilitada por Shabangu para apretarle las tuercas. Al menos eso espero.

Emmanuel se retiró en dirección a la casa del comisario. Confiaba en que Ellicott y Hargrave, los reemplazos de Durban, se levantarán tarde. Basándose en esa premisa, Emmanuel y Shabalala contaban con una hora para cumplir las dos partes del plan y luego regresar junto a Daglish y a Zweigman, que seguiría profundamente dormido.

De la parte posterior de la casa del comisario salía un olor a café y a beicon. Emmanuel dobló la esquina y echó un vistazo al patio vacío. No había rastro de Bagley en las escaleras. El desayuno ya debía de estar en la mesa. Cruzó el cuadrado de tierra rastrillada, pasó junto al sicomoro y fisgó por la ventana de la comisaría. También vacía. Regresó al sicomoro y se situó de manera que el tronco lo ocultara a la vista desde la casa de Bagley.

Once minutos más tarde, Shabalala atravesó el patio de tierra con los andares de quien ha ganado un combate.

–Cuéntame –dijo Emmanuel, que quería participar de aquel entusiasmo.

–Shabangu dice que la policía se ocupó de Amahle en un par de ocasiones. La primera fue el día de invierno en que la dejaron olvidada en el pueblo. El comisario Bagley la llevó en coche a Little Flint Farm. La segunda vez fue el viernes por la tarde. –Shabalala hizo una pausa, disfrutando de la sustanciosa información que había conseguido–. Vino aquí y habló con el comisario en su

casa. Shabangu no oyó lo que decían, pero cuando se fue, Amahle andaba como una reina ante la que se van abriendo las aguas.

–Excelente. Ella Reed también dijo algo así... –Emmanuel trató de atrapar aquel retazo de conversación y lo consiguió–. Amahle volvió al probador con monedas tintineando en su bolsillo y un gesto muy satisfecho.

–El dinero se lo había dado el comisario –aventuró Shabalala.

–Se lo preguntaremos al propio Bagley. Entra en la comisaría y siéntate en la mesa del comisario. Yo traeré a Bagley dentro unos minutos.

–Pero oficial... –Shabalala conocía las reglas. Los policías blancos ocupaban las mesas del despacho principal; los policías negros, como los niños de la época victoriana, se quedaban en la habitación de atrás sin que nadie los viera hasta que los llamaran.

–Olvídate de las reglas –dijo Emmanuel–. Esta operación está fuera del reglamento del principio al fin. Hacemos lo que queremos y apechugamos con las consecuencias. Siéntate, juega con los bolígrafos, haz una llamada, si quieres.

–Tengo que hacer como si fuera mi mesa.

–Sí. Y no te muevas de ahí diga lo que diga Bagley. –Eso era insubordinación y una falta sancionable en las fuerzas policiales sudafricanas–. Si Bagley se atreve a informar de nuestra conversación al comandante del distrito, le diré al comandante que te lo ordené yo.

–Sentarse, no moverse –dijo Shabalala, a quien empezaba a gustarle la idea, aunque no estaba convencido de que fuera sensata. Los hombres blancos podían correr riesgos que no estaban al alcance de los hombres o mujeres de raza negra ni en sueños. El oficial Cooper corría riesgos que ningún hombre blanco en su sano juicio tomaría siquiera en consideración.

–Yo me ocupo de lo demás –dijo Emmanuel. El colofón habitual de «confía en mí» era redundante. La fidelidad, la lealtad y la confianza los sostenían sobre las arenas movedizas de aquella operación clandestina.

Shabalala asintió y se dirigió a la puerta principal de la comisaría. Un Land Rover cargado de suministros para las granjas del valle y un estrepitoso autobús blanco y azul, con el nombre regalo de dios pintado en un lateral, pasaron en dirección al pueblo. Shabangu, el policía nativo, entró sigilosamente en el patio y se puso a recoger del suelo palos y hojas arrastrados por el viento y a tirarlos a un bidón de basura. Emmanuel llegó a la puerta trasera de la casa del comisario y llamó un par de veces.

El picaporte giró con un chasquido y apareció una mujer fea, con el fino cabello rubio rojizo recogido en un moño. No tendría más de treinta años, pero el vestido verde de algodón que llevaba resultaba recatado incluso con los

criterios del siglo xix. Era de mangas largas abombadas y la falda casi llegaba al suelo.

–¿Qué desea? –preguntó con una voz dulce y titubeante.

–Vengo a ver al comisario –dijo Emmanuel. La pena que empezaba a sentir por aquella mujer, la misma a la que había visto espiando desde la ventana a su marido al amanecer mientras él fumaba como un carretero, no formaba parte del plan.

–¿Quién le digo que pregunta por él?

–El oficial Cooper, de la policía judicial. ¿Puede decirle que lo espero en la comisaría?

–Está desayunando –se le atropellaron las palabras, como si hubiera visto un cruce de caminos peligroso delante y estuviera dando un volantazo para evitar un choque.

–Seguro que quiere verme –dijo Emmanuel, y añadió–: Si el comisario no puede venir a la comisaría, dígame que entraré con mucho gusto a hablar con él mientras desayuna.

Las hijas de Bagley salieron al pasillo empujándose. Se pusieron de puntillas para tratar de mirar hacia el patio por encima de su madre.

–¿Dónde está su amigo? –preguntó a voces la niña mayor–. ¿El negro?

–Callaos y volved a desayunar. –La señora Bagley ahuyentó a las niñas hacia una de las habitaciones que daban al pasillo y lanzó una mirada de preocupación a Emmanuel.

Él inclinó su sombrero y se encaminó a la comisaría. Esa noche, cuando se hubiera puesto el sol y la luna brillara sobre las montañas, probablemente la señora Bagley se volvería hacia su marido y preguntaría con dulzura: «¿Qué ha pasado?». El comisario Bagley la miraría a los ojos y diría: «Nada importante». Le mentiría, y no por primera vez, de eso Emmanuel estaba seguro.

Se agachó para entrar en el bajo edificio de arenisca y cerró la puerta. El golpe de efecto de ver a un corpulento zulú sentado tras el escritorio de un comisario era tan inmediato como contundente. Dependiendo del punto de vista del observador, Shabalala era un sueño hecho realidad o una pesadilla colonial que había cobrado vida.

–Quedas muy bien ahí –dijo Emmanuel, y se pegó a la pared de detrás de la puerta. Lo primero que vería Bagley sería el mundo al revés, un negro ocupando el lugar del jefe. Si eso no desestabilizaba al comisario de Roselet, nada lo haría.

Unos pasos presurosos atravesaban el patio, acercándose.

–Relájate, haz el favor –dijo Emmanuel–. Escríbele a tu mujer en papel oficial. Cuéntale cuánto disfrutas vestido de traje de chaqueta y sentado detrás de un escritorio como un blanco gordinflón.

Shabalala sonrió y abandonó la postura rígida de ladrón a quien han pillado mientras robaba dinero de la caja de colectas para los pobres de la iglesia. Sacó un papel de un cajón y escogió un bolígrafo de entre los que estaban ordenados en fila sobre la mesa. La puerta de la comisaría se abrió de golpe. Entró Bagley, con el uniforme planchado, los zapatos negros relucientes y la cara como una bolsa de papel arrugada.

–¿Qué coño haces ahí, mozo? –preguntó, escandalizado por la visión de un negro sentado en su sillón, tocando sus bolígrafos y sus papeles.

–Estoy escribiéndole a mi esposa, que está en Durban –dijo Shabalala.

Bagley se aproximó más.

–¿Es así como el oficial Cooper gasta bromas?

–¿De verdad creía que se iba a librar de nosotros con tanta facilidad, señor Póliza de Seguro? –Emmanuel cerró la puerta de la comisaría con un golpe seco y se recostó contra ella–. ¿Que le bastaría con llamar a un granjero, conseguir que un general echara espuma por la boca y que nos enviaran a casa, a meternos en la cama sin cenar?

Bagley giró sobre sí mismo, con la vena delatora palpitándole en la frente.

–Es una decisión oficial. Ya no está a cargo del caso, Cooper. Cuanto más tiempo se quede, más graves serán sus problemas.

Emmanuel dirigió la vista hacia Shabalala, que seguía sentado tras el escritorio.

–El comisario Bagley está preocupado por nosotros. Ha dejado que se le enfríen los huevos y el beicon del desayuno para venir a decirnos personalmente que hemos sido malos chicos y que el maestro, ¿o quizá el general?, nos va a azotar con la vara.

–Ha sido muy amable por su parte, oficial –dijo Shabalala.

–*Ja*, muy amable. –Emmanuel volvió a mirar a Bagley–. No se apure por nosotros, comisario, nos hemos visto en peores situaciones. Tendría que preocuparse por sí mismo, por su familia y su pensión de policía.

A Bagley le subió y le bajó la nuez por la garganta.

–Mi pensión no es asunto suyo.

La pensión era una recompensa exigua pero importante por toda una vida de trabajo mal remunerado, y constituía la base de las fantasías sobre la jubilación de todo policía. Era un recordatorio mensual de que los sacrificios realizados para mantener el orden en Sudáfrica se recordaban y premiaban.

–Personalmente, no soy partidario de retirar la pensión a un policía que ha cometido un error estúpido. Todos somos humanos y nadie está libre de equivocarse –dijo Emmanuel–. Amahle era joven y guapa. Es fácil entender lo que sucedió.

–No sucedió nada. –Bagley se presionó con la mano el lugar de la frente que

le palpitaba—. Se ha hecho una idea equivocada.

—Entonces, ¿mintió al decir que no conocía a Amahle porque...? —Emmanuel dejó la frase inacabada.

—Sabía que daría mala impresión. Que conociera a una chica negra asesinada.

—Menudo cuento. —Emmanuel volvió al ataque—. La llevó a Little Flint Farm, se paró a un lado de la carretera y se la tiró en la parte trasera de la furgoneta. Por eso mintió y dijo que no la conocía.

La autopsia realizada por Zweigman demostraba que no era posible y, sin embargo, esa acusación hizo que Bagley trastabillara un par de pasos hacia atrás. Chocó contra el mostrador de la comisaría, sudando a chorros.

—No fue así. Lo juro.

Emmanuel despachó a Bagley con una mirada y dijo:

—Coge el teléfono, Shabalala. Que la operadora te ponga con la brigada antivicio de Durban. Diles que tenemos un chivatazo para ellos. Un apasionante caso en el que están implicados un policía casado y una muchacha asesinada.

—No. —Bagley estiró los brazos, como si quisiera detener el tiempo—. Espere. Por favor.

—No voy a esperar para que me venga con más *kak*. Cuénteselo a los de la brigada cuando lleguen.

El comisario se llevó una mano al pecho.

—Juro por la vida de mis hijas que le diré la verdad. Cuelgue el teléfono y déjeme hablar.

Emmanuel indicó por señas a Shabalala que dejara el auricular en su sitio.

—De acuerdo, hablemos.

—Solo usted y yo. —Bagley miró al suelo de hormigón—. No puedo contarle delante de un *kaffir*.

—¿Se refiere al agente Shabalala?

Bagley carraspeó y dijo:

—Sí, al agente Shabalala.

Si vivías en la cúspide de la escala racial y había una fuerte sacudida, al caer te pegabas un buen batacazo. La mala conducta se daba por hecha en los que ocupaban los escalones inferiores. Pero los arranques de violencia o las aventuras sexuales desafortunadas de un hombre o una mujer blancos desacreditaban a toda la raza europea; convertían en pura palabrería la superioridad moral de los blancos.

Shabalala echó el sillón hacia atrás y se levantó.

—Voy a dar un paseo.

—No te alejes mucho —dijo Emmanuel, y se apartó de la puerta. El reloj de pared marcaba las siete y treinta y cinco—. Vuelve dentro de diez minutos.

–*Yebo*, oficial.

Bagley y Shabalala evitaron mirarse a los ojos cuando el policía zulú salió y empezó a pasear por el patio.

–Siéntese. –Emmanuel tiró su sombrero sobre el mostrador, dispuesto a empezar. El tictac del reloj resonaba en el silencio.

–¿Le importa si me pongo junto a la ventana para fumar un cigarrillo? –preguntó Bagley.

–Haga lo que quiera.

Emmanuel se quedó cerca del comisario por si estaba tan desesperado como para saltar por la ventana y tratar de huir.

–Sé lo que está pensando. –Bagley sacó de su chaqueta un paquete de Dunhill y cogió un cigarrillo–. Policía blanco guarro. Pobre chica negra asustada. Se equivoca. La situación con Amahle fue justo la contraria.

–¿Chica negra guarra y pobre policía asustado? –Emmanuel no suavizó el sarcasmo. No tenía tiempo para escuchar excusas. Un simple relato de qué había pasado y cuándo bastaría–. La dejaron olvidada en el pueblo, usted la llevó de vuelta a Little Flint Farm. ¿Qué más?

–¿Ve?, ese es su primer error, Cooper. –Bagley encendió el cigarrillo, dio una larga calada y echó el humo por la nariz–. No se olvidaron de ella. Estaba escondida detrás del almacén general, esperando a que llegara Regalo de Dios. El capataz de la granja retrasó quince minutos la salida hacia Little Flint, luego se hartó y se puso en marcha sin ella.

Regalo de Dios era el autobús que Emmanuel acababa de ver entrando en el pueblo por Greyling Street. Aquel día, Amahle no se perdió ni la dejaron tirada, estaba fugándose.

–¿Tiene idea de adónde iba?

–A Pietermaritzburgo –dijo Bagley–. Y, desde ahí, a Durban. Encontré el billete en su bolsillo después de que me llamara Reed para decirme que la buscara y la llevara a la granja. –Bagley dio una calada. El recuerdo de cómo lo enviaron a perseguir a una criada como misión prioritaria aún le fastidiaba.

Emmanuel abrió más la ventana para que entrara el aire fresco.

–Dos autobuses. Iba a ir hasta Durban. Un viaje muy largo para una chica zulú de un pueblo perdido –dijo Emmanuel. Pensó en la cantidad de veces que él se había escapado del internado Fountain of Light sin lograr llegar a la ciudad.

–Ese es su siguiente error, ¿ve? La muchacha no era la típica nativa. Llevaba en el bolsillo dos libras y un mapa de Natal, y ni el viaje ni yo le dábamos miedo.

–¿Iba sin equipaje?

–Yo no lo vi, desde luego.

Eso sorprendió a Emmanuel. El pintalabios, el cepillo de dientes y el esmalte de uñas que el jefe Matebula había tirado al suelo pertenecían a una chica que deseaba usarlos, aun cuando fuera en un futuro lejano. No tenía sentido que se hubiera marchado sin una maleta o una caja con sus objetos de lujo.

—*Ja?* —le dijo a Bagley para que continuara. Los cabos sueltos podría atarlos más adelante.

—El agente Shabangu la acompañó hasta las afueras del pueblo y yo la recogí allí.

—¿Para qué caminar tanto si la comisaría está más cerca?

Bagley arrojó la ceniza al patio. Tardó un minuto en inventar la razón por la que habían desviado a Amahle de la comisaría a la periferia de la población.

—Me pareció conveniente mantener en secreto que se había escapado. Por el bien de los Reed.

—*Y una mierda empapelada, Cooper* —dijo el sargento mayor—. *Aplasta contra la pared a este cabrón y dile que no te haga perder más tiempo. Estaba planeando trajinarse a la chica y cubrió sus huellas desde el principio.*

—Puso su granito de arena para apaciguar los ánimos de los nativos... —De un manotazo, Emmanuel le arrancó el cigarrillo de los dedos. Salió volando por la ventana y cayó al suelo, donde siguió consumiéndose. Entonces le clavó un dedo en el pecho al comisario para que le prestara atención—. Es usted un mal mentiroso y un cobarde. Volvamos a empezar. Yo le voy a decir la verdadera razón por la que mandó a Amahle al cruce de caminos y luego usted termina la historia sin mencionar sus buenas intenciones. ¿Entendido?

Bagley asintió con la cabeza y desvió la vista. No le quedaba más remedio que escuchar a Cooper.

—Usted quería pasarse por la piedra a Amahle y le daba miedo que se descubriera si su mujer los veía juntos. La mandó a las afueras para protegerse. No tuvo nada que ver con los Reed. Ahora le toca a usted, desembuche deprisa.

Bagley mantuvo el rostro vuelto hacia otro lado.

—Se subió a la furgoneta. Salimos por la carretera. No dijo ni una palabra en todo el trayecto hasta el desvío hacia el valle. Reconozco que yo iba pensando en qué se sentiría, en qué se sentiría al tocarla, pero le juro que no pasé de eso. Solo lo iba pensando.

Había una cita bíblica a propósito de que el adulterio siempre comenzaba en los pensamientos de los hombres, pero Emmanuel no recordaba las palabras exactas.

—Empezó ella. Estiró el brazo y me puso la mano en el muslo y luego fue subiéndola para desabrocharme los pantalones. —Bagley tragó saliva y fijó la vista en el exterior de la comisaría—. Me desvié hacia la cuneta y aparqué. Ella terminó lo que había empezado.

–¿Con la mano o con la boca? –preguntó Emmanuel. El grado de intimidad tenía su importancia.

–Con las dos –dijo Bagley–. Pero juro por Dios que no la toqué. Dejé las manos sobre el volante todo el rato.

–Bueno, entonces no pasó nada. Apuesto a que tampoco gritó al final.

El cuello y las mejillas de Bagley se cubrieron de manchitas rojas moteadas. Vaya, claro que gritó, probablemente espantó a los pájaros de los árboles y a los conejos de sus madrigueras. Bagley creía que haberse quedado agarrado al volante lo eximía de reconocer su participación en el acto y, por extensión, su disfrute.

–Después me abroché la bragueta. –Bagley no paraba de meter y sacar de su bolsillo el paquete de tabaco– y se sentó como si no hubiera pasado nada. Ni una palabra, ni una mirada de reojo. Era como si estuviera en otra parte. La llevé a Little Flint y la dejé allí, sabiendo que algún día me pasaría factura.

–¿Le ofreció dinero a Amahle?

–Por supuesto que no. –La sugerencia le había ofendido–. Eso es prostitución.

Emmanuel sonrió para evitar reírse de la respuesta absurda y mojigata de Bagley.

–Los valores morales elevados salen muy caros, comisario –dijo–. No están a su alcance.

Afuera, Shabangu, el agente zulú, rastrillaba el patio. La figura de Shabalala se veía al otro lado de la explanada, regresando ya a la comisaría. El tiempo volaba.

–Amahle se presentó en la comisaría el viernes –dijo Emmanuel–. Unas horas antes de desaparecer.

–Una cosa no está relacionada con la otra. –El rostro del comisario se contrajo de miedo y empezaron a salirle las palabras a borbotones–. Me pasé cuatro meses muerto de preocupación por si me descubrían, me arrestaban y perdía mi trabajo, a mi mujer, a mi familia. Cuando vi entrar a Amahle por esa puerta fue un alivio. Cinco libras para comprar la paz de espíritu... Las pagué con mucho gusto y la cuestión quedó zanjada.

Cinco libras eran un buen pellizco para el sueldo de un comisario, sobre todo para uno que debía mantener a su mujer y a sus dos niñas.

–Hasta que se le acabara el dinero y volviera a por más –dijo Emmanuel–. El chantaje es un negocio a largo plazo.

–No le interesaban unas cuantas libras por aquí y por allá. No era eso. Tenía un objetivo: irse de Roselet. Me dijo que con cinco libras no volvería en mucho, mucho tiempo, y yo la creí.

Cinco libras más las dos de la paga, sumaban siete libras que Amahle llevaba en el bolsillo a última hora del viernes: una cantidad en metálico enorme para

una sirvienta. Si el dinero que la madre de Philani había dejado en la roca era lo que quedaba del salario de Amahle, ¿dónde estaban las cinco libras?

–Está mintiendo sobre el soborno –dijo Emmanuel. Los profesionales de las apuestas de caballos y los magnates del azúcar iban provistos de carteras abultadas; los comisarios de pueblo llevaban unas cuantas monedas tintineando en el bolsillo–. Amahle no llevaba nada encima. Ni un céntimo.

–Pues se lo habrían robado –dijo Bagley–. Se marchó de aquí con el dinero. Por mi honor.

–Mala garantía me da, comisario. ¿De dónde sacó usted las cinco libras?

El reloj hacía tictac. El silencio se prolongaba. Bagley se pasó el dorso de la mano por los labios. Miró por la ventana. Sus hijas se entrenaban en dar volteretas laterales en el patio, arrastrando por la tierra recién rastrillada sus largos mechones de pelo de color vivo y retorciendo sus blanquecinos brazos y piernas.

–¿Tiene usted mujer e hijos, Cooper? –preguntó el comisario.

–Ninguna de las dos cosas –dijo Emmanuel, fastidiado por aquel giro de la conversación. La inviolabilidad de la familia otorgaba a los culpables una docena de excusas para infringir la ley, y él no estaba interesado en escuchar ninguna de ellas–. ¿Qué tiene que ver eso con las cinco libras?

–Pues que yo estoy dispuesto a mendigar, a pedir prestado o a robar para proteger a mi mujer y a mis hijas. Un soltero no es capaz de comprenderlo.

–Es verdad, pero un soltero quizá hubiera tenido la prudencia de rechazar que una adolescente negra le hiciera una mamada. Ahora dígame de dónde sacó el dinero, comisario.

Bagley hizo un ademán hacia su escritorio sin apartar la vista de sus hijas, que en esos momentos seguían sigilosamente a Shabalala por el patio.

–De la caja de dinero para gastos. Lo saqué de ahí.

–No mendigó ni pidió prestado..., lo robó –dijo Emmanuel.

Con el dinero de esa caja se compraba el papel, los lápices, el té, el azúcar y otras cosas de consumo cotidiano. Echarle mano era una especie de tradición policial. Un puñado de recibos falsos justificaba las pérdidas: dinero fácil si el robo pasaba inadvertido, pero todo un desastre si se descubría. Bagley había arriesgado su puesto por sobornar a Amahle. La alternativa era peor: un devaneo con una menor negra, por breve que fuera, suponía la pérdida del cargo, de la reputación y de la familia si se hacía público.

–Lo hice por mis niñas y por mi mujer –dijo Bagley, y se volvió hacia Emmanuel–. Por ellas. ¿Lo entiende?

–Reconozca que lo hizo por salvar el pellejo y quizá pase por alto la procedencia del dinero. Siga intentando que me trague esas gilipolces de mi familia-ante-todo y cogeré el teléfono para denunciar el robo. Usted elige.

Bagley se pasó la mano por el pelo y resopló.

—Si mi mujer se enterase de que había dejado que me tocara una nativa, aunque no hubiera pasado de un achuchón, lo nuestro se acabaría. No quiero estar solo. Por eso cogí el dinero.

—Bien. —Emmanuel ya estaba listo para pasar a la siguiente fase del interrogatorio—. Estuvo en la zona nativa el viernes por la noche, no muy lejos de Little Flint.

—*Ja*, estuve allí.

—Desplazarse entre esos dos sitios era fácil, sobre todo para un hombre que iba en coche y quería recuperar las cinco libras que le había dado a una chica negra libertina.

—Mire... —Bagley se precipitó al escritorio y abrió el cajón de arriba. Lo revolvió en busca del libro de incidencias, lo encontró y pasó las páginas hasta el viernes—. Cinco cuarenta y cinco, informan de una pelea en la zona nativa. Siete y cuarto, se presentan cargos contra dos hombres por haber causado graves daños corporales y se los encierra en el calabozo. Justo después me fui a cenar. Que mis muchachos le confirmen lo de la zona nativa. Estuvieron a mi lado en todo momento. Mi mujer estaba leyendo un libro en la cama y vino al salón pasadas las nueve para darme las buenas noches.

Bagley cerró el cuaderno. Tenía una coartada sólida y tres testigos fiables para la noche del asesinato de Amahle. No la había matado él.

—¿Por qué no inscribió su nombre sobre la marcha y al menos fingió que la buscaba? —Eso aún tenía desconcertado a Emmanuel.

—Regalo de Dios sale de la estación de autobuses a la una y cuarto los sábados por la tarde. Confiaba en que Amahle se hubiera subido a él. Rogué que estuviera de camino a Pietermaritzburgo y luego a Durban.

Era lo primero que Bagley decía con total sinceridad sin que Emmanuel le diera pie o lo amenazara. Emmanuel miró por la ventana para ver dónde estaba Shabalala.

Las hijas de Bagley se habían plantado delante del agente zulú, con los brazos en jarras, cortándole el paso. Un hombre blanco podría apartarlas y seguir andando. Un hombre negro tenía que idear una forma educada de quitárselas de encima sin ofenderlas. Emmanuel se inclinó hacia la ventana abierta y aguzó el oído.

—¿Qué eres? —preguntó la hermana pequeña.

—Soy un hombre —dijo Shabalala.

Las hermanas fruncieron el ceño y sus cabezas cobrizas se inclinaron simultáneamente a la derecha mientras sopesaban lo que había dicho Shabalala.

—¿Una clase de hombre especial? —preguntó la hermana mayor.

—No. Un hombre sin más.

–Tienes un aspecto distinto y vistes diferente de los *kaffirs* normales. – Examinó a Shabalala de pies a cabeza, convencida de que estaba en su derecho de hacerlo–. ¿De dónde sacas tu ropa? ¿De la tienda de una persona blanca?

–No he comprado esta ropa en una tienda –dijo Shabalala–. Me la hizo una amiga.

–¿Una novia? –intervino con voz aguda la hermana pequeña, viendo la oportunidad de internarse más en territorio prohibido.

–No –repuso Shabalala con una sonrisa desganada–. La mujer que cortó y cosió esta ropa se llama Lilliana Zweigman y no es más que una amiga.

–Mamá nos hace los vestidos y los bombachos, pero nada tan bonito como lo que tú tienes. –La hermana mayor tiró del cuello del vestido marrón de algodón, holgado y recto, que caía desde sus hombros como un saco de patatas. Se mordió el labio, echó una ojeada nerviosa a la puerta trasera de la casa y le cogió la mano a Shabalala apresuradamente. La colocó con la palma hacia arriba y puso su mano encima para comparar los tamaños.

–¡Cáscaras! –exclamó–. Ven a ver esto, Dolly.

La niña pequeña miró boquiabierta el diminuto puño de su hermana encajado en la palma de Shabalala como un frágil huevo en el nido.

–Quítate, Rosie –le rogó–. Déjame a mí.

Shabalala extendió la otra mano como un mago materializando un as de diamantes de la nada.

–Mira –dijo Dolly–. El interior de su mano es casi del mismo color que las nuestras.

Dentro de poco, so pena de muerte, Dolly y Rosie no se acercarían a un negro desconocido ni permitirían ningún contacto íntimo con quienes estaban al otro lado de la barrera del color. En Sudáfrica, la comparación de las manos estaba estrictamente reservada a los niños.

–Qué maravilla –dijo Dolly cuando Shabalala cerró lentamente los dedos alrededor de cada minúsculo puño y los hizo desaparecer por completo–. Ni siquiera papá es capaz de hacer eso.

–¡Niñas! –las llamó una estridente voz femenina desde la puerta trasera de la casa del comisario–. Entrad, deprisa.

Shabalala abrió las manos y se apartó cortésmente de las niñas dando un paso atrás. Hundió las manos en sus bolsillos y desvió la mirada hacia Greyling Street, ausentándose del patio.

–Pero mamá... –dijo Rosie–. Todavía no hemos terminado.

–Ja –añadió Dolly–. Déjanos un minuto más.

–¡Entrad ahora mismo! –La señora Bagley mantuvo abierta la puerta para sus hijas, que se encaminaron a la casa con insolente lentitud. Echaron otra mirada a Shabalala desde el porche.

–Adiós, señor –dijo Rosie.

–Adiós –dijo Shabalala. Y las niñas se apresuraron a entrar.

Emmanuel se volvió desde la ventana, dispuesto a advertirle al comisario del pueblo que ni él los había visto ni ellos lo habían visto a él. Bagley estaba de pie junto a su escritorio, pálido y descompuesto. El comportamiento de sus hijas con Shabalala había hecho brotar sudor en su frente.

–Relájese –dijo Emmanuel–. La curiosidad no está penada por la ley.

–De momento, no, hasta que tengan unos años más. –Bagley cerró el libro de incidencias y lo deslizó hacia el interior del cajón–. Entonces ese tipo de curiosidad sin lugar a dudas lo estará.

Emmanuel cogió su sombrero y se preparó para salir a la calle principal con Shabalala. La puerta de la comisaría se abrió. El oficial Benjamin Ellicott y el agente John Hargrave, de la policía judicial, con trajes negros abolsados y corbatas brillantes, ocupaban todo el vano.

–Oficial Cooper –dijo Ellicott–. Está hecho una mierda y huele a fuego de campamento.

De un metro sesenta y cinco y menos de cincuenta kilos, Ellicott compensaba con testosterona su constitución menuda. Superaba a oponentes más pesados en el cuadrilátero del gimnasio de la policía y gozaba del respeto de los demás investigadores, que admiraban la rapidez con que extraía confesiones.

Hargrave le sacaba seis años a Ellicott, pero no estaba a su altura ni en rango ni en inteligencia. Tenía en su haber el récord indisputado del departamento de beber veinte chupitos de whisky en tres minutos, y se le notaba.

Emmanuel se reclinó contra el mostrador, atento a no hacer una salida precipitada.

–Fui a la reserva de Kamberg a ver las pinturas de la cueva y me perdí con el coche al volver. He tenido que pasar la noche en el monte. Casi se me congelan los huevos.

–¿Ha estado molestándole Cooper con preguntas relativas a la investigación, comisario? –Ellicott entró en la sala y se dejó caer en el sillón del jefe de la comisaría.

–No, señor –dijo Bagley–. Cooper ha venido a despedirse.

–Se supone que tenía que estar ya en West Street por orden del general Hyland. –Ellicott estiró las piernas y entrelazó las manos detrás de la cabeza–. ¿Por qué sigue aquí, metido en mi investigación?

–He estado viendo las pinturas y ahora vuelvo a Durban. –Emmanuel rodeó el extremo del mostrador y pasó junto a Hargrave.

–Pinturas de una cueva –dijo Ellicott con notorio desdén–. Ese inspector holandés, el zulú y usted son tal para cual, igual de maricones, hay que joderse.

Emmanuel estiró la mano hacia el picaporte sin decir nada.

–Un momento, Cooper –dijo Ellicott–. No he acabado.

Hargrave se acercó a Emmanuel y esperó a la orden de agarrarlo del cuello de la camisa o retorcerle un brazo. Su aliento olía a café y a caramelos de menta, con los que pretendía camuflar las huellas del alcohol. Pero no funcionaba. El olor a cerveza rancia y a bourbon emanaba de todos los poros de su cuerpo.

–Ja? –Emmanuel miró a Ellicott, que estaba tan relajado tras el escritorio del comisario como si fuera suyo. Bagley se contentaba con el antepecho de la ventana.

–Es usted un investigador de los nuevos, de los que hacen listas de datos pero no confían en su instinto visceral. ¿Acierto?

Emmanuel se encogió de hombros. Sin la posibilidad de pelearse a puñetazos, Ellicott no tardaría en perder interés en él.

–No sé si tendrá algunas sugerencias que hacernos a Hargrave y a mí sobre cómo cogerle la mano a un sospechoso y hablarle con dulzura.

–Usted lleva más tiempo en el cuerpo que yo, oficial. –Emmanuel le dio a Ellicott lo que quería: el reconocimiento de su experiencia superior–. No puedo contarle nada que usted no sepa sobre ser policía.

–Así es, Cooper. –Ellicott se aflojó la corbata, preparándose para una larga jornada junto al escritorio por orden del general Hyland–. Ahora, váyase cagando leches a West Street.

–Con mucho gusto.

Emmanuel escapó al patio. Shabalala estaba esperándolo al fondo de la entrada de coches de la comisaría. Dos chicos negros que pasaban por ahí aflojaron el paso para mirar de reojo al negro que iba vestido como un *baas* blanco.

–Oficial... –dijo Shabalala a la vez que inclinaba la cabeza, un saludo con el que le estaba preguntando: «¿Ha sido muy desagradable?».

–Las gilipolces de siempre –dijo Emmanuel–. Nada que valga la pena repetir. ¿Y tú?

–Me han dicho que tengo que volver a Durban. Aunque no con unas palabras tan amables.

–Y volveremos. En cuanto hayamos terminado. Tenemos que comprobar algo en el pueblo. Por el camino te pondré al día de lo que me ha contado Bagley.

Emmanuel giró a la izquierda por Greyling Street. Un metro más allá del café, un estrecho sendero circunvalaba las tiendas por detrás. Lo habían abierto a fuerza de pasar por ahí los sirvientes que utilizaban las entradas para personas que no eran blancas de los edificios solo para blancos. Sentado en un cajón de madera detrás del café, un pinche de cocina pelaba las patatas de un saco con un cuchillo de mondar. Del interior salía el ruido metálico de la cubertería mientras el personal ponía las mesas para el menú especial de cordero asado y puré de patatas.

A continuación estaba Dawson's General Store. Anexa a la trasera del edificio había una casita con un porche elevado con vistas a un patio desastrado y a un gallinero.

–Por aquí. –Emmanuel avanzó hasta el porche elevado y se agachó. Bajo la plataforma había sitio suficiente para que se ocultara un niño que estuviera jugando al escondite–. Busca detrás de los postes y en el suelo alguna superficie irregular donde hayan podido excavar un hoyo y luego taparlo.

Shabalala se dobló por la cintura y empezó la inspección por el extremo opuesto, caminando como un cangrejo a lo largo del porche. Unas gallinas cloqueaban y picoteaban en la tierra buscando gusanos. Emmanuel estiró el brazo y sacó un pesado saco de lona de debajo del porche. Al ver que estaba lleno de maíz seco, lo empujó hacia su sitio.

–Oficial. Aquí. –Shabalala extrajo una pequeña maleta negra del fondo del hueco del porche. Los lomos y las asas de cuero estaban cubiertos de telas de araña y rastros plateados de caracoles.

–Ya lo tenemos. –Emmanuel desempolvó la cerradura a soplidos y abrió la tapa. La nueva vida de Amahle estaba guardada dentro. Cuatro vestidos, un jersey y un par de zapatos negros ribeteados de rojo–. Su plan era volver a recogerla.

Bagley tenía razón al decir que Amahle estaba en otro sitio cuando terminó de satisfacer sus ansias secretas. Mentalmente estaba allí: la maleta sujeta entre sus brazos, las ruedas del autobús levantando polvaredas rojizas y después, justo a la hora del crepúsculo, el contorno difuso de una ciudad recorrida por luces eléctricas surgiendo a su alrededor como un sueño hecho de ruido, tráfico y posibilidades.

–Nada más –dijo Shabalala.

–Nada más –corroboró Emmanuel mientras pensaba en el plan frustrado de Amahle. Qué meticulosa había sido, hasta se había comprado una póliza de seguro de viaje con una felación rápida hecha junto a la carretera para asegurarse de no estar indefensa la próxima vez que enviaran a Bagley a buscarla y a llevarla a Little Flint Farm. Emmanuel fue levantando una a una las capas de ropa para ver si encontraba las cinco libras del soborno.

–Ni un penique –dijo, y cerró la maleta–. Si Amahle pensaba irse del pueblo, se me ocurre un sitio donde pudo haber gastado el dinero que le dio Bagley...

Cargado con la maleta, Shabalala siguió a Emmanuel por el sendero de hierba, que giraba otra vez hacia la calle principal pocos metros más adelante. Una muchacha negra se aproximaba con un rollizo bebé blanco atado a la espalda y un niño de pelo rubio blanquecino que caminaba torpemente a su lado. Se apartó al acercarse Emmanuel y bajó la cabeza para evitar el pecado de tener contacto visual con un europeo. El bebé le puso los deditos gordezuelos en el cuello e hizo rodar un pellizco de piel entre el pulgar y el índice, disfrutando de su textura sedosa.

El Partido Nacional dividía a la población en grupos basándose solamente en

el color de la piel, pero Amahle Matebula y aquella sumisa chica zulú con una media sonrisa en los labios no tenían nada en común salvo el color. Amahle, la hermosa, sabía detectar las debilidades masculinas y poseía la audacia de soñar con un futuro pintado de colores puros y brillantes.

Bijay Gowda, el señor Billete de Autobús, estaba encaramado en un taburete alto tras la ventanilla con cristal de seguridad de una cabina que tenía estampadas en la parte de arriba las palabras jefe de taquilla. Frisando la cincuentena, con el cabello blanco y ralo, ojos negros pequeños y una nariz prominente, Gowda parecía un pájaro secretario anidado entre el mostrador de escasa altura que tenía delante y el armario abierto de detrás. El armario estaba atestado de trozos de papel, puñados de bolígrafos y lápices, y rimeros de periódicos viejos enrollados y atados con un cordel.

Observó cómo Emmanuel y Shabalala se aproximaban a la taquilla mientras se hurgaba con un palillo el agujero que había entre su canino y su incisivo.

–Caballeros –dijo a la vez que se guardaba el mondadientes en el bolsillo de la camisa–. ¿Adónde van? ¿Johannesburgo, la ciudad del oro? ¿Pietermaritzburgo, donde se encuentra el mayor edificio de ladrillo del hemisferio sur? ¿O Durban, la ciudad de las playas doradas?

–Hoy no necesitamos billetes. Pero sí hacerle unas cuantas preguntas. –Emmanuel miró hacia dentro a través de un círculo empañado que había dejado en el cristal el cliente anterior. Dada la situación, lo mejor sería actuar como policías, pero prescindiendo de las presentaciones formales–. El viernes por la tarde le vendió un billete a una muchacha zulú, de buena apariencia, con un vestido blanco. ¿La recuerda?

–Sí, cómo no –dijo Bijay–. Un billete de ida para Durban.

–¿Cómo lo pagó?

–En metálico, con total seguridad. –Bijay se enderezó en su taburete–. No se fía ni se aceptan pagarés. No se aceptan productos ni servicios en lugar de dinero. Todos los billetes deben abonarse y estamparse en el momento de la compra.

El señor Billete de Autobús se tomaba muy en serio las normas de su trabajo; un trozo de lápiz, un taco de billetes, una almohadilla de tinta y un sello eran los utensilios que empleaba para mantener Sudáfrica en marcha.

–¿Con un billete de una libra o de cinco? –preguntó Emmanuel.

–Con un billete de una libra –dijo Bijay sin titubear–. Con total seguridad.

–Qué buena memoria tiene, es capaz de recordar el pago de un solo billete realizado hace cinco días.

–Roselet no es como la estación de autobuses de Durban, señor. Vendemos un número limitado de billetes y la mayoría de los nativos que pasan por aquí

compran lo que necesitan con monedas, no con billetes. –Bijay jugueteaba con la corbata roja de pajarita que llevaba sujeta a la tirilla de su camisa blanca, y sin querer la soltó-. Y, además, como usted ha dicho... daba gloria ver a esa muchacha.

–¿Algo más?

Quizá hubiera más datos de interés. El señor Billeto de Autobús volvió a sujetarse la corbata, pero sus dedos huesudos continuaron moviéndola de un lado para otro.

–Me preguntó si le devolvería el dinero en caso de que perdiera el autobús. Le dije que normalmente no se devolvía, pero que haría una excepción con ella. –Bijay renunció a enderezar la corbata y puso ambas manos sobre el mostrador. La tinta del sello para billetes le había manchado de azul oscuro las yemas de los dedos y las uñas.

–¿Por qué ese trato especial? –Quizá Amahle había adquirido otro seguro especial empleando el mismo método de pago que con Bagley. Era una idea deprimente.

–La reconocí de la otra vez. De cuando el comisario Bagley la encontró y se la llevó antes de que llegara el autobús. –Bijay tamborileó con el pulgar sobre el mostrador-. Yo tenía una hija de esa misma edad, también lista y bonita. Hace once años que se fue con el Señor. Le ofrecí devolverle el dinero por ella. Este sábado o el que viene da igual, siempre quedan asientos libres.

–El billete era para este sábado, no para el sábado pasado –aclaró Emmanuel.

–Correcto –dijo Bijay-. El billete aún es válido para viajar.

–Philani no tenía las cinco libras ni el billete –dijo Shabalala quedamente.

Emmanuel se alejó de la taquilla. Bijay reanudó la labor de hurgarse los dientes con el palillo, pero se inclinó más hacia el cristal para enterarse de lo que pudiera.

–El viernes por la noche, Philani estaba asustado y huyó –dijo Emmanuel-. Si hubiera tenido las cinco libras, se las habría dado a su madre para que las escondiera.

Shabalala dejó la maleta en el suelo y se tiró del lóbulo de la oreja, reflexionando.

–La persona que mató a Amahle y a Philani tiene las cinco libras y el billete.

–Eso pienso yo. Pero esperar al sábado por la tarde para ver quién se presenta en la estación de autobuses con un billete de ida para Durban y un billete de cinco libras en el bolsillo no es una idea práctica. El general Hyland ya habrá enviado a sus sabuesos, y además tenemos que estar en la iglesia anglicana de Saint Thomas a las diez de la mañana para la boda de Van Niekerk. Si no aparecemos, nos hará la vida imposible –dijo Emmanuel, y se sorprendió al darse cuenta de que realmente tenía ganas de ver al inspector casándose.

Él conocía la auténtica personalidad de Van Niekerk, la vida maniobrero y clandestina que llevaba lejos de las fiestas al aire libre y de los salones de la sociedad decente. Pese a esa existencia ambiciosa y oculta, Emmanuel admiraba la declaración pública de unidad que Van Niekerk estaba a punto de hacer. Al menos, el inspector estaba esforzándose en formar una familia y crear un hogar, justo lo que Emmanuel había prometido a su madre que haría.

—No podemos esperar hasta el sábado, oficial, y por lo tanto tenemos que hacer preguntas al único que estuvo con Amahle la noche que murió. —Shabalala recogió la maleta y se la encajó bajo el brazo, listo para irse.

Emmanuel pensó en el lugar del crimen y se lo imaginó de noche. Vio a Gabriel empuñando una rama, montando guardia junto al cadáver de Amahle, que yacía en la tierra bajo las estrellas.

—Volvamos al valle —dijo Emmanuel—. Esta mañana, Gabriel ya se había ido cuando nos despertamos, pero tendrá que volver en algún momento.

El enmarañado arbusto que impedía que la cueva se viera desde el camino estaba todo pisoteado, con las ramas arrancadas y tiradas por el suelo. Emmanuel se agachó para atravesarlo. El rugido de la sangre en su cabeza lo mareaba y el perfil de los árboles y las plantas palpitaba y vibraba con cada respiración. Shabalala y él habían subido hasta la cueva sin parar de correr desde el Chevrolet. El trayecto se había acortado diez minutos, pero le había dejado todos los músculos cansados y doloridos.

Se irguió y miró hacia la boca de la cueva. Y vio a Mandla Matebula de pie en la cornisa de roca, con un venablo en una mano y un pequeño escudo en la otra. Estaba solo y relajado bajo la luz moteada que atravesaba las copas de los árboles. Sus grandes cicatrices formaban una red plateada sobre la piel oscura de su pecho y sus hombros.

—*Como la calma después de la tormenta* —susurró el sargento mayor—. *No me extraña que estés intimidado, Cooper, pero que no se te note, por lo que más quieras.*

Otros dos zulúes, integrantes del *impi* de Mandla, aparecieron desde los puestos que ocupaban entre los matorrales y bloquearon la retirada.

—Este hombre es muy estúpido o muy valiente para presentarse aquí —dijo Shabalala—. Hasta el hijo de un jefe sabe que tocar a una persona blanca es declararles la guerra a todas.

—Mandla no es tonto —dijo Emmanuel—. Solo está demostrando nuestra debilidad, divirtiéndose un poco a costa nuestra.

—Caminemos, oficial. —Shabalala avanzó hacia la cueva a paso lento—. La fuerza se debe encarar con fuerza.

Emmanuel lo siguió, imitando el andar decidido de Shabalala. Cada pisada en la roca resonaba más que la anterior. Mandla permaneció inmóvil, sin que le

preocupara ni le amedrentara la aproximación de los dos policías. Sencillamente, esperaba.

–*Mira a ver cómo están los médicos, Cooper. Podrían estar tirados en la cueva con los intestinos desparramados* –dijo el sargento mayor–. *A fin de cuentas, has participado en una pelea de clanes y has defendido a los atacantes del kraal de Matebula. Quizá Sampie Paulus tenía razón. A lo mejor tendrías que haber escapado solo.*

–Doctora Daglish –llamó a voces Emmanuel–. ¿Está bien?

–Sí. –Una piedra rodó desde la entrada de la cueva y Margaret se asomó hacia la cornisa–. No tengo nada roto, oficial, solo estoy asustada.

–¿Y Zweigman?

–Descansando. –Daglish tenía el vestido marrón de algodón muy arrugado y el cabello corto de punta, pero por lo demás se la veía bien–. Gabriel sigue por ahí, en el bosque.

–Enseguida estamos con usted –dijo Emmanuel. La médica lanzó una ojeada a Mandla y, moviendo los labios sin emitir sonidos, le dijo «Mucho cuidado» a Emmanuel antes de agacharse y volver al interior.

Subestimar la velocidad y la fuerza de un poderoso zulú con el cuerpo cosido a cicatrices de guerra no era un error en el que pudiera incurrir Emmanuel, quien no obstante agradeció la advertencia. Centró su atención en la cornisa rocosa, sin saber qué hacer para distender la situación.

Shabalala le dirigió una mirada con la que le decía: «Quieto. Déjeme ir a mí delante», y avanzó hasta quedar al alcance del venablo de Mandla.

–¿Has venido a lavar tu lanza con sangre, hijo del gran jefe? –preguntó–. ¿O es otro el propósito de tu visita?

–Mi lanza ya la lavé. Hace muchos años –dijo Mandla, con lo que reconocía que en tiempos pasados había herido y tal vez matado a alguien. «Lavar» con sangre tu lanza era lo que convertía a un hombre en un hombre durante el reinado militar de Shaka Zulu, hacía más de cien años. Mandla dejó en el suelo su arma y su escudo y se acucilló, apoyando los codos en las rodillas–. Vengo a traer noticias –dijo.

–Si deseas hablar, te escucho –respondió Shabalala con cortesía, y se agachó para iniciar la conversación.

–Hablaré con el jefe, no con el criado. –Mandla miró por encima del hombro de Shabalala a Emmanuel, que dio un paso atrás para indicar su alejamiento de la conversación.

–En este asunto, yo soy el jefe –dijo Shabalala.

Mandla digirió la información con un gesto ceñudo, sopesando la posibilidad de que un policía negro tuviera verdadera autoridad. Fuera cierto o no, con retirarse no ganaba nada.

–Os he conducido al jardinero, pero tenéis que encontrar a la persona que lo mató a él y a mi hermana Amahle.

–Seguimos buscándola –dijo Shabalala.

–La búsqueda tiene que rendir fruto. El gran jefe ha llamado a un poderoso *sangoma* para que busque a las brujas que, según él, son responsables de las muertes –Mandla hablaba sin emoción–. Le he oído decir que la madre y la hermana pequeña de Amahle tienen espíritus dentro y hay que localizarlos y echarlos fuera.

–¿Crees que es verdad? –preguntó Shabalala.

Mandla adoptó una actitud desdeñosa para decir:

–Nomusa es una mujer asustada. La hermana pequeña es una niña. No existen los espíritus malignos ni los hechiceros, solo los hombres mentirosos y codiciosos. Como mi padre, el gran jefe.

Emmanuel se aproximó un poco al oír mencionar a la hermana de Amahle.

–¿Si el *sangoma* cree que la niña tiene un espíritu dentro...?

–Se la expulsará del *kraal* junto con su madre. Ningún clan las acogerá. Vivirán como fantasmas en el *veld*, yendo de un lado a otro y pasando hambre. –Mandla se frotó una cicatriz del hombro, una vieja herida ya curada pero no olvidada–. La quinta esposa del jefe se ocupará de que así sea.

La quinta esposa, que se había levantado en pleno entierro para ver mejor cómo bajaban el cuerpo de Amahle a la sepultura poco profunda.

–Esta noticia me oprime el corazón –dijo Shabalala–. Pero ninguna ley prohíbe que un *sangoma* haga un hechizo siempre y cuando nadie salga dañado. Si estamos presentes cuando se celebre la ceremonia, podremos interrumpirla, pero en cuanto nos vayamos el jefe seguirá adelante con su plan. –Nomusa y su hija sufrirían los daños después del hechizo, cuando se las declarase brujas y se las desterrase.

–Por eso debéis encontrar a la persona que mató a Amahle y a Philani antes de que el sol se ponga mañana. Será entonces cuando el *sangoma* venga al *kraal* a dictar sentencia. –Mandla se levantó y recogió sus armas–. El gran jefe no puede actuar contra la palabra de la policía si ya se ha nombrado al asesino.

Mandla saltó desde la roca y aterrizó con elegancia animal. Sus hombres se apartaron para franquearle el acceso a la senda. Se internaron en el monte, perdiéndose de vista, tres hombres africanos en un siglo europeo. Sus antiguos regimientos del águila, del león y del búfalo habían desaparecido hacía mucho tiempo, junto con su dominio sobre el territorio.

Emmanuel se acercó a Shabalala.

–¿Qué ha dicho en realidad? –preguntó.

–Dos cosas, oficial. Con la parte buena de su corazón, Mandla quiere que

Amahle sea vengada. Con la parte mala, quiere demostrar públicamente que el gran jefe es un idiota y que hay que derrocarlo y reemplazarlo.

–Está planeando un golpe.

–Plantando las semillas –dijo Shabalala–. El jefe obró mal al enterrar a Amahle en vertical. Si se demuestra que se ha equivocado al pensar que Nomusa y la hermana pequeña son las brujas responsables de los asesinatos, su posición se debilitará aún más. Y, entonces, Mandla irá a por él, no abiertamente con la lanza, sino a escondidas, con un veneno o una manta para taparle la cara y asfixiarlo.

–¿Y después de eso todos vivirán felices para siempre?

–No. –Shabalala desvió la mirada, avergonzado–. Se separará a las esposas e hijos del gran jefe para entregárselos a otros jefes o a otros hombres que puedan permitirse mantenerlos.

–No se sabe si es peor el remedio que la enfermedad –dijo Emmanuel–. Si el jefe sigue vivo, Nomusa y su hija se convertirán en unas apestadas. Si muere, serán entregadas a desconocidos como si fueran ganado.

–Así son las cosas, oficial.

Casada contra su voluntad a temprana edad, esposa, madre y, al final, viuda sin un hogar que ofrecer a sus hijos: Amahle había mirado hacia delante, había visto su futuro y había dicho no.

–Voto por conceder a Nomusa y a su hija la posibilidad de empezar de nuevo, aunque sea en casa de unos desconocidos. –Emmanuel se dirigió a la boca de la cueva, hojeando mentalmente las páginas de su libreta, en busca de una información vital que pudiera habersele pasado por alto–. Tenemos día y medio para resolver el caso, agente Shabalala.

Emmanuel recorrió en redondo uno de los tres tortuosos caminos que conducían al refugio donde habían hallado el cadáver de Philani Dlamini. El camino más definido, una senda muy trillada que ascendía serpenteando desde Covenant Farm hasta la cresta del monte y luego descendía hasta el reducto inglés de Little Flint Farm, no rindió fruto. Shabalala y Emmanuel perdieron dos horas subiendo, bajando y siguiendo líneas zigzagueantes que morían en el monte.

Después, Emmanuel trepó a la cornisa rocosa. Shabalala ya estaba allí, sentado a la sombra de un podo. Movi6 la cabeza de un lado a otro para indicarle que 6l tampoco había encontrado nada.

–La tormenta ha dejado el monte limpio –dijo.

Emmanuel se puso a la sombra. Era poco después de mediodía y el sol estaba en lo alto del cielo. Les aguardaban más horas perdidas y más frustración.

–Además del asesino, alguien más tenía que saber que Philani estaba aquí. Se pasó por lo menos dos días en el refugio. ¡Por Dios, si hasta encendió una hoguera!

Las conversaciones con los habitantes de Covenant Farm no habían dado ningún resultado. Los trabajadores zulúes aseguraban que no habían visto nada y, por lo tanto, no tenían nada que decir a la policía.

–La criada y los peones tienen miedo de que, si hablan, el gran jefe diga que son culpables de las muertes de Amahle y Philani –dijo Shabalala–. Para ellos, lo mejor es mantener la boca cerrada.

–Olvídate de los sirvientes –dijo Emmanuel–. ¿Qué me dices de Karin? Debe de salir de caza por el monte cada dos o tres días para abastecer la mesa de carne. Diga lo que diga, es imposible que no supiera que Philani estaba aquí arriba.

Sin embargo, Karin había insistido en que, igual que la servidumbre, ella no había visto nada fuera de lo común en los días que precedieron al descubrimiento del cadáver. Un embuste como la copa de un pino, pensaba Emmanuel, pero no podía demostrarlo.

–Aún nos queda el colegial –dijo Shabalala.

–Si es que vuelve a la cueva. –En pie desde antes del alba y trotando por el monte: agarrar a Gabriel era más difícil que guardar agua en un bolsillo–. No podemos depender de 6l.

–Puede que se nos haya pasado algo por alto en el lugar donde se encontró el cadáver de Amahle.

–No creo que el asesino dejara pruebas en ninguno de los dos sitios donde actuó –dijo Emmanuel. Ya estaba convencido de que no habían sido crímenes pasionales, sino planeados y ejecutados con frialdad–. No sacaremos nada en limpio de un registro de la zona.

Desde el pie de la montaña llegó el sonido del restallido de un látigo y una serie de largos silbidos. Sampie Paulus se había puesto en marcha con sus bueyes. Un hilillo de humo se elevaba desde la chimenea de la casa principal de Covenant: en el fogón estaba preparándose otro estofado de gacela y habría otro más para el almuerzo del día siguiente. Solo de pensarlo, Emmanuel sentía la boca grasienta. Se acercó al borde de la roca, desde donde tenía una buena vista del camino principal que unía la granja afrikáner con la inglesa.

–Vamos a darle cinco minutos a Sampie para que salga de los corrales y volvemos a bajar. Voy a charlar un poco más con Karin.

–La holandesa es dura como el pedernal –dijo Shabalala–. No habrá forma de arrancarle nada.

–Ya lo sé –dijo Emmanuel–. Pero nos hemos quedado sin personas a las que interrogar y sin pistas que seguir. Vale la pena tratar de hacerle alguna muesca al bloque de granito, ¿no crees?

–Si usted lo dice, oficial.

Los silbidos de Sampie se oían cada vez más débiles y los mugidos de los bueyes se iban apagando. Shabalala se puso junto a Emmanuel y dedicaron un minuto a doblar el ala de sus sombreros, abrocharse las chaquetas y sacudirse hierbajos y hojas de los trajes.

Saltaron a la vez de la cornisa y aterrizaron en un terreno cubierto de musgo. A cinco metros, el camino atravesaba un bosquecillo de *marulas* y árboles hediondos. Entre los troncos se vislumbró movimiento: alguien subía al monte desde Covenant Farm.

–Un momento –le dijo Emmanuel a Shabalala–. ¿Pies desnudos o botas?

–Botas.

–En Covenant solo hay dos personas que usan botas, y una de ellas está conduciendo el tiro de bueyes en dirección contraria.

–La holandesa también estaba esperando a que se fuera su padre.

Karin quizá había salido de caza o tal vez se dirigía a reparar un cercado. Emmanuel se agachó y Shabalala se dejó caer a su lado, y ambos se quedaron muy quietos, como acechando una presa.

El crujido de las botas sobre la tierra se aproximó. Luego vieron a Karin caminando a buen paso con el rifle del calibre 22 colgado al hombro. Toda ella irradiaba decisión. Al cabo de diez segundos, había desaparecido.

–Va de caza –dijo Emmanuel, sin salir del escondrijo–. Pero hay algo que me ha chocado...

–La flor blanca. –Shabalala se señaló la oreja izquierda–. Aquí.

–Eso es. –La flor resplandecía como la nieve sobre el cabello negro azabache de Karin. Que una ruda afrikáner vestida de pantalón caqui y botas de trabajo hubiera elegido un adorno tan delicado resultaba intrigante. Emmanuel se levantó–. Dejemos que se adelante un poco y luego la seguimos.

Shabalala se dirigió al camino y examinó la tierra para memorizar el dibujo de cuadrícula de la suela de las botas de Karin y la marca de su tacón derecho desgastado e inclinado hacia dentro.

–Cuando quiera –dijo–. La holandesa va deprisa y lo mejor será mantenernos cerca sin dejarnos ver.

–Te sigo, agente.

Shabalala se puso en marcha y Emmanuel fue a su zaga. Karin recorrió el camino hasta donde coronaba el monte y empezaba a descender hacia el valle, desde allí divisaron los distantes edificios de Little Flint Farm. Llegada a ese punto, se apartó para atravesar unos densos arbustos que daban paso a un corredor verde, aislado de la luz del sol por el ramaje de los árboles. Shabalala siguió andando con sigilo y se asomó por el túnel de vegetación, que se estrechaba hasta un arco de ramas caídas. El aire estaba frío bajo los árboles.

–Detrás de las ramas –dijo–. Yo espero aquí, oficial.

–¿Por qué?

Emmanuel supo la respuesta antes de que Shabalala despegara los labios. Se oyó un gemido procedente de la zona oculta, y luego una respiración acelerada, cada vez más rápida. Shabalala parecía a punto de girar sobre los talones y echar a correr hacia el camino iluminado por el sol. Solo o con otro policía, el investigador zulú no estaba dispuesto a ser testigo de las intimidades de Karin.

–Cierra los ojos y los oídos y quédate ahí –dijo Emmanuel–. Voy a ver qué pasa.

Se acercó lentamente, con cuidado de no pisar palos ni hojas quebradizas. Los gemidos subieron de intensidad, era un dúo de voces, cada una de un tono.

Emmanuel avanzó más. El rifle de Karin reposaba contra el tronco de un árbol como un paraguas que se deja a secar en el porche. Los rayos de sol que atravesaban la bóveda de follaje iluminaban tenuemente el acogedor aposento, todo rodeado de bosque. Dos figuras parcialmente vestidas estaban tendidas en una plataforma de piedra lisa. Karin, con la hebilla del cinturón abierta y los pantalones enrollados en las rodillas, meneaba las caderas entre un par de suaves piernas bronceadas con la ropa interior colgando de un pie.

–¿Eres mi chica? –Karin agarró con sus flacos dedos un bucle de cabello moreno y lo tensó como una correa.

–Ja... –Ella Reed, con la falda de su vestido verde subida hasta la cintura, clavó los talones en el trasero de Karin–. Tu chica. Te lo prometo.

Karin aplastó a Ella contra la piedra, controlando el ritmo de su acoplamiento y arrancando de la boca de la inglesa sollozos entrecortados.

–Justo cuando el trabajo se vuelve una mierda y estás a punto de tirar la toalla, Dios te manda un regalito... –El sargento mayor lanzó una carcajada lasciva–. A mí me sacaron los cuartos en Nápoles por ver a unas gatitas trajinándose y a ti le lo dan gratis, Cooper. Qué cabronazo.

Emmanuel se echó a un lado, avergonzado de la intensidad de su deseo de no perderse detalle del encuentro sexual.

–Déjame echar una miradita, Cooper. Vamos, una rápida antes de que acaben. Te lo estoy pidiendo de buenos modos.

Emmanuel no se movió. Quedarse observando a Ella y a Karin hasta el final jugaría en su contra a la hora de interrogarlas, porque se notaría que había disfrutado y que se sentía culpable.

–Tendrán demasiado miedo para rechistarte, soldado –dijo, enfurecido, el sargento mayor–. Vuelve allí ahora mismo, Cooper, si no quieres que te arranque los putos pulmones para hacerme una gaita con ellos.

–Demasiado tarde –dijo Emmanuel.

Los gemidos llegaron al clímax en el anfiteatro vegetal y se convirtieron en suaves jadeos. El mordisco en la cara interna del muslo de Ella debía de ser una marca de un encuentro más pausado, supuso Emmanuel.

Cogió el rifle que habían dejado apoyado en el tronco y lo metió detrás de un arbusto. Tras un breve intervalo, para darles tiempo a subirse las medias y abrocharse los pantalones, se volvió hacia el espacio cerrado.

Karin sujetaba entre las manos el rostro radiante de Ella.

–¿Mañana? –preguntó.

–Pasado mañana. –Ella plantó un beso en la áspera palma de la mano de la afrikáner–. Va a venir a casa uno de los curanderos de mi madre. Este usa imanes para sacar del cuerpo los malos humores y curar las migrañas y el asma.

–No soy médico –dijo Emmanuel desde la entrada del escondrijo–, pero yo diría que sus pulmones suenan de maravilla, Ella. Debe de ser el aire fresco y el ejercicio.

Karin se colocó delante de Ella para protegerla. Echó un vistazo al lugar donde había dejado el rifle. Al no verlo, miró a Emmanuel de pies a cabeza, comparando sus respectivas fuerzas.

–Les devolveré el arma cuando las dos me hayan contestado algunas preguntas –dijo Emmanuel, y añadió dirigiéndose a Karin–: Aunque se me escape, el agente Shabalala está esperando ahí fuera y la atraparé como a una mariposa.

Ella se incorporó, con el cabello moreno alborotado y el cuello del vestido torcido, pero con el sentido de su superioridad social intacto.

–Mi hermano me ha dicho que lo habían retirado del caso. No tiene derecho a interrogarnos, Cooper.

–No estoy aquí como policía. –Emmanuel sabía que con aquel acento gélido, Ella pretendía ponerlo en su sitio–. No soy más que un ciudadano particular escandalizado por haber sido testigo de cómo una mujer inglesa y otra afrikáner mantenían relaciones sexuales en público.

–¿Qué quiere, Cooper? –Karin se puso pragmática. Comprendía el funcionamiento de un cepo. Cuantas más patadas dabas, más se cerraban los resortes.

–Hábleme de Philani –dijo Emmanuel–. Usted sabía que estaba escondido en el refugio.

Karin y Ella cruzaron una mirada, buscando ambas la solución menos perjudicial a su dilema. ¿Hablar con el policía o comparecer en el juzgado local acusadas de inmoralidad?

–No lo supe desde el principio –dijo Karin–. Lo vi por primera vez el sábado por la noche, justo antes de que se pusiera el sol, estaba recogiendo leña cerca del refugio. Se escondió, pero yo sabía que estaba allí.

–¿Y la segunda vez?

–El domingo por la noche, cuando regresaba a casa. Estaba oscuro y tenía una fogata encendida. No era muy listo para ser un fugitivo. Pasé de largo y... –Karin titubeó y Ella le acarició el brazo con dulzura. Era evidente que habían hablado antes del asunto de Philani–. Había con él una mujer zulú. Como estaba en el refugio, no la vi bien, pero llevaba una piel de ciervo marrón con cuentas brillantes sobre los hombros. Oí su voz.

–¿Era vieja, joven, gorda, delgada? –preguntó Emmanuel.

–Joven, sin ser una niña. Parecía segura de sí misma.

–¿Qué estaba diciendo?

–Algo de que iba a hablar personalmente con el jefe Matebula –dijo Karin–. No me paré a escuchar.

–Tendría que habérmelo contado hace dos días –dijo Emmanuel. El general Hyland no se habría molestado en coger el teléfono para detener la investigación si hubiera sabido, o siquiera sospechado, que el asesinato de Amahle era un crimen entre negros.

–El viernes le dije a mi padre que iba a revisar las trampas de Sugar Hill, y eso está justo en dirección contraria –dijo Karin–. El domingo le dije que iba a rezar al río al atardecer y que volvería de noche. Si le hubiera contado que había visto a Philani, mi padre se habría enterado de que le había mentado con respecto a donde iba.

Y decir la verdad, que estaba montando a una inglesa sobre un lecho de piedra del bosque, era impensable. Emmanuel conocía por experiencia propia

las consecuencias de que te pillaran y te condenasen por pecador. No se lo deseaba a nadie.

Karin observó la posición del sol en el cielo. Cada minuto la apartaba del trabajo que la esperaba en la granja y de las piezas que debía cazar en el monte. Ella se podía permitir el lujo de perder el tiempo a su antojo.

–¿Puedo irme? Mi padre me espera en casa.

–¿Recuerda algún detalle más sobre esa mujer?

–No. –Karin enderezó la hebilla de su cinturón y comprobó que tenía bien abotonada la blusa. La flor blanca se le había desprendido del pelo y estaba aplastada en el suelo–. Segura de sí misma, como he dicho. No una de esas mujeres zulúes que no hablan si un hombre no les ha dado permiso.

El comentario de Karin encajaba con algunas de las suposiciones de Emmanuel. La persona que había asesinado a Amahle y a Philani se había acercado lo suficiente como para clavarles un arma pequeña y muy especial. Era un asesino que actuaba con seguridad y destreza.

–Puede irse –le dijo a Karin–. Si vuelve por aquí con su rifle, el agente Shabalala la oirá y la abatirá mucho antes de que se acerque. Es medio shangaan, así que ni lo intente.

Según la mitología particular de los grupos raciales sudafricanos, cada tribu tenía un talento especial. Los zulúes poseían un don para el combate y para la artesanía fina con cuentas, los pondo eran astutos con el dinero y los shangaan tenían una habilidad peculiar para rastrear animales en cualquier terreno.

Karin le tendió la mano a Ella y dijo:

–Ven.

–Todavía no –dijo Emmanuel–. Tengo que hacerle un par de preguntas, Ella.

Karin vaciló, remisa a dejar a su amante en el escondrijo en compañía de un hombre. Sin embargo, Emmanuel sabía que en la situación opuesta, Ella habría escapado a su casa sin cuestionarse la fidelidad de Karin. Ninguna relación estaba realmente equilibrada.

–Hasta pasado mañana, entonces. –Karin entrelazó los dedos con el cabello de Ella y la besó en la boca. Lanzó una mirada severa a Emmanuel para dejar bien claro que ella, Karin Paulus, era la dueña de aquella señorita inglesa.

Emmanuel cogió el rifle y desplazó hacia atrás el cerrojo para expulsar la bala de la recámara antes de sacar el tambor y vaciarlo. Le devolvió el arma a Karin, y esta se sumergió en la arboleda sin mirar atrás.

–Fue usted quien informó del crimen a la policía de Durban, ¿verdad? –dijo Emmanuel, y se volvió hacia Ella, que estaba sentada en la roca lisa con las piernas cruzadas. Ninguna otra mujer blanca del valle tenía motivos para hacer esa llamada, ni acceso a un teléfono.

–El comisario Bagley es uno de los *kaffirs* blancos de mi hermano –dijo

Ella—. Habría tomado un par de declaraciones y cerrado el caso sin más. Yo quería una investigación como es debido.

—Ah... —Emmanuel demostró su incredulidad—. ¿Pedir ayuda fuera no tuvo nada que ver con ponerle la zancadilla a su hermano mayor para verlo con el agua al cuello?

—Thomas siempre se sale con la suya. No es bueno para su carácter.

—Y no deja de presionarla para que se case, algo de lo que usted no tiene muchas ganas, como es lógico.

Ella se encogió de hombros.

—Algún día, tal vez, pero no ahora mismo.

Emmanuel sospechaba que Ella conocía la trayectoria a la que estaba predestinada su relación con Karin. Las chicas de familia inglesa elegante no montan su hogar con marimachos afrikáneres. Se trasladan a una casa señorial con un marido rico y, si la necesidad apremia, satisfacen sus deseos tal como Ella lo estaba haciendo: en secreto y sin promesas.

—¿Cómo descubrió lo de Amahle? —preguntó.

—Fui a fumar un cigarrillo junto al lago después de la cena del sábado. Gabriel estaba en la caseta de las barcas, parloteando sobre que necesitaba una almohada para que Amahle durmiera mejor en el monte. —Ella se deslizó al suelo desde la plataforma de piedra y se alisó la falda—. Le sonsaqué lo suficiente para darme cuenta de que Amahle estaba malherida o muerta.

—¿Llamó a la policía sabiendo que Gabriel estaba implicado en lo que fuera que le ocurría a Amahle?

La llamada a Durban suponía algo más que despecho ante el poder del hermano mayor; había sido como lanzar una granada de mano en medio del cuarto de estar de la familia.

—Fue arriesgado —reconoció Ella—. Pero era imposible que Gabriel le hubiera hecho algo. Era su niño.

—¿Amahle era como una madre para él? —preguntó Emmanuel.

—Más bien como una hermana —repuso Ella—. Una hermana mayor a quien le daba igual que Gabriel se pusiera en ridículo en el pueblo o en las excursiones familiares a la playa.

—A la doctora Daglish y al comisario Bagley les dio la impresión de que esa relación tenía más sustancia —dijo Emmanuel.

—No creo que las cosas llegaran tan lejos. Todos los nativos del valle iban detrás de Amahle, pero con Gabriel se permitía tener más intimidad porque él no la deseaba de esa forma. Entre los dos se habían construido su pequeño mundo.

—Las demás criadas debían de pensar que era una relación rara. Y seguro que tampoco les hacía gracia que su madre le diera una paga extra a Amahle.

–Amahle no caía bien a ninguna de las criadas –dijo Ella–. Esa es la verdad. Era distinta de ellas. Siempre aspiraba a más y, por lo general, le sacaba a mi madre lo que quería. Las otras criadas guardaban las distancias con ella.

Emmanuel hizo un recuento mental de las criadas zulúes de Little Flint Farm: la mujer nerviosa entrada en años que los había esperado y recibido en el porche y la tímida sirvienta encargada de la colada que llevaba un cesto en equilibrio sobre la cabeza. Ninguna de ellas parecía «segura de sí misma», pero ambas conocían suficientemente bien a Amahle y a Philani como para acercarse a ellos sin levantar sospechas. Shabalala había hablado con las sirvientas de la casa y con los jardineros. Quizá pudiera añadir algún detalle a esa nueva información.

–¿Y usted? –preguntó Emmanuel.

–Para mí era una situación conveniente. Amahle se encargaba de llevar la casa. Yo podía dar largos paseos por el monte en lugar de quedarme sentada entre cuatro paredes y preparar mi ajuar. –Ella era pragmática–. Tenía la precaución de pasarle un pintalabios o un cepillo de dientes de vez en cuando por si leía mi diario y se imaginaba lo que tenía con Karin.

De ahí procedían los objetos de lujo guardados en la caja de cartón que había visto en el *kraal*: eran sobornos de la señora joven para comprar el silencio de una criada.

–A usted tampoco le caía bien Amahle –dijo Emmanuel.

–En absoluto, pero era lista, eso hay que reconocerlo. No había forma de saber lo que de verdad le gustaba o detestaba. Se transformaba para adaptarse a la compañía con la que estuviera. Un buen truco. Yo nunca lo he aprendido. –Ella recogió la flor blanca aplastada y la frotó entre las palmas de las manos para perfumárselas con su aroma.

–Ocultar ante los demás tu verdadera forma de ser no es un truco –dijo Emmanuel–. Es un sacrificio.

Una buena hija, una criada perfecta, una fugitiva y una manipuladora del deseo sexual, Amahle era todas esas cosas. En las oscuras noches del campo, iluminadas solo por la luna y las estrellas, ¿qué versión de sí misma se llevaría a la cama?

–Puede irse. –Emmanuel se echó a un lado–. Si tarda mucho, su madre y su hermano van a empezar a sospechar.

–Ya sospechan. –Ella se detuvo bajo el arco de ramas, lo miró y dijo–: Se equivoca con respecto a mí, oficial Cooper. Yo la quiero.

Las reflexiones que había hecho sobre la longevidad de la relación de Karin y Ella se le habían visto en la cara con tanta claridad como si las hubiera expresado en voz alta.

–Querer a alguien y querer joder a alguien son cosas distintas. –Emmanuel

percibió el cinismo de su tono—. Karin es un juego y un entretenimiento. Si su hermano o su madre llegan a descubrir lo que ocurre..., ¿qué pasará?

Ella se encogió de hombros a la vez que apartaba la vista.

—Les dirá que la forzó contra su voluntad. Y se echará a llorar y ellos la creerán porque afrontar la verdad sería demasiado duro. Adiós, Karin. Bienvenido, Stephen, o Andrew, o Harry, o comoquiera que vaya a llamarse su futuro esposo. Ahora dígame si no es verdad lo que he dicho.

De adolescente, en el internado Fountain of Light, Emmanuel había vivido todos los capítulos de una historia de amor prohibida, y sabía que la de Ella no tendría un final feliz, solo el sabor de la sangre en la boca al ser descubierta y la marca de su amante todavía en la piel mucho después de que Karin hubiera desaparecido. Peor que el dolor físico era tu propia vergüenza y asco ante la persona que había acudido a ti al caer la noche con promesas de amor eterno.

—Dicho así suena como si fuera puro interés —dijo Ella, palideciendo—. Yo no hago las reglas.

—Ni las leyes —dijo Emmanuel, y se arrepintió inmediatamente. Si a él podía considerársele culpable de infringir alguna ley, esta sería la que decía: «Mira pero no toques. Piensa pero no actúes».

—Usted no dirá nada...

—Tiene razón —dijo Emmanuel—. No diré nada.

Su propia hipocresía era inaudita. Después de que lo pillaran con Maria, la hija del *predikant*, y de ser brutalmente castigado por el pecado de fornicación, había perseguido el placer por todas partes y había gozado de él. Del amor no quería saber nada. A Angela solo le había entregado una pequeña parte de sí mismo durante su breve matrimonio y jamás la había dejado acercarse tanto como para tocar la oscuridad de su interior. El viejo, *baba* Kaleni, vio los caminos fáciles por donde había tirado y las oportunidades para entablar relaciones profundas que había dejado escapar. Era un pasajero de la vida, un polizón que por todo equipaje llevaba el que le había dejado la guerra.

—No debería haber dicho eso. —Emmanuel salió hacia el corredor entre los árboles—. Lo siento.

Ella asintió y ambos regresaron al camino atravesando el follaje. Shabalala esperaba en el lugar donde lo había dejado Emmanuel. Al ver a Ella, reaccionó como cualquier africano negro educado ante un comportamiento escandaloso de los blancos: se puso a mirarse los dedos de los pies.

—Buena suerte con el resto de la investigación, oficial Cooper. —Ella también hizo como si no existiera el agente zulú—. Espero que encuentre a esa mujer.

—¿Lo dice de verdad? —preguntó Emmanuel con escepticismo.

—Aparte de su madre y su hermana, Gabriel era la única persona a la que Amahle quería de verdad. Mi hermano la echará de menos.

Ella se dirigió al escabroso camino que bajaba del monte a Little Flint Farm, sin darse ninguna prisa.

–¿La inglesa y la holandesa? –le preguntó Shabalala a Emmanuel en un susurro cuando perdieron de vista a Ella.

–*Ja*. Es justo lo que piensas.

–¿Está permitido por ser las dos europeas?

–No, desde luego que no. –Emmanuel se echó a reír. A los blancos se les concedía más libertad que a los negros prácticamente en todos los aspectos de la vida, por lo que no era de sorprender que Shabalala necesitase esa aclaración–. Hacen lo que hacemos todos, saltarse las normas cuando nadie las mira.

Los dos hombres se desplazaron de la sombra del árbol a la senda iluminada por el sol. Abajo, a lo lejos, se extendían el verde valle y los blancos edificios encalados de Little Flint Farm. Emmanuel tomó asiento en un tronco caído e informó a Shabalala de que una mujer zulú había estado en el refugio de piedra de Philani.

–Ponme al día sobre cada una de las criadas de los Reed –dijo.

–Son tres. –Shabalala se sentó en el tronco con su libreta abierta por la página que hacía al caso–. Betty Zuma tiene cuarenta y tres años. Es viuda, con dos hijos mayores, ambos en Johannesburgo. Es la que nos recibió en el porche. Vive en las dependencias de la servidumbre, detrás de la casa grande, y se queda en la granja todos los días menos el domingo. El viernes por la noche sirvió la cena a la familia y luego lavó los platos.

–Eso la elimina de la lista –dijo Emmanuel–. Estaba trabajando cuando mataron a Amahle.

–Así es, oficial. No es la que buscamos. –Shabalala pasó la hoja–. La siguiente criada es Lindiwe Mabuza, de dieciocho años y todavía soltera. El viernes se fue tarde de la granja porque Amahle se marchó temprano y la señora mayor dijo que había que planchar los manteles para el desayuno y la comida.

Era como si Emmanuel estuviera oyendo el tono mohíno con que Lindiwe rememoraba cómo había pasado la noche del viernes en compañía de una plancha de carbón y un cubo de almidón.

–También estaba trabajando –dijo Shabalala, y buscó a la siguiente interrogada–. La número tres es Mercy Mhaule, de veinte años, soltera pero dispuesta a ser segunda o tercera esposa si es necesario. Trabaja solo los lunes, los miércoles y los viernes hasta las cuatro de la tarde.

–Descríbela –dijo Emmanuel. La edad encajaba y Mercy había salido de trabajar antes que Amahle la noche en que mataron a esta.

–Tiene veinte años... –Shabalala titubeó antes de añadir–: Una muchacha llena de vida.

–¿Qué estás diciéndome en realidad, agente? –El investigador zulú estaba

mordiéndose la lengua, sin atreverse a continuar—. Prometo no contarlo.

–Piel suave, labios carnosos y grandes ojos marrones como los de una corza.

–Guapa –dijo Emmanuel. Él no había visto a Mercy, pero a Shabalala se le habían subido los colores y eso le decía todo lo que necesitaba saber.

–*Yebo*. –Shabalala se guardó la libreta.

–Pero no es la hija de un jefe con una paga superior a la de cualquiera. Además, Amahle era la preferida de la señora mayor, y el chaval, Gabriel, era su ojito derecho. –Emmanuel consultó su reloj. Una criada joven, guapa y celosa podría ser la perfecta rival de Amahle—. Mercy sale del trabajo dentro de tres horas. Creo que deberíamos vigilar Little Flint Farm y abordarla cuando vaya de camino a casa.

Shabalala se levantó y estiró su chaqueta, incómodo con la situación. Emmanuel esperó a que hablara. Si el policía zulú no era capaz de hacerle una confidencia en la soledad del monte, cuando los dos estaban metidos hasta el cuello en una investigación que rozaba la ilegalidad, no sería capaz de hacérsela nunca.

–Era tan agradable... –Shabalala resopló entre los dientes—. Tal vez no miré a esa mujer con el cuidado necesario ni le hice las preguntas adecuadas.

–Bienvenido a la policía judicial –dijo Emmanuel—. Has superado dos hitos importantes. El primero fue vomitar en la escena del crimen y ahora te arrepientes de no haber visto más allá de la superficie de las cosas ni haber hecho preguntas más contundentes.

–¿No está enfadado?

–No –dijo Emmanuel. Se levantó para mirarlo a los ojos—. Hasta que hemos pillado a Karin Paulus con los pantalones bajados, no tenía ni idea de que la sospechosa podía ser una mujer zulú. Eso fue hace treinta minutos. Aprendemos sobre la marcha.

–Y cada vez sabemos más –añadió Shabalala.

–En teoría, sí. –Emmanuel empezó a descender hacia el valle—. Quizá Mercy sea un callejón sin salida, pero hay que hablar con ella y a ver qué averiguamos.

La senda serpenteaba a través del terreno rocoso y bajo árboles *marula*. A pesar de lo que le había dicho a Shabalala, Emmanuel tenía una corazonada con respecto a Mercy Mhaule, la criada guapa que vivía a la sombra de Amahle.

El sol hacia el ocaso incendió el cielo. Los pájaros se acomodaban para pasar la noche y una brisa tibia agitaba la artemisa y los podos. Emmanuel se sentó con las piernas cruzadas, bañado por la última luz del día. La indestructible belleza del mundo le maravillaba. La luna llena que se alzaba sobre un campo de batalla, las flores de un melocotonero que caían encima de una tumba recién tapada, las briznas de hierba que salían del pavimento agrietado de una ciudad arrasada y la humanidad que se afanaba como las hormigas. A la tierra le daba igual que hubiera guerra o paz.

–¿Hemos ganado, oficial Cooper? –preguntó Zweigman. Estaba recostado contra la pared de la cueva, rascándose los brazos y las piernas, un efecto secundario común de la morfina que corría por su sangre.

–Trate de no hablar –le recomendó Daglish a la vez que le arropaba los hombros con la manta–. Necesita reposar.

Drogado y recién cosido, el médico alemán seguía negándose a acatar órdenes. Se quitó de encima a Daglish con un ademán y dijo:

–Cuénteme las novedades.

Emmanuel se levantó y se acercó a Zweigman. Se inclinó a su lado para evitar que el médico herido se moviera. Una noche y un día enteros durmiendo bajo el efecto de la medicación le habían servido para reponer fuerzas, pero aún no estaba totalmente fuera de peligro.

–No hemos ganado y las novedades no son buenas –dijo Emmanuel–. Nuestra principal sospechosa, una criada de Little Flint Farm, tiene coartada para el momento en que se produjeron los dos asesinatos. Ella ha quedado libre de sospecha y nuestra lista de interrogatorios, vacía.

Al salir de la granja el viernes, Mercy Mhaule había ido a dar una vuelta rápida por los *kraals* donde había solteros bien parecidos, ya fuera porque residían allí o porque estaban tomándose un descanso de su trabajo en las minas de Jo'burgo. Trataba su soltería como una enfermedad que debía quedar curada para finales de año. Incluso había dado un rodeo para ir al *kraal* de Matebula siguiendo el consejo de una amiga, según la cual el gran jefe quizá anduviera al acecho de una nueva esposa. El domingo, Mercy había asistido al servicio religioso de la mañana, había comido con unos primos suyos y luego había participado en las oraciones de última hora de la tarde antes de irse a la cama. Tenía una docena de testigos para cada una de esas noches y ninguna proposición de matrimonio.

–Shabalala... –Zweigman se rascaba la barbilla y el cuello cubiertos de barba, a la deriva entre el presente y el pasado—. Lo he visto. Ahora se ha ido.

–Shabalala está echando un vistazo a unas trampas que ha puesto esta mañana. –Emmanuel lanzó una mirada a la luz rojiza que iba apagándose en el cielo—. No tardará en volver.

–Y Lilliana y Dimitri, ¿están bien?

A Emmanuel se le erizó el pelo de la nuca al pensar en lo cerca que habían estado de perder a su marido y a su padre la esposa y el hijo de Zweigman.

–Sí –dijo—. Los dos están muy bien.

–Lilliana se preocupa demasiado. Davida es fuerte. Se adaptará a su nueva vida. Su madre la ayudará. Y nosotros también.

–¿Davida? –preguntó Emmanuel. Los Zweigman se habían llevado a su casa a Davida para protegerla cuando vivían en la remota población de Jacob's Rest. La pareja alemana y su hija adoptiva mestiza continuaban manteniendo una estrecha relación, aunque Zweigman rara vez mencionaba su nombre en presencia de Emmanuel.

–Shh... la muchacha necesita dormir –dijo Zweigman.

–¿Está enferma? –Emmanuel se inclinó más hacia Zweigman para tratar de captar su atención. Quería saber que Davida era feliz y que la imprudencia que había cometido con ella no había echado a perder sus posibilidades de disfrutar del amor y de la paz.

–*Sí, trajinarte a la chica fue una trastada* –dijo el sargento mayor—. *Pero eso pasó hace un año y fue solo una noche, Cooper. Probablemente ya se habrá olvidado. ¿O es eso lo que te preocupa? ¿Ser una nota a pie de página?*

Emmanuel se encogió de hombros. No sabía muy bien por qué el recuerdo de Davida se resistía a desaparecer.

–Tendría que haber aprendido a tocar la guitarra –masculló Zweigman, y se rascó el lóbulo de la oreja—. Pero aprendí a tocar el acordeón. Mi madre decía que me haría popular en las fiestas...

–Descanse –dijo Emmanuel. El alemán estaba flotando en el tiempo, el espacio y la morfina—. Yo tengo que ayudar a la doctora Daglish a hacer una hoguera.

–Una buena mujer. Si tuviera diez años menos y fuera el que era... pero no hay vuelta atrás... –Zweigman se deslizó bajo la manta y bostezó—. Unas vacaciones de verano, Lilliana y los niños corrieron descalzos por la hierba y trataron de atrapar luciérnagas con una red. Vi la luna en el lago.

Zweigman se quedó dormido y Emmanuel salió de la cueva para buscar leña seca. Esa noche había soñado con Davida Ellis y revivido el recuerdo de cómo salió corriendo por el *veld* vestida con un camisón blanco y se fue de su vida para siempre.

¿Dónde estaría en aquel momento?

El sol se puso y se alzó la estrella del anochecer. El horizonte púrpura fue tiñéndose de gris marengo y luego la noche se cerró sobre él. Veinticuatro horas después, un *sangoma* decidiría el futuro de la madre y la hermana pequeña de Amahle. Aquel paisaje, tan hermoso en primavera, se volvía duro y frío en invierno. La nieve caía en las montañas y era difícil encontrar alimentos. ¿Cuánto tiempo podrían sobrevivir madre e hija, desterradas y solas, antes de reunirse con Amahle en la aldea de los antepasados?

Una mano se deslizó bajo el borde de la cortina de brocado que Emmanuel utilizaba como manta y avanzó hacia la funda de su revólver. Emmanuel permaneció inmóvil y esperó a que la realidad se separase de los sueños. La mano llegó hasta el cierre de latón y tiró de la trabilla de cuero. Aquello no era un sueño. Era real. Emmanuel estiró el brazo y agarró una muñeca huesuda. Se incorporó, sujetando con fuerza la muñeca del ladrón. Gabriel forcejeó para liberarse, sudando copiosamente a la luz menguante de la hoguera. El uniforme del King's Row College estaba aún más estropeado y tenía la cara llena de churretes de tierra.

–¿Qué haces? –susurró Emmanuel. Zweigman, Daglish y Shabalala estaban dormidos alrededor de la hoguera nocturna, envueltos en sábanas y cortinas del botín de Gabriel.

–Estoy cogiendo tu pistola –dijo Gabriel.

–¿Para qué? –Emmanuel soltó al colegial y miró su reloj. Las cuatro y cuarto, estaba a punto de amanecer.

–Para matar a la Reina Roja. Está cocinando un bebé a la brasa.

En el hospital militar de Inglaterra donde Emmanuel se había recuperado de sus heridas de guerra había chiflados con impulsos homicidas, cadáveres vivientes acurrucados en rincones y fantasmas que merodeaban de noche por las salas, intentando encontrar el camino de vuelta a casa. Esa experiencia le había enseñado a respetar la capacidad de la mente para generar su propia realidad. La Reina Roja era real, lo oía en la voz de Gabriel.

–Háblame de la Reina Roja –dijo.

–Está ahí abajo. –Gabriel señaló el oscuro bosque–. Estuve buscándola todo el día y al final la encontré.

–¿Por qué la quieres matar?

Emmanuel aplicaba discretamente la lógica para tratar de dar con el núcleo del mundo de fantasías del chaval.

–Fue ella la que hizo que Amahle se durmiera en el monte. –Gabriel se balanceaba adelante y atrás, agitado por aquel recuerdo–. Usó la magia negra. Si la mato, podrá encontrar a Amahle y traerla desde el otro lado.

Emmanuel retiró de una patada la cortina que lo cubría y cogió sus zapatos.

Cuando no tenías nada en qué basarte, las ideas más descabelladas te abrían posibilidades. Aquella agitación hizo que Shabalala amaneciera en el mundo de las brujas y las reinas y se acercara arrastrando los pies sobre la piedra.

–¿Oficial? –El saludo del agente zulú era a la vez una petición de información.

–La he encontrado –dijo Gabriel–. A la mujer que le hizo el hechizo a Amahle. Emmanuel no me presta su pistola. ¿Tienes tú una?

–No. –Shabalala se encorvó sobre el colegial asilvestrado y susurró–: ¿Cómo se llama esa mujer?

–La Reina Roja –respondió Gabriel.

Emmanuel miró a los ojos a Shabalala y este le respondió con un encogimiento de hombros. Daba igual que fuera una bruja malvada, la Reina Roja o un unicornio plateado, no tenían otras pistas que seguir.

–Llévanos a donde está la mujer –le dijo Shabalala al chaval–. Emmanuel traerá su pistola por si acaso trata de lanzarnos un embrujo.

Gabriel se levantó y se abrochó la chaqueta, tal como lo haría antes de ponerse en fila para la inspección diaria en el colegio.

–Tenemos que darnos prisa –dijo el chico después de cerciorarse de que el Webley seguía en su funda–. Para que no salga volando.

Emmanuel encajó los pies en los zapatos y Shabalala lo imitó. Gabriel saltó de la boca de la cueva al nivel inferior y se internó en el bosque como una exhalación. Guiados por el sonido de sus pasos entre los árboles y los densos helechos, lo siguieron. Un amanecer azul pálido iluminaba el camino.

Aguantar el ritmo de Gabriel y Shabalala requería toda la concentración de Emmanuel, que no tardó en perder la noción del tiempo y del espacio. El bosque se fue despejando y cruzaron corriendo un terreno pedregoso salpicado de aloes. Un resplandor rojizo hendía la oscuridad.

–El fuego –dijo Gabriel a la vez que aflojaba el paso.

Del terreno despejado pasaron a un bosquecillo ralo de *marulas*. El humo del fuego transportaba un olor a carne chamuscada y a hierbas quemadas. Emmanuel suprimió sus reacciones emocionales. Lo que estuviera en las brasas no se podía modificar, solo cabía aceptarlo y, después, enterrarlo.

–Despacio... –advirtió Shabalala–, o nos oirá.

–Deprisa –replicó el chico–, o desaparecerá.

Una paloma huilota levantó el vuelo desde los árboles cuando se acercaron y el sonido de sus alas batiendo el aire actuó como una sirena de aviso. Los pájaros anidados en el bosque empezaron a gorjear y a dar la voz de alarma. Emmanuel vislumbró una figura humana que se ponía de pie junto a la hoguera.

–Es ella –gritó Gabriel–. La Reina Roja.

La figura se apartó de las llamas a paso rápido y se fundió con los árboles. Shabalala echó a correr. Entre los altos troncos se veía intermitentemente algo de color tostado. Emmanuel se desvió a la derecha, avanzando en paralelo a Shabalala por si la figura que huía cambiaba de rumbo.

Los destellos de color tostado desaparecieron y Emmanuel desistió de tratar de ubicarse. El golpeteo de las pisadas se fue apagando hasta desvanecerse bajo el trino de los pájaros. Emmanuel giró en redondo, desorientado. Entre los esbeltos troncos había un resplandor y echó a andar hacia esa luz, con miedo a lo que pudiera encontrar en las brasas.

Gabriel Reed estaba acucillado junto al fuego, fascinado por el objeto calcinado que había en el centro. Cambió de posición al oír acercarse a Emmanuel pero mantuvo la vista fija en las llamas.

—Es el bebé —dijo.

Los órganos de un niño pequeño se consideraban los más poderosos para hacer un hechizo de *muti* negra, y los de un feto aún más si cabe. A Emmanuel le picaba el humo en los ojos y el calor que irradiaba el fuego le quemaba la piel. Se detuvo al borde de la zona arenosa, incapaz de aproximarse más. En el humo y las llamas veía como en un espejo el sueño en el que avanzaba a trompicones entre ascuas incandescentes buscando algo que no veía, y la presencia del niño muerto agudizaba aún más su temor. Entre los escombros de esa pesadilla, ocultos en las nubes de ceniza, había una mujer y un niño envuelto en una tela de algodón. Acababa de darse cuenta.

—*Paso a paso, soldado* —dijo el sargento mayor—. *No hay más remedio que avanzar. Termina la misión.*

Emmanuel cruzó la zona de arena y miró directamente al centro de los rescoldos humeantes. La carne carbonizada se había abierto, dejando al descubierto las costillas de color marfil y una hilera de dientes. Emmanuel se inclinó más. Los molares le parecían extraños.

—Búscame un palo largo, Gabriel. Vamos a mirar mejor.

El chico se levantó de un salto, rebuscó en la maleza y volvió con dos ramas jóvenes con las hojas arrancadas. La fascinación por el cuerpo chamuscado había desplazado el deseo de buscar y matar a la Reina Roja.

Le entregó una rama a Emmanuel y entre los dos sacaron los restos hacia la arena. La columna vertebral, las costillas y las cuencas de los ojos confirmaban que ese amasijo había sido en su día una criatura viva. Emmanuel se agachó y recorrió la mandíbula con la punta del palo: era larga, fina y con toda seguridad no pertenecía a un ser humano.

—Un animal pequeño —dijo—. Podría ser cualquier cosa. Un cachorro o una gacela recién nacida.

—Un bebé —insistió Gabriel.

–Sí –admitió Emmanuel–. Pero no humano. Quizá Shabalala sepa lo que es.

El cielo se iluminó y las plantas y las rocas se hicieron visibles individualmente. A Emmanuel no se le había ocurrido preocuparse por Shabalala hasta ese momento. El investigador zulú era rápido y fuerte, pero ¿y si la *muti* negra realmente funcionaba y él estaba persiguiendo a una oponente con poderes malignos?

–No te metas en la mierda –ladró el sargento mayor–. *Coño, Cooper, mantente ocupado. Shabalala volverá enseguida.*

Emmanuel siguió el consejo. Empezó a dar vueltas cada vez más grandes alrededor del fuego, buscando indicios reveladores de la identidad de la mujer. Gabriel lo siguió, encajando con cuidado sus pies desnudos en las huellas que dejaban los zapatos de Emmanuel.

Una cuenta plateada encajada en el pliegue de una hoja marrón resplandecía como una gota de rocío. Emmanuel la recogió y se la puso en la palma de la mano.

–Mira. –Gabriel se había agachado junto a un pedrusco–. Aquí hay otra, y otra más.

Muchas cuentas plateadas se habían desparramado por la tierra y habían rodado hasta algún agujero. El día antes, Karin Paulus había dicho algo referente a las cuentas. Emmanuel recogió una docena y se las echó al bolsillo de la chaqueta.

–Son de la bruja –dijo Gabriel–. Las lleva en los hombros y en la espalda.

Eso era. Karin había dicho que la mujer que estaba en el refugio de la roca con Philani llevaba sobre los hombros una piel de ciervo marrón decorada con cuentas brillantes. Una especie de chal.

–Descríbeme a la bruja –dijo Emmanuel.

–Piel negra, lleva una corona roja.

Un dibujante de retratos robot se las vería y se las desearía con esa descripción física.

–¿Es alta o baja?

–Está llena. –Gabriel continuaba recogiendo plata del suelo, deleitándose con cada cuenta–. Pero está hambrienta.

–Es gorda –dijo Emmanuel, tratando de interpretar la respuesta. Había pasado largas veladas del invierno inglés jugando a los acertijos con su familia política en el asfixiante cuarto de estar de su casa, decorado con gatos siameses de porcelana. Detestaba los juegos de adivinanzas.

–No. –Gabriel se guardó el botín–. Está llena, no es gorda.

–Está bien. –Emmanuel ensayó otro enfoque–. Todo el mundo tiene dos nombres. El nombre por el que les llama la gente y el nombre especial que inventas tú, ¿no es así?

–Ja.

–¿Cuál es el otro nombre de la Reina Roja?

Gabriel frunció el ceño.

–No lo sé, Emmanuel. No nos han presentado.

–Pero ¿la reconocerías si volvieras a verla?

–Por supuesto.

No es que importara mucho. Un colegial desequilibrado no era el testigo ideal. Habría que respaldar lo que dijera con pruebas materiales o, mejor aún, con una confesión firmada de la mujer.

Gabriel giró en redondo al oír el retumbo de unos pasos que se aproximaban corriendo. Emmanuel abrió la funda del revólver. Podía ser Shabalala o la mujer que regresaba a por su objeto de *muti* negra.

El investigador zulú salió de la arboleda y se detuvo a recobrar el aliento al lado de la fogata. Tenía la cara bañada de sudor y los dos días pasados en la cueva se le notaban en el traje arrugado y en la mugre de los bajos de los pantalones. Los tres que estaban allí reunidos junto al fuego podrían haberse puesto a la cola de un comedor de beneficencia para vagabundos sin llamar la atención.

–Se escondió y le perdí la pista. –Shabalala se enjugó el sudor con un pañuelo–. Cuando se hizo de día, encontré su rastro y lo seguí hasta el *kraal* del jefe Matebula. Hay una rama suelta en el cercado. Por ahí es por donde volvió a entrar.

–Seguramente la soltó ella –dijo Emmanuel, y se preguntó cuántas mujeres jóvenes y «seguras de sí mismas» vivirían en el recinto familiar zulú–. Karin oyó a la mujer que estaba en el refugio hablándole a Philani del jefe Matebula. Y, además, Gabriel y yo hemos encontrado esto... –Sacó las cuentas de su bolsillo y se las enseñó a Shabalala–. Según Karin, la mujer tenía los hombros cubiertos con una piel de ciervo marrón que llevaba cuentas.

–¿Tenía tapados los hombros? –El policía zulú taladró con la mirada a Emmanuel.

–Sí.

–Tendría que habérmelo dicho, oficial. –Shabalala se pasó el pañuelo por la frente, pero no tan deprisa como para ocultar el gesto irritado de su rostro. Estaba enfadado–. Era importante.

–Me olvidé de mencionarlo –dijo Emmanuel. ¿En qué estaba pensando en ese momento? ¿En el caso o en revivir el revolcón de Karin y Ella?–. Disculpame.

Shabalala desvió la mirada, avergonzado de haber mostrado sus emociones.

–No importa –dijo–. Aprendemos sobre la marcha.

A Emmanuel le hizo gracia que le repitieran sus propias palabras.

–Así es, agente, vamos aprendiendo. Ahora dime por qué es tan importante el chal.

–Las mujeres casadas se tapan los hombros y la cabeza. Las solteras no.

–Ha sido una pérdida de tiempo mantener vigilada Little Flint Farm y hablar con Mercy.

Habían desperdiciado toda una tarde apostados en el monte para nada.

–Tal vez no. –Shabalala contemplaba las mortecinas llamas, reflexionando–. Mercy fue al *kraal* de Matebula el viernes por la tarde porque su amiga había oído que el jefe andaba buscando otra mujer con la que casarse.

–Así es –dijo Emmanuel.

–¿Cómo iba a comprar el gran jefe a su nueva esposa?

–El experto en cuestiones zulúes eres tú, Shabalala. Tendrás que decírmelo.

–Con ganado. Mucho ganado, si tenía que pagar por una joven bonita.

–Y al jefe le gustan las cosas bonitas –dijo Emmanuel. Todas y cada una de las cinco mujeres reunidas en la zona reservada para las esposas en el entierro de Amahle eran atractivas, con la piel suave y muchas curvas. La primera esposa, madre de Mandla, y Nomusa eran auténticas bellezas.

–Cinco esposas, montones de hijos y un *kraal* que mantener –dijo Shabalala pensando en voz alta–. Había un sistema infalible de conseguir el ganado con el que el gran jefe podía financiar su deseo de una sexta esposa.

–Amahle –dijo Emmanuel, y las piezas encajaron en su sitio–. Necesitaba el precio de la novia de Amahle para comprarse otra esposa.

–Supongo que por eso el gran jefe estaba enfadado y enterró a su hija de una manera tan deshonrosa. Como un niño al que le niegan su ración de azúcar.

Emmanuel se acercó más al fuego. Las brasas incandescentes desprendían un olor agrisado. Repasó la investigación. Se habían examinado todos los posibles móviles del asesinato, desde el robo hasta la lujuria y los celos, sin que ninguno resultara estar fundado.

–A Amahle la mataron para evitar que el jefe volviera a casarse. –Ese móvil tan complejo no se le habría ocurrido a Emmanuel ni aunque hubiera pasado toda una vida revisando el caso–. ¿Cuál de las esposas llegaría tan lejos?

–La que tenía más que perder –dijo Shabalala–. La que no tiene hijos para que la mantengan en su vejez ni amigas entre las otras esposas.

Emmanuel recordó cómo la quinta esposa se había levantado para ver el cadáver de Amahle mientras las demás mujeres gritaban de angustia. Y le vino otro detalle a la cabeza: la alta torre ocre de sus cabellos entretejidos con cuentas y fibras para formar una rígida corona roja. En realidad, el pasmoso don de Gabriel para poner nombres no había creado una metáfora sobrenatural: la quinta esposa era la Reina Roja.

–No me parece que vivir casada con Matebula sea una vida por la que

merezca la pena matar –dijo Emmanuel.

–Los hambrientos se pelean por las sobras. Sin el favor del jefe, la esposa menor se quedaría sin nada. Ni hijos, ni dinero, ni aliados.

–No sabía que Amahle estaba planeando fugarse en lugar de casarse –añadió Emmanuel, muy afectado por esa reflexión.

–*Yebo*. –Shabalala exhaló un profundo suspiro–. Ojalá hubiera esperado una semana más...

Una semana más y Amahle, la hermosa, habría volado. Siete luminosos días de primavera marcaban la diferencia entre una sepultura deshonorosa y un sueño hecho realidad.

Ojalá...

–*No vayas por ese camino, Cooper. Esa palabrita solo sirve para joderte* –dijo el sargento mayor–. *Ojalá tu padre hubiera sido más lento con el cuchillo y tu madre hubiese corrido más rápido; ojalá Hitler se hubiera hecho pintor en lugar de político; ojalá tu matrimonio hubiese funcionado y no fueras un soltero, más solo que la una, que se dedica a resolver asesinatos de desconocidos. Esa mierda te volverá loco, soldado. Lo único que tienes es el presente.*

Una vez más, Emmanuel oyó al sargento mayor. El momento presente planteaba suficientes retos para mantener a raya la melancolía. Una cosa era conocer la identidad de un asesino y otra muy distinta demostrarla en un juicio. Repasó lo que sabían de momento.

–Karin no reconocerá que vio a Philani y a la mujer en el refugio de la roca el domingo por la noche. No va a destrozarse su vida solo por llevar a una zulú ante la justicia –dijo Emmanuel–. Su testimonio queda descartado.

Shabalala lanzó una mirada rápida a Gabriel, que aún estaba rebuscando cuentas plateadas en la tierra.

–Y este, lo mismo –añadió Emmanuel–. Es blanco, pero eso no nos ayudaría. Es demasiado raro. Además, su hermano no le permitiría testificar, y no se lo reprocho.

Un chico con una comprensión defectuosa de la conducta adecuada y ninguna en absoluto de la apariencia física no podía subir al estrado en un juicio penal.

–Eso nos deja sin testigos. –Shabalala miró el interior de su sombrero–. Y a la quinta esposa, en libertad.

–Será lo que ocurra probablemente, a no ser que confiese el asesinato –dijo Emmanuel. El tercer rito iniciático de la hermandad de los investigadores era también el más difícil: observar cómo una investigación se consumía y se extinguía por falta de pruebas.

Gabriel se echó al bolsillo su colección de cuentas plateadas y volvió junto al

cuerpo quemado. Se acuclilló en la arena para inspeccionar el esqueleto calcinado y los quebradizos tendones que mantenían unido el amasijo.

–¿Qué es, Shabalala? –preguntó–. Emmanuel dice que no es un bebé.

Estaban ya a plena luz del día, el sol se había alzado por encima de las cumbres de las montañas y brillaba con fuerza. Shabalala se acomodó al lado de Gabriel doblando las piernas y examinó los restos, encantado de dejar de lado por un instante el espinoso caso de asesinato.

–Es un bebé –dijo–. Pero un bebé de bosbok.

–Ah. –Gabriel buscó el palo largo que había usado para sacar el cuerpo de la hoguera y metió la punta en una cuenca ocular–. ¿Por qué lo mató la bruja y lo tiró al fuego si aún era tan pequeño?

–Pues... –Shabalala contempló la escena, los rescoldos rojizos y el humo impregnado de aquel hedor agridulce–. Es una buena pregunta. Déjame ver si la respuesta está en el fuego.

Usó el otro palo para levantar y remover las cenizas y las llamas a punto de apagarse. Cuanto más hundía la rama, más intenso se hacía el olor. Emmanuel se asomó sobre el hombro de Shabalala y se tapó la boca con la mano ahuecada para protegerse de la pestilencia.

–¿Qué es?

–Hierbas, creo, de distintas clases. Es una mezcla dulce, amarga y agria que no recuerdo haber olido nunca. –Se sentó, perplejo–. Es desconcertante.

–Un ritual *muti* –dijo Emmanuel. Aquel lugar recóndito y el cadáver carbonizado le inquietaban. El humo y la imagen fantasmal de la mujer y el niño en el fuego parecían sacados de uno de sus sueños recurrentes.

–Es *muti* –confirmó Shabalala–. Pero su objetivo lo desconozco.

–Podría ser atraer la buena suerte. –Emmanuel se retiró para respirar aire fresco–. Conseguir que el *sangoma* expulse del *kraal* a Nomusa y a su hija esta noche.

Shabalala se levantó y se volvió hacia Emmanuel. Su rostro tenía la expresión astuta del cazador que acaba de idear la forma de atrapar a una presa esquivada.

–Ya sé cómo vamos a pillarla, oficial –dijo.

La rama suelta del cercado cedió y Emmanuel, Shabalala y Gabriel se introdujeron sigilosamente en el *kraal* de Matebula. Todos los intentos de quitarse de encima al chico habían fracasado y los policías ya tenían asumido que no se les despegaría mientras durase la operación. Avanzaron centímetro a centímetro a lo largo de la pared de paja de una cabaña iluminada por el sol del atardecer y se dirigieron hacia la parte posterior del recinto y a la cabaña del gran jefe. Las zonas comunes del *kraal* estaban desiertas y unas largas sombras caían sobre el establo.

–Se han congregado detrás de la cabaña del jefe, en la zona de reuniones –dijo Shabalala–. Allí, el *sangoma* arrojará los huesos para descubrir a las brujas que han traído mala suerte a la familia.

Se deslizaron junto a las cabañas de las esposas y Emmanuel hizo una pausa y se volvió hacia Gabriel.

–Quédate callado y a nuestro lado. No vayas a llamar a voces a la Reina Roja ni a hacerle nada, ¿entendido?

–*Ja*. De acuerdo. –El chaval estaba taciturno y dócil. Después de tanto correr por el monte y de pasar la noche sin dormir persiguiendo a la bruja, se había quedado sin energía. Cuando al fin se viniera abajo, caería en picado.

Delante de ellos se oía un runrún de voces y Emmanuel aceleró el paso. La ceremonia estaba iniciándose. Siguieron el camino hasta la cabaña grande, se escondieron al final de la cerca y buscaron huecos que les permitieran observar lo que ocurría. Los habitantes del *kraal*, unos quince hombres, mujeres y niños, estaban arrodillados en semicírculo bajo un árbol *umdoni* plantado en el centro de la explanada.

El gran jefe, envuelto en pieles de animales, una tela estampada de colores y ristras de cuentas, ocupaba un taburete de madera tallada. Sus esposas estaban arrodilladas a su derecha, con las cabezas gachas. Mandla se había situado al fondo de la zona de los hombres, de pie, flanqueado por los integrantes de su *impi*.

–Gran jefe. –Un hombre macilento se acuclilló sobre una piel de gacela curtida; el cabello le caía hasta los hombros y lo llevaba untado de ocre rojizo y grasa y enrollado en largos tirabuzones. De su cuello y sus hombros colgaban, atados con tiras de cuero, una serie de recipientes de cuentas y cuernos de cabra–. ¿Qué te aflige?

–Hay espíritus malignos en el *kraal* –dijo Matebula, y la concurrencia

enmudeció—. Mi hija Amahle ha muerto y nunca se pagará su precio de la novia. Me pesan las piernas y siento una opresión en el pecho. No duermo de noche. Una bruja y su cómplice han hecho un maleficio a la familia y hay que librarse de ellas.

—Pediré consejo a los antepasados —dijo el *sangoma*, y en el patio resonó un tambor.

Emmanuel se desplazó a un lado para tener una vista mejor. Una robusta *sangoma*, con el cabello teñido de ocre y adornado con cuentas blancas, marcaba el ritmo en un gran tambor de cuero.

—Empieza... —dijo Matebula—. Descubre a las brujas.

El *sangoma* varón se levantó y empezó a golpear el suelo con los pies siguiendo el redoble del tambor. Las vainas secas con semillas que llevaba atadas a los tobillos castañeteaban y él succionaba y soltaba sonoras bocanadas de aire. El batir del tambor se aceleró y el *sangoma* danzó hasta que el sudor le empapó la piel y sus pies desnudos levantaron una polvareda. Brincaba y se bamboleaba como un poseso.

—Los espíritus de los antepasados están entrando en su cuerpo —explicó en un susurro Shabalala—. No tardarán en hablar a través de él.

Emmanuel rechazaba la idea de que hubiera muertos vivientes, pero no podía olvidar que las manos cargadas de energía de *baba* Kaleni habían resucitado el recuerdo de su madre y la promesa que él le había hecho. ¿Y qué eran los fantasmas de soldados y civiles que poblaban sus sueños sino los muertos que volvían a cobrar vida?

El *sangoma* empezó a moverse más despacio y una expresión vidriosa apareció en sus ojos.

—Los antepasados están aquí —dijo Shabalala.

La quinta esposa levantó los ojos furtivamente, expectante ante la inminente identificación de las hechiceras. El resto de la familia Matebula contenía el aliento y esperaba a que los espíritus hablaran.

—La Reina Roja —susurró Gabriel al vislumbrar a la quinta esposa—. Es ella, Emmanuel. Atrápala.

—La atraparemos, pero no ahora —repuso Emmanuel—. Tenemos que esperar al momento oportuno. Ten paciencia.

La respuesta no agradó a Gabriel, que, no obstante, dejó de hablar en susurros y volvió a pegar el ojo a una ranura de la cerca. El *sangoma* se arrodilló sobre la piel de gacela, agitó de un lado a otro una pequeña bolsa de adivinación y luego volcó su contenido. Huesos, piedras, monedas y conchas se desparramaron sobre la piel. Él los examinó, leyendo las señales. Pasaron varios minutos sin que los antepasados dijieran una palabra. Luego el *sangoma* se levantó y dio una vuelta alrededor de los huesos con el ceño fruncido.

–Habla –exigió el gran jefe, incapaz de dominar su impaciencia ni siquiera en una ceremonia sagrada.

–En este *kraal* hay varios espíritus malignos, gran jefe –dijo el *sangoma*–. Una sola mujer ha traído la calamidad a tu puerta.

La quinta esposa echó la cabeza atrás bruscamente, pero permaneció arrodillada a la sombra del *umdoni*, con los hombros en tensión.

–¿Estás seguro? –El jefe Matebula, insatisfecho con aquella información, frunció los labios.

–Lo han dicho los antepasados, gran jefe. Y los antepasados no mienten.

–Entonces, muéstramela –dijo Matebula–. Pon al descubierto a la bruja.

El *sangoma* empuñó una escobilla de cola de vaca y se dirigió a la zona donde estaban congregadas las mujeres. Una joven soltera de la primera fila se encogió bajo su sombra y rompió a llorar. La hermana pequeña de Amahle siguió sentada con la espalda erguida y la vista fija en los rayos de luz que caían sobre el cercado perimetral. La escobilla del *sangoma* se arrastró sobre su coronilla y le rozó las mejillas. Otras mujeres se apartaron, temerosas de que las singularizaran como culpables.

–Esa no es la bruja –dijo Gabriel, angustiado por el temor y el llanto de la joven.

El *sangoma* dio la espalda a la hermana de Amahle y se aproximó a las esposas del jefe. Sacudió la escobilla negra sobre la cabeza de la primera esposa. Mandla se inclinó hacia delante, dispuesto a actuar si la escobilla se detenía sobre su madre. El *sangoma* avanzó hasta la segunda esposa y después hasta Nomusa, que encorvó los hombros y cerró los ojos. La escobilla le barrió la cara, pasó sobre la siguiente esposa y se paró sobre la cabeza de la quinta esposa.

–Aquí está la bruja que ha traído el mal al *kraal*, gran jefe. Es ella.

–Qué bueno es –comentó, impresionado, Gabriel–. Ha encontrado a la Reina Roja.

La quinta esposa apartó de un golpe la mano del *sangoma* y giró para encararse a Matebula.

–No es verdad, esposo mío. Los antepasados se equivocan.

El comentario provocó exclamaciones de incredulidad entre la muchedumbre y hasta el gran jefe parecía escandalizado. Se puso en pie, aturdido.

–Dime cómo ha hecho esas cosas delante de mis narices.

–Con conjuros de magia negra y una púa envenenada, que clavó en la columna vertebral de tu hija –respondió el *sangoma*–. A Philani Dlamini también lo mataron así. Lo dicen los huesos.

–Los huesos mienten. –La quinta esposa se incorporó y dio un empujón en el pecho al *sangoma*. Este se tambaleó hacia atrás y ella siguió avanzando–.

Mientes. Vamos a llamar a otro adivino para que diga la verdad. Yo tengo las manos limpias.

Emmanuel cruzó una mirada con Shabalala. Era el momento de que el *sangoma* redoblara la presión.

–Tienes las manos manchadas –dijo el *sangoma*, pero a su voz le faltó la convicción necesaria para obligar a la quinta esposa a batirse en retirada.

–Yo no les he puesto ni un dedo encima a Amahle ni a Philani, marido mío –le dijo directamente al gran jefe–. La verdadera bruja le ha hecho un hechizo al *sangoma*. Tiene ese poder.

Emmanuel sintió que los cimientos de su plan se resquebrajaban. Ni Shabalala ni él habían considerado capaz a la quinta esposa de ejecutar su estrategia con tanta determinación.

–Estoy limpia –anunció la mujer al clan allí congregado–. No he hecho ningún daño.

–Es una mentirosa... una mentirosa... una mentirosa... –salmodió Gabriel entre dientes y salió corriendo de detrás de la cerca. Cruzó como una exhalación la zona de reuniones, con la sucia chaqueta abierta ondeando como un paracaídas rasgado.

–No, oficial. –Shabalala agarró del brazo a Emmanuel para impedir que corriera detrás de Gabriel–. Deje que los antepasados terminen lo que han empezado.

–¿Y qué relación tienen con el chico? –preguntó Emmanuel. La situación estaba fuera de control y daba la impresión de que tendrían que volver a Durban de vacío, con el rabo entre las piernas.

–Mire. –Shabalala señaló la zona de reuniones.

Gabriel corría entre la muchedumbre, provocando a su paso una desbandada de mujeres y niños. Se detuvo a unos centímetros de la quinta esposa y la taladró con una mirada airada de sus ojos de distintos colores.

–Eres la Reina Roja –dijo, y se inclinó más hacia ella–. Tú hiciste que Amahle se durmiera. Y quemaste a un bebé en la hoguera. Te vi con mis propios ojos.

La quinta esposa se estremeció y dio un paso atrás. El resto de la familia se inclinó hacia delante, hipnotizados por el muchacho blanco. Entre los zulúes del valle se le conocía por ser un elegido de los antepasados. Lo veían vagar por el monte de noche y de día, hablando con los árboles y los animales.

–Marido..., te ruego que no escuches a este niño –dijo en tono suplicante la quinta esposa, con el rostro vuelto en dirección contraria a Gabriel.

–Gran jefe –intervino el *sangoma* con fuerzas renovadas–. Los antepasados han transmitido su mensaje a través de los huesos y ahora a través de este muchacho que sufre de *ukuthwasa*.

Emmanuel miró a Shabalala pidiéndole una aclaración.

–Cuando los antepasados llaman a un hombre o a una mujer para que se hagan curanderos, el *sangoma* sufre una enfermedad. Dolor de espalda, de cabeza y, a veces –Shabalala se dio unos golpecitos con el dedo en medio de la frente–, un trastorno mental. Esto se llama *ukuthwasa*.

–¿Es lo que tiene Gabriel?

–*Yebo*.

El jefe Matebula saltó sobre la piel de gacela y pasó resueltamente junto a sus esposas arrodilladas. La negra huella de su sombra fue cayendo por turnos sobre cada mujer hasta llegar al espacio vacío que antes ocupaba la quinta esposa.

–Me has quitado a mi hija –dijo–. Me has dejado sin el precio de la novia y al jefe Mashanini sin su futura esposa. ¿Qué tienes que decir?

–Yo no he hecho nada de eso, esposo mío.

Gabriel la rodeó y se detuvo en su línea de visión. La miró a los ojos.

–Di la verdad aunque no te favorezca. Tú eres la bruja que se ha llevado a Amahle.

La quinta esposa apartó los ojos de la penetrante mirada de Gabriel y le dijo al jefe:

–Amahle iba marcharse..., iba a abandonarnos a todos. La boda nunca habría llegado a celebrarse. Tu hija odiaba este *kraal* y a esta familia.

–Mentiras. –Matebula desdenó la respuesta con un ademán–. El matrimonio estaba acordado y Amahle iba a cumplir con mucho gusto su deber para conmigo, para con su padre.

–Mira. –La quinta esposa sacó un papel de la cinturilla de su falda negra y lo levantó en el aire. Estaba aturdida por la inquietante presencia de Gabriel y por la ira creciente del jefe–. Un billete de autobús. Amahle te mintió, marido. Su plan no era quedarse y casarse. Tenía la vista puesta en Durban. Era una mala hija.

Nomusa se levantó de la fila de esposas arrodilladas.

–Si ese billete de autobús era de Amahle, ¿cómo ha llegado a tus manos?

–Lo encontré en el *veld*.

–Mi hija era cuidadosa. No se saltaba una puntada cuando cosía ni se le caía un solo grano de mijo de una calabaza –Nomusa se dirigió directamente a la quinta esposa–. Ese billete no es de Amahle. Es tuyo. Eres tú la que está planeando fugarse del *kraal* y de tu esposo, el gran jefe.

–¿Es cierto eso? –preguntó Matebula, ofendido por la idea de que una de sus esposas se planteara siquiera dejarlo.

–No –repuso con voz estridente la quinta esposa–. El billete estaba en el bolsillo de Amahle. Fue ella quien lo compró.

Nomusa lanzó una mirada fulminante a la mujer joven.

–Mi hija no te dejaría revolverle los bolsillos a no ser que estuviera muerta.

Los habitantes del *kraal* profirieron gritos de cólera y la quinta esposa echó a correr hacia la salida. Mandla y su *impi* se separaron del grupo de hombres y se desplazaron para cortarle la retirada mientras Emmanuel y Shabalala avanzaban para bloquearle el paso.

Gabriel fue el más rápido y el primero en llegar hasta la mujer que se había dado a la fuga. La agarró por la cintura y la tiró al suelo. Un revoltijo de piernas y brazos negros y blancos se agitó en el suelo, levantando una polvareda. La familia Matebula se puso en pie de un salto y empezó a dar voces y empujones para ver a la bruja y al muchacho blanco.

–La tengo –gritó Gabriel–. La tengo.

Al acercarse, Emmanuel vio el rápido movimiento de una púa de puercoespín que se dirigía al brazo de Gabriel. Asíó por la muñeca a la quinta esposa y la apartó del chico. Shabalala la sujetó contra el suelo. Ella chillaba y daba puntapiés y puñetazos al aire.

–Cuidado, puede haber más púas –advirtió Emmanuel al agente zulú, y se arrodilló para examinar la manga de Gabriel. El pequeño pincho se había quedado clavado en la tela del uniforme del King's Row College. La punta estaba manchada de rojo.

–¿Estás herido? –preguntó Emmanuel–. ¿Has sentido un pinchazo en el brazo?

–No.

Gabriel quiso arrancar la púa y Emmanuel le detuvo la mano. No era sangre lo que había teñido la punta de rojo.

–No lo toques –dijo Emmanuel–. Es veneno.

La púa era la prueba perfecta. Prácticamente no se distinguía de las dos que se habían hallado en los cuerpos de Amahle y Philani. Emmanuel la retiró de la tela, la envolvió en su pañuelo y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta.

–Tome. –Mandla le tendió el billete de autobús, sujetándolo entre el pulgar y el índice–. Para los tribunales de los blancos.

–Gracias.

–Los escoltaremos desde el *kraal* hasta la carretera general. Hay que llevar a la quinta esposa a la comisaría del pueblo. En el valle no está a salvo.

–Lo estaría si usted diera la orden –dijo Emmanuel.

Mandla sonrió y se alejó a recoger a su *impi*. Cada vez tenía más autoridad, no le faltaba mucho para ocupar el puesto de gran jefe.

–Oficial –lo llamó Shabalala–. Tenemos que darnos prisa para que no nos sorprenda la puesta de sol.

Emmanuel levantó a Gabriel de un tirón. La familia Matebula se había dividido en cuatro grupos, pues cada una de las cuatro esposas restantes

arropaba a sus hijos como una gallina clueca. Nomusa abrazaba con fuerza a su hija pequeña y le susurraba al oído. La asesina de Amahle había sido descubierta, pero las heridas abiertas en los corazones de quienes la amaban nunca llegarían a cerrarse.

Gabriel miró a Emmanuel. Estaba rebozado en tierra e indefenso.

–Ya sé que no tenía que correr, pero no pude evitarlo –dijo–. Lo siento.

–Has actuado bien –dijo Emmanuel–. Muy bien. Estoy orgulloso de que seas tan valiente.

–¿La vas a matar, Emmanuel? Tiene que morir.

–Eso no es trabajo mío ni tuyo. Pasará mucho tiempo en la cárcel. Quizá eso sea suficiente.

–Bien.

Gabriel estaba satisfecho. Se quedó mirando a una libélula que trazaba círculos en el aire, a la espera de que se posara. Y Emmanuel pensó que tal vez los zulúes tenían razón y Gabriel estaba en sintonía con las voces de otro mundo.

Emmanuel se acercó a Shabalala, que sujetaba por el brazo a la quinta esposa. Su corona roja estaba aplastada en el suelo y las púas de puercoespín formaban un montoncito. Ninguna de ellas tenía el delator tinte rojizo.

–¿Por qué Philani? –preguntó Emmanuel. Todo indicaba que el jardinero era inofensivo.

–Encontró a la hija del jefe en el camino, justo después de que ella se reuniera con los antepasados. –La quinta esposa se sacudió el polvo de la ropa, todavía orgullosa de su apariencia–. Salí de mi escondite y lo llamé asesino. Philani se asustó y me imploró clemencia, asegurando que era inocente. «Yo te creo, pero el gran jefe no te creerá», le dije. «Escóndete en algún sitio y defenderé tu inocencia ante mi marido.» Le di dinero para demostrar que mi promesa de ayudarlo era sincera. Y él hizo lo que le decía.

–Deme las cinco libras que le quitó a Amahle –le dijo Emmanuel.

La quinta esposa sonrió, con los ojos relucientes.

–No tengo dinero, *ma' baas*. Lo siento, *ma' baas*.

–Puedo meterle la mano por el escote para registrarla y también puede hacerlo el agente Shabalala. ¿A quién prefiere? –Emmanuel la estaba retando a que probara que decía la verdad. Arrancar por la fuerza a una persona objetos incriminatorios era ilegal, pero ella no lo sabía.

La quinta esposa sacó un billete de cinco libras del escote de su blusa de cuero y se lo entregó con una mirada coqueta. La bella ingenua era parte de su personalidad y no renunciaría a ella hasta que se cerrasen las puertas del furgón policial y se oyera el chasquido de las fallebas. Hasta entonces no comprendería que las consecuencias de sus actos eran reales.

–Sal hacia la carretera general. Mandla y su *impi* te acompañarán –le dijo Emmanuel a Shabalala, y se guardó las cinco libras–. Que Gabriel vaya contigo. Yo os daré alcance.

–Ese dinero... –Shabalala titubeó antes de añadir–: No está limpio.

–No es más que un trozo de fibras de algodón –dijo Emmanuel–. Nomusa no conoce su procedencia y Bagley no va a reclamarlo. Bastará regalarlo para que quede limpio.

–¿Eso cree?

–Sí –dijo Emmanuel–. Estoy convencido.

–Entonces, se lo agradezco, oficial.

Shabalala se llevó a la quinta esposa. El clan Matebula observó su partida con resentimiento. Un hombre blanco de una ciudad lejana dictaría sentencia e imponería un castigo por un asunto que solo atañía a su familia.

Mandla y sus hombres cerraron filas detrás de Shabalala, dejando aislado al gran jefe bajo las ramas del *umdoni*. Emmanuel se agachó junto a Nomusa, manteniendo cuidadosamente la distancia respetuosa que requería una mujer casada.

–Usted sabía el nombre de la culpable antes de que el *sangoma* hiciera nada –dijo ella. El miedo a que la tacharan de bruja y la fuerte impresión causada porque la asesina de Amahle fuera del *kraal* familiar la habían dejado sin energías y con profundas arrugas de preocupación surcándole el rostro.

–No teníamos pruebas –dijo Emmanuel–. Necesitábamos una confesión para practicar el arresto. Siento haber tenido que someterlas a esta ceremonia.

–Ya está hecho. –Nomusa atrajo hacia sí a su hija superviviente–. Ahora el gran jefe quizá entierre a Amahle con honores en lugar de con deshonra.

–Mandla ha prometido hablar con el jefe para que así lo haga.

–¿Mandla también lo sabía?

Sorprendida, Nomusa levantó la vista para analizar la expresión de Emmanuel y averiguar si le decía la verdad.

–Sí –dijo Emmanuel–. El *sangoma* también formaba parte del plan. El agente Shabalala lo convenció, aunque él se resistía.

–¿Cómo?

–A Shabalala se le da muy bien escuchar –respondió Emmanuel.

Con mucha paciencia, un poco de charla y atención a los detalles, el investigador zulú se había enterado de que el hijo mayor del *sangoma* iba a ir a estudiar a Durban. El *sangoma* pasaba las noches en blanco imaginando a su hijo perdido en la ciudad, a merced de ladrones y *tsotis*. Shabalala se ofreció a presentarle al pastor de su iglesia, facilitarle el nombre de una buena casa de huéspedes e ir a recogerlo a la estación de autobuses cuando llegara a Durban. E

hicieron el trato. El plan para poner en evidencia a la quinta esposa era cosa de Shabalala. Emmanuel se había limitado a seguirle la corriente.

–Ha salido todo a la luz –dijo Nomusa–. Pero mi corazón no está contento.

–Necesita tiempo. –No había bálsamo para las heridas infligidas a una familia por un asesino. Se colocó entre los dedos el billete de cinco libras y dijo–: Le deseo lo mejor.

Le cogió la mano a la hija pequeña y fingió estrechársela. A una mujer casada estaba prohibido tocarla, sobre todo en presencia del marido. Unos dedos pequeños asieron el billete y se lo quitaron. Emmanuel se levantó para irse. La niña guardó el billete bajo la cintura de su falda de cuentas y le dirigió una rápida mirada de gratitud. Fijándose en su gran parecido con Amahle, Emmanuel se preguntó si a ella también le reservaría el futuro un asiento de autobús en Regalo de Dios.

–Que le vaya bien, *inkosi* Cooper.

Nomusa se puso en pie e hizo el gesto tradicional de despedida. Se habían reanudado los sonidos de las mujeres que molían el mijo y de los niños que corrían a sacar agua del río. La vida seguía su curso. Algún día, quizá hiciera olvidar sus penas a Nomusa, o al menos parte de ellas, en eso confiaba Emmanuel.

–Que les vaya bien, madre e hija –dijo, y se encaminó a la senda de montaña. Las dejaba para que reparasen los daños. Esperaba que así lo hicieran.

Recordó que dentro de poco le tocaría llamar a su hermana Olivia para el intercambio mensual de saludos que le demostraba que, a fin de cuentas, no estaba solo en el mundo.

Roselet resplandecía con la última luz del día. Las farolas se encendieron. Ellicott y Hargrave estaban repantigados en unas sillas plegables colocadas bajo el sicomoro, bebiendo las últimas cervezas de la jornada. Una humareda salía de un bidón perforado con una parrilla colocada encima y en su interior crepitaba un fuego de leña. Bagley echó una ristra enroscada de salchichas tradicionales de granja sobre la rejilla metálica caliente y pinchó la piel con un tenedor largo. Las *boerewors* chorrearon grasa que cayó sobre las ascuas.

–Salud. –Ellicott levantó su cerveza para hacer un brindis–. Un asunto entre *kaffirs* no atraerá a la prensa, pero el general Hyland está satisfecho de los resultados.

–Lamentablemente, los nombres de Cooper y Shabalala no surgieron en la conversación –dijo Hargrave.

Shabalala mantuvo una expresión glacial. Emmanuel se encogió de hombros. No esperaba nada a cambio de entregar a la quinta esposa a los dos policías y de

permitir que Hargrave y Ellicott firmasen el expediente del caso. Era el precio de realizar una investigación no autorizada.

–Por si acaso los muchachos de West Street preguntan algo..., ¿cuál fue el motivo de los asesinatos? –Mentalmente, Ellicott ya estaba de regreso en Durban, vaciando pintas con sus compañeros y contando embustes sobre las dificultades del caso.

Emmanuel lo resumió con sencillez.

–A Amahle la mataron para evitar que su padre utilizase el precio de la novia de su boda para comprar a una sexta esposa. El motivo: los celos. La segunda víctima, Philani Dlamini, tuvo mala suerte. Descubrió el cadáver de Amahle en el camino y le entró el miedo. La mujer que en realidad la había matado, lo convenció para que se escondiera mientras ella defendía su inocencia. Le entregó parte del dinero que había robado del bolsillo de Amahle para probar que era sincera. Dos días después, asesinó también a Philani. El motivo: los muertos no hablan.

–*Kaffirs*. No hay quien los entienda. Yo no los entenderé en la vida. –Hargrave echó otro trago de cerveza mientras contemplaba los cambiantes colores del horizonte. Bagley se ocupaba de la parrilla en silencio.

–Si tenéis hambre, muchachos, quedaos a tomar algo –dijo Ellicott.

–Nos gustaría mucho, pero ya es hora de irnos. –A Emmanuel no le apetecía una velada a base de *boerewors*, cerveza y chistes verdes.

Quería volver a casa de Margaret Daglish, donde Zweigman y ella los esperaban. Ella Reed los había llevado en coche hasta allí hacía unas horas. Y luego había seguido camino hacia Little Flint Farm con Gabriel, para que pasara allí la noche antes de volver al colegio. Si es que no se escapaba otra vez. Emmanuel sospechaba que Jim, el marido de Daglish, se habría largado una vez más. De no ser así, seguramente Daglish lo echaría a patadas. Ya no era la misma mujer que hacía unos días se había negado a atender al policía que se presentó a su puerta con un cadáver que requería una autopsia.

Ellicott vació su cerveza y abrió otra. Tomó un sorbo y dijo:

–Para ser maricón, no estás mal, Cooper. Tú tampoco, Shabalala.

–Buenas noches, oficial. Que tengan buen viaje de vuelta. –Emmanuel echó a andar por el patio en dirección al Chevrolet. Shabalala lo siguió, ceñudo.

–Nos insulta y usted le sonríe –dijo el agente zulú–. ¿Qué significa eso?

–Significa que acabamos de hacernos amigos. Hargrave y Ellicott volverán a Durban mañana y les contarán a los compañeros que no somos malos tipos. –Emmanuel abrió la puerta del coche y tamborileó con los dedos sobre el polvoriento capó–. Ya no estamos castigados en el cuarto oscuro, Shabalala.

EPÍLOGO

Emmanuel se despertó a medianoche sintiendo un fuerte martilleo en la cabeza y en el corazón. Recordaba con todo detalle lo que había soñado, hasta los fragmentos de cristal roto que relucían en la carretera asfaltada que conducía al pueblo francés próximo a Caen.

El pelotón pasó bajo un desgastado arco de piedra y entró por una calle estrecha. Una anciana arrojó desde su ventana margaritas blancas y los soldados se detuvieron a recogerlas y se las pusieron en los ojales de sus uniformes.

Avanzaron hacia la plaza del pueblo. Negros nubarrones de humo salían de un edificio con las ventanas rotas y una andrajosa bandera con la insignia nazi colgaba de una de las columnas de la fachada. La acera estaba cubierta de papeles. Escritorios y archivadores volcados ardían. Caía una lluvia de cenizas.

El enemigo se había retirado, dejando un rastro de destrucción e incendios. Un soldado raso galés se expuso a las llamas y arrió la bandera roja y negra. La embutió en su macuto con una sonrisa.

Siguieron adelante. Los papeles desparramados que inundaban la calle tal vez fueran importantes, pero los pelotones de combate iban ligeros de equipaje. Seleccionar y archivar era tarea de las tropas de retaguardia.

Emmanuel entró a reconocer un callejón que salía de la calle principal. La luz pareció extinguirse en cuanto puso el pie en él, y el aire estaba frío y húmedo.

De la oscuridad salió tambaleándose una mujer descalza. Tenía la cabeza afeitada y llevaba una combinación de seda rasgada, los dos distintivos de quienes habían colaborado con los alemanes. En los ojos de la mujer no quedaba ni pizca de esperanza. Una mujer mayor que parecía su madre caminaba detrás de ella, cargada con un niño de pecho envuelto en un chal azul de algodón. Emmanuel se pegó a la pared para cederles el paso. La madre se lo agradeció silenciosamente con una inclinación de cabeza y desaparecieron en la fría oscuridad del callejón. Los tres, madre, hija y niño, habían naufragado en las caprichosas mareas de la guerra.

Emmanuel se levantó de la cama y se salpicó la cara con agua del grifo de la cocina. El incidente real había durado menos de un minuto, hacía ocho años y en otro mundo. Llevaba tiempo tratando de dar con la razón por la que los fragmentos de aquel recuerdo agitaban sus sueños desde hacía semanas, pero hasta entonces, un día después de que Shabalala y él hubieran regresado a Durban desde Roselet, no lo comprendió.

Recordó a Davida Ellis con el pelo rapado y a su elegante madre sentada a la

mesa de la cocina, lamentándose por la inocencia perdida de su hija. Zweigman había hablado de ellas en la cueva mientras le corría la morfina por la sangre. Había dicho que Davida era fuerte y que, con ayuda, se adaptaría a su nueva vida.

–Está en la clínica de Zweigman –dijo Emmanuel en voz alta.

Además, había descubierto lo que ocultaba Zweigman en su cartera. La hoguera *muti* contenía el secreto y el sueño lo había confirmado.

Se puso la ropa y se precipitó a la noche tropical. El Chevrolet arrancó a la primera y los faros iluminaron la calle y las casas de ladrillo rojo. Salió a la carretera general que comunicaba Durban con Pietermaritzburgo.

La lisa superficie del asfalto dio paso a una irregular pista de macadam que zigzagueaba entre los montes. La carretera lo llevaría directamente a la clínica de Zweigman y a Davida; y a su hijo, suyo y de Davida. En el espejo retrovisor se reflejaban las luces de la ciudad que había dejado atrás. Delante de él, tal como había predicho *baba* Kaleni, las estrellas resplandecían con tanta intensidad como para iluminar su camino.

Agradecimientos

Gracias a los antepasados, a mis padres, a mis hermanas, a mi hermano y a mis maravillosos hijos, Sisana y Elijah. Gracias también a mi marido, Mark –editor, asesor del desarrollo del argumento e implacable destructor de adjetivos–, que tuvo la valentía de señalarme lo que no funcionaba bien. Mis agentes, Catherine Drayton de Inkwell Management y Sophie Hamley de Cameron Creswell Agency, son serenas consejeras en tiempos de dudas. Agradezco a Terence King, investigador e historiador militar, su experto trabajo sobre los datos y las cifras. Gracias a Simon Lapping, agregado cultural afrikáner. A mi tía Lizzie Thomas por ayudarme con el zulú. A Eric y Rose Campbell por su casa de campo y a Michael O Klug por su invitación al Festival de Escritores de Brisbane. Un guiño a Meg Simmons por haberme preguntado: «¿Qué tal le va a Emmanuel?» y a Burcark Muraben por perseguirme pidiéndome «más cosas sobre Shabalala». Mi más honda gratitud a Judith Curr de Atria Books. Y a Emily Bestler del fabuloso nuevo sello editorial, Emily Bestler Books, que siempre me ayuda a encontrar la mejor versión de mi historia.

Gracias a todos.

¹ Poblado. (*Todas las notas son de la traductora.*)

Título original: *Blessed Are the Dead* (Book 3—Detective Emmanuel Cooper series)

Edición en formato digital: febrero de 2014

En cubierta: fotografía de © Galyna Andrushko/Shutterstock

© 2012 by Malla Nunn

© De la traducción, María Corniero, 2014

© Ediciones Siruela, S. A., 2014

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16120-14-7

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
Benditos sean los muertos	4
Prólogo	7
1	10
2	19
3	24
4	36
5	46
6	57
7	65
8	81
9	96
10	103
11	108
12	119
13	128
14	135
15	144
16	153
17	166
18	170
19	182
20	191
21	202
22	212
Epílogo	223
Agradecimientos	225
Notas	226

